Henry Miller

Opus pistorum



La sonrisa vertical

Henry Miller escribió Opus pistorum en 1942 por encargo de su amigo el librero californiano Milton Luboviski, que le pagó a razón de un dólar por página entregada. La obra, sin embargo, no fue publicada hasta 1983, tras haber firmado Luboviski una declaración jurada sobre la autenticidad de la misma.

Opus pistorum nos cuenta las andanzas eróticas de un personaje que recorre los excitantes ambientes parisinos en busca de sublimes experiencias sexuales. Las más exuberantes e inimaginables fantasías eróticas tienen cabida en estas páginas, escritas con un lenguaje muy expresivo y absolutamente procaz.

Una lectura excitante que dejará exhausto a cualquier lector.

Henry Miller

Opus pistorum

La sonrisa vertical - 38

ePub r1.0
orhi 07.05.15

Henry Miller, 1938
Traducción: Carlos Manzano

Editor digital: orhi
ePub base r1.2



VOLUMEN 1

Drop your cocks and grat your socks[1]

Canterbury

LIBRO 1

Sous les toits de París

Dios sabe que llevo ya bastante tiempo viviendo en París como para asombrarme de algo. Aquí no hace falta ir buscando aventuras a propósito, como en Nueva York… basta con tener un poco de paciencia y esperar, la vida te sale al encuentro en los lugares más recónditos e increíbles, aquí te pasan cosas. Pero la situación en que ahora me encuentro… esta niña de trece años tan bonita y desnuda sobre mis rodillas, su padre quitándose presuroso los pantalones ahí, en el rincón, tras un biombo, esa puta joven y maciza sentada en el sofá… es como si mirase la vida a través de un espejo deformante, ves imágenes reconocibles, pero no te las puedes creer.

Nunca me ha atraído la perversión de menores… como a esos hombres a los que echan a empujones de los parques públicos, siempre algo harapientos, siempre con las piernas un poco temblorosas, explicando que la niña tenía polvo en el vestido y se lo estaban quitando… Pero ahora debo reconocer que Marcelle, con su lampiño cuerpecito, me está excitando. No es porque sea una niña, sino porque carece de inocencia… la miras a los ojos y ves el monstruo del conocimiento, el espectro del saber… tiene las piernas entrelazadas con las mías y aprieta su pelado chichi contra mis dedos… y con los ojos se burla de mi indecisión.

Le pellizco las piernas, aún no del todo desarrolladas, cubro todo el carrillo de su inquieto culo con la palma de una mano… su cuerpo apenas ha perdido la redondez y lisura de la infancia. Es una mujer en miniatura, una copia aún incompleta. Tiene el chochito húmedo… Le gusta que lo acaricie con la punta de los dedos… está palpándome la entrepierna en busca de la minga… sus dedos me espantan, cuando se me meten por la bragueta a hurtadillas. Le sujeto el brazo… pero ya me ha encontrado la pelambrera. Me agarra de la chaqueta y se me arrima tanto, que no puede apartarla de la minga, se pone a juguetear con John Thursday… bueno, pues, lo va a encontrar tieso…

La puta está sentada y sacude la cabeza… Qué niña… qué niña, dice… cosas así deberían estar prohibidas por la ley. Pero no se pierde ripio de la escena. Las de su oficio no se pueden permitir el lujo de sentirse excitadas, las putas no viven hasta que aprenden a vender el coño y no la pasión… pero veo cómo le entra ahora la emoción por el cuerpo, cómo le embarga la voz…

Llama a Marcelle. La niña no quiere apartarse de mí, pero me la quito de las rodillas… Casi agradezco verme libre de ella. Por qué quiere ser una… esto, una niña mala, le pregunta. No responde, se queda entre las rodillas de la muchacha y la puta le toca su desnudo cuerpo. ¿Hace estas cosas con papá cada noche? Sí, todas las noches, cuando están en la cama… se muestra provocadora, triunfante… ¿Y cuando papá está trabajando, durante el día, cuando no está en casa? A veces los muchachos

quieren que les haga cosas… nunca lo hace con ellos, ni con los hombres que quieren llevarla a dar un paseo.

Su padre sale irritado de detrás del biombo. Joven, tenga la bondad de no hacer preguntas a la niña… Saca una botella y los tres tomamos una copa de coñac abrasador. Para la niña, solamente un culito de vino blanco.

Me siento con la puta en el sofá. Me agradece mi presencia tanto como yo la suya, ha olvidado su oficio o, si no, se habría quitado la ropa, cuando le paso la mano por la pierna… al contrario, se tumba y me deja meterle la mano por debajo del vestido… tiene piernas llenas y sólidas.

Marcelle está sobre las rodillas de su padre en la silla. Juguetea con su cipote y él la acaricia entre las piernas… alza su tripita y él se la besa, las piernas separadas dejan ver el dedo de él escurriéndose hasta entrar en el agujerito. El orificio se dilata, cuando mete uno de sus dedos junto al de su padre, y se echa a reír…

La puta está cachonda y, cuando abre las piernas, veo que está mojada. Tiene una pelambrera grande como mi mano y suave como plumas. Se levanta el vestido por delante, me saca el cipote y restriega la nariz de John Thursday contra sus pelos… me pide gimiendo que le pellizque las tetas, se las bese, si no me ofende, las muerda acaso. Se muere por un polvo, que le hayan pagado para venir aquí no cuenta ahora… probablemente devolvería el dinero y algo más por una polla que le calme el picor del chumino…

Marcelle quiere que la miremos. Está inclinada sobre su padre con la picha en una mano, gesticulando con la otra y reclamando espectadores en voz alta. Se la va a chupar, nos dice, ¿no queremos ver cómo se la mete en la boca? Su viejo sonríe radiante como si estuviera colocado con hachís, ahora ve todo de color de rosa Tiene medio cuerpo fuera de la silla, esperando que la zorra de la niña se la mame.

Me pregunto si sentirá ella la mitad siquiera del placer que aparenta… le han enseñado, se ve a la legua, no todo es fruto de su imaginación. Se restriega los pezones con la punta de la minga de su padre, la coloca entre sus inexistentes tetas y la acaricia… después se aprieta el capullo contra la tripa, lo besa, besa sus muslos, besa la pelambrera… su lengua parece un gusano rojo escondido entre los negros pelos.

La puta me coge la mano y la retiene entre sus piernas. Está tan cachonda, que casi chilla cuando la indecente chavalita se mete la polla de su padre entre los labios y empieza a chuparla. Una cosa así no puede ser, exclama, y Marcelle pone los ojos en blanco y chasquea los labios un poco para demostrar que sí que puede ser…

Marcelle quiere que me la folle. Salta al sofá y se interpone entre la muchacha y yo… tiene un aire tan fascinante y horrible, que me quedo clavado en el sitio. Se desliza entre mis brazos, me aprieta la polla con su desnudo cuerpo, abre las piernas y coloca mi cipote entre ellas… Me vuelvo de espaldas para apartarme de ella, cuando siento su pelado chochito tocando la punta de mi minga, pero al instante me está montando a horcajadas.

«¡Fóllatela, a esa cochina!» La puta se inclina hacia mí con ojos entornados y excitados… se tira del escote del vestido y enseña a medias los hombros… sus tetas me aprietan en el hombro. Oigo también al padre de Marcelle: «¡Fóllatela! ¡Quiero ver follar a mi cielito!».

Marcelle dilata su chichi, lo mantiene abierto, lo empuja contra mi cipote… el monstruito consigue meterlo… veo cómo mi cipote se lo ensancha hasta el doble de su tamaño. No sé cómo puede caber tanto… pero su pelado chochito parece engullirme del todo, traga, y traga la polla… por un instante siento unas ganas tremendas de tirarla debajo de mí, separarle las piernas de niña y abrirla con el cipote, metérselo hasta su matriz de niña y llenarla de lefa una y mil veces… Ahora me está follando, tiene su delicioso culo pegado a mi pelambrera, la desnudez del chocho oculta por los pelos… Se ríe, la muñeca, se muere de gusto con esa polla dentro.

«¡Serás cabrón! ¡Estás majara!», grito a su padre. «¡No quiero follarme a tu puñetera hija! ¡Fóllatela tú, si quieres!» Me guardo el cipote dentro del pantalón y Marcelle corre hacia su padre. «Debo de estar tan chalado como tú para haber venido aquí… Borracho no estoy, desde luego… Anda, ¡vete a tomar por culo!»

«¡Papá!», grita Marcelle. Me parece que está asustada por mi violencia, pero no… ese monstruito no se asusta. Sus ambarinos ojos lanzan destellos hacia mí. «¡Tráela ahora, papá! ¡Trae la vara para que ella me pegue mientras él me folla! ¡Oh, papá, por favor!»

No puedo más, salgo corriendo de la casa. Si no saliera, sería capaz de matar a alguien, y, cuando me encuentro en la calle, tengo temblores tan intensos, que tengo que detenerme y descansar contra una valla. Tengo la impresión de haber escapado de algo tenebroso y cruel, algo de pesadilla…

«Monsieur! Monsieur!» Es la puta, que viene tras de mí. Me agarra la mano con desesperación. «Le he tirado el dinero a la cara, a ese asqueroso cerdo.» Ye que me llevo la mano al bolsillo. «No, no quiero dinero…»

La llevo detrás de una valla, hasta lo que parece ser un depósito de madera. Se aprieta con fuerza contra mí, se levanta el vestido hasta la altura del culo y me deja acariciarle la pelambrera. Está tan cachonda que el jugo del coño le ha mojado las piernas hasta más abajo de donde la toco… se le abre el coño ante mis dedos y saca a John Thursday.

Hay una pila de tablas, sobre la que nos tumbamos. Son duras y están húmedas, y probablemente se va a pasar el resto de la noche arrancándose astillas del culo, pero nada de eso importa… quiere que la follen, y sería capaz de tumbarse sobre una cama de clavos, si no quedara más remedio. Con las piernas separadas engancha sus altos tacones en una raja y se alza, al tiempo que se remanga el vestido hasta la cintura.

«Monsieur… Monsieur», suspira. Nunca podrías imaginar, furcia maravillosa, lo agradecido que te estoy por lo de esta noche…

Le meto a John Thursday entre los pelos. No tiene seso en su calva cabeza, pero sabe valerse por sí solo. Sabe ingeniárselas. Se desliza por entre su pelambrera y la

embiste en el recto.

A esta puta le sale una cascada del chumino. No hay quien la detenga… podrías meterle toallas, sábanas, colchones entre las piernas y seguiría manando hasta sumergirte. Me siento como el muchacho que tuvo que tapar la rotura del dique con un solo dedo, Pero lo voy a taponar, lo voy a llenar con el cipote…

¿Qué sentías? Eso es lo que quiere saber, no cesa de preguntármelo. No puede olvidar ese chochito pelado e infantil ni siquiera cuando mi polla está rozándole en plena entrada. Se le ha quedado grabada, dice, la forma como se dilató y se cerró sobre mi picha. Ese cuerpecito desnudo deslizándose contra mí… ¡ah, si hubiera podido yo ver el espectáculo desde fuera! Pero, ¿qué sentía?

Y cuando esa indecente muñeca se metió mi cipote en la boca, esa boca de niña pintada, y lo chupó, ¿qué sentí, entonces? ¡Oh, qué niña, qué niña perversa, ésa, ya sólo por saber que existen cosas así! Y tal. Pero, ¿no podría alzarme un poco, a la altura de sus caderas, para permitir a Jean Jeudi deslizarse hasta su cuadra…? *Monsieur!*

Un ejército ha pasado por entre sus piernas… un ejército innumerable y anónimo y medio olvidado. Pero esta noche la recordará. Es un acontecimiento en su vida que se entregue gratis, eso no lo va a olvidar tan fácilmente. Empujo la polla hasta dentro de su breva madura y ella me tira de la chaqueta para hacerme bajar y apretarme contra ella. No es una puta ahora… es una ja con un picor en el coño que hay que calmar a fuerza de restregárselo…

El picor no le va a durar demasiado. Te lo voy a calmar a cipotazos, te voy a borrar también a cipotazos el recuerdo de los otros que te poseyeron. ¿Con quién has estado esta noche? ¿Quién te ha jodido? ¿Acaso importa? ¿Lo recuerdas siquiera ahora? Mañana o dentro de una semana habrán acabado reuniéndose con los que pasaron antes. Pero yo permaneceré, éste no vas a poder dejarlo pasar tan fácilmente… tienes una polla dentro y ahí se va a quedar, incluso después de que me haya ido. Voy a dejar algo que nunca olvidarás, te voy a dar una pizquita de goce, voy a llenarte la matriz con un ardor que no se enfriará… Estás tumbada debajo de mí con los muslos separados de par en par para recibirlo y tu boca de puta susurra palabras que ya has dicho antes miles de veces a millares de hombres. Pero eso no importa. No hubo hombres antes de mí ni los habrá después. No es culpa tuya no disponer de una frase inédita para expresar lo que sientes… basta con que sientas…

Le golpeo los muslos con el cipote, sacándolo y metiéndolo en la tierna raja una y mil veces, le echo polvo tras polvo. La han dejado asolada y abierta, fácil de poseer y de follar, todos esos otros. Pero yo la lleno, sabe que esta vez la están follando. Se aparta de nuevo el vestido de los hombros y me ofrece las tetas. Restriego la cara contra ellas, chupando y mordiendo.

Le agarro el culo con ambas manos y estrujo la carne, mientras deslizo la polla hacia la matriz. Si le duele, ninguno de los dos lo sabe ni lo piensa. Los cojones están en una bolsa caliente, un nido pelado bajo su chumino. Las tablas repiquetean bajo

nuestros cuerpos como los huesos de un esqueleto.

Del cipote me sale tanta lefa como agua de una manguera. La puta me envuelve de repente con las piernas y me aprieta con fuerza contra ella… teme que me detenga y aún no se ha corrido. Pero la follo durante todo un minuto más y me corro en su matriz después incluso de que se haya extinguido el fuego de sus entrañas y sus piernas vuelvan a caer inertes a mis costados.

La puta se ha quedado tendida sobre la pila de madera después de acabar. No intenta taparse… parece como si hubiera olvidado dónde estaba y parece extenuada de tanto follar y satisfecha. Pero temo que recuerde e intente sacarme unos francos, quiera que la invite a una copa, que le pague un taxi, me hable de su madre enferma… Saco el primer billete que encuentro en mis bolsillos, me limpio la polla con él y así, arrugado, se lo dejo sobre su desnudo vientre con una moneda encima para sujetarlo.

Las calles me reciben, tan desoladas y ajenas como antes.

.....

Las cartas de Tania me llegan a dondequiera que me encuentre. Llegan dos, una por la mañana y otra en el último reparto. ¡Se siente sola!…

«… creo que me voy a volver loca, si tengo que pasar una noche más sin echar un polvo contigo. No ceso de pensar en esa gran picha y las cosas maravillosas que hace y daría cualquiera de las cosas que poseo por volver a sentirla y cogerla en la mano. ¡Hasta sueño con ella! No me basta con que me folle Peter. A veces me resulta difícil reprimir la tentación de ir a verte, hasta cuando sé que probablemente te enfadarías conmigo y no me tratarías con cariño.

»¿Piensas alguna vez en mí y en lo bien que lo pasamos juntos? Espero que sí y que a veces desees que yo estuviera ahí, en la cama, contigo, haciéndote una mamada, tocándote la polla y follando. A mi madre le gustaría también que estuvieras aquí, para que te la follaras a ella también, lo noto en que no para de hablar de ti. Siempre me está preguntando qué hacíamos, qué pasaba las veces que tú me follabas, ¡e incluso qué decíamos! No creo que deje a nadie follarla ahora, salvo a Peter. Nos tiene a Peter y a mí para ir a la cama con ella cada noche y me obliga a hacerle mamadas muchas veces. No me importa, me gusta hacerlo, pero quisiera que tú estuvieses aquí, para follar con más frecuencia…»

Y así sucesivamente. Esta carta acaba con: «Te quiere, Tania». La segunda es más larga. Tania ha descubierto un nuevo juego muy emocionante y, como dice en su carta, «tengo que contártelo ahora mismo. ¿No es extraño? Es que me gustaría que me lo hicieras tú. Cualquier cosa que alguien me haga sería mejor, si fueras tú quien me lo hiciese. Supongo que es porque tienes una polla tan grande. Cuando pienso en lo grande que es tu polla, me entran escalofríos por todo el cuerpo. ¡E incluso pensaba en ti parte del tiempo, cuando estaba haciéndomelo!

»Estaba tan contenta de que un hombre me follara de nuevo (mi madre me vigila como un halcón), que casi no podía esperar a que nos quitáramos la ropa, cuando fuimos a su habitación. Él quería que nos tumbáramos en la cama para que pudiéramos magreamos, pero yo me estaba poniendo tan cachonda, que no podía resistirlo y tuvo que follarme. Estaba haciendo tales locuras, que él tenía miedo de que me tirara por la ventana o algo así. Oh, fue maravilloso sentir a un hombre follándome de nuevo. Peter está tan ocupado follando con mi madre, que no puede dar abasto, y ésta ha sido la primera vez que he echado un buen polvo desde que tú te fuiste. ¡Me arrastró por toda la habitación! Ya me había echado dos polvos, cuando me dijo que iba a enseñarme un juego nuevo, pero no le costó ningún trabajo empalmarse otra vez. ¡Bastó con que le dejase metérmela en la boca y se la chupara un poquito y en un minuto estaba lista! Después me tumbó boca abajo en el suelo sobre cojines suaves y se puso a darme por culo.

»Fue maravilloso, desde luego, aunque no tanto como cuando tú me barrenas por ahí con tu enorme polla, pero me sentía un poco decepcionada porque, al fin y al cabo, no era ninguna novedad. Entonces sentí de pronto algo nuevo y extraño. Al principio, parecía como si se hubiera corrido y me estuviese entrando la lefa, pero después empezó a entrar a chorros ¡y me di cuenta de que estaba meándose dentro de mí! ¡Oh, fue una sensación extraña y maravillosa! Tenía su gruesa polla dentro de mí y no podía salir nada, fue todo para adentro. Estaba tan caliente, que tuve la sensación de estar ardiendo por dentro y notaba que me apretaba por todas las entrañas.

»Parecía que no fuera a acabar nunca, y subía y subía por mi interior haciéndome sentirme hinchada como si estuviera encinta. Cuando hubo acabado, sacó la picha muy despacio y dijo que, si lo retenía, se quedaría todo dentro de mí. No te puedes imaginar cómo me sentí después de que sacara la polla, tumbada ahí con la meada de un hombre dentro de mí y sintiéndolo todo hasta el estómago a cada instante.

»Después me llevó al baño y lo solté, litros y litros de su orina saliendo a chorros de mi culo, mientras él permanecía de pie ante mí y me haría chuparle su Jean…»

.....

Debo confesarlo… cuando leo la carta de Tania, se me pone la polla tiesa. Conozco a esa tía tan bien… tan cojonudamente bien, podría decir… que no me cuesta nada imaginar el espectáculo entero, como si estuviera allí. Puedo cerrar los ojos y ver cada gesto que ella haría, cada paso que daría. Me paseo de allí para allá por la habitación con un cipote que no desmerecería en un semental. No sé por qué la idea de mear en ese suave y redondo culo puede provocar tales evocaciones pero no me lo puedo quitar de la cabeza.

Me voy a dar un paseo, con la sensación de arrastrar una pierna ligeramente. Soy un cebo para todas las putas de la calle, y todas se me insinúan… son expertas en el arte de adivinar el estado de un hombre. Pero lo que quiero no es una puta. Quiero

otra Tania, pero una con la que no haya que comprometerse tanto.

No la encuentro en la calle.

.....

Ernest tiene una vista maravillosa desde su ventana. Una clase de arte de verdad, donde los estudiantes se turnan posando unos para otros, porque son tan pobres que no pueden pagar a una modelo profesional. Cuando estoy en su casa, nos sentamos y los contemplamos durante un rato. Me gusta el espíritu de que da muestra esa gente. Dan palmaditas a la modelo al pasar, le pellizcan las tetas, le hacen cosquillas en la entrepierna… es una joven rubia, maciza y encantadora y de anchas caderas y no se inmuta con nada. Ernest me cuenta que el otro día posaba un chico joven y las chicas le dieron tanta marcha, que, si sus dibujos fueran sinceros, deberían haberlo mostrado todos con la polla tiesa.

Es bonito ver el arte cobrando vida. En Nueva York, había clases de dibujo falsas, que frecuentaban los clientes habituales de las salas de *striptease*. Pagabas cincuenta centavos en la puerta y te permitían mirar durante media hora a una ja desnuda. Todo ello, por supuesto, fingiendo de mutuo acuerdo que no mirabas a una ja en realidad… sino algo llamado Arte. Pero esos jóvenes —son todos unos chavales, incluido el profesor— saben todos lo que se traen entre manos: ¡la que está sobre la plataforma es una chica desnuda con una pelambrera en torno al coño y jugo entre las piernas! Es algo vivo, que puedes tocar con las manos y en donde puedes meter la picha, y si los muchachos se paran a tocarla, a pellizcarle el culo y hacen su tarea con la polla tiesa… ¡tanto mejor para su trabajo y para el mundo!

Ernest me cuenta que siempre ha tenido buenas ventanas… menos una vez. La que no le gustaba era la que daba al piso de una pareja de sarasas… los de verdad, esos que hasta tu abuela reconocería por la calle. No es, según Ernest, que fuera desagradable tener que verlos haciéndose mamadas mutuas o haciéndoselas a sus amigos, pero no cesaban de llevar a su casa a marineros, que el día siguiente les daban una paliza. Por la mañana, según me cuenta, era horrible, y, además, todas las mañanas colgaban de todas las ventanas los calzoncillos de seda, puestos a secar.

La más cómoda fue la de un sitio donde vivió con una puta llamada Lucienne. Ésta trabajaba en la casa de al lado y Ernest podía contemplar la cama donde recibía a sus clientes. Era muy alentador, según decía Ernest, poder asomarse y ver a su Lucienne trabajando y saber que no iba a faltar dinero para poder pagar el alquiler.

Eso nos lleva a hablar de las mujeres con las que Ernest ha vivido en algún momento de su vida. La lista que hace me deja asombrado hasta que descubro que hace trampa. Cuenta a cualquier mujer con la que haya pasado más de diez minutos como si hubiera vivido con ella.

«Qué leche», dice, refiriéndose a una de ellas, cuando objeto su inclusión en la lista. «La llevé a cenar ¿no es así? Además, ¿es que no durmió en mi cama aquella

misma noche? Cama y comida: si les das eso, viven contigo.»

Ernest se asombra, al enterarse de que nunca me he tirado a una china. A mí mismo me asombra. Con todos los restaurantes chinos a los que fui a Nueva York, era como para pensar que haría amistad con alguna de las camareras. Sale a relucir el tema de las razas y Ernest está capacitado para darme consejos sobre todas ellas. «No pruebes con las japonesas y chinas de las casas de putas, me avisa. Están todas afeitadas, bañadas y perfumadas, pero llevan una calavera entre las piernas. Aceptan a cualquier hombre que se presente. ¡Y zas! ¡SÍFILIS! La variedad galopante que te lleva al otro barrio en seis meses, no vayas a creer que te la puedes quitar de encima como un catarro severo.» Ernest insiste en que la variedad de sífilis de Extremo Oriente es especialmente mortífera para los occidentales. A mí me suena a camelo, pero Ernest se muestra tan convencido, que me asusta como para alejarme para siempre de las orientales.

Después, cuando me ha metido un miedo de la hostia en el cuerpo, Ernest me cuenta que conoce a una ja muy agradable e inofensiva. No es una puta, es una simple chavalita china muy mona que él conoce y no hay peligro de pescar nada malo. Su padre tiene una tienda de objetos artísticos, uno de esos sitios llenos de trastos recuperados probablemente de lo que tiraban a la basura en los palacios hace varios siglos, budas, biombos y baúles destartalados y demás, y la chica trabaja allí y atiende a los niñatos cursis que entran buscando un collar de jade.

Ernest escribe la dirección en un sobre y me lo da. Puede que tenga que comprar algo para disimular, dice, pero si me la trabajo bien es un polvo seguro. Él no va a venir conmigo… está citado con una gachí que pinta y va a intentar engatusarla con un polvete para que le haga un retrato gratis, pero me asegura que no habrá problema.

«Averigua si venden cocaína, ¿quieres, Alf?», me pide. «Le prometí un poco a esta gachí… nunca la ha probado. Me da miedo volver a buscar a mi antiguo barrio. Aún tengo un pufo con ellos y están cabreados porque me marché…»

.....

Provisto de esa dirección, me dirijo dando un paseo a esa tienda, tras haber hecho mis dos horas de oficina. Por el camino, cambio de idea media docena de veces, y casi me largo con una chorba negra, que me hace la señal desde un banco del parque. Hubo un tiempo en Nueva York en que pasaba casi todas las noches en Harlem. Durante varias semanas estuve loquito por una gachí negra y no habría tocado a ninguna otra. Se me pasó, pero aún me gusta, y esta chavala es tan maciza y negra… qué leche, parece tan sana como para resistir una andanada de gérmenes. La verdad es que Ernest me ha asustado con tanto hablar de lo que puede uno pescar. Pero paso de largo.

Nunca sé cómo se hacen estas cosas. Cuando estoy como una cuba, soy capaz de hablar con cualquier gachí en la calle, hacer las propuestas más insultantes sin

pestañear, pero entrar en esa tienda sin haber bebido y enrollarme… es superior a mis fuerzas. Sobre todo cuando resulta que la chica es una de esas tías tranquilas y serenas y habla un francés perfecto. Pensaba que me costaría trabajo entender su acento y resulta que me hace sentirme hablando francés como un turista americano.

No sé qué cojones decir. Ni siquiera tengo la menor idea de lo que quiero comprar, de tener que hacerlo. Es una gachí bonita, eso desde luego, y todo lo que tiene de atractiva lo tiene también de paciente. Me enseña todo lo que hay en la puñetera tienda…

Me gusta su aspecto, sobre todo su extraña nariz achatada contra la cara que le levanta el labio superior. Culo y tetas fetén, además… algo que no me esperaba. He notado que la mayoría de las mujeres chinas no suelen tener tetas, pero esta ja tiene una delantera de buten. No obstante, no es el tema apropiado precisamente para iniciar una conversación.

Utilizar el nombre de Ernest no ayuda lo más mínimo. Me envía un amigo, explico, y cito a Ernest, pero, ¡no lo conoce! Pasa tanta gente por la tienda cada día, explica cortés… Cuando me quiero dar cuenta, he comprado un tapiz precioso, decorado con dragones, para colgarlo en una pared de mi casa. La ja sonríe y me ofrece una taza de té… su viejo entra refunfuñando de la trastienda y me arrebata el colgante en las narices… va a envolverlo.

No quiero té, le digo. Estaba pensando en ir a tomar un pernod a la vuelta de la esquina y me encantaría que me acompañara. ¡Acepta! Me quedo mudo… boquiabierto como un pez y ella se aleja por la tienda.

Vuelve tocada con un sombrerito gracioso que la hace parecer más *parisienne* que las *parisiennes* y trae el paquete bajo el brazo. Sigo sin haber ideado algo ocurrente que decir y nuestra salida de la tienda resulta aún menos airosa a causa de un golfillo de la calle que nos tira ñordas de caballo desde el arroyo. Pero la gachí tiene un aplomo maravilloso… caminamos con aire distinguido y pronto me encuentro a gusto…

¡Preguntas y más preguntas! Quiere saber quién y qué soy, toda mi historia. También sale a relucir el tema de mis ingresos. No sé adónde quiere ir a parar, pero se pone a hablar del jade. Existe una alhaja, me dice en confianza, que acaba de entrar de contrabando, una gema auténtica de los emperadores que se tiene que vender por una simple fracción de su valor… y cita una cifra que equivale, céntimo más céntimo menos, a mi salario mensual.

Siento curiosidad. Evidentemente, hay gato encerrado, y tengo la impresión de que quiere darme a entender que me está engañando. Dónde se puede ver esa piedra le pregunto. ¡Ah, entonces se aclara todo! No es prudencial tenerla rondando por la tienda, me dice… con que la lleva puesta en un cordón de seda en torno a la cintura, donde su fría caricia en la piel le garantiza que está a salvo. La compra tendría que hacerse en un lugar tranquilo y lejos de la tienda…

Es un juego maravilloso, una vez que entiendo cómo se juega. Esta ja tiene

imaginación para vender su cuerpo. Pero, ¡menudo precio pide! Me pongo a regatear y con el tercer pernod quedamos de acuerdo en que el salario de una semana será el precio de esa pieza de jade. Voy a tener que vivir de prestado la tira de tiempo… nunca he pagado tanto por un polvo, pero esta gachí se las ingenia para que parezca que vale la pena.

Estoy seguro de que tiene un nombre francés como Marie o Jeanne, pero en el taxi camino de mi casa me dice en tono arrullador algo que suena como un toque de flauta… Lo traduce: Yema de Loto, conque la llamo Loto. Es un engaño tan maravilloso…

Pongo algo de mi parte para el espectáculo. Nada más instalarla en mi casa, bajo corriendo a comprar vino a la *concierge* y lo sirvo en los vasitos verdes que Alejandra me regaló. Después, cuando Loto me va a enseñar la piedra, despliego el precioso tapiz antiguo en el suelo para que se coloque sobre él.

Esta tía debe de haber actuado durante un año en un teatro para haber aprendido los movimientos de un *striptease* como el que me brindó. Con maestría, se deja medias y zapatos puestos, tras haberse quitado todo lo demás. Y ahí tiene un cordón de seda roja en torno al vientre con la pieza de jade colgada sobre su pelambrera. Queda muy bonita, esa piedrecita verde apretada contra este espacio en negro. Deja su ropa apilada sobre el tapiz de los dragones y me la ofrece para que la examine…

La piedra es una baratija, por supuesto, pero lo que me interesa es lo que hay debajo. A Loto no le importa que no haga caso de la piedra… Se apresura a sonreír cuando le pellizco los muslos y le pongo la mano por entre las piernas. Exhala un olor que me recuerda a los diminutos cigarrillos perfumados que Tania fumaba… me mira sonriendo cuando me siento en el borde de la silla y le meto un dedo en el chumino. Dice algo en chino y suena a indecencia fascinante.

A esas alturas ya he olvidado todas las espantosas advertencias de Ernest. Con el cipote que se me ha puesto, probablemente me la follaría, aunque pescara efectivamente unas purgaciones, y confiaría en una cura rápida… pero está tan rosado y exhala tal frescor, que estoy seguro de que no habrá problema… me deja abrirle el chichi y olérselo… después se separa de mí otra vez. Rompe el cordón de la cintura y deja caer la piedra en mi palma.

Me la follo en el suelo, ahí mismo, sobre mi tapiz recién comprado, con un almohadón bajo la cabeza. No le dejo quitarse las medias, ni los zapatos siquiera. Al diablo con el dragón bordado… si le arranca sus negros ojos con los tacones, si dejamos una mancha que no se pueda quitar, tanto mejor. Me lanzo por ella con ferocidad… una puta francesa protestaría ante semejante violencia, los mordiscos, los pellizcos, pero Loto sonríe y se deja.

¿Que me gusta estrujarle con fuerza las tetas? Muy bien, las aprieta contra mis manos. Y si se las magullo con los dientes… me ofrece los pezones para que se los muerda. Pongo su mano sobre mi cipote y contemplo sus largos y almendrados dedos apretándolo. No para de murmurar… en chino. Ah, conoce su oficio bien. Sus

clientes le pagan con largueza por ese aromático hálito de Oriente y ella sabe qué es lo que compran.

Tiene piernas y vientre lampiños… sólo en un punto la cubre esa perilla bien conservada. Hasta el culo, la húmeda piel en torno a su suave *cul,* está pelado. Separa las piernas, cuando le toco el recto. Sus muslos están empezando a ponerse calientes y resbaladizos cerca del chichi. Su *abricot-fendu* es casi tan pequeño como el de Tania, pero tiene un sabor más maduro… parece más suave y abierto…

John Thursday le interesa. Le pellizca el pescuezo y le tira de los pelos. Dejo de tocarle el chichi y se sienta con las piernas cruzadas entre mis rodillas para jugar con él. Su *con* se abre de par en par como una fruta madura y sabrosa, y sus muslos cubiertos por las medias se aprietan contra mis rodillas. Las medias y los zapatos ofrecen al tacto una sensación anómala que me gusta.

No podría decir por su expresión si estaba excitada o no. Pero esa mancha de humedad en torno a su peludo chocho la delata. Se extiende y brilla entre sus muslos y el olor a coño va superando al perfume que usa. Da palmaditas a John Thursday y me hace cosquillas en los cojones. En seguida se ha estirado cuan larga es entre mis piernas con la nariz entre mi pelambrera… su cabello es negro azulado, liso y brillante…

No sé qué enseñarán a las mujeres en Oriente… tal vez no se ocupen del arte de chupar pollas, pero Loto ha tenido profesoras francesas nativas. Su lengua serpentea por los pelos y se calma contra los huevos. Me lame el cipote, me besa el vientre con sus finos labios… sus oblicuas cejas se arquean al unísono, cuando abre la boca se inclina para dejar a John Thursday meter la cabeza… sus ojos son ranuras salvajes. Sus brazos me rodean y sus tetas se pegan cálidas a mis cojones, cuando se pone a hacerme una mamada.

Me echo sobre ella… y ella se sienta con mi cipote aún en la boca, chupándolo todavía, pero la obligo a tumbarse y me arrastro hasta su abierta entrepierna. Restriego la mejilla y la barbilla por su pelambrera, le hago cosquillas en la *bonne-bouche* con la lengua. Le lamo los muslos e incluso el fino pliegue entre ellos… sólo quiero sentir sus muslos cerca y que me atraigan hacia sí, aproximar la boca a ese higo profundamente rajado. Le echo ambos brazos en torno a la cintura y le pellizco el culo, mientras lamo el jugo del coño en la piel y en la boca dilatada que se ofrece. Rápidamente se lanza sobre mí. Su *conillon* se aprieta contra mis labios y las piernas se aflojan y abren. Su jugo rezuma hasta mi boca, mientras chupo el peludo chumino.

Parece temblar, cuando siente mi lengua en su coño. No cesan de ocurrírsele formas de tratar a mi cipote con reciprocidad… lo muerde, me lame los huevos, hace toda clase de cosas menos tragarse toda la pesca. Incluso se abre aún más el higo con los dedos, hasta que llego a tener la lengua tan adentro, que debe de estar haciéndole cosquillas en la matriz. De repente, rompe aguas. Se ha corrido y casi me parte la picha en dos de un mordisco. Le dejo que me folle en la boca con su jugoso aparato…

Quiero ver su aspecto y lo que hará, cuando John Thursday explote en sus dientes… Vuelvo a descansar sobre la espalda y la contemplo, mientras le tira viajes. Su cabeza sube y baja despacio. La expresión de sorpresa… Ha notado que algo caliente le entraba en la boca. Después sus oblicuos ojos se cierran. Chupa y traga, chupa y traga…

Los chinos, según me han dicho o he leído en algún sitio, miden un polvo en días, no en horas. Cuando le pregunto a Loto por eso, se ríe… Se quedará toda la noche, si quiero. Y, por favor, ¿podría quitarse las medias ahora?

Tengo hambre y le propongo que salgamos a comer, pero Loto me aclara una cosa. Cuando un hombre compra a una mujer china, dice, compra a una mujer, no algo para follar como una cabra. Ella le aporta todos sus talentos… y Loto sabe cocinar. Me gusta mucho la idea, conque nos vestimos y salimos juntos a comprar comida.

Nada más volver a casa, nos quitamos la ropa y Loto hace la comida con una toalla sujeta a la cintura, que le tapa la delantera pero le deja el culo desnudo. Me tumbo en el sofá y cada vez que ella pasa a mi lado se para a besarme la polla… es una gachí complaciente y no le importa que una olla se queme, mientras le meto la mano por el coño…

Después de haber comido, probamos la cama. A Loto le parece que estaría bien hacer el *tête-bêche* de nuevo, pero yo quiero follarla… me lanzo a la cama tras ella y al instante le meto el cipote chumino arriba. Deja de hablar del maravilloso *tête-bêche* cuando siente lo que es tener a John Thursday dentro.

A Johny le da igual su color. Está húmeda y es cálida y peluda por los bordes y eso es lo único que necesita. Se está dando un filete de hostia. Llena todas las rajas y grietas, y cuando está dentro, extiendo sus bigotes alrededor para cubrir los rincones. Unos cuantos viajes y la chavala empieza a animarse… menea rápido su redondo y amarillo culo y me pide que le calme el picor… no importa que farfulle casi todo el tiempo en chino, nos entendemos perfectamente. Con sus piececitos cruzados entre mis rodillas por detrás… sus suaves y desnudos muslos son más fuertes de lo que yo pensaba…

¡Es un auténtico consuelo! Pienso en Tania, recuerdo al contable con su hija, aún niña, y me echo a reír. El mundo blanco está vuelto al revés… un hombre tiene que encontrar a una china para una cosa tan sencilla como un polvo tranquilo y normal. Loto se ríe conmigo sin saber de qué… si lo supiera, tal vez se reiría de mí. Es una buena chica. Me pongo a follarla con una furia de la hostia. Es estupendo tener una tía que se ríe mientras te la follas.

¡Y no es una puta! Una concubina, más bien. Loto aporta su pasión, así como su talento para cocinar… que haya dinero por medio es accidental. El dinero es simplemente para comprar una alhaja de jade… Si jadea a tu oído, es de verdad; si gime con suavidad, puedes estar seguro de que *siente*. Tiene vida en el cuerpo, jugo para lubricar la maquinaria, y los entrega de buena gana…

Le acaricio las tetas y me pide que se las chupe otra vez. Descubro que los pezones tienen una aureola color limón como una luna china. Ah, Loto, pronto descubrirás que llevas un petardo chino en el cono… te voy a chamuscar los ovarios con velas romanas y por la matriz te van a chispear fuegos artificiales… La chispa ha prendido…

Puede que Loto folle en chino, pero se corre en francés de París.

Horas después, nos ponemos muy alegres con el vino y Loto me enseña algunas frases chinas indecentes que aprendo y olvido sucesivamente. Vuelvo a follarla una y otra vez y por la mañana descubro que se ha marchado y me ha dejado una baratija de jade atada con un cordón de seda a mi cansada picha.

.....

¡Visitantes! Dos visitantes. Sid, a quien no había vuelto a ver desde la noche en que estuvimos pasándonos por la piedra a Marión en su casa, y una ja. O una hembra. Se sientan, educados, en los bordes de sus sillas y hablamos con finura del tiempo o de literatura o de algo igualmente inofensivo. Es una tal señorita Cavendish. Así, sin nombre de pila. Basta con oír su petulante «¿Cómo está usted?» para saber que es más inglesa que la torre de Londres.

La señorita Cavendish, explica Sid, es una amiga de su hermana, que vive en Londres. La explicación parece deberse sólo a la necesidad de dar conversación y parece que su visita es de mera cortesía. Pero Sid añade que la señorita Cavendish va a dar clases en Lyon y, como no empieza a trabajar hasta dentro de dos meses, tiene intención de pasar un tiempo visitando París.

Hay que ser educado, incluso con una hembra que lleva traje de *tweed* y medias de algodón. Le hago preguntas joviales, con la misma jovialidad con que la olvidaré mañana. ¿Y dónde vive?

Le brillan las gafas, cuando se vuelve hada mí. «Ése es uno de mis problemas», dice. «Sid me ha dicho que tal vez podría conseguir un apartamento aquí.» Echa un vistazo a la casa, como si la viera por casualidad. «Parece muy agradable… ¿y barata?»

«Oh, desde luego» le asegura Sid. «Alf, tú harás los arreglos, te encargarás de todo, ¿eh?»

¡De lo que me voy a encargar es de retorcerle el cuello! Pero no hay nada que hacer… se va a trasladar a un piso de la casa. En fin, tiene piernas bonitas, y existe una remota posibilidad de que esté para un polvo. Pero, ¡Sid sí que es un amigo cojonudo! Me gustaría verla sin gafas…

Cuando se haya instalado, no debemos olvidarla, dice la señorita Cavendish, pues París puede ser un lugar muy solitario para una chica soltera y sola…

.....

Visitas vespertinas… Anna, de regreso de la tumba, diez minutos después Alexandra. Aún está avergonzada de nuestra fiestecita de hace varias noches. Se ríe de aquello, pero entre sus risitas se trasluce su profunda turbación. No dice nada concreto sobre lo que le ocurrió tras haber salido de aquí corriendo desnuda. No insisto. Nada más llegar Alexandra, Anna recuerda que tiene otra cita. Esta vez me acuerdo de apuntar su dirección.

Alexandra derrama sus penas sobre mi cabeza como en una libación ritual. Ahora está decidida a marcharse de viaje para alejarse de Tania y Peter. Reajuste, lo llama. Se sienta en el sofá y me enseña los muslos, mientras pasa lista a los grandes pecadores de la Historia que han acabado en los brazos de Jesús. Tal vez… ¿quién sabe?… vuelva ella misma a la Iglesia, me confía.

«Pero, ¿sería necesario confesar los detalles?», me pregunta. «¿Tendría que saber todo la Iglesia?»

La verdad es que no lo sé, pero está bastante claro lo que desea que le responda. Le digo que en mi opinión a Jesús probablemente le gustaría conocer toda la pesca. Alexandra se estremece de placer. Si al menos pudiera librarse de los chavales, dice, todo se arreglaría. Pero parecen tener un poder diabólico sobre ella. Y Tania… es mucho peor que Peter, ahora que se ha acostado con su madre. Entra en la habitación exhibiendo su cuerpo desnudo y no hay forma de librarse de ella.

«No sé cómo va a acabar la cosa», dice. Hace una pausa, me mira y aparta la vista al instante. «La otra noche ocurrió algo demasiado perverso como para contarlo… a ti te lo cuento sólo porque sé que entiendes. Atormentó a Peter para que… para que me orinara en plena cara, mientras ella me pasaba la lengua por el *con*…» Se retuerce los dedos angustiada. «Fue algo… pero tú lo comprendes. Presa de la pasión, la cabeza se nubla… Tal vez yo dijera algo… tal vez dijese que… me gustaba. Me llamó con un nombre indecente… y me mordió el muslo. Todavía tengo la marca.»

Ni palabra, naturalmente, de cuando ella la ha meado en la cara a Tania. Pasa por alto y olvida esa perversión tan nimia. Se alza la falda a lo largo del muslo para enseñarme el punto en que Tania la mordió. Su blanca carne está hinchada por las jarreteras. Y, como ha dicho, aún tiene la marca… una huella, circular y perfecta, de los dientes de Tania muy arriba y a un lado, a pocos centímetros del coño. Alza la rodilla y separa las piernas, mientras la examino. Le aprieto la pierna y empiezo a magrearla.

¡No quería que pasara eso! ¡No poco! Se ha calentado y me ha puesto cachondo a mí con su charla con diapositivas… sabe lo que quiere, esta tía. Pero si lo que quiere es una muestra de John Thursday… éste ya ha alzado la cabeza. Le levanto la falda hasta la cintura y le bajo las bragas.

¡Qué culo tiene! Podría albergar sin enterarse unos cuantos ratones blancos en la

pelambrera entre los carrillos; ahí podrían vivir cómodos y sin el menor problema. Le acaricio el pelo y empieza a calentarse. Ella lleva los dedos a mi bragueta y John Thursday da un salto.

Mientras estamos tumbados y magreándonos mutuamente, me cuenta más detalles de sus aventuras con esos chavales suyos, tan chalados por el asunto. A medida que se va excitando, habla con mayor libertad. Al parecer, Peter está convencido ahora de que chupar la polla a un hombre lo vuelve más potente… amenaza con volverse una costumbre. Me alegro de haber salido de esa casa de locos, pero me gusta oír contar lo que allí ocurre…

A ver si puedo adivinar, me pregunta, por qué ejerce Tania tal poder sobre ella. Porque le gusta tanto que le laman el coño… y Tania lo hace de un modo tan especial, tan asombroso. Nada la detiene. Si no fuera por eso, tal vez escaparía de su lado. Y mientras me dice esto, restriega la pelambrera contra mi mano. Es una invitación, está esperando que me incline y dé a su chichi el mismo trato que describe, pero la defraudo.

Le meto el cipote entre los muslos y le restriego el *abricot-fendu* con la punta. Me pone una pierna encima y la raja se abre. Alexandra alarga una mano bajo el culo y me coloca la polla en el sitio en que la necesita y consigue meterla un poquito. Está tan cachonda, que no quiere perder tiempo desnudándose. Le digo que con la ropa puesta no me la follo…

Llegamos a un acuerdo. Tania le ha contado tantas cosas… sí, sabe incluso que su querido Peter me chupó la polla aquel día antes de marcharme… y me pide que la folle del modo que Tania le ha contado. Quiere que le haga todo… todo lo que haya hecho alguna vez a su hija.

Se sienta para quitarse los zapatos, y, en cuanto nos encontramos los dos desnudos, la tiro contra el sofá y la pongo de rodillas delante de mí. Me limpio la polla en su pelo y se la ofrezco para que la bese. Ah, atraigo su cara hasta mi pelambrera y la obligo a lamerla. Un momento después la tengo dentro de su boca, restregándole la garganta. También van bien unos cuantos nombres selectos. Engulle con delirio, cuando le digo lo puta que es en sinónimos suaves.

Babea sobre la punta como un niño con un pirulí jugoso. John Thursday está hecho un asco, pero al menos le están enjabonando la barba… Intenta lamerme la pelambrera con la polla en la boca y casi se asfixia. Después, cuando le está dando con ganas al cipote, cuando lo está tratando con tanto cariño, que me hace daño, se lo quito.

Alexandra es demasiado grande para moverla con la misma facilidad con que movería a Tania, pero la empujo contra el sofá y la pongo con las piernas al aire. Toda su parte baja, todo lo que queda entre sus piernas, está pegajoso. Cuando de repente le meto con fuerza un dedo culo arriba y digo que se esté quieta o, si no, le meteré el puño entero, se pone fuera de sí. Con tres dedos metidos en el recto ya es que se pone como loca, pero eso es lo que pedía, y estoy decidido a que no se pierda

nada.

No pone reparos, cuando le pongo el culo sobre la cara y la obligo a besarlo. Hasta me lame los carrillos sin protestar. Pero cuando le digo que separe los carrillos y me pase la lengua por el recto… ¡ah, eso es demasiado, la verdad! No puede hacer eso, ni aun cuando su hija lo haya hecho, empieza a decirme, pero se lo pongo sobre la boca y la obligo a besarlo, de todos modos.

Qué leche, las mujeres no se niegan a hacer nada, si se lo presentas como Dios manda. Al cabo de unos tres segundos, siento la cálida lengua de Alexandra que se desliza por la pelambrera de debajo de mi culo y después se pone a lamerlo. Tengo que enseñarle el jueguecito que Tania inventó y al instante me está pasando la lengua recto arriba y dejándome sacarla otra vez, como si la cagara. Y además, que con eso se pone más cachonda… me sujeta el cipote con una fuerza increíble… si alguien intentara quitárselo, probablemente se pondría a rasgarlo, a desgarrar las paredes con las uñas.

Debe de saber lo que viene a continuación, pero finge que no, conque la hago nombrar todas las posibilidades. Por fin, da con ello, en tono vacilante y como con la esperanza de no haber acertado. ¿No será, insinúa, que pretendo meterle la picha por el recto? Como premio por haber adivinado, le dejo saborear otro poco a John Thursday.

Oh, pero eso no, suplica. Había olvidado, cuando lo ha propuesto, que se lo había hecho a su hija… pero ahora recuerda… cómo se dilató y se dilató ese agujerito y casi se rajó… ¡Oh, alto! No sabe cómo se podría hacer una cosa así, mi picha es demasiado grande.

Está disimulando, esta puta ja. Y por fin reconoce. En fin —vacilante—, tal vez acariciara la idea de vez en cuando… sería difícil no pensar en eso, tras haberme visto hacérselo a su hija. Sí, podría ser incluso que hubiera deseado que se lo hiciese. Le pellizco el culo. ¿Y si lo hacemos ahora?, le pregunto. ¿Quiere que se lo haga? A ver… ¿QUIERE? Sí, le parece que tal vez quiera en efecto hacerlo.

Le hago los honores al instante. Le doy la vuelta y pongo a John Thursday a llamar a su puerta trasera. Se arrodilla con las piernas bien separadas y baja la cabeza, mientras se lo inserto. No pone reparos, como la primera vez que le metí el dedo en el recto… en eso se parece mucho a su hija. Se limita a esperar la consumación.

No tiene el recto tan ajustado como me esperaba. O se ha metido velas o ya ha jugado a este juego antes. El cipote no entra del todo, pero no tengo tanta dificultad como con Tania, y al cabo de poco está dentro.

«Ya habías hecho esto», le digo. Se escandaliza. ¿Cómo puede ocurrírseme una cosa así? ¡No es normal una cosa así! Eso es lo que me dice la muy puta… ¡que no es normal!

Pues que no lo sea, entonces. Me la follo así porque me gusta y a ella también. Para asegurarme, saco el cipote. Al instante vuelve la cabeza y alarga la mano para cogerlo.

«¡Por favor!» Eso es lo único que dice, y es suficiente para comunicarme lo que quería yo saber. Pero la hago rabiar, empiezo a meterle la polla otra vez y de repente se la saco. Me gusta oírla pidiéndolo. Me gusta oírla decir de sí misma que es una pajillera, que lame culos por cuatro perras, que es una puta que se deja follar por perros en el arroyo. «¡Por favor, métela otra vez! Estaba mintiendo… Me gusta que me lo hagan… Peter me lo hace. Tania lo ha visto hacérmelo… Peter me lo hace, sí, ¡mi propio hijo me sodomiza! Métela y folla… Tu polla es mucho mayor que la de mi hijo… El chupapollas de mi hijo… ¡ah, es tan maravilloso sentir tu picha así! Tu maravillosa picha, que todos hemos chupado… mi hijo, mi hija y yo…»

Recuerdo la carta de Tania… ahora quiere que vaya a verla y pruebe los nuevos juegos que ha aprendido. En fin, si la chica no está aquí, nada me impide probar con la madre…

Alexandra grita como una loca, cuando siente la ardiente orina que le entra por el culo. No sé lo que pensará, pero para mí es una sensación maravillosa. Mantengo el cipote metido hasta dentro y meo como un torrente. Me pide que me detenga, pero aunque quisiera no podría. Sigo llenándola hasta sentir que su vientre se hincha en mis manos. Me dice entre gemidos que se está corriendo…

La saco del sofá y se pone de rodillas culebreando ante mí. Gimotea que la quema dentro, la está haciendo correrse de un modo que no había sentido nunca…

«Levanta la cara…»

Me agarra las rodillas y alza la barbilla. «Ya sé lo que me vas a hacer… Rápido, ahora… mientras me corro… hazlo, por favor…»

Me besa la polla y la aprieta contra los labios, mientras meo, deja que parte de la orina le caiga en la boca abierta… Luego, cuando ha acabado, se queda de rodillas y me chupa la picha hasta que otro sabor borra el anterior…

.....

La señorita Cavendish es una pelma de los cojones. O, por decirlo con mayor propiedad, una pelma que no quiere saber nada de los cojones. Hablando en plata, es una calientapollas, toda promesas y a la hora de la verdad nada. En los tres días que lleva viviendo aquí ha inventado trescientas excusas para trescientas visitas… al menos, eso parece. Si no es el grifo, que gotea, es el reloj, que no anda. En lugar de bajar a ver a la *concierge*, viene a llamar a mi puerta. El grifo sólo necesita que lo cierren del todo y lo único que tiene el reloj es que no le han dado cuerda, pero es igual… tiene una excusa para entrar y fastidiar un rato.

Ya no lleva las gafas y es bastante guapa. También parece haber guardado la ropa de *tweed* y las medias de algodón… aparece resplandeciente con organdí y seda. Y tiene unos muslos…

Los muslos los descubrí la primera vez que vino a verme. Supongo que será fácil enseñar tanto así y no más, volver majareta a un hombre haciéndole ver casi —pero

no del todo— esos centímetros que faltan. Lo difícil es impedir que se dé cuenta de que eres perfectamente consciente de lo que enseñas y en eso la señorita Cavendish no es tan hábil como podría.

Al principio pensé que se moría por un polvo. Pero cuando me puse a tirarle los tejos, ¡me cortó el rollo en seco! No tiene la menor intención de bajarse las bragas para un hombre… al menos, para mí no… pero provoca y provoca hasta que me dan ganas de echarla de una patada en el culo.

No sólo practica ese jueguecito conmigo… Sid estaba convencido de que iba a tirársela, me lo contó con detalle e incluso se ofreció, generoso, a recomendarme ante ella. Ahora viene con la noticia de que el irrigador que tiene colgado en el baño debe de usarlo para limpiarse los oídos. No hay nada que hacer.

Mujeres así pueden destrozarte los nervios, si te las tomas en serio. Después de dos horas de arrastrar un cipote tieso en los calzoncillos, eres capaz de volver a la masturbación. Y a la señorita Cavendish no puedes por menos de tomártela en serio. Anda por medio demasiado tiempo como para quitártela de la cabeza. Tengo las uñas comidas hasta la carne…

La Virgen, no se deja ni tocar. No habla de otra cosa que del asunto. Todo el tiempo que anda por aquí… pero nunca directamente, por supuesto. Mi abuela la habría llamado coqueta. Conoce historias verdes de chicos y chicas… pero, ¡ay, si intentas tocarle el culo! Puede que traiga un nuevo par de bragas para que las admires… y que se alce las faldas incluso para que eches un vistazo y compares con las que lleva puestas… pero, ¡que no se te ocurra acercarte demasiado al par que lleva puesto!

Después, cuando estás dispuesto a abandonar asqueado, se vuelve otra persona. Han cambiado las reglas y viene a sentársete en las rodillas. Entonces está permitido que le estrujes un poco el trasero o que juguetees con sus jarreteras, pero antes de que consigas otra cosa que una polla más tiesa que la leche ha vuelto a marcharse y la próxima vez que intentes tocarla te lanza una mirada de las que quieren decir: ¿quién cojones te crees que soy?

Anoche Sid y yo intentamos emborracharla, pero, qué leche, no dio el menor resultado. Hombre, se excitó un poco, se reía con facilidad, e incluso nos dejó echar unos vistazos a su coño… mediante esos maravillosos accidentes que se las arregla para provocar. Pero nada más. Cuando nos había provocado hasta el punto en que la tensión estaba volviéndose irresistible, se marchó a su casa.

Yo me resignaría y la olvidaría, pero la muy puta no me deja, sencillamente. Esta mañana ha venido a mi habitación envuelta en una simple toalla de baño… una toalla grande, pero sólo eso, para preguntarme cómo se cierra la puerta del baño…

.....

Ernest está en la cama, cuando paso a verlo. Ha estado esperando que yo diera

señales de vida, según dice, y se alegra al enterarse de que Anna ha vuelto a aparecer intacta de cuerpo y alma. Pero le interesa más mi historia sobre la chinita a la que me envió. No le cuento que me costó el salario de una semana…

No importa que olvidara averiguar lo de la cocaína. Ya no sale con esa gachí, me dice. En realidad, no lo quería a él. Andaba tras una gachí española con la que la había visto varias veces y Ernest está indignado. Las lesbianas se están apoderando del mundo en nuestras propias narices, insiste, en nuestras propias narices. Un momento después ha compuesto un epigrama… nos están quitando el pan, o mejor, tías más buenas que el pan, de la boca… de la boca misma.

Ernest está inquieto y pienso que debe de estar esperando a alguna ja. Está acostado con las rodillas levantadas y las mantas abultadas en torno a ellas y, al parecer, piensa quedarse todo el día en la cama. Le pregunto si no se encuentra bien. Oh, sí, perfectamente, sólo un poco cansado… y simula un bostezo. Bueno, le digo, me voy a ir a dar una vuelta… y justo entonces algo se mueve debajo de las mantas, en las rodillas de Ernest.

Pocas veces he visto a alguien tan avergonzado como a Ernest… Cuando veo lo que estaba ocultando, no puedo reprimir la risa.

«¿De qué sexo es?», le pregunto. Ernest levanta las mantas y una chica de diez u once años sale a gatas de debajo de sus rodillas.

«Dos minutos más y no lo habrías adivinado», dice. «Pero ahora mira, Alf, no digas nada de esto, ¿eh? ¡La Virgen! Ya sabes lo que son estas cosas.»

La chica se echa atrás su negro y liso pelo y se limpia la frente, con la sábana. Se queja de que hacía demasiado calor ahí debajo de las mantas… por poco se muere asfixiada. Se sienta en el borde de la cama y me mira.

«¿Cuánto tiempo llevas con esto?» le pregunto. «¿Qué? ¿Le das caramelos de menta para que suba aquí?»

«Es la hija de los que regentan el bar contiguo», me cuenta Ernest. Y, dice a la defensiva, no sólo lo visita a él… todo el vecindario la conoce.

«No es como si me la hubiera ligado por ahí», dice. «Qué leche, no puede enseñarle una puñetera cosa… ya conoce todo. Pregúntale algo y verás que no te engaño. Sólo que ha aprendido a follar un poco antes que la mayoría de las chicas.»

La chica abre las piernas y me enseña su pelado chichi. Se lo abre incluso para asegurarse de que le echo un buen vistazo.

«Puedes follarme, si quieres», dice. «Pero primero tiene que follarme el señor Ernest.»

¿La folla el señor Ernest con mucha frecuencia?, le pregunto. No, ésta es la tercera o cuarta vez que ha venido aquí. Estaba a punto de follársela, cuando he llegado yo…

«¡Sigue, sigue!», digo a Ernest. «No quiero estropearte la fiesta.» La chica se ha puesto a tocarse con una mano y con la otra está meneando la polla de Ernest.

Ernest piensa que no entiendo. No está haciendo nada que no pudiera hacer

cualquier otro, etc., etc. Pero le aseguro que entiendo. A punto estuve en cierta ocasión de hacer lo mismo yo también… de hecho, propiamente, podría decir… Conque Ernest se siente mejor.

«Por Dios, Alf», dice, «deberías probarla alguna vez. Nunca creí que llegaría un día en que lo reconociera, pero la verdad es que te pone brutísimo.» Vuelve a echarse las mantas encima con los pies y se sienta. Da un pellizco a la chica y le hace estirar los hombros. «Mírala. ¿No es una belleza de niña? Va a ser una gachí preciosa, cuando sea mayor. Y tiene una desvergüenza de la hostia… tendrías que oír lo que echa por la boca, cuando se cabrea. ¡Huy, la leche, las historias que me cuenta! No creo ni la mitad, pero lo que me creo es bastante cochino. ¿Sabías que huelen hasta cuando son tan jóvenes como ésta? Parece sugestión, pero está ahí, desde luego, lo único que tienes que hacer es acercar lo bastante la nariz.»

La chica deja de tocarse y le agarra el cipote con las dos manos. Sabe bastante de pichas para entender lo que las pone tiesas… se agacha y deja que su pelo le haga cosquillas, mientras desliza los dedos hacia arriba y hacia abajo.

«No es que sea lo único que me gusta para follar», prosigue Ernest «¡Qué leche! Sólo pruebo para variar. Y ya es bastante mayorcita… no le hace daño ni nada por el estilo. La madre de Dios, Alf, le da al asunto, de todos modos… conque no veo por qué no había de probar cómo es.»

Parece que vaya a ponerse en seguida a cantar el himno nacional, pero la chica lo ha excitado tanto, que ha empezado a tartamudear. Ella le acerca la boca a la polla una y otra vez y después la retira, justo cuando sus labios están a punto de tocarla.

«Quiere cobrar un poco más por chuparla», me explica, «pero siempre se le olvida y lo hace igual.»

«¡Cobrar un poco más!», exclamo. «¿Quieres decir que ya saben bastante como para venderlo a su edad? Huy, la Virgen, cuando yo era un muchacho…»

«Pues claro que lo vende. Pero no por eso deja de tener un polvo cojonudo…»

La chica deja de juguetear con su minga y se pone a masturbarse.

«¿Ves esto?», dice Ernest «Está chalada por ese coño y el gustito que le da. El dinero no tiene nada que ver, algún idiota debió darle unas perras alguna vez y así descubrió que también podía conseguir dinero. Pero, joder, Alf, cuando le metes la picha en ese agujerito, cuando se pone a menearse debajo de ti y restriega su tripita contra la tuya… créeme, es mejor que cualquier cosa que hayas probado.»

«No quiero hablar», se queja la chica de repente. «Quiero follar.»

«Así es, Alf… justo así, como ha dicho. Ahora fíjate cuando la sienta entre las piernas. Joder, si es que te crees que se va a matar al metérselo. Pero es bastante grande por dentro. Es exactamente como se ve por fuera… no la recibe dentro del coño, la envuelve…»

No toca la polla de Ernest, cuando éste se coloca en posición de tiro… le coge la pelambrera, un puñado en cada mano, y se sujeta. Alza el culo por lo menos medio metro de la cama y parece tirarse hacia abajo. Es asombroso, pero consigue meterse

media minga dentro con ese simple movimiento.

«La primera vez que hizo eso pensé que estaba de atar», afirma Ernest, «pero así es como le gusta, al parecer… ¿lo ves? La Virgen, a veces sostenía un espejo detrás de su culo para verlo. Con este coñito se puede ver el mecanismo entero, no hay ni un pelo que oculte las cosas que se hacen para tener hijos. Y tendrías que ver…»

Sea lo que sea lo que tendría que ver, Ernest lo olvida. La chica ha empezado a serpentear y cada vez que menea el culo le aprieta la minga y la mete un poco más. Además, la minga de Ernest es de no te menees y empiezo a pensar que la chica se va a hacer una raja y para cerrarla le van a tener que dar puntos de vainica.

Su coñito se dilata y se dilata hasta alcanzar más del doble del tamaño que debería corresponderle. Pero no se oye ni el menor chirrido… menea el culo y aprieta las piernas en torno a Ernest como una experta. Cuando deja de entrar, es porque no queda más espacio… lo único que ha dejado fuera… exceptuando a Ernest… es una greña de pelo y un par de cojones.

«Oye, Alf, fíjate bien ahora», me pide Ernest. «Te lo pido como un favor. Quiero que me mires y luego me digas que no es imposible. La Virgen, he tenido pesadillas por la noche sobre eso, pero no puedo dejar de repetir. Ah, eso, así, cacho puta. ¡Menéate un poco más! Huy, la leche, nunca había sentido algo tan parecido a follar con una serpiente…»

«¿Qué hostia vas a hacer, cuando la dejes preñada?», le pregunto.

«¿Cómo? ¿Qué has dicho? ¿Dejarla preñada?» Ernest se altera mucho. «No gastes bromas, es demasiado joven para quedar preñada… ¿no? Oye, Alf, ¡a ver! ¿A partir de qué edad pueden quedar preñadas? Tienen que tener pelo, ¿no?»

«Y una leche tienen que tener pelo. Lo único que tienen que tener es un agujero donde meterla y puedes hacerles un bombo curiosito. ¿Quieres decir que no usas ningún anticonceptivo?»

«Déjate de bromas, Alf. En cualquier caso, no soy el único que se la folla. No me podrían demostrar nada… ¿no? Qué hostia, llevaría ante los tribunales al barrio entero, todo el mundo se la tira aquí. Mira, Alf, no lo creerías, si vieras algunos de los tipos que, según me ha contado, se la han follado. Incluso algunas de las mujeres, ¡te lo juro por mi madre! Y no son putas. Gente que vive por aquí, sencillamente.»

Sigue ahí tumbado con la polla metida en el chumino de la chica y se pone a discutir conmigo sobre las posibilidades de dejarla preñada. Pero la chica se cansa de oímos hablar… quiere que se la follen, dice, y si Ernest no se la folla como Dios manda, no vendrá a verlo más. Conque él le manda unos cuantos viajes al chichi y después dos de remate, que, de habérselos dado en la boca, le habría dejado los dientes completamente torcidos.

«Mira esto», dice. «¿Ves cómo se le contrae el culo, por así decir? Asegura que se corre, cuando hace eso. ¿Te parece que se va de verdad? ¿Eso es lo único que le sucede…?» Se pone a ventilársela de nuevo. «Pero, huy, la hostia, cuando me corro dentro de esta piculina…»

Le agarra el culo y la levanta a medias de la cama. Su cipote entra con fuerza y la cama gime… o tal vez sea Ernest. La chica mantiene las piernas bien separadas para ayudarlo a entrar cuanto quiera y tengo la sensación de ver su vientre hinchándose…

«La Virgen, le caben litros», dice Ernest jadeando. «Litros y más litros…»

A mí me tiemblan las piernas, cuando han acabado. Me encuentro más débil que Ernest y éste no parece una rosa precisamente. La chica pone fin al asunto con indiferencia inocente. ¡Me pregunta si me gustaría follármela ahora!

«¡Adelante, Alf!», le aconseja Ernest desde la cama. «En tu vida volverás a conocer una cosa igual. Pero vas a tener que hacerlo en el suelo o en otro sitio… No me puedo mover ni un centímetro del sitio en que estoy…»

Digo a la chica que no quiero follármela ahora… otro día, tal vez, pero se me acerca de todos modos y me restriega su culito contra la rodilla. Si la toco un poco, me dice, me entrarán ganas de follarla.

«A todos les entran, después de tocarme», me cuenta. «Mete la mano entre mis piernas… puedes tocar la lefa del señor Ernest, que está saliendo de mí ahora…»

Pero no, insisto, no quiero joderla y no me interesa tocar la lefa del señor Ernest. Entonces, ¿me gustaría que me la chupara? ¡No! ¿Que me la tocase, entonces? O si me gustaría cualquier otra cosa… se desliza entre mis rodillas y aprieta su vientre contra mi polla… tengo un cipote tieso de verdad, eso lo puede notar ella, y no consigue entender cómo es que estando empalmado no quiero joderla. ¡Pregunta de repente si no seré mariquita! O si es que no tengo dinero, dice que me fiará sólo por esta vez.

¡Sólo por esta vez! La prudencia francesa aparece pronto. Pero ni siquiera el aliciente de que me fíe me convence, con que se da cuenta por fin de que hablo en serio. En fin, dice, quizás otra vez… el señor Ernest me dirá dónde puedo encontrarla… me esperará…

.....

¡La señorita Cavendish! En mi vida he visto una mala puta igual. Esta mañana la he visto en pelota brava, como se suele decir. Esta vez es un problema con el retrete… no deja de sonar y no puede cortarlo y la está sacando de quicio. Por qué había de elegir el momento en que está vistiéndose para sacarla de quicio es algo que no sé… esas cosas superan el alcance de una inteligencia normal. Pero hay un retrete que no deja de sonar y yo soy el elegido para hacer algo.

Se tardan unos quince segundos en levantar la tapa, soltar el flotador y volver a colocar la tapa, y en ese tiempo la señorita Cavendish se las arregla para desprenderse de la poca ropa que tema puesta, al entrar, y venir a mi encuentro pavoneándose, cuando salgo por la puerta del baño. Oh, tiene un sobresalto terrible y se siente muerta de vergüenza, por supuesto. Sencillamente, no se le había ocurrido que se pudiese arreglar tan rápido… había pensado que no había peligro con andar así por la

casa… lleva un pequeño chal blanco y se cubre elocuentemente con él.

¡La muy puta! Se queda moviendo el chal hasta haberse asegurado de que he visto todo… tetas, vientre, coño… el programa completo. Y no está nada mal, debo reconocerlo. Anna tal vez tenga limones mejores, pero Anna es una excepción, no se puede comparar la delantera que exhibe ésa con los apéndices con que cuenta la mayoría de las mujeres. Y noto que la señorita Cavendish tiene uno de esos ombligos grandes y profundos, en los que cabe una castaña. Del coño no puedo ver mucho, porque está de pie, pero ella procura mantener los muslos separados para que la luz pase entre ellos… la pelambrera cuelga en un mechón rojizo.

Descansa sobre un pie y después sobre el otro, para permitirme captar todas las perspectivas, y, cuando tengo todo el plan delineado, se vuelve despacio… ¡ah, no había duda de que sería despacio!… se coloca de perfil y me ofrece el trasero completo, mientras regresa despacio a su habitación. Y ahí me quedo yo con el cipote tieso y sin poder hacer nada con él.

¡Daría las muelas por follar a esa calientapollas! No porque crea que tenga un polvo incomparable, sino porque me pone brutísimo. Me gustaría meterle la picha por la pelambrera una sola vez, sólo por la satisfacción de oírla decir a John Thursday unas palabras de disculpa bien escogidas… sólo para cobrárselo en carne, ponerle una inyección, pasarla por la piedra y media docena de otras expresiones metafóricas, que significan curarla de su insensatez con un polvo.

……

La idea fabulosa se le ha ocurrido a Arthur. Sid, Arthur y yo estamos en un bar, los tres un poco mamados, y Sid ha contado a Arthur la triste historia de la señorita Cavendish, a la que yo añado alguna cosita de mi cosecha, cuando parece oportuno. Naturalmente, Arthur está convencido de que no hemos sabido dar marcha a esa puta. Con él, habría sido muy distinto. De hecho, como le hemos dado vela en ese entierro, nos va a ayudar a cambiar el caso para todos nosotros. La idea fabulosa es que vamos a ir a ver a la señorita Cavendish y nos la vamos a follar. No existe la menor posibilidad de que no salga bien, dice Arthur, porque somos dos más que ella.

«Vamos a subir y a hablar a la jovencita», explica, «y vamos a intentar que trague tranquilamente. Pero, si no, izas, ¡La violamos, a esa puta!»

Sid está entusiasmado. Si a él se le ocurrieran cosas así, dice. Pero su cabeza no funciona de ese modo, nunca ve la conclusión simple y evidente… Conque vamos a ver a la señorita Cavendish.

Se alegra mucho de tener visita, nos dice al hacemos pasar… aunque vemos claramente que no esperaba a nadie. Abre la bata que lleva puesta y nos deja vislumbrar sus piernas, nos guía por la casa y en seguida prepara, hospitalaria, una bebida. Mientras está fuera de la habitación, Arthur nos susurra que está chupado, a fin de cuentas no vamos a tener que violarla… ¿no hemos notado la mirada que ha

echado, al comentar lo decente que es la ropa que lleva puesta? Nos reímos a carcajadas.

La charla empieza a llenar la habitación… Matisse… Gertrude Stein… No me hace falta escuchar para participar de modo inteligente, me limito a citar los nombres, pues de todos modos nadie escucha a nadie. Mantengo la atención fija en la señorita Cavendish. Está poniendo muy bruto a Arthur… no cesa de descubrir la rodilla y la bata se le abre hasta medio muslo. El pobre chorra ha puesto ojos como platos y espera que se abra lo bastante para dejarle ver el chichi… pero yo me la conozco y sé que bajo esa bata hay unas bragas y que la señorita Cavendish está absolutamente decidida a mantenerlas donde están.

Arthur tarda una hora en conseguir sentarse en el sofá, en el momento en que la señorita Cavendish está también en él. En fin, ya se dará cuenta… Le deja acariciarle la rodilla y meterle la mano un poco muslo arriba… puede pellizcárselo desde fuera de la bata, pero ni hablar de dejarle meter los dedos por debajo. Cuando se levanta del sofá, vaga por la casa tras ella como un perro que sigue a una vaharada de carne fresca. Sid y yo nos fingimos enfrascados en una discusión para que no se vean interrumpidos… es bastante gracioso ver a otro llevándose un chasco…

La señorita Cavendish ha sacado a relucir sus historias verdes… y algunos recuerdos personales destinados a hacer creer a Arthur que también ella puede ser un poquito indecente. La próxima vez que sale de la habitación, Arthur nos dice a Sid y a mí que somos unos gilipuertas.

«Se muere de ganas», dice, «¿Qué es lo que os pasa, chicos? Pero, bueno, si es como una fruta madura, lista para caer del árbol en tus manos. Sólo le falta pedirlo en voz alta.»

En ese momento se oye la voz de la señorita Cavendish. La bombilla de su alcoba parece estar fundida ¿Podría alguien venir a ver…? Le da miedo la electricidad…

«Ya está, Art», dice Sid. «Ahora lo está pidiendo en voz alta. Corre a ver qué puedes hacer. Si necesitas ayuda, nos presentamos al instante.»

Arthur no lleva ni un minuto en la alcoba, cuando se oye un grito y la tía entra corriendo con Arthur en los talones. Lleva la bata medio quitada y, como suponía yo, debajo las bragas puestas. Se echa en brazos de Sid y aprieta su desnudo vientre contra él. Dice jadeando que Arthur ha intentado hacer ahí, en la oscuridad, algo indecente.

Sid se vuelve muy serio, hacia Arthur. «Pero, bueno, ¿cómo puedes ser tan malo?», le dice.

Arthur está con la lengua fuera y no le ve la gracia al asunto.

«Déjame a esa cacho puta», dice. «¡Que le voy a hacer algo indecente! ¡Mírame la bragueta! ¿Quién cojones te crees que la ha abierto? Ella. Esa mala puta me ha sacado la polla y todo y después se hace la estrecha. Déjamela, que me la follo.»

«No era eso lo acordado», arguye Sid. «Temamos que jodérnosla todos, no sólo tú. ¿Dónde lo hacemos? ¿Aquí o en la alcoba?»

La estrecha de la señorita Cavendish no da crédito a sus oídos. Vuelve a echarse en brazos de Sid para ver si está bromeando y se encuentra con que éste la aprieta con mucha fuerza y no piensa soltarla. Ella pide que la deje. Sid le estruja las tetas y le dice que se porte bien.

Entonces, al comprender que hablamos en serio, empieza a pedir que la soltemos al instante y acaba alegando que no tenía intención de herir a nadie… estaba bromeando inocentemente, nada más.

«Entonces, ¿qué tal si echamos un polvete», le pregunto, «un polvete inocente y en broma?»

¡Que no le hablemos así! Si no la soltamos al instante, ¡gritará! Como hagamos un movimiento en falso, ¡avisará a la policía para que investigue! ¡Ah, se va a encargar de que la autoridad competente se entere de este atropello!

«Mira, Sid», dice Arthur, «no puedo soportar esta cháchara… me revuelve el estómago. De todos modos, podría gritar y se me parte el corazón de oír gritar a una mujer, conque vamos a ponerla a tono para que no pueda armar escándalo.»

Sid le da otra oportunidad de ceder pacíficamente. Ella grita que de ninguna manera. ¿Qué clase de chica creemos que es para esperar que permita a tres hombres ultrajarla? Arthur le mete un pañuelo en la boca y se lo ata en la nuca.

«Di algo», le dice, y la señorita Cavendish dice «gaag» con acento británico, me parece. «Perfecto», dice él admirado. «Ahora, te vas a enterar de lo que es follar, cacho calientapollas. Te vamos a violar en tu puñetera cama, ya que no admites a nadie en ella de otro modo.»

Ella da patadas y araña, pero nosotros tres somos sencillamente más que ella. La llevamos a la alcoba y la tiramos a la cama. Sid y Arthur la sujetan, mientras yo la desnudo.

No he violado a nadie en mi vida. Siempre me ha parecido bastante absurdo, pero eso era antes de tropezarme con esta calientapollas. Ahora estoy cien por ciento a favor de la violación y pocas veces he disfrutado tanto quitando la ropa a una gachí. La magreo, la aprieto aquí, la pellizco ahí y cuanto más se retuerce y lloriquea, más tieso se me pone el cipote.

Como son necesarios dos de nosotros para sujetarla, decidimos que lo más justo es que nos la follemos por el orden en que la hemos conocido. Conque el primero es Sid, y por cierto que tiene un trabuco de campeonato preparado para ella. La señorita Cavendish le echa un vistazo con los pantalones bajados y cierra los ojos con fuerza. La siento temblar debajo de mí. Podría sentir compasión de ella, si no estuviera tan cabreadísimo por su forma de comportarse…

Sid todo se lo toma con calma, hasta una violación, al parecer. Le hace cosquillas en la entrepierna y le pasa la mano por toda la pierna empezando por los pies y tardando mucho en llegar hasta la pelambrera. Le acaricia el vientre, juguetea con las tetas… después le separa las piernas y echa un vistazo al chichi. No es virgen, anuncia…

La señorita Cavendish tiene un miedo de la hostia. Posiblemente piensa que ya hemos hecho planes para deshacemos del cuerpo, cuando hayamos acabado con ella Pero aún lucha como una gata, en cuanto recupera el aliento… A Sid le resulta muy difícil mantenerla quieta el tiempo suficiente para meterle el cipote.

Arthur y yo nos inclinamos para ver cómo entra su polla en ella. Sid abre la *bonne-bouche* y le restriega la minga por los muslos tirantes y forcejeantes. La señorita Cavendish nos mira en silencio primero a uno y luego a otro. Consigue soltarse en parte la mordaza, pero el miedo parece haberle tomado la voz… no grítanos suplica con un susurro aterrado que la soltemos.

«¡No me hagáis esto, por favor! Nunca más provocaré a nadie, en mi vida… ¡Lo juro! ¡Oh, por favor… por favor! Siento haber sido tan mala… ¡no volverá a suceder! No me deshonréis más…»

Pero sus buenas intenciones llegan demasiado tarde. Luego puede que razonemos con ella, pero primero, como le dice Arthur, tiene que recibir una lección. Sid le mete despacio el cipote en la pelambrera… los muslos se le tensan. Arthur y yo dejamos de toquetearle las tetas y abrimos el camino a Sid. El vientre de ella se estremece y noto que los pezones se le han puesto tiesos… anchos y obscuros en el centro de los obscuros ojos de sus tetas…

«No… no… no… no… no…»

Sid ha introducido a presión la punta de la picha en su chumino. La mete con fuerza… los cojones rozan sus suaves piernas. Mantiene separados los muslos de esa tía puta y la pasa por la piedra despacio. Su vientre se retira del de Sid, cuando éste se apoya en ella y se pone a follarla. Ella gime. No quiere mirar a nadie ni que nadie le vea la cara… Sid le sujeta la cara y la obliga a abrir los ojos.

«¿Qué, puta? ¿Te gusta? Para esto es para lo que nos provocabas desde que te conozco… ¿por qué no sonríes? ¿No estás contenta, puta asquerosa? ¡Deja entrar a esta picha en tu coño, hostias! ¡Quiero que la sientas! Así, tal vez esto te ayude a conocer lo que tienes ahí.» La folla con tal fuerza, que resulta imposible saber si los meneos de la cama se deben a sus forcejeos o a los cipotazos de él. «Cuando te haya jodido, vas a dejar de hacerte la estrecha… no te va a resultar tan fácil mantener las piernas cruzadas, cuando tengas delante a un pobre tío muriéndose por echarte un polvo…»

Durante los cinco primeros minutos, la ja forcejea con él. Pero ahora ese cipote no saldría de su chumino por nada del mundo, hasta que Sid no haya acabado. Ella se da cuenta de que es inútil… no puede quitárselo de encima… sus forcejeos se van debilitando… está derrotada. No le queda más remedio que dejarse. Se queda quieta.

«Ah, ya va entrando en razón», dice Sid. «Tal vez esté volviendo a comprobar que es agradable que le echen un polvo… debe de haberle gustado en tiempos… alguien debe de habérsela jodido antes. Deberíamos haber hecho esto la semana pasada… ¡me parece que le gusta que la violen! ¡Mañana no te va a resultar tan fácil hacer teatro, puta calientapollas! Mira, tía estrecha, somos tres. Fíjate bien… tres.

Tres pollas como la que ahora mismo te está follando y durante mucho tiempo te has burlado de nosotros… no te vayas a pensar que con un polvo cada uno se va a acabar… te vamos a follar una y dos y tres veces… Dios sabe cuántas, hasta que hayamos quedado secos. Te vamos a dar una noche de las que sólo una puta puede conocer… qué leche, a lo mejor salimos a la calle y traemos a algunos chicos y les cobramos algo por follarte, a lo mejor te gustaría ser una puta… Pero no vas a estar fresca como una rosa cuando esto termine, no vas a estar como para saltar entre las margaritas…»

Ahora le está dando unos escopetazos de la hostia, la verdad. Le está saliendo el jugo a chorros y debe de haberle abierto la matriz de par en par. Cuando está a punto de correrse, temo que la cama se desplome debajo de nosotros…

«Aquí tienes algo que te a va calentar el coño», le grita Sid. «Tal vez no haya bastante para llenarte hasta rebosar, pero no te preocupes… te queda mucho por recibir aún. Sujetadla, chicos… Ya a subir a la luna, cuando lo sienta…»

«¡No hagas eso!» Se pone a suplicar otra vez… que Sid le suelte la lefa en la almeja le parece peor que follársela simplemente. «¡No puedes hacerme esto!»

Pero Sid sigue y le demuestra que puede pero que muy bien. Saca la minga y como insulto de despedida le deja caer en el vientre la lefa que queda en la punta. La señorita Cavendish esconde la cabeza bajo las arrugadas sábanas y gime.

Sid ha conseguido al menos una cosa… la ha abierto tanto, que cuando me monto encima de ella no está nada estrecha. Y tampoco forcejea tanto. Hombre, no es que eche las piernas en torno a la nuca y me dé la bienvenida gritando… arma un poco menos de jaleo. Otro no, suplica… no vamos a obligarla a pasar por esa tortura otra vez, ¿verdad? ¿No nos hemos vengado ya bastante?

Es francamente agradable oírla suplicar, después del trato que he recibido en los últimos días. Y la hago rabiar un rato antes de follármela, sólo por oírlo. He estado a punto de volverme loco de ganas de meterle el pito piernas arriba y ahora que ha llegado el momento en que puedo hacerlo, intento sacarle todo el provecho posible… le acaricio la pelambrera con la polla, le toco esa raja abierta a cipotazos con la que tanto me ha hecho sufrir…

«Oye, Sid», grito, «¡le está saliendo algo del coño! Creo que es lefa… tiene las piernas empapadas. ¿Qué hago?»

Sid le echa un vistazo y afirma que por lo menos la mitad es jugo del coño.

«Métele la polla y devuélvela a dentro», me aconseja sin dudarlo. «No queremos que pierda ni una pizquita… tenemos que conservarla jugosita para el próximo asalto… y si decidimos rifar polvetes con ella o algo así, tenemos que tenerla presentable para los muchachos…»

«La madre de Dios, ¿vas a dejar de hablar y follártela, Alf?», dice Arthur con quejas destempladas. «No puedo seguir tocándole las tetas… me voy a correr en su cara. Francamente, si no me dejas que le dé un pinchazo, voy a tener que meterle la polla hasta la garganta y no deseamos tener que follar a un cadáver… tan pronto.»

Ahora la chica está envuelta en las sábanas, pero la desenredo antes de meterle la picha en el chichi. Quiero verla entera, quiero sentir todo y ver con quién y con qué estoy jodiendo. Dejo a John Thursday olfatearle el pelo…

En su interior hay una marea chapoteando… Sid debe de haberle echado un chorro de la hostia… o si no, es que se le moja el chocho más que la leche. Tengo el cipote completamente sumergido. John Thursday tiene que nadar ahí para salvar la vida. Pero no por ello disminuye su placer.

«Llama a mi puerta cuando quieras, ¿eh?», pido a la chica. «Ven mañana mismo y da tres golpecitos. Ahí estaré, con Johny en su puesto.» Meto la picha más adentro y la noto relajarse debajo de mí. «¿Qué tienes…? ¿Un reloj al que hay que dar cuerda? ¿Un coño que necesita follar? Llámame sencillamente, da tres golpecitos y te dejaré como nueva…»

Le doy una palmadita en su desnudo culo… ¡La Virgen, qué placer poder hacerlo! … Le cojo las tetas y se las chupo. Aunque hay que sujetarla, ¡PUEDO HACER LO QUE ME SALGA DE LOS COJONES! Le dilato el *conillon*, le meto la punta de la picha en la matriz…

En la habitación hay una atmósfera de mareo marítimo. Su coño huele a mar y el mundo se mueve como un barco. Se me nubla la vista. Suelto lefa como un vaporizador…

Arthur no puede esperar más para echar su polvo. Me aparta de un empujón y se mete entre los muslos de la chica. Ahora ya está demasiado débil para impedírnoslo. Las piernas se le abren débilmente y ni siquiera intenta mantenerlas juntas.

Un envite y ya está dentro. Menea la polla e intenta trepar tras ella. La señorita Cavendish ya no intenta ocultar la cara… le deja follarla… ya no hay que hacer esfuerzos para sujetarla.

Sid le pone la picha en una mano y le dice que la acaricie. Ella cierra los dedos. Yo le pongo la minga en la otra mano… aún está mojada…

«No me folléis más… por favor, no me folléis más…» Parece demasiado débil como para elevar la voz por encima de un susurro.

Arthur se detiene. «Tal vez la estemos follando demasiado», dice. «No quiero hacerle daño, aunque sea una calientapollas.»

Sid se agacha y le mira el chichi. Dice que no le pasa nada. No puede hacerle daño… tiene un aspecto tan lozano como cuando hemos empezado, sólo que un poco más abierto.

«Duro ahí», dice. «Si le pasara algo, te lo diría. Oye, puta… sí, ¡TÚ! Quiero que digas la verdad… ¿te duele o no?»

Tiene una expresión tan feroz, que la ja no se atreve a mentir. No, dice, con un susurro, no le duele lo más mínimo. Pero no puede soportarlo más… no volverá a provocarnos más, ni a nosotros ni a nadie…

Eso es lo que Arthur quería oír, por supuesto. Le mete con fuerza la polla en el *abricot-fendu* y pone de su parte un poquito para ensanchar el recinto. Gime como un

camello cansado y le lanza un chorro que le empapa los muslos.

«¿Ves esto?», dice, señalando una mancha de lefa en la cama. «Mañana, cuando te dé el picor de nuevo, puedes olfatear estas marcas y masturbarte… o puedes mordisquear las sábanas, si te gusta tragarla.»

Sid le mete la mano entre las piernas, se unta los dedos de lefa y los restriega por los labios de la gachí. «Lámelos, hostia», dice. «A lo mejor te dejamos chupárnosla, si te gusta… a lo mejor nos la chupas de todos modos…»

«Yo no me fiaría de esa tía como para meterle la polla en la boca», dice Arthur. «Probablemente acabaría con media polla y un solo huevo. Por el amor de Dios, Sid, no seas majara, no le des la oportunidad de ponerte los dientes encima. Ya me han mordido otras tías, te lo aseguro, sé lo que es eso…»

Sid se inclina sobre la señorita Cavendish y le habla al oído. «¿Qué dices, puta?», le pregunta. «Apuesto a que ya has probado pollas antes, ¿no? No seas tan reservada, joder, estás entre amigos… tus amigos más íntimos. ¿Te has metido una picha en la boca alguna vez?»

LIBRO 2

El estilo francés

La señorita Cavendish no quiere seguir nuestro juego más. Comprendo su punto de vista… Se la ha follado Sid, se la ha follado Arthur, me la he follado yo, y ya está harta. A modo de último escupitajo en la cara, Sid está fisgando en su vida privada… y la señorita Cavendish es muy británica. Sid quiere saber si ha chupado alguna vez una polla, pero no lo averiguará, desde luego no por ese procedimiento.

Por supuesto, que se merece todo lo que le está pasando esta noche… Cada vez que resuena la profunda voz de la conciencia recuerdo cómo me hizo rabiar esta puta; me ayuda mucho a no sentir compasión por ella. Lo extraordinario del caso de la señorita Cavendish, cuando lo piensas, es que no la hayan violado antes. Una ja que se comporta así igual podría llevar este rótulo: «Se solicita persuasión enérgica». Después de algunas experiencias con la señorita Cavendish empiezas a sentirte violento. El hecho de que haya conseguido librarse durante tanto tiempo es sencillamente otra señal de la incompetencia general del sexo masculino.

Fijémonos en Sid, por ejemplo… hace mucho tiempo que anda por el mundo y le han ocurrido tantas cosas como a la mayoría de la gente, pero, si no hubiera dado la casualidad de que los tres nos reuniésemos esta noche, probablemente nunca habría respondido al trato que esta puta le estaba dando. Si vamos al caso, yo también la he dejado hacer lo mismo conmigo en gran medida hasta esta noche. En fin, supongo que a partir de ahora no habrá tantas llamadas a mi puerta… Me imagino que todo va a funcionar perfectamente en su solitario hogar y no habrá tantas peticiones de ayuda…

Arthur está casi llorando, convencido de que la señorita Cavendish va a arrancar la minga a Sid delante de sus narices. Siente auténtica fobia al respecto… un par de experiencias que ha tenido le han hecho cagarse por la pata abajo. Suplica a Sid que lo deje. «Échale otro palo», dice, «y olvida eso de que te la chupe… al menos por esta noche». En otro momento, le propone, «la próxima vez que nos tiremos a la señorita Cavendish, cuando no esté tan castigada ni tan expuesta a los excesos en un sentido o en otro, sería estupendo.»

«¿Qué te parece?», dice Sid a la señorita Cavendish. «¿Crees que tendrías más ganas de chupárnosla otra noche? Digamos… ¿pasado mañana?»

Preguntar a la señorita Cavendish cómo se sentirá dentro de dos noches es como preguntar a un hombre que se está ahogando si ha pensado dónde va a pasar sus próximas vacaciones de verano… no tiene tiempo de pensarlo, pero espera que haya otra noche para que ésta acabe de una vez. Se me ocurre que la razón por la que no nos suelta la polla ni a mí ni a Sid puede ser que, mientras las tenga en las manos, no se la follarán. Mira al techo y parece muy larga y muy desnuda estirada en la cama, y

Sid juguetea con su coño. Cuando lo comprime, sale lefa con burbujas.

Arthur piensa que deberíamos jodérnosla de nuevo y en seguida. «La cantidad justa», dice. Nos da una pequeña disertación sobre nuestro deber para con los que nos precedieron y los que nos seguirán. Según él, el primer polvo ha sido por el mero placer… el segundo es una responsabilidad que hemos contraído. Al parecer, el segundo es el que cuenta de verdad, el que le devuelve la cordura.

«Pero, leche, ¿es que no lo entendéis?», dice con voz de achispado… «Ahora le damos su merecido para que no vuelva a provocarnos… pero eso no basta. Tenemos que darle para el pelo para que no provoque a nadie más y eso significa que tenemos que echarle otro… pero, joder, si eso lo comprende cualquiera.»

No está tan claro cómo se llega a esa conclusión, pero ninguno de nosotros impugna la lógica de Arthur. Sid le dice que adelante, que se la folle.

«Yo también lo haría», dice Sid, «pero no puedo soportar la idea de apartar mi cipote de su mano. ¡Mirad con qué delicadeza lo sostiene! Exactamente como si fuera una flor o algo así.» Da unas palmaditas a la señorita Cavendish en la barbilla.

Arthur se sacude el cipote varias veces. Está fláccido como un trapo y, al parecer, va a seguir así.

«No es que no tenga ganas de cepillármela», explica. «Pero es que, joder, acabo de bajarme. No pretenderás que se me ponga otra vez tiesa al instante. ¿Y tú, Alf?»

Cuando Arthur dice eso, siento que los dedos de la ja me sacuden y aprietan la picha. Aún está asustada y parece que intenta descubrir si estoy en condiciones de mojar otra vez. John Thursday está en perfectas condiciones…

«No lo hagáis más…» Sin gafas, la señorita Cavendish está muy guapa y casi consigue hacerme sentir que le estamos jugando una mala pasada. «No os denunciaré, lo prometo, si no lo hacéis más…»

¡No nos va a denunciar! La lógica femenina es suficiente para hacer que un hombre se corte el cuello. Nos ha estado provocando de modo criminal… pero lo que se dice criminal… a Sid y a mí durante días… y antes… Dios sabe a cuántos hombres o por cuántos años. Nos ha puesto ese coño en las narices y después nos lo ha quitado en el último instante las suficientes veces como para volvemos majaretas, y masturbadores crónicos, además. Pero ahora… ¡No va a denunciarnos! Casi arrojo la polla contra su chumino… si John Thursday tuviera pies, sólo sobresaldrían las puntas de los dedos.

«Esto es por aquella vez en que me necesitabas para preparar la ratonera», le digo, y adentro con la polla.

«Y esto por aquella otra vez en que querías colgar los cuadros mientras andabas con una bata que casi se te caía. Y esto por la ventana que no se podía cerrar… el armario que no se podía abrir… el papel de la pared que se despegó…»

Podría continuar con la lista durante varios minutos, pero nunca podría hablar tan rápido como follar. Repiqueteo con la minga en el chumino de esa puta hasta que está a punto de estallar. Pero ahora no opone la menor resistencia… le doy un pellizco en

el culo para alegrarle un poco el chumino…

«Es una puta de la hostia», dice Arthur asqueado. «O se retuerce demasiado o no hay modo de que se mueva. Tal vez deberíamos enseñarle a follar, ya que estamos. Me cago en la leche, folla o te meo en el oído.»

La señorita Cavendish vuelve a la vida lo suficiente como para comunicar a Arthur que no se va a dejar intimidar. Podemos violarla, pero no vamos a poder obligarla… podemos someter su cuerpo, pero no su voluntad, etc. etc…

«Tal vez tengamos que apretarle las tuercas, Sid», dice Arthur.

«Sí, chico, me da la impresión de que vamos a tener que poner las cosas en claro… mira, puta, ¿alguna vez te ha cagado alguien un grueso chorizo delante de las narices y después se ha limpiado el culo en tu pelo? ¿Y después te ha dado una palangana llena de meado para que te laves? ¿O te ha hecho fotos para venderlas en el Boulevard des Capucines o quizás enviarlas a algunos de tus amigos en Inglaterra? No, ya me parecía a mí que no…»

La señorita Cavendish se aplaca al instante. Interviene Arthur… siempre ha querido hacer obras maestras de la fotografía. Tiene algunas ideas… la señorita Cavendish con una vela prendida en el culo, sosteniendo un chorizo negro entre los dedos de los pies y ondeando patriótica la tricolor… la señorita Cavendish cabeza abajo o colgada de los dedos de los pies en una esquina, mientras un sarnoso perro callejero… o tal vez un chaval rollizo… prueba su puntería en ella…

«¿O vas a follar como una chica buena?», le pregunta.

Le resulta muy difícil a la señorita Cavendish quilar conmigo. Pero Sid y Arthur le han metido un miedo de la hostia… nos cree capaces de cualquier cosa. Sid le pide más entusiasmo…

«*Allegro con moto*», le grita. «La Virgen, ¡qué movimiento más malo! ¿Así crees tú que folla la gente? No es de extrañar que no mojes…»

«Ése es un movimiento estrictamente masturbatorio», advierte Arthur a Sid. «Se convierte en una especie de hábito… pero si le metes la picha coño arriba varias veces se les pasa.»

«¿Queréis callaros?», les grito. «Si la dejaseis en paz, no habría problema… joder, si he pagado buenos cuartos por polvos mucho peores…»

A la señorita Cavendish no le gusta el cumplido. Intenta poner expresión de reproche, pero sólo consigue parecer ligeramente aturdida. La polla se me sale de su chichi y ella levanta el culo para que pueda volver a metérsela…

Arthur asegura que está empezando a gustarle… Sid dice que eso es un simple producto de su imaginación.

«No tiene que gustarle», dice Sid. «Si le gusta, no estamos haciéndolo bien. ¿Qué me dices, Alf?… ¿crees que le gusta?»

No puedo pensar en otra cosa que en mi polla… está completamente perdida en su chumino, y me estoy corriendo…

Sid está listo para sucederme. La puta ni siquiera cierra las piernas, después de

haber acabado yo… las deja separadas y espera a que Sid se le suba encima… Hemos dejado de fingir que la sujetamos, conque me siento en una silla y contemplo la escena.

Sid se la folla durante largo rato. Cuando empieza a estar demasiado caliente y a punto de irse, se detiene y descansa, y a la señorita Cavendish no se le ocurre otra cosa mejor que detenerse también. Si siguiera follando Sid tardaría la mitad del tiempo en correrse, pero en cuanto éste deja de meterle el cipote, ella también se para. Acabo cansándome ya sólo de mirarlos…

«¿Sabéis lo que os digo? Que no está nada mal, en realidad», dice Sid, en tono apreciativo, durante una de las pausas. «Si nos presentamos aquí con mucha frecuencia, podríamos hacer de ella una gachí de verdad. A ver… Arthur, ¿podrías disponer de dos noches a la semana?»

Pero las amenazas ya no afectan tanto a la señorita Cavendish… tal vez esté convencida de que no le puede suceder nada peor o acaso sepa que la estamos engañando. Mira la polla de Arthur… ha estado hinchándose en su mano.

«Deja de decir gilipolleces y fóllatela, ¿quieres?», se queja Arthur. «Tengo el asunto tieso otra vez, pero no va a seguir así toda la noche…»

Sid le barrena el chocho con el cipote y cierra los brazos en torno a ella como un cangrejo… la señorita Cavendish deja escapar un gritito y después todo queda en silencio. Sid está temblando, cuando saca la minga otra vez…

Arthur echa una ojeada a la *bonne-bouche* de la señorita Cavendish. La madre de Dios, ¿cómo, pregunta, va a follar nadie una raja así? Primero habría que achicar… si no, lo mismo daría meter la picha en un cubo de leche caliente.

Sid le dice que no sea tan bobo… basta con que se la trinque por detrás. Ponía boca abajo y no habrá problema… todo volverá adentro, explica.

«Hale, vamos a darle la vuelta», dice. Pero antes de que la toque, la señorita Cavendish se gira, ella sola, sobre sí misma.

«Perfecto», dice Arthur bastante sorprendido. «Ahora levanta el culo para que te pueda meter este aparato…»

Resulta gracioso de verdad ver a la señorita Cavendish impeler el culo hacia arriba y después mirar hacia atrás para ver qué pasa. Me echo a reír y, cuando Sid y Arthur se ríen también, la señorita Cavendish presenta la expresión más violenta que he visto en mi vida en una mujer. Arthur le da una palmada en el culo… Cuando se la jode, ella oculta la cabeza entre los brazos…

Sid echa un discurso de despedida, mientras se pone los pantalones. ¡Decencia! La señorita Cavendish se tapa con una sábana y aparta la vista hasta que todos estamos bien cubiertos con la ropa. Su hospitalidad nos ha parecido encantadora, le dice Sid… tal vez mañana la visitemos de nuevo… pongamos, ¿a las nueve?… y dice que tiene algunos amigos a los que les gustaría conocerla…

.....

Ernest está liando un cigarrillo y derramando la mayoría del tabaco por la pechera de su chaqueta. Ernest se crió en Oklahoma y nunca permite que se olvide. Habla de volver allí algún día, pero nunca lo hará. No puede volver porque nunca existió un lugar como aquel en que Ernest cree haberse criado…

Admira el tapiz que compré a la gachí china. Muy bonito, dice. ¿Y qué? ¿Nada anormal en mi polla? En ese caso, tal vez podría darse un paseíto hasta su tienda una tarde.

¿Y qué es de su chavalita, aquella con quien lo encontré en la cama hace varios días? ¡Oh, esa zorrita! Pero, ¡cómo le gustaría echarle mano! La puso en la puerta un día que venía una ja a su casa y al día siguiente entró estando él fuera, y le hizo un destrozo. Tiró los libros de las estanterías, sacó todos los papeles de su escritorio, le cortó el colchón con una navaja y después echó en su recibidor una cagada, que él pisó, al entrar.

«Las chavalitas», dice… «La Virgen, son horribles, sobre todo las precoces. Ésa, por ejemplo… es vengativa como una mujer y tiene la tremenda imaginación de los niños. La leche, me da miedo pensar en las chavalitas… les gusta Caperucita Roja y el lobo en la cama…»

Ernest me pregunta si me gustaría ver a su gachí española, aquella tras la cual iba la pintora lesbiana. Para en una tasca española donde se puede ver flamenco español auténtico…

Al marcharme, me paro ante la puerta de la señorita Cavendish y escucho. No se oye ni un sonido. No se ha oído en todo el día y un telegrama ha estado clavado en el picaporte desde esta mañana.

.....

Una bruja, perversa y vieja como las de los cuentos de hadas, se ocupa del guardarropa. En América, por muy asqueroso que fuera un establecimiento, tendrían a una joven atractiva para recogerte el sombrero… pero esta gente es realista… en su opinión, una tía atractiva en un guardarropa es un despilfarro de la peor especie. Cualquiera puede encargarse de colgar los sombreros, pero una gachí guapa puede utilizarse mejor… Ernest me susurra que de las citas para las habitaciones reservadas se encarga esa antigua cabalgadora de escoba…

El local está lleno de marineros, chulos y putas españolas. A ésos los puedo reconocer. A los otros… Dios sabe… habría que leer sus fichas policiales para saber qué o quiénes son. Ernest encuentra a su gachí al instante.

«Prohibido tocar», dice por la comisura de los labios, al acercamos a la mesa. «Y bebe sólo vino… es más seguro.»

El local apesta a comida y cerveza rancias. Me alegro de que comiéramos antes de venir…

Ernest no necesita avisarme sobre su ja… no simpatizamos. Es bastante bonita, y supongo que podría tirármela sin tener que apagar la luz, pero, sencillamente, no hay atracción mutua. Ernest y ella se ponen a discutir a propósito de la lesbiana… ella opina que él se ha portado como un imbécil… la lesbiana le hacía regalos y Ernest no. Empiezo a sentirme aburrido…

La orquestina rechina con sus desafinadas notas… Una cosa que no se puede negar a esta gente: ¡son tenaces! Tres mujeres bailan por tumo… todas tienen dientes de oro. Todo es tan terrible, que hasta un turista se daría cuenta de que es auténtico… puro…

Sin el menor aviso, aparece una muchacha en la pista. Lleva velo, pero se ve que es una gachí joven y muy bonita. Los tipos que han estado haciendo tanto mido dejan las guitarras…

«Flamenco», dice Ernest, «me han dicho que es la chica más joven que lo baila… quiero decir, bailarlo de verdad.»

Como no entiendo, igual podría ser una chorrada… pero gente que asegura entender me ha dicho que son necesarios diez años para que una flamenca se forme. ¡Diez años para aprender un baile que dura diez minutos! Es una de esas cosas que no me interesan demasiado… me parece un tremendo desperdicio de esfuerzo, como aprender la Biblia de memoria. Pero, en fin, al parecer se tardan diez años, por lo que todas las mujeres que bailan flamenco tienen más edad de la que deberían tener para practicar ese clase de baile.

Pero, ¡esta muchacha! La chica de Ernest nota mi forma de mirarla y me dice que la flamenca vuelve a actuar, en una habitación de arriba, ante un auditorio más restringido. Agita el mantón, toca las castañuelas. Comienza el baile y en seguida se ve que esta gachí sabe lo que se trae entre manos. El principio del flamenco parece ser que si te empalmas está bien interpretado…

«¿Cómo se llama?», pregunto, mientras la ja pasa girando y me echa una mirada que me habla de ir a la cama. «¿Qué baile es ése que hace arriba?»

«Para eso tienes que hablar con la abuela en el guardarropa», dice Ernest. «La chica se llama Rosita… pero, ¡cuidado! Esa rosita tiene espinas…»

Te enciende la sangre, esta gachí. Te mete pimienta en el nabo… John Thursday huele a coño en el aire y alza la cabeza. Ernest y la tía que está con él están magreándose bajo la mesa. Si el baile durara tres minutos más, Rosita haría cascársela a todos los presentes…

La chica se va serpenteando y con un meneo del culo se enrolla la pesada falda española y las enaguas en torno a las piernas. Me vuelvo hacia Ernest. Tengo que enterarme de si ese espectáculo de arriba es auténtico.

«Mira, Alf», dice, «lo único que sé es que arriba baila desnuda. No lo he visto nunca.»

«¿Por qué no subimos y echamos un vistazo… todos?»

Pero no está permitida la entrada a las damas. Es sólo para hombres y Ernest no

quiere separarse de la gachí ahora. Bueno, pues, voy a subir… voy al guardarropa y regateo con la abuela… Tengo que verlo a cualquier precio.

Arriba, en una habitación sin ventanas y de atmósfera muy cargada, hay unos veinte hombres sentados a unas mesas y charlando. Aquí no hay tantos marineros… la mayoría son hombres grasientos, vestidos en traje y que ostentan relucientes diamantes del tamaño de cojones… ocupo el único sitio Ubre y pido vino.

No te hacen esperar demasiado. En América, en un espectáculo así, subirían el precio de las bebidas cuatro veces y después te harían esperar hasta haber recaudado el alquiler de ese mes. Pero aquí en cuanto ha subido todo el mundo entra la chica…

Rosita aparece por un lado. Desnuda… qué leche, peor que desnuda… Lleva una peineta y la mantilla es larga… le llega al culo. Chanclas con tacones muy altos, ¡MEDIAS NEGRAS! Las medias le llegan hasta muy arriba de los muslos y para sujetarlas se ha apretado mucho las ligas… la piel monta sobre los bordes… En un brazo lleva un mantón de encaje… negro también. Además, el detalle antiguo, la chorrada… una rosa en el pelo.

No empieza a bailar hasta haber desfilado por la pista y habernos dado a todos la posibilidad de ver lo que ofrece. Mi polla se eleva como por resortes… Un marinero intenta agarrarle el culo, pero ella lo esquiva. No me habría sorprendido que hubiera intentado mordérselo.

Tiene pelo, esta ja, y se puede ver a través del mantón de encaje que deja caer para que le tape justo la *bonne-bouche*… Su pelambrera se parece más al negro pelo de un animal que a una mata normal. Pero sabe llevar tan bien el mantón, que no se consigue vislumbrarle la almeja hasta que no está decidida a enseñártela.

Considerarla o no joven depende de dónde se haya criado uno y del gusto personal… tiene dieciocho años y unas tetas que te dan ganas de hacer dieta de leche exclusivamente. Son grandes y retozan y los pezones son como pomos rojos… El culo se bambolea a cada paso que da y en torno a la cintura tiene las marcas del corsé que acaba de quitarse… te hacen pensar en el látigo.

Se ha quitado el velo y, aunque probablemente no satisfaría del todo a un español (los españoles buscan a la mujer, saben que sus muchachas se marchitan pronto), es exactamente la clase de gachí que yo buscaría, si tuviera ganas de una ja latina. Echo un vistazo en torno a la habitación. Todos los ojos están clavados en ella como puñales. La Virgen, debe de tener la sensación de que se la comen, cada vez que sale a bailar…

No sé qué pagarán a la chicas que hacen esto. No es hacer de puta como cualquier otra… En el caso de la puta normal… un hombre se le acerca con fuego en el nabo y ella se esfuerza al máximo para apagárselo. Es un servicio, un favor, en realidad, de la puta. Pero salir delante de veinte hombres cada vez que actúa… salir y prenderles fuego en los pantalones a propósito… para eso sí que hay que ser zorra. Equivale a salir y pedir que la destrocen, incitar a los hombres hasta que todos estén cepillándosela con unas ganas de la hostia en la imaginación. Después, cuando ha

recibido todo, ¿qué puede quedar para ella? La Virgen, tendrían que inventar una moneda nueva… no hay nada en el Banco de Francia para pagar eso…

Los tacones de Rosita repiquetean en el suelo como guijarros sobre un techo. Echa la cabeza hacia atrás y sus dientes centellean… las tetas se le levantan y el vientre le sale hacia afuera… el mantón se le ladea…

John Thursday sobresale como la rama recién cortada de un árbol. Aunque quisiera, no podría bajarlo… con esa puta asediándolo… Se pasea dando vueltas por la habitación y el mantón se le levanta al vuelo… tiene un vientre oscuro y peludo… una línea fina de pelo trenzado sube de su pelambrera… el chichi es un saliente rojo, rajado y húmedo hacia el centro… con aspecto fecundo y abierto.

Sus tacones zapatean con más fuerza y sus tetas dan un salto a cada paso… la vista empieza a nublársele ligeramente.

«¡Baila, zorra, baila!», grita alguien en español. Todos los presentes ríen y Rosita lanza una sonrisa siniestra Alguien le pellizca el culo. Da un chillido y se aleja de un salto, y va transformando el salto en un audaz paso de baile y el grito en una exclamación propia del espectáculo… Mueve las caderas desenfrenadamente.

«¡Ah!», muchas gargantas exhalan el grito, al cambiar el baile. Está follando ahora, follando con una imagen que tiene en la cabeza… Follándonos a todos… Lanza el culo hacia adelante y hacia atrás… Casi se pueden ver los dedos que le recorren el vientre, los brazos, las caderas en movimiento…

Ahora nadie se mueve en la habitación… Rosita se pone las manos en las caderas y gira despacio hasta haber mirado de frente a todas las mesas, haber ofrecido su coño a todos… Por todos lados ojos saltones y hambrientos en caras encendidas… está rodeada, cercada por la lujuria… dondequiera que mire hay un par de ojos clavados en ella… Se encoge hasta ocupar un círculo cada vez más estrecho y acabar en el centro de la pista girando despacio de puntillas…

Todos los hombres que la miran ahora… la ven ante sí, suplicando compasión… Rosita cae de rodillas despacio… inclina la cabeza al echarse hacia adelante… la boca parece topar con algo y hace un ruido feroz, obsceno… Se ve impelida hacia atrás, apuntalándose con brazos que no pueden soportar la presión ejercida sobre ellos hacia abajo… Las rodillas se le abren, al tiempo que su cuerpo se echa hacia atrás… los hombres empiezan a lanzar alaridos…

¡Y la puta es capaz de reírse precisamente entonces! Se estremece con una risa estridente y despectiva, dejándose caer hacia atrás, separando las rodillas aún más, levantando y enseñando el coño… La habitación resuena con gritos airados. La risa de Rosita se eleva como una ola de histeria sobre el rugido bisbiseante que avanza hacia ella…

«¡Puta asquerosa!», dice un hombre, al tiempo que le escupe en la cara. Un marinero le tira la cerveza. Siento que los cojones me suben por los pantalones… La Virgen, ¿es que no ve esa tía lo que está haciendo? Algunos de estos tipos están lo bastante borrachos como para matarla a golpes… Un cachas tira su silla de un

empujón y avanza tambaleándose hacia ella… se detiene ante ella y alza el puño sobre su cabeza… Rosita ríe y la cara del tipo se pone lívida… los músculos se tensan con fuerza en sus brazos…

La gachí se pone en pie con esfuerzo. El cachas se lanza hacia ella como un oso… y ella le arroja el mantón desplegado a la cara. Mientras corre hacia la puerta alguien atrapa su mantilla… le arranca la peineta de la cabeza y el pelo le cae sobre los hombros…

De una cosa estoy seguro… dentro de tres minutos va a haber veinte hombres en el guardarropa discutiendo con la abuela. Joder a lo mejor hacen cola a la puerta de Rosita… bajo corriendo las escaleras…

«¡Rápido! Esa chica que baila arriba…»

La bruja me coge el dinero y cuenta el cambio en un platillo. El número tres por el pasillo trasero… Es una niña muy agradable, deseosa y capaz de agradar…

Rosita está sentada en una cama turca fumando un punto. Está exactamente igual que cuando salió corriendo de la habitación… aún jadea…

«Pensaba que serías tú», dice. Luego añade: «Esperaba que fueras tú…»

Es posible que a todos sus clientes les suelte lo mismo… eso no importa. La miro de arriba abajo y le meto mano al chichi. Se ríe y tira el purito. Tiene el vientre caliente y ligeramente sudoroso.

Sus ojos mientras me quito la ropa, me recuerdan a los hombres que la miraban bailar. Por su forma de mirar a John Thursday parece que le gustaría arrancarle la punta de un mordisco… Está cachonda, de eso no hay duda…

«Mira», dice. Se abre las piernas y me ofrece un vislumbre de su *conillon*. Tiene jugo entre los muslos, un riachuelo bajo el culo. Se me recuesta en los brazos, mientras la magreo… de repente, sus dientes me pinchan en los brazos como alfileres ardientes.

Puedo darle lo que necesita… me coge los cojones y me restriega los pezones de sus chucháis por el pecho, y después sus dedos me atrapan el cipote por el cuello… tira de la barba de John Thursday y le acaricia la barbilla. Lanza un quedo sonido de satisfacción, como una gata, al notar lo duro que está. Cuando la acaricio se pone a patalear contra la cama… la colcha queda hecha un Lío, dura y apelmazada debajo de nosotros… Rosita me aprieta los muslos entre sus piernas al tiempo que me restriega la pelambrera y el coño… está masturbándose con mi pierna y ese vientre peludo me está haciendo cosquillas en la cadera.

La saco a rastras de la cama y la pongo de rodillas, exactamente como estaba en el clímax del baile. Alza la vista para mirarme…

Sabe lo que quiero. Mi cipote vibra delante de ella… Coloca las manos en mis rodillas y se inclina… me coge la picha en la boca y chupa, esperando a que yo la impela hacia atrás…

«¡Ríete ahora puta! ¡Intenta reírte con esa polla en la boca! Trata de derramar la risa por las comisuras hacia mi pelambrera, se va a enganchar en los pelos… Voy a

empujar la risa garganta abajo, metértela en el vientre y sacártela por el culo… Voy a convertir tu risa en baba y, después de correrme tu risa se ahogará con la lefa… cuando lances tus risitas te saldrán chorritos de lefa en los oídos… y con las carcajadas te saldrán lágrimas especiales de lefa… te gotearán de la nariz…»

Los brazos de Rosita ceden ante mi presión… las rodillas se le abren y cae hacia atrás hasta que su pelo barre el suelo. Me arrodillo sin sacarle la polla de la boca y ella chupa, al tiempo que me clava los dedos en las caderas. Siento que su vientre se alza y queda bajo mi culo… le pellizco los limones y la hago lamer su baba en los cojones…

¡No puede tragar la lefa, cuando me corro! Tiene la cabeza demasiado baja y se ahoga al intentarlo… pero la sujeto, mantengo la minga dentro de su boca hasta que vuelva la normalidad y después noto que aún sigue chupándola. No ha parado, ni un instante, y tiene la boca llena de lefa que no puede tragar.

La levanto, le meto un brazo por debajo y le agarro el pelo. Sacude la cabeza… no va a tragarla. Aparta la cara y luchamos sobre la alfombra unos momentos. De repente, se echa a reír y abre la boca para mostrarme que ha pasado.

Se tumba boca abajo, al tiempo que yo me siento en el suelo, y se pone a lamerme la minga otra vez. Su lengua serpentea en torno a mis cojones y los besa. Me pregunta si me ha gustado su baile. Me dice que todas las veces que baila ocurre lo mismo… les enseña todo y acaban dando alaridos. Una noche un negro, un tipo enorme de labios azules, la rajó con una navaja… me enseña una fina línea en relieve que le cruza el vientre en diagonal… Después vino y se la folló y se quedó toda la noche… el único negro que ha permitido a la abuela enviar a su habitación.

Me pregunto por qué no ha llamado ningún otro a la puerta. Es que no lo hace así. A veces acepta a uno… nunca más de tres después de haber bailado. De vez en cuando deja entrar a dos hombres a la vez, pero nunca más. Podría recibirlos a todos, si quisiera, pero sólo lo hizo una vez. ¡Quince hombres uno tras otro justo después de haber bailado! Y estuvieron tan brutos, que le dio miedo… tuvo que mandar expulsar a dos de ellos.

¿Cuánto tiempo lleva bailando? No sabe… le parece que tenía doce años, cuando su padre la hizo quitarse la ropa y bailar desnuda para unos hombres… tenía un bar en Madrid. Recuerda que sintió miedo… uno de los hombres quería follársela y su padre lo sorprendió después tocándola en un rincón oscuro… su padre lo tiró escaleras abajo de un puñetazo… Ella mintió y dijo que en realidad no le había hecho nada… había estado besándole la picha y metiéndosela en la boca…

Al decirme esto, me besa el cipote y se lo mete en la boca. Me estoy empalmando otra vez… me lame las piernas y el vientre. Me dice que le gusto… si no hubiera venido a su habitación, tenía intención de bajar a buscarme. ¿Me gustaría quedarme toda la noche? No me va a costar ni un céntimo más, y me garantiza que me puede provocar más erecciones que ninguna otra chica de allí…

Le explico que estoy con unos amigos, que tendré que bajar pronto… y la gachí

se muestra francamente decepcionada. Se mete mi picha en la boca y me la chupa durante varios minutos más… después se levanta y se tumba en la cama con las piernas separadas. Se acaricia la pelambrera, como si estuviese enamorada de eso que tiene ahí abajo.

John Thursday parece haber olvidado que acaba de tener una lección de francés. Está tieso y listo para acudir a una cita con ese melocotón rajado que Rosita tiene entre los muslos. Cuando me acerco a ella, la ja levanta las piernas al aire y las agita junto con las manos como patas de cangrejo.

Rosita tiene un gran coño, una vez abierto y desplegado… me gustaría tener una linterna para mirar en ese agujero negro. Parece el Agujero de Calcuta… Casi me imagino los cuerpos de todos los hombres que han intentado follarlo alguna vez apilados dentro. Con un agujero así se debería poder mirar en línea recta hasta la garganta.

Pero tengo un cipote para llenarlo… cojo las piernas de Rosita y las empujo hacia arriba hasta que las rodillas tocan las tetas. Por este lado es toda culo y coño… nada más. Le deslizo la picha en el chocho y desaparece en el centro de su pelambrera. ¡Y menudo cómo se menea! Aun antes de que ponga la polla en acción ya está saltando como si le hubiera metido un cubo de carbones ardiendo por la puerta de su homo. Alarga la mano hasta el culo y me tira de los huevos hasta que empiezo a temer que se suelten los goznes. Grita que se corre… le chupo las tetas… tengo un volcán en erupción en las manos.

No he empezado a follarla de verdad hasta que ha desaparecido ese obstáculo. Entonces me pongo a cepillármela, lo hago como si esperara quedarme cinco años ahí… En tres minutos la tengo jadeante… en cinco minutos está pidiendo clemencia.

Cuando me corro es como estar tumbado en la cama y sentir que la habitación da vueltas. Me golpea fuerte en la boca del estómago. Todo queda deshecho, pero oigo los arrullos de Rosita… la ha golpeado a ella también.

Es una loca… en cuanto me separo de ella, se tira vientre a tierra… me besa los pies y me muerde los dedos… tengo que quedarme, dice… no puedo marcharme y privarla de una polla tan maravillosa como la mía. Quiere que me quede toda la noche… toda la semana… no me va a costar nada. Me mira la ropa… me comprará un traje nuevo… muchos trajes nuevos. Lo que está diciendo es que quiere que sea su chulo… el último que tuvo, se emborrachó y se cayó de una ventana hace un mes…

Qué leche, no tengo tiempo para ser chulo de nadie… y además, no podría resistir el temperamento español más de dos semanas. Intento explicárselo, pero no me escucha… está obsesionada y cuanto más le explico más insiste. Alza la voz y empieza a enfadarse. Yo también me enfado… ha sido un polvo cojonudo, pero no he pagado para pegarme con nadie. Le contesto con gritos. Por último, empiezo a vestirme.

Sólo me falta calzarme un zapato… cuando veo la malintencionada navaja en su mano. Cojo un cepillo de la cómoda y se lo tiro. Fallo, y ella también… la navaja

choca contra la pared y cae.

Salgo al vestíbulo saltando sobre un pie… Rosita corre por el cuchillo de nuevo. Nos gritamos mutuamente a través de la puerta abierta hasta que la veo abrir el brazo de nuevo… después cierro la puerta de un portazo. Se produce un ruido como de huesos rotos… es el fino tablero de la puerta… la negra punta de la navaja lo ha traspasado. Tiene fuerza en el brazo, esa puta loca… y una puntería excelente. Me pongo el otro zapato y salgo de naja.

Emil no está abajo. Supongo que se ha ido con su gachí a echar un quiqui. La tía vieja del guardarropa me entrega el sombrero. ¿Lo he pasado bien?, me pregunta. Debo volver otro día…

……

La señorita Cavendish nos ha dejado. Según dijo a la portera, el vecindario no era exactamente de su agrado… conque hizo las maletas y se marchó a la chita callando. Sid dice que la encontró por el Boulevard Saint-Germain hace dos días y que, cuando ella lo vio, echó a correr en dirección contraria, cogió un taxi y desapareció.

Entretanto yo veo a un español detrás de cada esquina. Estoy seguro de que esa gachí, Rosita, ha enviado a un par de amigos suyos tras de mí… espero verme con un cuchillo clavado cada vez que paso por una calle oscura. He llegado hasta el extremo de separarme mucho de las esquinas y sobresaltarme, cuando un muchacho sale corriendo de un portal. Espero que no me pase nada hasta que Rosita encuentre otra cosa en que ocupar tiempo y pensamiento.

¡La Virgen estas gachís! Si no te poseen, quieren matarte o, si no, matarse. En Francia, y sobre todo en París, es donde te das cuenta de verdad de lo terribles que son las mujeres; no es casualidad que la novela francesa haya llegado a ser el prototipo del colmo de la excitación respecto a la cuestión de quién amaba a quién y por qué no le correspondían. Hay algo en la atmósfera misma que te revela constantemente las tretas e intrigas de las mujeres.

Toots, por ejemplo, la de Carl. Ahora anda en busca de un americano rico. Según me cuenta, la vida con Carl ha llegado a ser insoportable. Probablemente la verdad sea que a Carl se le está acabando el dinero… si se enterara de que Carl ha heredado unos centenares de miles, me imagino que la vida con él le parecería más fácil. El caso es que Toots ha encontrado a su americano rico y lo está preparando para que muerda el anzuelo. Me dice que probablemente se casará con él. Es propietario de una cadena de supermercados en América y no tiene familia ni hijos. Pero antes de conseguir que se case con ella tiene que lograr que se la tire… sin parecer una puta. Es un viejo muy virtuoso, el andoba ése, según Toots… ni siquiera intenta magrearla… la tiene muy preocupada.

Alexandra está pasando por una crisis moral. Me cuenta en una carta que ha vuelto a la iglesia… no a la griega ortodoxa de Rusia… sino a la apostólica y romana.

Un cura la visita tres veces a la semana para darle clases de doctrina, y ha enviado a sus hijos al campo. Es una carta mística… ¡una carta mística de esa ja! Tengo que hacer un gran esfuerzo para acabar de leerla. No parece haber dudas… Alexandra ha encontrado la respuesta para todo… al menos, por un tiempo.

……

Arma se siente deprimida. Me la encuentro en la calle: no parece ir a ninguna parte y yo tampoco, conque nos emborrachamos. Al principio, quiere echarse a llorar, pero con unos tragos se le pasa… En un primer momento pienso que tiene el mes, pero no es eso lo que le pasa… sino, sencillamente, que es una mujer y sin talento. Si un hombre se sintiera como ella, daría una paliza a su querida o iría a ver un combate de boxeo. Está inquieta, los días pasan y no hace nada. ¡Si fuera capaz de pintar o escribir libros! O si incluso tuviera que ir a trabajar cada día. Pero no sabe pintar ni escribir y no necesita un trabajo… al cabo de una semana se cansaría de levantarse temprano todas las mañanas…

No me cabe duda de que lo que necesita es un buen polvo. Algo les ocurre a las mujeres en la cabeza, cuando se ven privadas demasiado tiempo de esa parcelita de felicidad que tienen entre las piernas. Le pregunto cuándo se ha acostado con un hombre por última vez.

Se ha acostado con bastante frecuencia, dice Anna, pero no ha estado demasiado bien. A decir verdad, no se ha corrido… El hombre con el que vive es demasiado viejo para follársela con la frecuencia con que lo intenta y se convierte en un coñazo… ¡Si intentara echarle un buen polvo cada dos semanas o incluso cada mes! Pero, no; se empeña en mostrarle lo hombre que es y no le sale bien.

A decir verdad, Anna confiesa por fin que no se ha corrido desde aquella noche indecente en mi casa… cuando le dio miedo y salió corriendo sin ropa. No es, por supuesto, que sea partidario de hacer cosas así. Pero lo que hizo aquella noche… la forma como actuó la espantó tanto, que decidió ser fiel a su admirador. Es el único que se la ha follado desde aquella noche en que nos tiramos los tres hacia ella… y tal como dijo…

Anna no tiene inconveniente en tocármela, pero le parece que no está bien que nos magreemos delante de tanta gente. No obstante, le deslizo la mano bajo el vestido y le hago cosquillas en los muslos hasta que se retuerce en la silla. A cada copa que tomamos, nos da más gusto, y Anna acaba dando la vuelta a su silla para poder meterme también los dedos en la bragueta.

En el asiento trasero del taxi que nos conduce a mi casa, la situación se anima mucho más. Levanto la falda a Anna y le bajo las bragas y ella saca a Jean Jeudi al aire nocturno. Me deja acariciarle la entrepierna, pero no debo intentar meterle el dedo… el conductor lo olería. Qué leche, si no lo huele ya es que no tiene olfato. La agarro e intento magrearla de todos modos. Anna resbala en el asiento como una

borracha y apoya la cabeza en mis rodillas. Le dejo hacerlo… Me reclino en el asiento y contemplo a Anna chupándome el cipote hasta que paramos ante mi puerta.

Después, arriba, la sorpresa. Toots está acurrucada y dormida delante de la puerta y apesta a alcohol. No se despierta, cuando la sacudo… gime y arma alboroto, conque Anna y yo la cogemos de los talones y la arrastramos adentro… Anna se ríe.

Toots yace en el suelo y en el centro de la habitación con las piernas separadas y la falda levantada hasta la cintura. Lleva bragas, pero su pelambrera sobresale en los bordes y entre los muslos. Anna le hace cosquillas y Toots da patadas.

A Anna se le ocurre una idea extravagante. ¡Quiere desnudar a Toots y piensa que debería follármela mientras duerme! ¡La Virgen, qué inocencia la de las mujeres! Y Anna es una tía virtuosa, además… al menos dentro de lo que se puede esperar de una mujer. Hay algo en la constitución de las mujeres que las hace interesarse por otras mujeres mucho más de lo que se considera decente. Pensemos en el caso de una mujer y dos hombres, uno de los cuales está mareado: existen noventa posibilidades contra una de que al único que toque la picha sea al que aún está en pie. No hay duda de que, si algo le pasara al borracho, sería idea de la mujer.

Anna desabrocha el vestido a Toots y se lo saca con cuidado por la cabeza. Después se sienta con la falda alzada de modo que pueda verle el coño y se pone a acariciar a Toots. Es más curiosidad que otra cosa… quiere ver lo que hará la tía cuando sienta sus manos sobre su cuerpo… pero resulta un espectáculo más extraño que la leche. Además, por ser mujer, conoce todos los puntos mejores…

Al principio, Toots no hace nada. Sigue tumbada como una piedra, mientras Anna le estruja y pellizca las tetas y le quita el sostén. Anna le hace cosquillas en el vientre y la entrepierna… empieza a acariciarle y frotarle los muslos.

«Me siento como una puñetera lesbiana», dice Anna. Lo dice en serio… intenta reírse, pero su voz suena extraña. Me sirvo una copa y me siento a mirar… después de haber conseguido que Anna me chupara la picha en un taxi, este espectáculo me empalma más que la hostia.

Anna no toca el chichi a Toots. Solamente le restriega la mano alrededor, le baja las bragas y casi se las quita, le mete la mano entre los muslos para acariciarle el culo. Toots se despierta a medias y se retuerce… coge la mano a Anna… después se la pasa por el *con*. Anna lanza risitas, pero está ruborizada como no la había yo visto nunca. Acaricia la *bonne-bouche* de Toots, tocándole la parte superior de la raja, pero sin llegar a meterle los dedos.

«Está soñando contigo», dice.

Toots debe de estar soñando con algo… cierra las piernas y sujeta las manos de Anna entre ellas, después las abre al máximo.

«Conque esto es lo que sienten los hombres», dice Anna. «A veces me preguntaba…» Desliza el dedo en el *abricot-fendu* de Toots y lo mueve en círculo. «Huy, Dios, qué raro… ¡Me alegro de no ser hombre! Todo ese pelo haciéndote cosquillas en el dedo…»

«No te quedes conmigo, Anna. Tu propio pelo te ha hecho cosquillas en el dedo muchas veces.»

«Eso es diferente», me dice. «Además, no me he masturbado desde que era niña…»

Anna quiere que monte a Toots y me la folle. Y una mierda, le digo… si Toots vuelve a la vida, podría jodérmela, pero meterle el churro piernas arriba, cuando está como un cadáver… es un simple desperdicio de la polla. Cuando me tiro a una tía, me gusta que lo sienta, sepa lo que está ocurriendo y grite en los momentos adecuados.

Anna descansa la cabeza en el muslo de Toots y le acaricia el vientre. Nunca ha tenido la nariz tan cerca de un coño, me dice… qué olor más extraño, cuando te acercas tanto.

La dejo así, mientras voy a orinar… Tengo que hacer algo, si no, John Thursday se va a ahogar, sencillamente, en su propia agua. Cuando vuelvo, Anna se sienta muy rápido… Se está limpiando la boca con el dorso de la mano. ¡Ha estado lamiendo el chichi a Toots, la muy puta! Lo noto al mirarla y ella me muestra que no es ningún secreto… se quita los zapatos y encoge los dedos de los pies.

«No te interrumpas por mí», le digo.

«Mira, Alf», dice, hablando muy deprisa, «tienes que creerme… ¡Nunca había hecho una cosa así en mi vida! Estaba preguntándome… quería ver qué tal sabe… debo de estar bastante borracha…»

Está bastante borracha. Y la creo, por supuesto. Joder, no tengo razón para no creerla… A Anna no le gustan las chavalas. Pero es una puta indecente… No creo que hubiera algo que no probara, si estuviera bastante cachonda y borracha.

«¿Y qué? ¿Qué tal?», le pregunto.

No sabe. De verdad, no lo sabe, me dice. Estaba empezando justo cuando he vuelto. Le digo que continúe a partir de donde estaba… puesto que ha empezado, por qué va a dejarlo.

«Huy, la leche, me parece que te gustaría verme haciéndolo», dice Anna. «Me parece que te gustaría verme lamerle el coño a esta chica, además de todo lo que sabes de mí… cosas que nadie debería saber… que nunca deberían haber sucedido.»

«¡Oh, déjate de chorradas y hazlo de una vez! ¿Quién cojones te crees que soy yo, Anna? Joder, como no lo hagas, voy a ir ahí y te voy a meter la nariz ahí dentro a la fuerza, como a un gato que se ha cagado donde no debe…»

Anna quita zapatos, medias y bragas a Toots… se tumba boca abajo y se pone a echar un buen vistazo a ese higo rajado. Parece una boca vertical, dice, con barba rizada alrededor… Pasa su roja lengua por el muslo de Toots y la mete por entre su pelambrera… y lame con la punta de la lengua el coño de Toots. La introduce…

Tan inesperadamente, que hasta yo me sobresalto, Toots se despierta. Zas… así, sin avisar. Se sienta y mira a Anna, que no ha tenido tiempo de moverse. Mira a su alrededor y después a mí para orientarse. Después agarra a Anna del pelo y la aparta

de su chichi de un tirón.

«¡Puta indecente!», grita. «¡Ahora comprendo por qué tenía esos sueños! ¡Viciosa! ¡Mírate la boca! ¡Huy, Dios mío, límpiate la barbilla!»

Pasa sus bragas por la cara de Anna y le seca el jugo. Me echo a reír de las dos… están tan ridículas, esas dos tías, mirándose y tan espantadas una de la otra. Explico a Toots… ha sido una equivocación, etc., etc., y, cuando le he contado la historia, propone que tomemos un vaso de vino y volvamos a ser amigos. Sean cuales sean los motivos de queja respecto a Toots, hay que reconocer que tiene mejor carácter que la mayoría de las jas…

De todos modos, dice Toots, Anna no debería haber hecho eso. Ahora Toots está cachonda y, cuando está como ahora, no puede calmarse de ningún modo hasta haber follado y follado, ¡Y FOLLADO! Anna y ella se abrazan, ebrias y afables. Toots quiere que Anna se desnude.

«Quiero ver si eso que tienes ahí es de verdad», dice señalando los chucháis de Anna.

Anna está muy orgullosa de esas tetas que luce… la forma más segura de conseguir que se quite la ropa es admirar su escaparate. Se desnuda… y sólo Dios sabe por qué tiene que quitarse los zapatos para enseñar las tetas. Pero no tengo motivos para quejarme… Aquí me tenéis en mi propia casa, con el alquiler pagado, borracho y con dos gachís guapas y desnudas en las manos. La Virgen, me siento capitán general…

Apalancan el culo, una a cada lado de mí, en el sofá. Rodeo con un brazo a Toots y con el otro a Anna y les magreo las tetas. Cuando tienes un par de tetas normales con las que comparar, las de Anna parecen mayores que nunca. Me abre la bragueta y me saca la polla… Toots también quiere tocarla… se ponen a cascármela las dos…

Disponer de dos jas listas para follar al mismo tiempo presenta un gran inconveniente. Ya el hecho de tener una sola polla es bastante grave, pero el problema de verdad es que lo más fácil es que la que te folles al final se cabree y no lo olvide nunca. Lo lógico es joder a Anna, por supuesto… Toots va tras los peces gordos últimamente. Pero, aún así, no me hace gracia precisamente abusar del buen carácter de Toots… una panda de españoles siguiéndome los pasos todo el día es más de lo que puedo soportar…

Por suerte, existe una solución amistosa. Al parecer, a Toots le ha gustado mucho que Anna le lamiera el chichi… no debería haberse puesto así, pero es que se ha sobresaltado, etc. Y si Anna quisiera hacerlo un poquito más… sólo un poquito… y si después yo me la follara… oh, pero un poquito… también le gustaría, y aún podría yo follar a Anna.

Anna vacila. En realidad, no le gusta hacer cosas así, explica… ha sido un simple capricho. Pero, en fin, está tan segura de que Toots no se lo dirá a nadie… y, naturalmente, yo tampoco… Acabamos yo sentado en un extremo del sofá, con los pies hacia el otro extremo, y Anna tumbada boca arriba con la cabeza en mis rodillas.

Después Toots se coloca por encima de ella, arrodillándose con las piernas por fuera de las mías. John Thursday está perdido entre el pelo de Anna y yo no puedo ver la cara a ésta porque está bajo el culo de Toots… pero la oigo chupar… está haciendo una mamada de la hostia al chichi de Toots. Toots me rodea con los brazos, aprieta los limones contra mis mejillas y me chupa la lengua…

Anna parece estar representando su papel desde que la hemos convencido. Toots culebrea y me acerca la boca al oído. Por encima de su hombro veo a Anna masturbándose…

«Me está chupando el culo», me susurra Toots. Mira a Anna… «Por favor, por favor, mete la lengua… hacia arriba… ahí… métela… métela…»

No puedo ver lo que sucede ahí abajo, pero Toots me mantiene informado. Anna ha metido la lengua en el recto de Toots, ¡y es tan suave y serpenteante! ¡Qué par de jas tengo aquí! Cojo el pie a Toots y le acaricio el culo con los dedos…

¡Y esa puta de Toots! Me echa las tetas a la cara, me las ofrece para que se las chupe y muerda, después mete la mano hacia abajo y coge un mechón de pelo de Anna y mi cipote con él… ¡La Virgen, qué forma de tocarle a uno la polla! Si no follo dentro de un minuto, voy a correrme en la permanente de Anna.

Toots está lista, también. Se levanta, echa un vistazo a la cara de Anna y después se da la vuelta y saca el culo para que Anna lo bese. Y Anna, esa puta indecente, ¡se lo besa! Le lame los carrillos… y en medio… por último, aprieta la boca entre ellos y da un beso a Toots, un chupendi como Dios manda.

Me levanto de un salto y tiro a las dos jas juntas en el sofá. Separo las piernas a Toots y bajo la cabeza a Anna contra su pelambrera… quiero verla lamiendo el chichi a Toots… y lo veo. Separa aún más los muslos de Toots y parece como si intentara lanzarse de cabeza…

Toots está empezando a enloquecer, también… quiere probar un *tête-bêche* con Anna. Se juntan y se ponen a darse marcha mutuamente. Y Toots es tan indecente como Anna… Se apalancan como piezas de un rompecabezas, abrazándose la cintura mutuamente, metiéndose mutuamente la cabeza en la almeja y sacando sus respectivos culazos, cada cual con la cabeza de la otra debajo… Toots está por fuera y me la monto… puedo mirar la mata de Anna y ver lo que Toots está haciendo en ese escurridizo melocotón que está mordiendo.

De repente se va la luz y quedamos en tal oscuridad, que no veo nada. He estado empujando la polla contra el culo de Toots para intentar metérsela… pero Anna la coge y se pone a chuparla… se la desliza de la boca… la puta loca… ¡me está lamiendo el cipote y metiéndolo en el coño de Toots a un tiempo! En fin, si quiere contemplar todo el festejo, ya puedo… empiezo a follar a Toots y Anna nos lame a los dos, chupando el chichi a Toots y mi minga, ¡mientras entra y sale!

Estando borracho y en la obscuridad es mucho más fácil que en situación normal… Anna vuelve a cogerme la polla, la chupa y coloca la nariz de John Thursday a la entrada del recto de Toots… lo meto y Anna sigue intentando

lamerlo…

Pero es demasiado fácil olvidar dónde estás… Estas jas no se dan cuenta de que no estamos en una cama de matrimonio. Me empujan hasta el borde del sofá y, cuando noto que me caigo, intento agarrar… caemos los tres al suelo… siento un culo que sale hacia arriba… me monto e intento meter otra vez a John Thursday donde estaba… Anna grita y me lo saca… una de ellas se ha metido mi polla en la boca… la otra me está lamiendo el culo y montándoseme encima… huelo a coño y después tengo una pelambrera contra la cara… no sé cuál es, pero la chupo igual… La vista se me está acostumbrando a la obscuridad. Veo el obscuro perfil de una cabeza que sube y baja, mientras una de esas gachís me chupa la picha… la otra está intentando tocarla y yo le he metido un dedo en el recto…

La luz vuelve a parpadear. Toots está de rodillas chupando el culo a Anna… Anna es la que está en cuclillas encima de mí con un cipote en el chocho.

«¡Apaga la luz y fóllame!»

Toots me agarra y quiere que vayamos al sofá. La arrojo en él y le separo los muslos… Pero dejo la luz encendida… Ahora la veo tal como es, mientras que en la obscuridad podría perderla…

Anna debe de estar aturdida… se sienta en el suelo y nos mira, sacudiendo la cabeza como para aclarársela. El chocho de Toots recibe todo mi cipote al instante… ella sigue pidiéndome que apague la luz… hasta que el gustito en el coño le apaga la voz… está que arde… es como abrazar un homo. La estoy follando como un mono, pero no le parece bastante.

Se queda como una breva en mis brazos… se ha corrido y se ha desmayado. Sigo jodiéndola hasta que Anna me coge las rodillas… ahora lo quiere ella. Empuja a Toots fuera del sofá y me salta encima, arañándome y mordiendo como una tigresa. Forcejeamos hasta que la coloco debajo de mí y boca abajo… Así no, dice jadeando… Pero John Thursday mete la cabeza, se estruja en su recto y sube serpenteando hasta tener la nuca dentro… La Virgen, si ahora no estalla, la tía, nunca lo hará… mi cipote la abre como un cuña… y cuando lo tengo dentro le gusta… Mientras estoy barrenándole el culo a Anna, puedo mirar a Toots, que está tumbada en el suelo con las piernas abiertas, con lo que puedo verle el jugoso y requetequilado coño… se abre mientras lo miro… bosteza cavernoso y tengo la impresión de encontrarme al borde de un volcán humeante, asomándome a ver la sima infernal… caigo en el fondo de esa garganta ardiendo; chispas fulgurantes y resplandecientes pasan a toda velocidad a mi lado, mientras caigo en el fuego, el misterio…

Me están dando bofetadas. Aparto esas manos y siento que la cabeza me da vueltas. Anna me está hablando… debe de haberme dado un telele. La Virgen, si te corrieses así la primera vez, probablemente te cagarías en los pantalones y después te cortarías la minga con la navaja de afeitar de tu viejo…

Anna dice que quiere otro polvo… pero primero tiene que hacer una cosita en el baño… Desaparece bamboleándose y yo me siento en el sofá y miro a Toots. La

hostia, si Carl viera ahora a esta gachí suya tan cojonuda, se haría cruces…

Encuentro a Anna dormida en el baño. Está sentada en el retrete, durmiendo tan plácidamente como un niño de pecho. La dejaría ahí, si no fuera porque probablemente se caería… conque la llevo a la alcoba y la meto en la cama. Mientras estoy acariciándola un poco antes de taparla con las mantas, Toots me llama desde la otra habitación. Entra en la alcoba y se cae en la cama en sentido transversal sobre Anna… ésta está como un tronco… ni siquiera se mueve cuando Toots le rodea el cuello con las pierna y le restriega la boca contra el chichi.

Toots quiere jugar al sesenta y nueve conmigo. Joder, Toots es una ja a la que podría lamer toda la noche… La veo humedecerme los pelos y cuando se ha metido mi picha en la boca me lanzo por su pelambrera… le lamo los muslos y el vientre y antes de llegar al coño ya está tan cachonda, que está intentando volverse la matriz del revés.

Estas tías son como lo que soñabas, cuando ternas quince años… no esperan a que se te ponga tiesa y les pidas que la chupen… se la meten en la boca cuando está fláccida y le dan marcha hasta que te empalmas. Mi picha parecía una vela magullada, cuando Toots ha empezado a chuparla… pero ella la endereza, le quita las arrugas y pliegues…

La habitación apesta a jugo de coño. Lo huelo, la cama apesta también… se ha metido en todas las rendijas y rincones del cuarto y me extraña que los gatos del vecindario no se hayan agrupado a aullar debajo de las ventanas.

En momentos así no puedo imaginar nada mejor… Tener un grueso culo en las manos, un coño en que meter la nariz y una tía cachonda intentando arrancarte la polla con la lengua… eso es lo mejor que se puede desear en este mundo o en cualquier otro. Lamo los jugos del coño en los muslos de Toots… si le meto el cipote un poco más en la boca, le va a salir estrujado por el recto, va a pasarme por delante de la nariz como un grueso chorizo rojo.

Se está corriendo y le lleno la boca de lefa… Pero no se queda con todo… cae algo en la cama. ¡Esa puta que me está manchando las sábanas! Le hago limpiarlas con la lengua y después no se me ocurre nada mejor que limpiarme la polla en su pelo…

Con las dos jas dormidas en mi cama, no me queda otro sitio que el sofá. Pero no estoy seguro de querer estar presente, cuando se despierten, en la postura del sesenta y nueve, y empiecen a contemplar el escenario de sus pecados… conque cojo el cepillo de dientes y me voy a un hotel. Están acurrucadas como garitas, cuando las dejo, y Anna tiene la nariz metida en la pelambrera de Toots…

……

Yo no quiero morir. Hoy llevo media docena de mis libros al encuadernador… dos de ellos son irreparables y hay que tirarlos. No había notado que estaban deshaciéndose,

que el papel se estaba volviendo demasiado frágil para sostener el hilo… pero están acabados, y eso que los compré hace sólo una o dos semanas… cuando estaba en América, naturalmente. ¿En qué otro sitio se podría comprar un libro tan mal editado, que esté para tirar antes que el hombre que lo compró? Pero el tiempo pasa.

Esos capullos que te dicen que dentro de cinco o cincuenta años estarán listos para entregar el alma… ¿cómo hostias puede un hombre decir una cosa así? Hay demasiadas cosas que ver, que hacer, y, mientras estás vivo, debería ser imposible cansarse de poseer ese diminuto destello de conciencia…

¡Mientras estás vivo! Pero es que vivimos en una tierra de espectros. El mundo está medio muerto antes de haber nacido. La gente pasa por la vida con un pie en la tumba y otro aún pegado a la matriz… nunca crecen y son viejos desde el segundo en que pronuncian el primer chillido de protesta al descubrir que tienen que defenderse solos ahí fuera…

Alexandra viene a verme tras un intercambio de notas. Está hasta el moño, y más allá, del cristianismo… la atrae el satanismo. Habla de magia, blanca y negra, de los rosacruces, de súcubos e íncubos, de misas negras… Oh, se lo sabe todo, conoce todos los términos y habla tan en serio que me parece trastornada.

Ha llegado a la conclusión de que debe informarse sobre un canónigo degradado que, al parecer, ha reunido en torno a sí a un grupo de discípulos del diablo y celebra misas negras aquí, en París. ¡Por él se ha enterado de que las mujeres han recibido la facultad de tratar con íncubos! Y sería tan fascinante recibir visitas de Byron, por ejemplo, poder acostarse con él, o con algún hombre al que, por razones de prudencia, etc., sea imposible alcanzar de otro modo.

¡Y se cree esas tonterías! Ha estado leyendo toneladas de libros sobre esos temas, según me cuenta, y su confesor está muy enfadado con ella. ¿Sabía yo, por ejemplo, que existen cerca de treinta sociedades diseminadas por el mundo, cuyos miembros se han dedicado a adorar al Anticristo? Habla de conjuros y encantamientos, de fiebres y diversas enfermedades transmitidas mediante hipnosis y apariciones. La leche, al oírla parece como si tuviera trato con fantasmas y duendes todas las noches. Hasta de alquimia habla… tiene listas de los grandes faquires de todas las épocas en la cabeza y me cuenta que sólo en Francia hay veintisiete hornos de alquimistas encendidos por las noches.

Resulta imposible follar a una mujer en esas condiciones. Preferiría tirarme a una tía de un manicomio. A decir verdad, me alegro de liberarme de ella y, cuando se ha ido, aún siento la aprensión que me ha dejado. No son los demonios y larvas lo que me molesta.

Toots hace su aportación a mi programa de la semana. ¡Toots y Peter! El americano rico que Toots ha estado intentando pescar ha expresado el deseo de conocer a algún otro, a cualquier otro, americano que viva en París… siente añoranza y es víctima de esa enfermedad que hace sentir a los turistas que una persona que haya estado a menos de tres mil kilómetros de su lugar de residencia es un hermano

al que molestar y jorobar con efusividad y confidencias. Conque Toots me lo trae de visita.

No es el pelmazo que yo me esperaba… puede ser porque los dos, él y la gachí, están alegres… han hecho una peregrinación por los bares del barrio. No es tan viejo tampoco… no está claro por qué no se ha tirado a Toots aún… ella está empezando a desesperarse… Se sienta en sus rodillas y menea el culo para él, justo delante de mí, pero lo mejor que a él se le ocurre es darle un pellizco y seguir hablando.

Toots parece haber decidido que será esta noche o nunca… he estado tanto tiempo intentando pescarlo, que ha hecho todo menos coger y pedirle que se la joda. Se pone a provocar… pronto está restregándole los chuchái s por el hombro, el muslo por la rodilla… La Virgen, yo le veo todo, y, mientras «Henry» sigue ahí sentado y hablando sobre el aspecto que debía de tener París en la Edad Media, yo tengo un cipote tieso que podría mostrar en una exposición.

La tía se muere por un polvo tan a las claras como una vaquilla en primavera… y me parece que quiere un polvo por el polvo en sí tanto como para atar a este Henry a su vida. Oh, es una zorra, de eso no hay duda… ni la menor preocupación por lo que pasó aquí la otra noche… ¡Me llamó al día siguiente y me preguntó cómo me sentía! Mientras que Anna… Anna escurre el bulto y se oculta un día o varias semanas antes de salir a enseñar la almeja otra vez…

Después suena el timbre y es Peter. Ha venido con un campesino y trae una carta de Tania, que ésta no podía echar al correo porque en el sitio donde Alexandra se los llevó los vigilan estrictamente. No puedo coger la carta y echarlo a la calle… después de haber venido de tan lejos. Entra… ¡y menudo si se alegran los ojos de Henry al ver a ese capullo tan mono! Joder, igual podía haber tirado a Toots de culo al suelo… ni siquiera finge ya oír lo que ella dice.

Peter capta la señal al instante. Se sienta muy modosito… lo único que le falta es un pañuelito de encaje para ser un sarasa perfecto. ¡El muy cabrito soplapollas! El americano rico de Toots está hechizado… Le da un vaso de vino y se agita de un lado para otro con la primera chispa de vida que ha emitido en toda la noche. Después Peter y él se sientan y se miran con los ojos en blanco.

Toots se sienta junto a mí en el sofá. «¡Tal vez», sugiere sarcástica, «Henry y el muchacho se sintieran mejor, si los dejáramos solos!» ¿Por qué no se lanzan uno en brazos del otro, sencillamente? Al principio está que trina y después la cosa empieza a hacerle gracia. Coge y le cuenta a Henry lo gracioso que es… que ella haya estado intentando cazarlo para que se casara con ella. ¡Y resulta que desea a un muchacho guapo en lugar de a ella! Debe de estar más borracha de lo que parece… desde luego, está asqueada. Si yo fuera Henry, me la colocaría sobre las rodillas, le bajaría las bragas y le daría azotes en el culo. Pero a él también le parece gracioso… los dos se sientan y ríen y toman un vaso de vino y Peter se ruboriza, lo que realza su belleza.

«¿Por qué no…», pregunta Toots a Henry, «te lo llevas a la alcoba a hacer lo que tengáis que hacer…? A Alf no le importa. Pero me gustaría verlo, tener la

satisfacción de saber qué tiene él que no tenga yo.»

Peter deja colgando sus largas manos de los brazos del sillón. Se las arregla para parecer escandalizado… eso no se lo había yo visto nunca a Peter. Henry frunce el entrecejo… tal vez piense que Toots se está mostrando algo grosera… pero estas tías pueden ser mucho más groseras. De repente, Toots se levanta las faldas y nos enseña la pelambrera. Cuando te apunta con eso es como si lo hiciera con una luz cegadora. Casi se la restriega por la cara a Henry.

«¿Qué tiene de malo?», pregunta. «¿Acaso ves gusanos hormigueando por ella? ¿Es que se ha vuelto verde? ¿O apesta acaso? Si no es mejor que el jebe de un chaval para meter la picha, entonces ella es obispo… y, si lo que necesita es un agujero redondo, ¡también ella tiene su recto!»

Ahora bien, se equivoca al poner esa *bonne-bouche* en la cara de Peter. Éste se la mira, la olfatea y le mete uno de sus largos dedos antes de que Toots se dé cuenta de lo que pasa. También a Henry le parece gracioso, pero cuando Peter rodea el culo a Toots con los brazos y le da un beso en la pelambrera, su sobresalto es tan grande como el de la gachí.

Toots se baja las faldas rápidamente y pregunta si este moninín es de la acera de enfrente… o de ésta. De las dos, le digo, y ella sacude la cabeza. Hay que ver lo depravada que es la gente que yo conozco.

Henry quiere divertirse. Está muy lejos de su país y por una vez en su vida, nos dice, puede hacer exactamente lo que le plazca. Conque, ¿por qué no nos lo pasamos en grande esta noche? Somos todos amigos, sabemos todos lo que es el mundo, etc., se pone bastante filosófico al respecto. Por último, se dirige a Toots. Si se muestra complaciente, no se arrepentirá. Toots le dice que se meta el dinero en el culo… pero no hay razón para no estar alegres.

No estoy del todo seguro de querer bajarme los pantalones con ese Henry cerca… pero conmigo se muestra bastante legal. Al final comprendo que sólo le interesa alguien como Peter. En eso se parece mucho a Ernest, salvo que Ernest se pirra también por las gachís.

Tiene que confesamos una cosita Henry. Desde que conoce a Toots, se ha preguntado muchas veces cómo será cuando jode… oh, sí, ha pensado en follársela, pero, ¡es que ya no se pone cachondo con las mujeres, como antes! Pero le gustaría verla follar. No es difícil ver una cosa así… en París todas las casas de putas tienen un espectáculo así… pero nunca ha visto hacerlo a una chavala agradable, a una conocida suya.

Qué leche, ¡yo no voy a representar un espectáculo para este cabrón rico! Pero tengo la sensación que parece un aditamento permanente y, si no me follo a Toots, voy a tener que salir y pagar a una puta… me la voy a colocar sobre las rodillas, cuando pase. Ella arrima el culo a John Thursday y se levanta las faldas para que la acaricie.

Toots tiene tantas ganas de follar como yo… sus muslos están ardiendo y tienen

jugo en medio. Y la pelambrera… ésta es la mata original en llamas… Cuando le acaricio el chichi, me siento como un hombre a punto de sumergir un dedo en un bote de plomo caliente. Se abre las piernas y ese cojonudo olor a coño se difunde por la habitación.

La Virgen, sería capaz de follármela en los escalones del Palais de Justice, ¡en el centro de la Place de la Concorde delante de una revista militar! Le levanto las piernas y queda tumbada boca arriba delante de mí, mientras le quito las medias. Peter está que se caga, casi, en los pantalones de excitación.

Toots se tumba en el sofá y se retuerce, mientras me desnudo… está intentando atraer a Peter para que venga a besarle la pelambrera otra vez… pero antes de que consiga convencerlo me la monto. Antes de que pueda comprender lo que sucede, ya le he metido el cipote chocho arriba, y se pone a dar patadas en el sofá tan fuertes, que temo que los muelles salgan disparados por la habitación.

Peter está sentado en las rodillas de Henry… tiene la bragueta abierta y Henry le está haciendo cosquillas en la minga… Peter mete la mano en el pantalón de Henry y se pone a masturbarlo… la escena parece cada vez más la de un manicomio. Toots chilla como un cerdo pasado a cuchillo.

¡Sí, chilla, puta! Tienes un cuchillo en el vientre, te está rajando la matriz, tu *con* siente el filo…

Peter se quita la ropa y, cuando Toots lo ve de pie y desnudo, con la minga dura y tiesa, le ruega que se acerque y le deje tocarla. Ese cabrito es ambidextro, pasa de un sexo a otro como un camaleón… se queda de pie a su lado y le deja juguetear con su polla, acariciarle los huevos y pellizcarle las piernas. Después, cuando le parece que se mostrará complaciente, quiere meterle la polla en la boca.

Toots no dice nada de lo que sería de esperar. Lo mira con expresión de considerarlo una idea maravillosa… le deja restregarle los cojones por la boca… y después se los besa. ¡Una ja tan estupenda besándole los cojones a ese cabrón tan monín! Te dan ganas de estrangularla o, al menos, darle unos capones para devolverle un poco de sentido común. Me la folla como si le estuviera metiendo una cacerola en el *abricot-fendu*, pero podría embestirla una cabra entre las piernas y disfrutaría… se limita a gemir un poco y lame la pelambrera a Peter.

«¿Debe o no debe hacerlo?», pregunta Toots a Henry. ¿Está escandalizado ya o debe enseñarle algo que le haga recordar para el resto de su vida la maravillosa ja que podría haber tenido por esposa? Una pregunta así es absurda… sólo hay una respuesta y todo el mundo la conoce… Toots rodea el culo de Peter con un brazo y se inclina hacia adelante. Después se mete su polla en la boca, retira el prepucio y la chupa.

Yo estoy más sereno que ninguno de los presentes, incluido Peter, ahora que el vino se ha asentado en su estómago, pero siento que el suelo se tambalea ligeramente… Después me sacude… me corro y tengo la sensación de estar casi atravesando a esa puta con la polla. Pero lo resiste… le empapo de lefa la matriz,

pero no se corre. Después siento en la boca como si hubiera tragado una cucharada de sal. Me levanto a servirme un poco de vino.

Henry está escandalizado ahora, ¡No, desde luego, porque me la haya follado! Pero si se puede ver… mírale, entre los muslos, todo eso que le sale del coño… pero Henry no conoce a Peter. Si un coño está lleno de lefa, entonces le parece, sencillamente, más apetitoso… Le muerde los muslos a Toots, le hace cosquillas en el vientre con su larga lengua roja… después le besa la almeja.

Henry chasca la lengua como una vieja… y Peter parece disfrutar escandalizándolo… mete la lengua en la almeja de Toots y la saca chorreando… después engulle el jugo que ha caído en su pelambrera. La lame hasta dejarla limpia y si ha quedado un solo espermatozoo con vida debe de estar oculto en un rincón y aferrado a sus dientes.

Pero cuando Peter ha acabado de chupar el coño a Toots, ha acabado y ella no consigue retenerlo. Le saca la polla de la boca, le da la vuelta con el mismo desdén con que lo haría con su hermana Tania y la masturba. Y Toots disfruta como loca en todo instante.

Oh, debe de estar loca, dice, para dejar a este muchacho, a este chavalín… el soplapollas, vamos, tirársela así. Pero su locura no parece preocuparla demasiado. Le deja chuparle las tetas, morderle el vientre… recorrerlo punto por punto. Y cuando Peter, al tenerla boca abajo, le *alza* el culo y se le coloca detrás, ella se deja muy dócil.

Su pequeña pero dura minga la estremece también. Puede que no sea tan satisfactoria como los cipotes de tamaño mayor a que está acostumbrada, pero cuando a una mujer le están dando por culo no hace falta un caballo para apagar ese fuego… Peter le coge las manos y se las pone en el culo y ella se queda tumbada boca abajo con los carrillos separados y esperándolo.

Toots no es una niña como Tania… tiene una popa de aúpa y Peter tiene algo con que barrenarla. No le resulta difícil meterle la polla donde quiere y ella tiene un culo de aúpa y le entra antes de que empiece a sentirla. Él se aferra a sus chucháis como un mono y la cabalga con ganas.

Henry contempla el redondo culito de Peter saltando… me recuerda a un gato contemplando a un pájaro suculento e imprudente. Está ahí sentado con una ancha sonrisa que le hiende la cara… cuando me vuelvo, está de pie junto al sofá acariciando el culo a Peter y le mete un dedo por el jefe. Peter le echa un vistazo y espera… después el Henry de Toots lo posee, le mete la polla en el culo.

Toots mira hacia atrás, ve lo que sucede y casi da un salto mortal. Nunca había imaginado siquiera una cosa así, dice… ¡oh, qué fango ha tragado desde que volvió de Italia! Peter le dice que se esté quieta o la meará por el culo… si más no, hay que admirar su aplomo.

Jean Jeudi mira hacia arriba… Confía en él… diga lo que le diga el sentido común, si hay un coño cerca, a por él. Toots lo ve y extiende las manos… le ruega

que se lo dé.

No hay límites para una mujer que está tan loca por las pollas como Toots… se le podrían rellenar el chocho, el recto, la boca y los oídos con ellas, ponerle una en cada mano y un par para que les haga caricias con los dedos de los pies… necesitaría otra entre las tetas o restregándole el vientre. Casi me desgarra la polla al metérsela por la boca… me sujeta las piernas para impedirme que se la saque otra vez.

¡La Virgen, qué pelotera! Peter grita que se va a correr… Henry está follando tan tenazmente, que no hay duda de que está a punto de explotarle el cipote. Toots está demasiado ocupada mamándomela y no puede hacer otra cosa que lanzar esos sonidos obscenos y babosos. ¡Ah, viva París! A esto debe de ser a lo que se refiere la gente, cuando habla de bohemia…

Cojo la cabeza de Toots, se la levanto y la miro a los ojos. Joder, está tan mamada con la excitación, que me parece que ni siquiera sabe quién soy yo ni dónde está ella… Pero sabe que está chupando una picha… tiene las venas del cuello y las sienes hinchadas y palpitantes… le estrujo las tetas y por debajo de ellas el corazón retumba como un tambor.

¡Ah, qué zorras de la hostia son estas chavalas tan amables! ¡Ni siquiera tiene la decencia de cerrar los ojos, cuando me corro y se pone a tragarlo! Pero después se corre ella también… y Peter… La Virgen, ¡todo el puñetero mundo está teniendo un orgasmo!

.....

Las cartas de Tania no son recomendables para casos de insomnio. Alexandra debe de haber elegido un lugar extraordinariamente remoto para sus hijos… si hay una polla en un radio de quince kilómetros, podemos estar seguros de que no tardará demasiado tiempo en encontrar el camino hasta esa chavala, pero Tania se queja de que arde de fiebre y de frustración. Peter y ella son vigilados y mantenidos a distancia, y su única diversión es un cachorrito al que está corrompiendo para preparar su desarrollo posterior:

> … es tan joven, que no sabe follar. No tiene la menor idea de lo que es eso y, cuando me tumbo con las piernas abiertas y lo pongo entre ellas, se limita a mover la cola y a tumbarse boca arriba. ¡Es porque piensa que cuando se tumbe boca arriba le voy a chupar la pilila! Eso ya le gusta, aunque no sepa lo que es. ¡Qué perversa soy al contarte estas pillerías! Sí, tu Tania chupa a un perrito su gracioso pirindolo, una polla chiquitita del tamaño de tu pulgar pero con los pelos en la punta. ¿No es graciosa la idea de una picha con pelos en la punta?…

Y eso también.

> … a veces cuando estoy jugando con él, y sé que es la hora de que salga a cavar su hoyito, me desvisto, me tumbo desnuda y lo sujeto sobre mi estómago hasta que hace pipí, ¡unas veces en las tetas y otras en las piernas y en lo que tú ya sabes! También he descubierto cómo hacerlo lamerme. Me unto con leche, entre las piernas y en el *conillon*, ¡y, oh, qué larga, plana y húmeda es su lengua! Muy pronto no tendré que untarme leche entre las piernas, espero…

Cuenta como de costumbre los detalles de sus fantasías, en las que figuro yo con frecuencia, y después algo que me sorprende:

> … Pero, cuando venga mi madre y me vea follando con machos cabríos y cerdos, ¡será culpa de ella exclusivamente! ¡Toda buenas palabras, cuando me trajo a encerrarme aquí! ¡Y venga decir maravillas de su iglesia! ¡Sé muy bien que está haciendo algo siniestro con ese hombre, el canónigo Charenton! Ya había oído hablar antes de cosas así, a ver si se cree que soy una ignorante…

¡Conque Tania está enterada! ¡Y conoce hasta el nombre del personaje! Dónde habrá obtenido esa información es un misterio…

Ernest me ha hecho un gran favor. Tal vez me haya salvado la vida, sin saberlo. Y yo tengo mucho aprecio por esta vida mía…

A las diez de la noche se presenta en mi puerta… con un brazo ensangrentado. Tiene un gran desgarro en el abrigo, pero en el brazo sólo rasguños. Alguien que estaba esperando en el vestíbulo ha intentado sacarle las entrañas con un cuchillo. Por suerte Ernest estaba tan borracho como siempre y se ha tambaleado en el instante preciso en que el cuchillo caía sobre él.

Limpiamos el corte con whisky… no se puede confiar en que esos españoles usen un cuchillo limpio y a veces llegan hasta el extremo de untar la punta con ajo para que la herida se infecte. Luego un pañuelo limpio en torno al brazo y Ernest vuelve a estar como nuevo. Sabe que han estado siguiéndome desde aquella noche con Rosita, por lo que no teme que el cuchillo fuera destinado a él… lo único que tiene que hacer para conservar la integridad física es alejarse de situaciones en que pudieran confundirlo conmigo.

Pero, ¿y yo?… ¿qué cojones voy a hacer? No me voy a mudar otra vez, ni mucho menos. Además, para cualquiera que me vigile averiguar a dónde me he cambiado sería la cosa más sencilla del mundo…

Para olvidarlo, Ernest y yo salimos a emborracharnos y Ernest me cuenta una historia larga y bastante incoherente sobre un inventor que ha conocido y que, según

cree, le va a dejar joderse a su mujer y tal vez a su hija. Durante toda la noche Ernest intenta llevarme hacia esa tasca española para ajustar cuentas, como él dice, a esa gachí, Rosita. Vamos a destrozar el local, dice Ernest. Pero está demasiado borracho como para romper un periódico…

Alexandra está poseída con toda seguridad. Al menos eso me cuenta. Su confesor está que trina últimamente… Supongo que es angustioso que una conversa te salga rana así. Pero no le puede decir que son imaginaciones suyas y enviarla al psicoanalista, porque tiene que hacer el paripé y transigir ante el poder de las tinieblas. Es una de las reglas del misticismo… hay que admitir la existencia del bando contrario, y, si Alexandra afirmara que el demonio en persona la visita todas las tardes a la hora del té, su confesor tendría que tragárselo.

El mecanismo que hace funcionar el tinglado es tremendamente complejo. Además, esas cosas que Alexandra me cuenta de la religión protestante son absolutamente insulsas y sin imaginación. Habla de milagros y gracias divinas como si hubiesen ocurrido anteayer y dice que, si leyera los periódicos, me enteraría… después resulta que lo que me ha contado es la descripción de algo que sucedía en el siglo XV…

¿Y qué es de ese canónigo Charenton?, le pregunto. ¿Hace milagros estos días? Alexandra se queda pasmada… así que Tania estaba en lo cierto respecto a ella… y también respecto a su reputación, al parecer. Alexandra quiere saber cómo me he enterado de su nombre. La remito a los demonios.

«Es un hombre extraordinariamente dotado», me dice. «Y es sabido que gracias a sus oficios han ocurrido cosas que podrían calificarse de milagros.»

«¿Como, por ejemplo, lo de conferir la virtud de relacionarse con íncubos?»

Sí, reconoce Alexandra, lo ha visto varias veces y ahora… tiene esa facultad. Basta con que piense en alguien con quien le gustaría follar justo antes de irse a dormir y, en cuanto se le cierran los ojos, esa persona se le aparece. ¡Y no son sueños!, se apresura a informarme. Toda su vida ha tenido sueños eróticos y nunca eran como esas visitas de que ha estado disfrutando últimamente.

En fin, para qué discutir con ella… Le pregunto qué requisito ha tenido que cumplir para recibir ese don. No dice nada preciso. Pues, sí, reconoce cuando se lo pregunto directamente, se ha acostado con el canónigo Charenton… eso fue parte del asunto. Le pregunto en broma si tuvo que hacer un pacto con el diablo… ¡y se lo toma con absoluta seriedad! No, no tuvo que hacer un pacto: participó en ciertas ceremonias.

¿Y esos seres que van a visitarla y comparten su cama?, le pregunto. ¿Son demonios? ¿Tienen propiedades especiales? Satán debe de premiar a sus seguidores con algún procedimiento especial para follar, o al menos eso supongo.

«Son simples hombres… como tú. ¡Sí, te he llamado a ti también a mi cama, querido! Pero, oh, ¡me echan unos polvos de espanto!… ¡maravillosos!» Me mira a la cara, probablemente para intentar averiguar si me estoy tragando todas esas

chorradas. «Por supuesto, tú no sabes de eso…»

Los demonios de verdad, me dice, son posiblemente más divertidos… y también más peligrosos. Adoptan figuras de hombres… de hombres apuestos, dice… pero tienen pichas extraordinarias… Pichas adaptables, en dos y a veces en tres secciones. Existen descripciones auténticas de eso, por supuesto… existen descripciones auténticas de todas las cosas maravillosas de que habla Alexandra.

Por lo general se trata de una picha dividida en dos secciones por lo menos, la primera de las cuales es lo bastante larga como para llegar a la lengua de la mujer, mientras que la segunda se introduce en el coño. La tercera sección, cuando la hay, entra culebreando, al parecer, en el recto de la mujer, donde, gracias a su propiedad de cambiar de tamaño y de forma, avanza como una anguila por sus intestinos hasta que al final aparece por la boca para unirse a la primera.

Ahora bien, según Alexandra, una vez evocados esos seres, pueden resultar difíciles de controlar y probablemente desmadrarse del todo. Ha habido casos, dice, en que esos encantadores fantasmas han cabalgado a mujeres durante varios días… hasta que se los ha podido ahuyentar mediante conjuros, oraciones o magia contraria. Evidentemente, no son seres a los que haya que dar demasiadas confianzas…

«Ese Charenton celebra misas negras, naturalmente», conjeturo. Y ella responde:

«Sí. Oh, supongo que igual te puedo contar la verdad… para recibir la facultad de relacionarse con íncubos… tuve… tuve que permitir que me usaran de altar.»

¡Ah! Alexandra ya me había hablado antes del altar. Una mujer desnuda, por supuesto… a veces boca abajo, con lo que se usa su trasero; con mayor frecuencia boca arriba… me gustaría verlo…

Le digo a Alexandra que quiero ver esa función. Se muestra indecisa… no se hace para satisfacer la curiosidad de nadie, como el espectáculo de una casa de putas. Sólo buenos católicos, o católicos muy malos, pueden asistir. No obstante, va a hablar con el canónigo Charenton. La blasfemia que supone la presencia de un incrédulo podría interesarle…

Justo antes de que se vaya le digo que me gustaría que me hiciese un pequeño favor… le hablo de Rosita y le cuento lo que le ocurrió a Ernest. Bueno, pues, si pronunciara un pequeño conjuro para librarme de ese fastidio, se lo agradecería mucho.

«Si pudieras hacer que se tire al Sena, te lo agradecería», le digo. Alexandra sonríe… es posible que se pueda hacer así, me dice…

Se marcha sin haber insinuado con palabra ni ademán alguno que quisiera echar un polvo. Sus amigos imaginarios deben de estar dándole bastante marcha estos días…

En la oficina me entero de algo que me deja helado. Rosita de Oro, etc., etc., artista de cabaret, se ha suicidado. Los últimos días le habían notado un comportamiento extraño, y anoche, al acabar una actuación (sin duda, el baile de arriba), salió corriendo a la calle y desapareció. (Huy, la Virgen, ¿cómo puede

DESAPARECER una mujer desnuda?) ¡Varias horas después encontraron su cuerpo en el Sena!

Es desconcertante… no es que yo crea en el poder de la magia de Alexandra, es la oportunidad con que lo mencioné. Por Dios, no quería que esa chica se matara, pero, como lo dije y lo hizo, me siento responsable.

Al cabo de un tiempo empiezo a ver las cosas de otro modo. Aún no había desistido de perseguirme… mientras ella viviera mi vida corría peligro. Se te quita un gran peso de encima al dejar de tener un motivo para temer que te claven un cuchillo por la espalda…

.....

Ernest viene a verme y trae bajo el brazo un objeto que, según me asegura, es una bella muestra de cerámica del siglo XII… una antigüedad que ha conseguido por una miseria. Ernest se pasa la vida consiguiendo cosas inapreciables por una miseria… y todas se parecen mucho a este objeto de ahora. Parece un simple bidet, pero se lo guarda con cuidado bajo los pies, mientras me habla de ese inventor que mencionó hace unos días.

«Estábamos sentados cenando, Alf, y no pude evitarlo… si la vieras comprenderías lo que quiero decir. Empecé a magrearla por debajo de la mesa, justo mientras el chalado de su marido trinchaba la carne. Joder, ya sabes cómo suceden esas cosas… no tardó en sacarme la polla y se puso a hacerme una paja. ¡Y así estábamos cuando ese gilipuertas tenía que dejar caer su servilleta!»

«Conque, ¿os pilló? ¿Y qué hizo?», le pregunto.

«Ahí está, Alf… ¡no hizo nada! Y su mujer… ni siquiera se molestó en quitarme la mano de la minga. ¡Siguió cascándomela, mientras él nos miraba por debajo de la mesa! Adivina lo que hizo entonces… ¡va y se pone a explicar que la excitación sexual produce el corte de digestión! Te lo juro, Alf, es la pura verdad. No pude quedarme ahí escuchándolo y dejar a la ja de su mujer tocarme… La hice detenerse. Luego, cuando acabó la cena, me preguntó si iba a pasar la noche allí. Te lo aseguro, Alf, ese cabrón está como una chota.»

«¿Y qué? ¿Te quedaste?»

«Y una leche. ¿Qué clase de polvo hubiera sido? La Virgen, si te vas a tirar a la esposa de un tipo, no quieres que coja y te la ofrezca, como un puro después de cenar… de ese modo eres tú el que pareces idiota y no él, como debería ser… Tal vez ese gilipollas no sea tan meningítico como parece…»

Mientras Ernest sigue hablando llega el correo. Me trae una nota de Alexandra… ha quedado con el Charenton ese. Debo ir con ella a la próxima misa negra que celebre.

Alexandra viene a buscarme en su coche. He estado esperándola. En una nota que llegó ayer, me decía que su querido canónigo Charenton celebraba su misa hoy… sin

especificar el lugar. Como no decía a qué hora, he estado esperando desde un poco después de las ocho. Por fin hacia las diez y media el timbre me despierta sobresaltado.

Alexandra está más animada que las otras veces que la he visto. Cuando estamos montando en el coche, me pregunta si no me importa que siga conduciendo ella. Está muy excitada, tan nerviosa como una colegiala con el coche de su padre y un acompañante atractivo, y estaría muy inquieta, si no condujera. Además, ella es la que sabe dónde vamos, dato que no quiere comunicarme, al parecer.

No sé cómo habrán estado tratando a Alexandra sus duendes recientemente, pero no tiene inconveniente alguno en que la toque, mientras vamos. Se ríe cuando le pregunto por sus fantasmas… me recuerda a uno de esos irritantes curas cabrones que a veces te encuentras… los que se quitan el cuello duro y se ponen a jugar a los dados contigo. La actitud de Alexandra revela que está dispuesta como cualquiera a divertirse un poco a costa de su religiosidad.

Ha estado metiéndose en la persona de mujeres que conoce, me dice, disfrutando de sus placeres con ellas. Aparta la vista de la calzada para mirarme y sonríe. Fue una noche muy agradable en la fiesta de Anna, dice.

No sé cómo hostias se ha enterado de eso. No es que me crea ninguna de sus chorradas, pero ni Ernest ni Arthur ni Sid podrían habérselo contado. Y si ha sido Anna la que ha hablado, es aún más puta de lo que pensaba.

La calle se extiende interminablemente y yo paso el tiempo levantando la falda por los muslos a Alexandra y magreándola. No le importa que le haga cosquillas en la entrepierna… eso no le impide conducir. No lleva nada bajo la falda y, cuando consigo llegar con los dedos a su *abricot-fendu*, lo encuentro ya mojado.

Los faroles de la calle están cada vez más separados y, a medida que nos acercamos a los bastiones, el pavimento va empeorando. Al menos, el acceso al altar está logrado, voy pensando… sería muy decepcionante que este acontecimiento se celebrara en una calle muy concurrida del centro de la ciudad. Mientras seguimos avanzando, intento sonsacar a Alexandra alguna idea de lo que voy a ver, pero no suelta prenda. Lo único que me dice es que dentro de unas horas lo sabré todo…

De repente, giramos por una calle adyacente y desembocamos en un callejón. El coche se detiene a la sombra de una tapia alta. Al salir, no veo la menor señal de vida o vivienda humana. Camino detrás de Alexandra, con la mano bajo su vestido y sobre su desnudo culo, y cruzamos un portalón de madera en la tapia. Seguimos un sendero lleno de baches hasta un edificio de piedra y de poca altura y, al entrar, me doy cuenta de que estamos en un corredor o vestíbulo mal iluminado.

«Este lugar», me explica Alexandra, mientras la sigo por una sucesión de vestíbulos y habitaciones que huelen a amoníaco, «fue en tiempos la capilla de un convento de ursulinas. Hasta hace pocos años lo habían usado de granero unos campesinos…»

Me quita la mano de su culo, al entrar en una habitación algo mayor pero no

mejor iluminada, en la que varias personas están sentadas y cuchicheando. Por lo que puedo ver, constituyen la congregación habitual de fanáticos religiosos, con la diferencia de que las gachís acaso tengan aspecto más sabroso y los sarasas no lo disimulan. No hay presentaciones, por supuesto… Alexandra me lleva hasta un sofá y me deja valerme por mí mismo, mientras ella sale a no sé dónde. Intento entablar conversación con una ja muy bonita y de expresión melancólica que está sentada a mi lado, pero está absorta meditando y no da señal de oírme… lástima, porque es una tía que está muy bien. Cuando uno de los andobas se me acerca y me da conversación, adopto la misma actitud que la gachí… evidentemente, está aceptado, porque al cabo de un momento se va.

Alexandra vuelve unos minutos después. A la mortecina luz, no puedo ver el ardor de su rostro, pero al tocarla noto que sus mejillas están ardiendo. Respira con mucha dificultad y le brillan los ojos.

«He estado conversando con el canónigo», me dice. La gachí de al lado la mira con odio.

Hay un hedor que me sofoca. Los quemadores de incienso sueltan nubes de humo turbio. Pregunto a Alexandra por eso.

«Mirra, datura, hojas de beleño y belladona seca», dice, olfateando como si gozara con ese hedor.

Justo entonces se hace el silencio en el cuarto, y varios de los presentes se arrodillan delante de sus sillas. Entra el canónigo, precedido por dos monaguillos rechonchos, en el acostumbrado hábito de los sacrificios con ciertos añadidos y modificaciones. En la cabeza se ha puesto un gorro rojo con un par de cuernos cubiertos de terciopelo que sobresalen en la punta. Mira a su alrededor y sus ojos se clavan en mí. Saluda con la cabeza y se aleja con paso solemne. Después, sin detenerse otra vez, se arrodilla ante el altar, sube los peldaños y empieza a decir misa. Los niños cantores se ponen a distribuir incensarios y hondas fuentes de cobre llenas de esa hedionda y sofocante masa de basura humeante.

Sigue la ceremonia del sacrificio… la mayoría de las mujeres están inclinadas sobre las humeantes fuentes e inhalan la densa nube que despiden… El canónigo hace una genuflexión y pronuncia en tono monótono palabras latinas… una mujer se pone a arrancarse en silencio el vestido del cuerpo… de repente sube corriendo los peldaños, arranca dos velas negras de los candelabros y se lanza sobre el altar desnuda. Se queda tumbada y gimiendo, con una vela en cada brazo desplegado, de la que gotea cera sobre sus blancas muñecas, mientras el canónigo Charenton le coloca las manos sobre el vientre y las pasea por él.

Uno de los monaguillos lleva hasta allí un gallo negro y se lo entrega al canónigo junto con un cuchillo pequeño… Sosteniendo el ave por encima de su cabeza, le corta el cuello, lo sostiene un momento hasta que la sangre gotea y se esparce por las blancas tetas de la mujer y después lo deja caer sobre su vientre, donde se agita sin sentido en una mancha carmesí. La sangre se acumula en el abdomen de la mujer y

después se escurre por su pelambrera y su coño… Al caer el gallo decapitado al suelo, el canónigo se arroja entre las rodillas separadas y chupa la sangre del coño…

Comienza una larga, soez y enardecida oración a los poderes del mal. Y aparte de lo que piense sobre su intención, o sus posibilidades de éxito, no puedo por menos de admirar la facilidad de palabra que demuestra el canónigo en esa oración. Me veo aplaudiendo en mi interior… es la oración más bella que he oído en mi vida, aunque no puedo decir que comparta todas las opiniones que el canónigo expresa… Acaba y los niños cantores tintinean las campanillas…

Es la señal para que el lugar se convierta de verdad en una auténtica casa de locos. Los fieles se ponen a desnudarse unos a otros… empieza a oírse un gemido plañidero, extático y cuchicheante. El canónigo se levanta la túnica y veo que debajo está desnudo… se la ata con una cuerda y la mujer del altar alarga las manos hacia su picha… Antes de que pueda tocarla, el canónigo ha atraído hacia sí a los monaguillos y los dos monines caen de rodillas y se ponen a magrearlo y a magrearse. Le besan los cojones y le dejan meterles la polla en la boca, mientras la mujer que está detrás deja caer las velas y grita algo ininteligible. De repente, veo que uno de los monaguillos no es un mariquita, sino una muchacha…

Alexandra se ha puesto tan loca como el resto de la congregación del canónigo. Se ha levantado el vestido y enseña la pelambrera a mí y a quien quiera verla y, con la mano libre, me hurga en los pantalones. La aparto y otro hombre la agarra. Mientras la magrea, ella le saca el cipote y se lo toca.

El canónigo está preparando la Comunión. Mea en un tazón de vino consagrado y después en la boca de los monaguillos, que escupen en el tazón. Musita las frases, coge una de las hostias de la bandeja y la limpia en el coño de la mujer… la arroja entre la aullante congregación, que se lanza a la rebatiña para conseguirla… el asqueroso contenido del tazón se distribuye en tacitas de plata ¡Y algunos se toman de verdad esa bazofia! Sin embargo, la mayoría se lanzan hacia el altar, tras una ceremonia preliminar consistente en tocar la taza con los labios o el coño.

Tras alzar a los monaguillos en sus brazos, el canónigo Charenton tumba primero a uno y luego al otro sobre el vientre de la mujer que está sobre el altar. Después, mientras chillan y aúllan, les mete la picha en el recto… Después, el tipo limpia otras hostias en su culo y las lanza…

Una mujer y una joven se acercan al altar. Tras besar la polla al canónigo, se lanzan sobre la mujer del altar y meten la cabeza entre sus muslos… aparece su lengua lanzando destellos y les hace una mamada… A ésas siguen otras y después algunos de los hombres… El canónigo se pone a follarla, mientras las mujeres se le montan encima y después se alejan.

Sacan una gran imagen de madera del propio Satán en una plataforma sobre ruedas. Tiene todos los detalles: una picha grande, pero no demasiado, y un par de cojones enormes. Las mujeres se apiñan en torno a ella, se lanzan a besarle la roja polla… Trepando sobre los cuerpos de las otras, una de las jas se pega a la imagen de

manos y piernas… mete el enorme cipote en su *bonne-bouche* y lo folla hasta que cae, al correrse… Otra mujer le pone la boca encima… dos jas están magreando a una tercera y a un hombre detrás…

Siento algo suave y peludo que se aprieta contra mi mano. Unos brazos me rodean la nuca y una joven me susurra al oído, mientras me mete los dedos en la bragueta… Me pide que la folle y vuelve a restregarme su desnudo chichi contra la mano… Tiene una amiguita muy guapa, a la que también le gustaría que se la jodieran. Tiene la almeja mojada y su aliento despide un fragante olor a coño. La siento de culo de un empujón y ella me sonríe con dulzura, pero se la lleva un hombre que pasa con otra tía bajo el brazo… ella le agarra el cipote y se pelea con la otra mujer por él…

En un rincón veo a una muchacha de unos dieciséis años sujetada por dos mujeres, mientras un grupito de hombres se la follan por tumo. Grita y araña, pero es evidente que una de las mujeres es su madre… conque no debe de haber problema. Los contemplo joder hasta que la chica cae fláccida como un trapo. Es evidente que se ha desmayado, pero los hombres siguen jodiéndosela…

Entre las mujeres veo a algunas sollozando y retorciéndose en solitario. Van adoptando todas las posturas de mujeres a las que estuvieran follando y veo a una correrse con una violencia que la deja estremecida y demasiado débil para moverse durante varios minutos. Evidentemente, se imaginan que las cabalgan íncubos, y su placer es tan convincente que me sobrecoge contemplarlas.

El canónigo Charenton ha acabado con la mujer que ha hecho de altar. Ahora la levantan y le lamen el vientre y los pechos manchados de sangre hasta dejarlos limpios. Después la llevan hasta la imagen y la lanzan como un ariete, con el culo por delante. La roja picha le entra en el coño y después por el culo. Sujetándola con fuerza, media docena de hombres y mujeres la hacen follar con la imagen…

Otra cosa atrae mi atención… Una de las mujeres se ha rebelado y está lanzando denuestos contra la ceremonia, pronunciando oraciones y pidiendo a gritos que un rayo fulmine al canónigo. En seguida la someten, le atan los brazos y la colocan en el altar, donde sigue dando aullidos… mientras la follan una… dos, tres veces… Después se queda sin fuerzas… cede… unos momentos después está de rodillas, chupando el culo a una mujer que, a su vez, está lamiendo el coño a otra…

La cabeza me da vueltas. El estruendo me rompe los tímpanos y el humo es tan denso, que me duelen los pulmones. Pero el demencial espectáculo continúa… Casi a mis pies, dos hombres están forcejeando con una joven rubia. Uno de ellos consigue por fin meterle el cipote por el recto… después el otro le barrena el chichi con la minga. Y mientras los dos se la follan así, ella muerde y chupa un gran trozo de goma roja en forma de polla…

En el altar una mujer de unos treinta años ha descubierto el cadáver del gallo. Bajando la piel suelta desde el sangrante cuello, expone la carne huesuda. La agarra como si sostuviera una picha, bajando y subiendo la piel cubierta de plumas…

después se la mete de repente en la boca y la chupa hasta tener los labios cubiertos de sangre…

Una muchacha que camina como drogada sube titubeando los peldaños del altar. Se ha quitado el vestido, pero aún lleva puesta la ropa interior, medias y zapatos. A los pies del canónigo Charenton se arranca el sostén, se desgarra las bragas y después le lame los muslos y le cubre la polla con los labios. Al poco, se encuentra tumbada aparte y una mujer está magreándola y separándole los muslos…

No he visto a Alexandra participar en ninguna de las ceremonias. Por fin la descubro. Está parada junto a la pared desnuda y sola. Los ojos le brillan con el parpadeo de la luz… Tiene una expresión de deleite casi satánico. Las tetas se le hinchan con cada profunda inspiración, los pezones están tiesos y obscuros.

Encuentro la ropa donde la ha dejado tirada, y avanzo hasta estar a su lado. Al principio no me reconoce, pero, cuando le grito al oído, se sobresalta e intenta rodearme el cuello con los brazos.

«Quiero follar», dice entre gemidos. «Quiero que me folles tú…»

Estoy tan empalmado, que camino cojeando, pero no voy a follarla en este lugar. Como se niega a ponerse la ropa y ni siquiera la sostiene cuando se la entrego, me la coloco bajo el brazo y me la llevo a rastras. No quiere marcharse… me araña y me muerde la mano, me da patadas y pide ayuda a gritos.

Hay tal alboroto… unos chillidos y peticiones de auxilio tan infernales a nuestro alrededor, que no veo cómo podrían oírla. Pero de repente el canónigo Charenton nos ve. Baja corriendo del altar, pisándose el hábito. Empujando a la gente a derecha e izquierda, llega hasta nosotros con los ojos encendidos de ira. Pero sus adoradores le impiden moverse… las mujeres se aferran a sus rodillas, le tiran de la ropa, se lanzan de cabeza a sus brazos. Llegamos hasta la puerta y con gran esfuerzo me oriento por los vestíbulos.

Nada más salir, algo se desploma en el interior de Alexandra. Se tambalea detrás de mí, mientras la arrastro por el jardín hacia la tapia. Me da un tirón de la mano al tropezar y se pone de rodillas sobre la húmeda hierba y me implora con los dos brazos extendidos. «¡Alf!», grita, «¡Alf! ¡Quiero irme a casa!»

LIBRO 3

La Rue del Polvo

La suerte de Arthur es sencillamente fantástica. Sobre todo cuando la ves en acción… si esos asombrosos sucesos ocurren ante tus ojos, no se pueden atribuir a una imaginación rica, como ocurriría si se los oyeras contar simplemente. Dar un paseo con Arthur es como comprar un billete para la tierra de los duendes, y si te tropiezas con una colonia de seres que viven bajo hongos, no debes considerarlo fuera de lo normal. Aun así, el propio Arthur nunca se ha acostumbrado a sí mismo… Se asombra como cualquiera cuando se ve en esas situaciones del todo increíbles. Cuando habla de ellas, no lo hace con la actitud de quien considera su persona y su vida intrínsecamente divertidas —mientras que tú, pobre aburrido, nunca tienes aventuras—, sino más que nada como un mago del teatro que un día descubre que sus ilusiones están actuando por su cuenta sin intervención de sus artes. Se queda tan desconcertado como cualquiera, intenta hacer parecer sus aventuras más plausibles quitándoles importancia, pero, si conoces a Arthur, sabes que lo que consigue presentar como una mentira poco creíble es en realidad la cáscara de algo procedente de las obras de los hermanos Grimm.

Hay veces en que a Ernest tampoco se le da mal. Por un tiempo Ernest estuvo saliendo con una ja india americana cien por ciento auténtica… Estaba aquí enseñando a los estudiantes de la Academia de Bellas Artes a dibujar esvásticas… pollas de caballos primitivos… y Ernest dice que la mayoría de sus dibujos proceden directamente de los anuncios del Metro. He olvidado dónde la conoció Ernest, pero por un tiempo estuvo haciendo de Gran Jefe Polla Tiesa y jura que una noche se emborrachó y le afeitó la pelambrera con la maquinilla de un barbero. Una gachí cojonuda, dijo, además, pero el problema fue que no podía olvidar que era una india y Ernest es de un estado en que el único indio bueno es un indio muerto o uno que compra un coche fúnebre marca Buick cada año y temía que una noche empuñara el hacha de la guerra y lo liquidara, conque al final le dio esquinazo.

Pero, joder, todo el mundo sabe que existen indios y, si hay un sitio donde encontrar a uno de verdad, es París. El hada buena de Arthur no le haría perder el tiempo con algo tan corriente… si Arthur tuviera una aventura con una india, seguro que tendría dos coños o algo igualmente esotérico.

Vamos Arthur y yo caminando por la Rue de l’Estrapade, admirando el desfile vespertino de gachís y sintiendo los pernods que nos hemos metido para el cuerpo. Brilla el sol… es una tarde como cualquier otra y nada en Arthur indica que esté sujeto a un encantamiento. Después vemos un bolso en medio de la acera y la gente pasa a su lado y por encima y casi tropiezan con él sin verlo. Arthur lo recoge y nos sentamos en el bordillo a ver qué hay dentro.

Dinero, no. Los hados nunca tientan a Arthur. No tiene que decidir ser un muchacho bueno y honrado y ser recompensado por el hada buena. No hay ni un céntimo, conque no se da la posibilidad de vaciar el bolso y tirarlo a un cubo de la basura. Desde el principio no podemos hacer otra cosa que devolverlo, si es que vale la pena.

Pañuelos, horquillas, pintura de uñas, un espejo, una lima, unas pastillas contra los dolores menstruales, otras para el caso de no sentirlos, una fotografía, un par de cartas, una caja de cerillas… es la colección de cachivaches menos interesante que he visto en mi vida. Estoy decepcionado y Arthur también. Quién nos iba a decir que no íbamos a sacar ni para unas copas.

Leemos las cartas. Son demasiado insulsas para acabarlas. La fotografía es un poco mejor… una ja rubia, sonriente y bastante sabrosa. Arthur da vueltas y más vueltas a la fotografía, mientras mira la dirección en las cartas. Me pregunta qué me parece… ¿será esta gachí la dueña del bolso? ¿Tiene aspecto de llamarse así? ¿Es que no es la clase de gachí que se llama Charlotte? Parece tener un buen polvo, ¿no?

La dirección no queda lejos… podemos llegar en unos minutos… y Arthur quiere llevar el bolso y ver si podemos echar un vistazo a la gachí. Lo menos que puede hacer, dice, es ofrecemos una copa, y, si es una puta, tal vez un polvo… tal vez dos, dice Arthur, es un buen bolso.

«Pero suponte que fuera una vieja bruja», le digo. «No estoy tan salido, como para tirarme a una vieja bruja sólo por acompañarte.»

No es una bruja, dice Arthur. Aunque no sea la chica de la fotografía, ninguna bruja conocería a una chica así. Las jas se juntan con las jas, dice Arthur convencido. Pero, aun cuando sea una vieja bruja, siempre es posible que nos ofrezca una copa y no tenemos que follárnosla.

«No sé, Art… no creo que dé resultado.» El sol calienta lo suficiente para avivarme el alcohol en la cabeza y sentados ahí, en nuestro cómodo bordillo, meditamos. «Tal vez si fuéramos uno solo, sí… pero no creo que los dos consigamos mojar el churro con esto. Tendríamos que jugárnoslo a cara o cruz o algo así…»

Arthur no quiere ni oír hablar de eso. Hemos encontrado el bolso juntos y lo vamos a devolver juntos… o eso o lo deja en Correos para que lo devuelvan. Además, ¿y si se lo robaron por el procedimiento del tirón y luego lo abandonaron? Él o yo vamos a necesitar un testigo… para demostrar que fue otro quien se lo quitó y se llevó el dinero. Nos ponemos a discutir sobre quién se llevó el dinero…

Al final vamos los dos. En el camino nos paramos en un bar y tomamos una copa. Ahí acabamos en otra discusión, esa vez sobre qué haremos, si la ja no está en casa o si abre la puerta un hombre. Al final decidimos que si no está en casa nos guardaremos el bolso y volveremos en otro momento… si nos recibe un hombre o lo calentamos o le entregamos el bolso, según lo fuerte que parezca y lo borrachos que estemos cuando lleguemos.

El portero está sordo como una tapia y Ernest tiene que sacar una de las cartas

para enseñarle a quién buscamos antes de que nos deje entrar. Después nos indica por el vestíbulo… al fondo de la planta baja. Llamamos y la puerta se abre al instante. Oímos una voz cantarina casi en nuestros pies.

Arthur me mira consternado y después vuelve a mirar hacia abajo. No es una niña y no me parece que se la pudiera llamar mujer. Es una enana.

Arthur balbucea unas palabras y enseña el bolso… si no entiende lo que le dice, al menos reconoce el bolso y sabe por qué hemos venido a verla. Nos pide que entremos. Arthur me da un codazo para que vaya delante de él. Tengo la sensación de entrar en una casa de muñecas…

Nos ofrece una copa al instante… la mujer parece entender lo mucho que la necesitamos. Nos deja sentados en el sofá y va a buscarla.

Ni Arthur ni yo podemos decir palabra. Nos miramos sin reír y después miramos la casa. Algunos de los muebles, como el sofá, son de tamaño normal… pero la mayoría han sido hechos a medida o cortados.

La botella de cuarto de whisky que trae parece casi tan grande como ella. Por cuarta o quinta vez Arthur vuelve a explicarle cómo encontró el bolso… es lo único que se le ocurre decir y cada vez que cuenta la historia ella nos da las gracias y nos sentimos cada vez más imbéciles.

Los libros de urbanidad no dicen sobre una situación así. De todos modos, ¿qué hostias se le puede decir a una enana? Evidentemente, algo tendrá que decir, pero una enana… joder, esa gente menuda vive en un mundo totalmente distinto. Ojalá no hubiéramos venido…

Es bonita, además. Al menos, para ser una enana. No tiene ese aspecto infantil de la mayoría de ellas… Es más que nada como una copia diminuta de una mujer normal. Tiene buenas piernas, un culo que hay que calificar de muy mono, y las tetas… supongo que habría que decir que son grandes para su tamaño. Una mirada a Arthur me revela que también él se ha dado cuenta de esas cosas… El whisky es bueno y me hace sentirme mejor. Acepto otro.

Diez minutos después nos está tirando los tejos con los ojos… Nos ha preguntado por nosotros, qué hacemos, etc., y nos ha contado que está descansando entre la última y la próxima gira con el circo. Todo con esa vocecita aguda y bastante dulce que me recuerda a algún ave. Hago una señal a Arthur —no vale la pena seguir así— y nos vamos todo lo rápido que permite la buena educación. Al despedimos, nos dice que no dejemos de visitarla alguna otra vez. Se llama Charlotte… Charlotte…

Arthur y yo nos encaminamos en línea recta hacia el café más cercano. Arthur formula centenares de preguntas, no sé si a sí mismo o a mí… en cualquier caso, se quedan sin respuesta. «¿Tienen pelo como las mujeres normales? ¿Cómo será de grande su coño? ¿Estarán para un polvo? Se frota las manos. La virgen, si tuviera cara para volver y averiguarlo… estaba dispuesta, ¿verdad, Alf? Habría tragado, ¿no, Alf?»

Seguimos sentados en una mesa mucho rato y los platillos van apilándose. No

ceso de intentar imaginar cómo sería en la cama, esos deditos tocándote la minga y todo lo demás, y el título pasa una y otra vez por mi cabeza como el gotear de un grifo. Tarde con un Duende…

.....

Toots viene a verme, porque se va de viaje… se marcha de París y tal vez para siempre. Con su americano, quién lo iba a decir. Henry y ella han llegado a una especie de acuerdo… no logro saber si van a casarse o no, pero parece ser que sí. Como es una persona muy práctica, Henry ha llegado a la conclusión de que tener a Toots cerca es una forma muy barata de garantía contra cualquier clase de disgusto que podría provocarle, si no, su atracción por personas como Peter. Se la lleva a Londres y de allí probablemente a América.

Toots me cuenta esto sentada en mi cama, mientras acabo de afeitarme, pues ha llegado muy temprano. ¿Qué me parece?, me pregunta. Intento pensar qué me parece, pero es demasiado esfuerzo.

Tras una pausa, Toots me pregunta, con tono demasiado indiferente, la dirección de Anna… le gustaría despedirse de ella. Finjo no saberla, Anna cambia tanto de casa. ¡Qué puta! Si hubiera llegado y hubiese dicho que quería jugar al sesenta y nueve con Anna, podría habérsela dado.

Toots sale conmigo y me acompaña mientras desayuno. El servicio ha mejorado notablemente esta mañana… ésa es otra de las ventajas de ir con una gachí tan guapa como Toots. Pero no tengo apetito. Toots es preciosa y yo me la he follado, y ahora se marcha… ¿quién podría comer en esas circunstancias? De nada sirve recordar que no estoy enamorado de Toots, nunca lo he estado y nunca podría estarlo… debería estar enamorado de ella, eso es lo que cuenta, y debería sentirme muy mal. Por pura compasión de ella, no lo estoy, no tengo apetito. Puede que pase mucho tiempo hasta que otra gachí tan encantadora como Toots entre en mi vida… o salga de ella.

En la calle nos encontramos con Carl. Parece muy desesperado, mientras camina con nosotros. Voy a pasar un momento por la oficina, es día de cobro. En la puerta le cedo a Toots, pensando en que probablemente no vuelva a verla nunca, pero media hora después, al bajar las escaleras, me la encuentro en el vestíbulo. Se ha librado de Carl y ahora quiere venir a casa conmigo.

Me habla de París. Ahora que se marcha le parece que también yo debería marcharme. Nueva York, Berlín, tal vez. Un fenómeno de este lugar es que induce a todos los que se van a creer que todos los que se quedan desperdician su vida. La opinión general parece ser que en París puedes triunfar, pero has de ir a otro lugar para aprovecharlo.

Toots está aún intentando convencerme para que me vaya de París, cuando llegamos por fin hasta la puerta de mi casa. Pero, cuando estamos dentro con la puerta cerrada a nuestras espaldas y la cama esperándonos, se olvida de lo que decía.

Ha subido aquí conmigo para echar un polvo, dejémonos de chorradas. Nada más cerrar la puerta, se ha echado a mis brazos, frotándose contra mí y buscando con la mano a John Thursday. Ahí mismo, a dos pasos de la puerta me pongo a desnudarla.

No lleva bragas… Descubro eso en primer lugar. Digan lo que digan sobre los placeres ocultos, me gusta ver las cosas a la luz, verlo todo para meterle mano cuando quiera, sin cintas ni fajas. Mientras la magreo, le levanto el vestido hasta tener a la vista su desnudo culo y también ese extraordinario primer plano. Después, pese a que está metiéndome los dedos en la bragueta, me echo hacia atrás para echarle un buen vistazo.

Se queda inmóvil, sosteniendo el vestido levantado y enseñando lo que tienen las niñas. Peludo y rosa y apesta a fosa, sobamos decir, cuando yo era niño… Sólo sus ojos se mueven un instante. Mira su chichi y después el establo de John Thursday. Por fin se sujeta la falda levantada y se pavonea por la habitación, desfilando para arriba y para abajo como una de esas tías de los concursos que no se ven en ninguna parte, salvo en los noticiarios. Culo desnudo, coño desnudo, muslamen… Está como un tren, y, además, lo sabe. Es una de las cosas que distingue a Toots… que sepa lo buena que está y sea generosa con esa almeja que tiene entre las piernas.

No es de extrañar que Carl se estuviera volviendo majareta. A cualquiera le ocurriría, teniendo cerca a una ja así y no pudiendo follársela nunca. Se encontraría mejor, si se hubiera marchado… aunque ni él ni nadie aceptaría ese razonamiento. Yo, desde luego, no. Mientras la contemplo actuar, comprendo de repente lo horrible que debe de ser tener purgaciones y una amante hermosa, ambas cosas a la vez. ¿Horrible? Es espantoso… se me hiela la espina dorsal de pensarlo, la tía desnudándose y enseñando ese culo con pelo entre los carrillos, al volverse, agachándose a recoger algo con los chuchái colgando y oscilando un poco, pasándose las manos por el vientre, rascándose… y tú sentado ahí con el cipote en cabestrillo… Decido redoblar las precauciones en el futuro.

Toots retrocede, cuando intento acercarme para magrearla un poco más. No, no es que se haga la estrecha, me dice. Pero es que si le meto mano y ella a mí, si empiezo a estrujarle el culo y a tocarle las tetas… pues seguro que se pondrá a acariciar a Jean Jeudi… en un instante se erguirá éste por debajo de su pelambrera… ¿y dónde estaremos nosotros entonces? En el suelo, por supuesto, y la cama es mucho más práctica, además de cómoda.

Se tira de cabeza a la cama, se tapa con las almohadas y el brazo y deja su desnudo culo como problema que me toca resolver a mí. Tiene los muslos separados… joder, hay un metro entre rodilla y rodilla… con las jarreteras que los aprietan con fuerza a través de las medias de seda. Tiene el pelo suelto… junto a la almohada hay una pila de horquillas. Por detrás parece como si necesitara una buena cantidad de horquillas para usarlas entre las piernas… el pelo se extiende por encima de sus muslos como una especie de musgo, muy largo y rizado. Me viene a la cabeza el recuerdo de Arma… con su suave y untuosa perilla, que oculta su *bonne-bouche*.

Entonces recuerdo que Anna y Toots llegaron a conocerse muy bien en aquella noche de maravillosa ebriedad en que las presenté aquí. Toots debe de saber casi tanto sobre la suave perilla de Anna como yo… y Anna sabe cosas de Toots que yo me pensaría dos veces antes de averiguar.

Tengo muy buena memoria para cosas así. Veo las cosas con toda claridad y con el aspecto exacto que tenían, sin el desdibujamiento con que a veces se presentan, como, por ejemplo, cuando sueñas con ellas. Me quedo un instante más recordando antes de meterme en la cama y dar a Toots la zurra en el culo que está esperando, es evidente, y ante la cual se pone a lanzar aullidos terribles.

Se apoya en un codo y se vuelve para lanzarme una buena… —pero ve mi cipote que ahora ya está empalmadísimo— y alarga para cogerlo la mano con la que se restregaba el culo. La dejo meterla entre los pelos en busca de la polla… su culo está muy interesante, un carrillo rosa y el otro blanco. Las marcas de mis dedos empiezan a aparecer, como una placa fotográfica en el revelado.

Su Henry le hace eso, me confía, mientras intenta meter la cabeza de Johnny por una abertura que es demasiado pequeña para él. Bastante a menudo y bastante fuerte, en su opinión. No, no ha mostrado el menor interés por jodérsela, añade rápido antes de que pueda preguntárselo. Ni el menor interés. Pero sí que le da sus buenos azotes en el culo, y cuando ella salta y se queja, él se troncha de risa. ¿Me parece a mí que puede ser un sádico? ¡Oh! ¿Y si le pegara palizas? ¿No sería horrible? Y se estremece y suspira, cuando piensa en lo maravillosamente horrible que sería que la azotara con una correa.

La leche, el mecanismo de las mujeres es completamente meningítico, cuando comprendes cómo funciona… Digo a Toots, ya que es lo que desea oír, que Henry es sin duda una versión moderna de Gilles de Rais. ¡Ah, eso le gusta! Piensa que posiblemente tenga amigos aficionados a los mismos placeres… posiblemente los reciba para disfrutar con inmundas orgías de dolor y lujuria… Se deja llevar por la imaginación… al cabo de unos instantes se está imaginando que la convocan a ella, confiada joven novia (¡si pudiera ser una virgen en el trato!), para divertir a los huéspedes de su marido. Huy, la leche, si no la detengo, va a acabar creyéndose esas fantasías, el matrimonio se frustrará, y mis divinas despedidas no habrán servido para nada…

Le levanto el vestido por encima de la cabeza, pero cuando está a medio sacar, con los brazos inmovilizados y la cara tapada, lo retuerzo por detrás y la aprisiono. Culebrea… ¡delicioso! Pero no es eso lo que dice… pide, suplica que la suelte… lo que la delata es la suave nota de su garganta. La toqueteo, le pellizco las tetas, compruebo la firmeza de sus muslos… al final, examino su *conillon* con la mayor minuciosidad. Ella mueve los dedos de los pies, da patadas —pero no demasiado vehementes— y gime con el placer que siente. Por una razón que desconozco, sus sobacos aparecen especialmente desnudos e indefensos…

Cuando la suelto, se enfada. Pero, bueno… qué me he creído. Pero al mismo

tiempo se quita los zapatos con los pies. Dice, entre suspiros, que soy tan fuerte. Eso no es sino un puro disparate. Dudo mucho que pudiese elevarme siquiera en una barra estos días… a lo máximo que llego es a llevar en brazos desde mi sofá hasta la alcoba a una mujer bastante bien alimentada.

Qué pretendo hacer, me pregunta mientras intento con dificultad quitarme los pantalones sin ponerme de pie. Podría hacerle tres cosas, me dice, y se pone a enumerármelas… ¿Qué sería de las jas, qué harían las tías, sin las palabras que se pueden susurrar o gritar o cantar? Podría jodérmela… u obligarla a chupármela… o metérsela por el recto, me comunica, cuando por fin estoy desnuda. ¿Qué voy a hacer? Quiere que primero se lo diga, que le dé una especie de resumen breve. Ah, Toots, qué zorra eres… Te engañaría y me engañaría, si te dejara salir de mi vida sin hacerte todas esas cosas por lo menos una vez más. Sí, te voy a joder… por el culo, por la boca y por el coño… hasta que hayas quedado marcada para siempre por el paso de mi picha… Te voy a poner el cipote en el pelo, en las orejas, te voy a hacer cascármela y voy a correrme con la polla pegada a las ventanas de tu nariz… Te voy a llenar el cuerpo, la mente y el alma con los polvos… El pelo te quedará ralo para siempre donde mi polla te haya restregado. Te voy a echar un palo que no vas a poder contener dentro, un polvo demasiado grande para tu vida y tu experiencia… te entrará, te llenará hasta rebosar, se derramará en tus hijos y en los bisnietos de tus hijos… diez generaciones de tus descendientes se despertarán con el sobresalto de un sueño que vivirá para siempre en las células y fibras de la línea que arranca de tus riñones en sazón.

Cojo a Toots por la cintura y entierro la cabeza en sus muslos. Ella me agarra la polla y la besa en éxtasis, mientras le muerdo la tierna carne y restriego la nariz por su vientre. El suave hedor de su *abricot-fendu* es tan dulce como el olor de uvas podridas al sol… Toots me lame los huevos y su lengua serpentea por entre mi pelambrera… tiene la boca empapada y suelta…

Con los dientes me pongo a desgarrarle las frágiles medias de seda. Las hago jirones, le mordisqueo las jarreteras hasta cortarlas por la mitad. Al cabo de poco lo único que queda es un trozo, como un calcetín deforme, que le ajusta en un tobillo.

Toots separa una y otra vez los muslos. ¡Oh, cómo lo desea! ¡Está dispuesta a morir, con tal de que le meta la lengua en la raja, se la pase por el culo y lo lama! Pero no es sólo por eso por lo que se muere… me coge la picha en las manos, la estrangula hasta que John Thursday tiene la cara morada… después me desliza una mano bajo los cojones, los sujeta con los dedos extendidos e inclina la cabeza para meterse mi cipote en la boca.

El pelo trepa por el vientre de Toots como un fino velo. Lo sigo con la lengua desde el ombligo hasta su largo higo maduro. Corre por una delgada línea fluctuante que sabe a leche salada… La pincho y torturo fingiendo una y otra vez que le voy a meter la lengua chumino arriba y, en cambio, le lamo los muslos. La frustración la vuelve loca… Babea y espurrea sobre mi polla hasta que parece que se le va a salir

del todo. Cuando menos se lo espera, le relleno el coño con la lengua y empiezo a chuparlo… estoy encerrado entre sus muslos y mi lengua entra y sale retorciéndose de la escurridiza masa de pelo mojado…

Se marcha… probablemente no me vuelva a ver… conque Toots, que primero fue de Carl y ahora no es de nadie en realidad, se muestra tan cachonda y zorra como si estuviera completamente borracha e irresponsable. Más tarde, cuando está a punto de marcharse con la excusa de que tiene una cita, se me ocurre que muy probablemente esté haciendo la ronda de todos sus amigos y ofreciéndoles un bocado —qué leche, una bocanada— de completa e indecente golfería.

¡Me pide que me corra! Con el mismo tono desesperado con que las mujeres te suplican que te las jodas, Toots me suplica que deje estallar mi picha en su boca. Quiere que me corra en su boca la primera vez, cuando tenga mucha lefa… cuando esté más espesa e impregnada del sabor de mi polla.

John Thursday no tiene inconveniente en ofrecérselo así… De hecho, la barba le tiembla… después los muslos de Toots se ponen más rígidos y contra la ingle noto su garganta moviéndose al tragar la lefa…

Ella no se ha corrido… sigo chupándole y lamiéndole el *con* y Toots sigue chupándome la polla y tirando tan fuerte de ella, que me duelen los cojones. Si quiero conservarla íntegra, voy a tener que quitársela… y cuando lo hago, se pone a lanzar una retahíla de vocabulario casi tan verde como los hallazgos más logrados de Tania. Confiesa la mayor parte de su historia erótica (¿a qué deberá esa necesidad compulsiva de confesarse que tienen las mujeres?), empezando por la primera y acabando con la última de sus caídas en la tentación. Y me entero, con el mayor asombro, de que en cierta ocasión se dejó joder por uno de China. Así lo dice… uno de China. Y como Toots sabe apreciar el valor de las palabras, comprendo que no se refiere a un universitario chino, sino con mayor probabilidad a un empleado flaco y macilento de una lavandería… china.

¿Por qué a uno así?, no lo puedo imaginar. Nunca he conocido a una mujer que se dejara follar por alguien así, nunca he oído a una expresar siquiera el deseo de que se la follara alguien así. Son bajos, patizambos y de pecho hundido. No puedo imaginar a mujer alguna echando un buen polvo ni disfrutando la sabrosa emoción del cruce de razas con un tipo así.

Toots me está lamiendo los huevos, pasándome la punta de la lengua por detrás de ellos y muslos abajo… Me besa los dos carrillos del culo, después los lame, como si se hubiera armado de valor, aprieta los labios contra el ojo del culo, ¡y me lo chupa! Eso parece producirle la excitación final que estaba esperando, la muy puta… Empuja la lengua contra mi recto y mientras se desliza dentro, se corre… Le sale jugo como si de repente se hubieran abierto cien pequeñas válvulas…

Su interés por mi culo decae al instante. Pero con eso me ha puesto de nuevo cachondo y estoy empezando a lucir otra erección. No quiero que pare aún. Sigo empujándole la cabeza entre mis muslos hasta que se pone a chuparme el recto de

nuevo y la mantengo así hasta que estoy empalmado para joder otra vez…

Puede ser su interés por mi culo lo que me hace sentir semejante interés por el suyo. Es un bonito culo femenino, con mucha carne y mucho pelo. Y ese punto, ese centro arrugado, parece muy apropiado para el uso que voy a hacer de él. Le separo los carrillos y clavo los ojos en él. Parece como si nunca hubiera visto ninguno… Toots se ríe de mí…

El puñetero se mueve. Está vivo, culebrea y parece respirar. Me imagino que los jebes podrían ser objeto de un estudio interesante. Tal vez no se descubriera el secreto del universo en uno de ellos, pero sería la tira más interesante que el estudio de tu propio ombligo.

Toots no necesita que le enseñen ninguna de las perversiones menores, por lo que he podido saber. Desde luego, como ya antes le he dado por culo, sabe qué esperar de mí y cómo prepararse para ello… Se coloca boca abajo y me ofrece el asunto… lo tengo ahí ante los ojos, expuesto como un festín. Me monto y ofrezco el aroma a John Thursday. Entra como una bala y Toots empieza a gemir de nuevo.

Esta vez le doy unos pinchazos que para qué. Y le gusta bastante, pero siente que no tenga yo bastantes manos para darle gusto. Quiere que le toque la almeja, le pellizque los limones, la magree de la cabeza a los pies y al instante. Al final suple mi deficiencia masturbándose. ¡Dios mío, qué capacidad para el goce tiene esa gachí! Con la boca se dedica a maravillarse de lo zorra que es, cosa que parece apreciar tanto como yo, y a morder una esquina de una almohada…

Cuando la tengo bien trabajada, por ese lado y le doy la vuelta para dedicarme al mondongo, Toots lanza un alarido. Quiere que la folle, insiste, pero también que le dé por culo. Como no soy uno de los demonios de Alexandra, no sé, la verdad, cómo hacerlo… pero Toots encuentra un medio. Sobre mi escritorio hay un cepillo con un mango redondeado, suave y bastante rechoncho. Eso quiere.

Al final le entrego el cepillo… he descubierto que existen dos formas de echar un buen polvo… una es imponerse por la fuerza y la otra dejar que las tías realicen cualquier idea descabellada que se les ocurra… conque se lo entrego. Se tumba de costado, alza la pierna para colocar las cosas como desea, y ¡zas! ¡Dentro hasta las puñeteras cerdas!

En cuanto puedo le meto el cipote en el chichi… temo que se corra sin mí, está demostrando tal destreza con el mango del cepillo. Y así es como me la jodo… metiéndole unos viajes de la hostia con la polla, mientras ella con el cepillo se mete unos meneos que para qué en el culo.

Está tan caliente, térmica y sexualmente, que se podría hacer funcionar todo el sistema del Metro durante tres horas con la energía que está consumiendo. La piel se le pone resbaladiza y, como ya de por sí es una tía muy viva, pronto estamos tumbados en una postura que debe de parecer una magraña de anguilas superelásticas. Pero aún tengo el cipote bajo sus piernas y meto y saco sin parar para apagarle ese fuego hasta que nos corremos los dos.

«Ha sido maravilloso…», empieza y no dice más. No se ha sacado aún el mango del cepillo del recto… aún lo retuerce un poco, lo mete y lo saca. Me levanto y se lo vuelvo a meter, hasta dentro, y empiezo a darle el resto del polvo que John Thursday ya no puede prolongar.

¡Qué alboroto de la hostia puede armar una ja! Como siga así, los habitantes de cuatro manzanas a la redonda van a acudir corriendo a contemplar la diversión. Le pongo un almohadón sobre la cabeza y sigo barrenándola con el cepillo. No puede resistirlo, por supuesto, y la estoy matando, etc., etc. Debo reconocer que es consecuente, además. Mientras le estoy meriendo el cepillo, no cesa de repetir el mismo rollo… pero el tono cambia y la delata. Se lo está pasando bomba imaginando que la están maltratando vilmente y está en su perfecto derecho… la estoy maltratando y con mala hostia, además. Pero es un maltrato que se acaba cuando se corre una vez más y sé que en realidad está disfrutando con el folleque.

Me siento sobre su espalda mirando hacia su culo, cuando he acabado. Está relajada, exhausta, esos dos gruesos carrillos son, sencillamente, una tentación demasiado fuerte. Pongo las cerdas del cepillo boca abajo y la azoto con él. Resuella, pero no llega a aullar… y después dice «Oh» y suspira.

«Hazlo otra vez», susurra.

Empiezo a zurrarla con mucha fuerza y al principio susurra: «Hazlo otra vez… otra vez…», cada vez que el cepillo le cae encima. Empieza a lloriquear… le duele pero aún le gusta… El culo se le pone rosa, una masa de motitas que me recuerdan los moldes de imprenta. Al final ya no susurra… se limita a suspirar…

Cuando aparto el cepillo y le pongo la mano en el culo, la piel está ardiendo. Mañana va a tener magulladuras. Salgo de la alcoba en busca de una botella de vino y, cuando vuelvo, sigue tumbada exactamente como cuando la he dejado. Tomamos los dos vasos de vino en silencio y con el mismo silencio se viste. Cuando está a punto de marcharse, con una mano en el picaporte, se vuelve hacia mí y me besa con pasión.

«Gracias», dice, «¡Gracias, gracias!»

Adiós a Toots.

.....

Ernest ha dejado todo preparado. Lleva ya dos semanas preocupado por lo de ese inventor loco. Mejor dicho, no tanto el inventor cuanto sus mujeres… su esposa y su hija. Desde que ha descubierto que al viejo le importa un comino quién se las folle, o por qué, Ernest ha estado muy preocupado. Hay gato encerrado, asegura, deben de tener purgaciones o algo así. O tal vez el viejo andoba tenga detectives por ahí, todos preparados, cuando les dé la señal, para aparecer con cámaras fotográficas y conseguir las pruebas necesarias para el divorcio. Cuando le señalo que no puede divorciarse de su hija, Ernest se muestra más convencido que nunca de que ahí hay

tomate. Quiere tirarse a las dos tías, pero de ningún modo quiere hacer el juego al viejo Snitzgrass. Hasta en el nombre hay algo raro, dice Ernest. ¿He conocido a alguien que se llamara Snitzgrass? Está claro que es falso… es muy extraño todo eso…

Pero, como decía, Ernest ha dejado todo preparado. Quiere que vaya a reconocer el terreno. Tal vez podamos turnamos en llevar a Fitzberg o Whistfast de paseo a ver Orión o algo así, y el otro puede joderse a cualquiera de las dos que parezca necesitarlo más. Conque ha conseguido una invitación para ir a cenar para los dos.

En teoría, yo voy con la intención de reunir material para un artículo sobre: «¿Adónde nos conduce la ciencia?» Ernest tiene tanta fe en el poder de la prensa como una patrona de burdel parisino.

Mutzborg, como su nombre indica, es una especie de grillo saltarín con una barba de pelusa rojiza, muy corta, que usa de limpia-plumilla, servilleta, lustra-monóculo y cajón de sastre en general. Como es patente que Ernest y yo hemos ido a hacer una diligencia seria, antes de presentamos a sus dos jas, nos enseña sus inventos. Los tiene todos desparramados por el sótano, todos estropeados y con los elementos desmontados o sin acabar aún. La mayoría son cosas como peladores de patatas perfeccionados o artefactos para combinar media docena de útiles herramientas en una. La única cosa de alguna posible utilidad práctica es un cemento peso pluma perfeccionado y resulta que se deshace en polvo al más ligero contacto. En conjunto, es la colección de trastos viejos más inútil que he visto en mucho tiempo y carente del mínimo interés. Mutzborg es ligeramente más interesante y, mientras habla, siento de verdad no tener que escribir un artículo sobre lo que está diciendo… se muestra tan puñeteramente serio.

Sus esposa e hija están mucho mejor. La chica tiene diecisiete o dieciocho años, me parece… su madre, entre treinta y cinco y cuarenta años. Ernest me cuenta que la que tiene el dinero es la mujer de Mutzborg. Por qué habrá elegido una tía tan guapa como ella y con dinero en el banco a semejante chichirivainas con barba es una de esas cosas que superan mi entendimiento… tal vez porque lleva los cuernos con tanta naturalidad…

Todo es limpieza y educación durante la cena, nada indiscreto. Pero, leche, si, por lo que dijo Ernest, yo pensaba que entre plato y plato se ponían a magrearse todos. Nada de eso: se habla de la futura situación internacional, del clima de Italia del sur y de las maravillas de América.

Después de la cena empieza la diversión. Mutzborg confiesa con timidez que aún no nos ha hablado de una cosa… un pequeño invento suyo que todavía no nos ha enseñado. Trae una botella y la levanta a la luz para que la examinemos. Contiene un líquido negro que al principio imagino es tinta o un explosivo líquido. En el segundo caso no ando demasiado desencaminado. Es una bebida que ha inventado, destilada de una combinación de ajenjo, cereales, ciertas plantas del campo y Dios sabe qué más. Más tarde no me cabe duda de que la receta incluía las diminutas moscas verdes

españolas llamadas cantáridas.

Va pasando el mejunje en copitas de licor en las que cabe tan poco como en un dedal. Tiene el mismo tosco sabor a madera que la ginebra clandestina americana, además de otros gustos vagos pero desagradables. Pero nunca había probado yo algo tan fuerte… Mutzborg, quien nos dice que nunca se ha atrevido a beber más de un sorbito, acaba participando ante nuestra insistencia en la segunda ronda que nos ofrece y en seguida se pone a cantar. Nos ponemos a hablar con mayor desenvoltura y la esposa de Mutzborg empieza a dar señales de mayor vivacidad.

Tras la tercera, Ernest es el que canta y la hija me está tirando los tejos con sus miradas. Mutzborg sale de la habitación para ir a buscar gaseosa, pues la bebida empalaga después de la primera copa, y antes de que vuelva ya hemos vaciado otra ronda.

Empiezo a sentir un hormigueo en manos y pies. Es más que una simple comezón… siento cómo se estiran los nervios cuando muevo los dedos de manos y pies y vibran como tensas cuerdas de piano, todos en notas distintas. Los colores de la habitación empiezan a brillar exageradamente. Me sorprende no sentirme paralizado. La piel se me ha vuelto excesivamente sensible.

Todo el mundo está entusiasmado con el invento, incluido Mutzborg. Al cabo de una hora o un poco más hemos acabado la botella. La hija de Mutzborg se ha dado mucha maña, cree ella, para enseñarme los muslos sin que nadie se diera cuenta. Ernest está sentado en el sofá junto a la esposa de Mutzborg: le ha metido la mano por detrás y le está tocando el culo. Mutzborg va brincando de acá para allá, en busca de pitillos o de esto o lo otro, y al cabo de poco se ha mareado de tanto brincar. Murmurando algo sobre el amor libre, se desploma en su sillón y se queda frito.

Su esposa dice que le gustaría enseñar el jardín a Ernest a la luz de la luna. Hacen una salida de lo más digna… lo extraño de esta bomba líquida de Mutzborg es que no impide la locomoción. Ernest estropea el efecto un poco al dar a la mujer un pellizco en el culo y hacerla chillar justo cuando está cruzando el umbral…

Hace tiempo que hemos abandonado la conversación racional, conque la hija de Mutzborg y yo seguimos sentados y diciéndonos disparates otros cinco minutos más o menos. En cuanto se han ido Ernest y la mujer, he empezado a tener una erección y, al cabo de esos cinco minutos, es la mejor que he podido ofrecer en mi vida. No le ha pasado desapercibida tampoco a la gachí… tiene los ojos abiertos, sabe lo que hay ahí… Se mueve en la silla como si tuviera una chinche bajo el culo, con lo que me enseña todo hasta la altura de sus blancas bragas de seda. Mutzborg no para de roncar.

Cinco minutos, y después… ¿qué? ¿Le damos al asunto? Apaga todas las luces menos una mortecina, mientras yo sigo ahí sentado con el cipote brincándome dentro de los pantalones y después pasamos al sofá. Qué puta, no tiene siquiera la decencia de proponer una alcoba… hasta su madre se ha salido al jardín… pero ella tiene que hacerlo allí mismo, con su viejo dormido en el sillón…

Qué gusto da cepillarse otra vez a una de esas jas jóvenes. No es tan joven como para no estar aún hecha, pero no ha alcanzado la sazón de la mayoría de las gachís con que he mojado últimamente. Sus piernas rozan con fuerza las mías… tiene el vientre liso, pero no las tetas… y está dispuesta… pero no demasiado. Es una chica decente.

Tenemos una pequeña discusión sobre casi todo lo que quiero hacerle. Quiero desnudarla, pero eso se tiene que hacer poco a poco. Pero cuanto más se tarda más crece John Thursday, conque no me importa. No voy a ninguna parte…

Fuera los zapatos… después tengo que subirle la falda y darle un buen magreo antes de seguir adelante. Las medias… le he levantado la falda hasta la cintura y le estoy bajando las bragas, cuando el bueno de Ernest vuelve con la madre…

«Perdón.» La mujer coge del brazo a Ernest y quiere hacerlo salir con ella, pero él se nos queda mirando a la chica y a mí. No voy a quitarle el vestido a la chica ahora. Se ruboriza y mira a la pared. Debía de haber humedad en el jardín.

La mujer nos vuelve a pedir perdón, pero deja de tirar del brazo de Ernest. Al parecer, sus teorías no incluyen el precepto de que la gente folle sin ocultarse, como los perros, y evidentemente constituye una experiencia nueva para ella ver cómo desnudan a su hija para el amor. Vacila, pero está borracha o drogada, según lo que hubiera en la pócima de Mutzborg… y entra con Ernest.

La chica está muy violenta, pero también piensa, yo tengo aún una mano entre sus muslos, y el mismo principio que le impide bajarse la falda y taparse me impide a mí retirar la mano. Noto que Ernest lleva dos botones de la bragueta abiertos…

Se habla de que hay que ser perfectamente natural. Eso las dos jas de Mutzborg… Ernest y yo no tenemos nada que decir al respecto… y entretanto Ernest se deja caer en la silla que antes ocupaba la chica y se coloca a la mujer sobre sus rodillas. Claro, Ernest se ha preparado para ver todo el espectáculo y, al parecer, la madre de la chica también. Ernest le desliza la mano bajo el vestido y, tras echar una prolongada mirada a Mutzborg, empieza a magrearla. La chica se ruboriza un poco más…

Tardo diez minutos en armarme de valor y Ernest lo mismo en alzar el vestido a su ja para que enseñe su desnudo culo al mundo. Luego, a tomar por saco. Me importaría un comino que el Congreso de los Diputados entero quisiera contemplarlo. La chica parece sentirse más o menos igual. El licor sigue haciendo efecto.

La mujer ha sacado la minga a Ernest y está tocándosela, pero presta la mayor atención a lo que sucede donde estamos nosotros. Contempla bastante tranquila, mientras acabo de desnudar a su hija, pero cuando me desvisto yo también algo la inquieta, al parecer.

«¡Oh, Dios mío!», exclama, al tiempo que se retuerce las manos. «¡Oh, Dios mío!» Se cae de repente de las rodillas de Ernest y, antes de que éste pueda cogerla, se encuentra con el culo en el suelo, el vestido levantado y el chichi abierto y mirándome, como si me estuviera retratando con él. Ernest no puede levantarla y ella está demasiado atenta a lo que le está sucediendo a su hija como para prestarle la

atención que él cree merecer. Por último, como no puede hacer otra cosa, le saca el vestido por encima de la cabeza. A ella no le importa eso… no parece notar siquiera lo que está haciendo. Y ahí se queda sentada, sólo con las medias y los zapatos puestos, tan campante, como si estuviera completamente vestida.

Al principio la chica intenta ocultarme el chichi. Se lo tapa con la mano y mantiene los muslos juntos. Pero después de haberla acariciado un poco, tras haber sentido el roce de los bigotes de John Thursday por el vientre, sale de su concha. No hay problema porque le toque el coño, no hay problema porque le haga cosquillas en el recto… ahora no hay problema para nada.

La chica tiene un polvo maravilloso… Tiene vida en el cuerpo y experiencia también, pero no la desesperación que he conocido en Tania. Le encanta, es evidente, pero no se muere por follar.

Está ajustadísima para Jean Jeudi… meterlo requiere algo más que lanzar su cabeza en dirección a ella. Pero, cuando ha entrado bien, con la nariz en el centro de ese picor que le hace menear el culo, todo es perfecto. Aún está ruborizada y cada vez que mira hacia su madre, lanza uno de esos largos «Ooh» de vergüenza, pero eso, si acaso, contribuye a que el polvo sepa mejor.

Cuando llevamos quizá cinco minutos follando, la madre de la chica experimenta un deseo intenso de ver desde más cerca. El hecho de que Ernest luzca un cipote de buen tamaño no basta para mantenerla donde está… Hace ademán de ponerse en pie, pero es demasiado esfuerzo. Se acerca a gatas, descansa la cabeza en el borde del sofá y mira como una gran perra collie. Para hacer honor al momento, pongo a la chica de lado, con el culo hacia la cara de su madre, para que ésta pueda observar todo.

Llevo menos de un minuto follando a la chica en esa posición, cuando siento algo más que un coño en torno a mi polla. Es la madre que anda magreándome y cuando Ernest ve lo que está pasando se decide por fin a hacerse valer. ¿Qué cojones le falta a su picha?, pregunta. Se levanta de un salto y tira irritado su ropa al suelo. Acto seguido aparta a la tía arrastrándola de un pie. Justo delante de Mutzborg, casi a sus pies, se la monta y le pone la minga en la cara. Aúlla como un indio, grita que la va a obligar a chupársela hasta que lo respete un poco, y ella intenta calmarlo y le dice que va a despertar a su marido. Pero ahora Ernest está cabreado… le importa tres cojones o un cojón incluso, dice, que ese sapo saltarín se despierte… de hecho, espera que así sea…

La chica quiere ver lo que sucede, naturalmente. Está tan escandalizada ante el espectáculo que ofrece Ernest acuclillado sobre su madre, y metiéndole su soberbio cipote en la boca, que se olvida de follar. Pero cuando Ernest recibe su recompensa, cuando por fin la tía cede y lo admite como él quiere… cuando le da toda la marcha que puede y está clara e indudablemente chupándoselo, la chica está mejor incluso que antes. No quita la vista de Ernest y su madre… ni un segundo. Pero le da al asunto cojonudamente.

¡Zas! Mi polla ha explotado río arriba. Tengo la sensación de que el estómago se

me ha hundido en el culo y las tripas se me están vaciando dentro de ese avaricioso chochito. La chica me abraza… grita que se corre, que tiene el vientre encendido, que su *bonne-bouche* se está volviendo al revés… Mutzborg ha descubierto un invento valioso, al parecer.

Entretanto, Ernest ha conseguido por fin que su ja se interese por su cipote. Ya no tiene que sentarse en sus chucháis para mantener la minga dentro de su boca… ahora no la soltaría por nada del mundo. Él está tumbado boca arriba con las manos bajo la cabeza como una almohada y ella está inclinada sobre él y le da marcha oral…

Mientras contemplamos eso, pregunto a la chica si lo ha hecho ella alguna vez. Oh, no, por supuesto… eso nunca. Está mintiendo, la muy puta… es la mejor chupapollas que he conocido. Además, ha respondido demasiado rápido… Me yergo sobre el sofá para poder utilizar la persuasión forzosa, en caso necesario, pero cuando ve lo que se anuncia se deja caer del sofá y se queda de rodillas delante de mí. Después… hasta dentro.

La mamá contempla con detenimiento esa nueva fase. Mi picha no ha tenido tiempo de ponerse tiesa otra vez y la chica la tiene entera dentro de la boca. Los ojos de la madre están desorbitados y es evidente que va a decir algo, pero en ese preciso momento Ernest se corre. La obliga a bajar la cabeza y a ella no le queda más remedio que tragar… las tías, de rodillas, las dos, con una polla en la boca cada una, se miran sin decir palabra. Qué cojones estarán pensando es algo que no puedo imaginar, la verdad…

Ernest propone un trueque. No es, dice con tacto, que no le guste lo que tiene, pero es partidario de la variedad. Yo estoy tan deseoso de probar a la mamá como él de echar un palo a la hija y las tías no pueden poner objeciones, conque decidido. La única desventaja del trueque es que Ernest obtiene el sofá junto a la chica…

Propongo que la madre y yo probemos una de las alcobas, pero ella no quiere ni oír hablar de eso. Quiere quedarse a ver cómo traga su hijita, eso está claro… además, me parece que le gusta la idea de todo ese folleque en las narices mismas de su marido. Cuando cruzo la habitación para cepillármela, me rodea las rodillas con los brazos y se pone a besarme los cojones… después pasa los labios por la nuca de John Thursday y se pone a chuparlo, para mostrar a su hija, al parecer, cómo se hace. Ya no está fláccido, cuando por fin se lo quito, le doy la vuelta y se lo meto en el recto…

La chica aún tiene metida en la boca la picha de Ernest y casi se la arranca de un mordisco, cuando ve lo que me dispongo a hacer a su madre. Es muy posible que no haya oído hablar de esa forma de hacerlo. Pero la madre sí… se la conoce al dedillo y ha tomado bastante elixir de su marido para demostrar sus conocimientos. Mantiene el culo en alto de modo que yo pueda meterla sin dificultad y después se oculta la cabeza entre los brazos como una garita que se prepara para dormir.

Cuando John Thursday ha empezado a meter el hocico en el culo, levanta la cabeza… no hay la menor posibilidad de que se queden dormidas con una polla

metida en el culo. Inclina la cabeza hacia abajo y se mira el vientre, bajo sus oscilantes tetas, para ver lo que ocurre ahí detrás. Le meto el cipote sin ninguna dificultad, evidentemente no se la joden con frecuencia de este modo. Tiene el jebe tan apretado como su hija el coño, pero, igual que éste, se dilata después de haberla follado un rato.

La hace retorcerse, esa picha en su recto, y cuando la follo de verdad la hace parlotear como un lémur. Se excita y brinca como un conejo con las piernas cansadas. Agita los brazos y de repente uno de ellos golpea muy fuerte en las espinillas a su marido. Éste se despierta y nos mira como un estúpido… La mujer se lleva las manos a la boca consternada. Después el marido descubre a su hija y a Ernest. La chica está aún de rodillas y ni siquiera se ha quitado el cipote de Ernest de entre los dientes…

No sé qué estamos esperando todos… durante unos segundos nadie se mueve. Después Mutzborg bosteza, cierra los ojos y se pone a roncar otra vez.

«¿Nos ha visto?» Eso es lo que a madre e hija les gustaría saber y las dos hacen la pregunta al mismo tiempo. En mi opinión, nos ha visto, pero no va a poder recordarlo. Ernest asegura que está tan mamado, que ni siquiera reconoce lo que ve. Las mujeres se sienten aliviadas… Ernest le mete el cipote en la boca y ella empieza a chupar otra vez… la mía me insta a seguir con lo que estaba haciendo.

Se corre justo antes que yo y durante los últimos segundos tengo que luchar para mantener el cipote metido… quiere sacárselo del recto lo más rápido posible, nada más extinguirse la tremenda oleada de sensaciones. Lo mantengo dentro… le cruzo las manos a la espalda y la dejo aullar tan alto como le guste. Para cuando me he corrido yo también, ha vuelto a callarse.

Ernest está ofendido. La chica y él estaban tan absortos mirándome, que no se han podido contener y ella lo ha hecho correrse y lo ha dejado con la polla fláccida y, al parecer, fuera de combate para el resto de la noche…

Yo tampoco estoy en condiciones de hacer nada más durante varias horas, pese que a las dos tías les gustaría que la fiesta continuara con otra ronda por lo menos. Además, a Ernest y a mí nos han aparecido de repente dificultades para andar y nos vemos chocando con los muebles y el uno con el otro con monótona y dolorosa regularidad. Nos disculpamos, nos vestimos y nos marchamos.

Por una vez, no se ve un taxi. Aferrándonos el uno al otro desesperadamente en medio de un mundo que es a un tiempo espantoso y ondulante como un barco, caminamos hasta la casa de Ernest. Por la mañana tenemos los dos la peor resaca de nuestra vida.

.....

Anna quiere una fiesta. Me lo propone con toda franqueza, una tarde que estamos sentados en un café. Le gustaría que varios amigos queridos se la follaran en masa una noche… muy pronto. En adelante, la regla será sírvase hasta hartarse y nada de

fingir lo que no eres. Ésta no es la Anna que yo conocía hace unos meses, pero es que Anna ha cambiado mucho en poco tiempo. Para empezar, desempeña perfectamente el papel requerido para lo que se propone… va vestida y se comporta como una dama, está requetelimpia, lleva buena ropa y tiene algún dinero. En otras palabras, cumple con todos los requisitos para comportarse como una puta de las de diez francos el polvo.

Le pregunto quién le gustaría… Ernest, Sid, Arthur… ¿estarían bien? Le parece que sí, eso sería perfecto… no demasiados, pero suficientes para pasarlo bien. Y que todos se emborrachen y reine la alegría.

No encuentro la menor dificultad para prepararlo. Ninguno pone objeciones siquiera a aportar el escote para comprar licor. ¡Qué propuesta, la de esa puta! En fin, voy a procurar que consiga lo que pide… me mantengo lejos de las mujeres durante cuatro días antes de la cita y me trago huevos duros y ostras a docenas…

El día de la fiesta paso con Anna las últimas horas de la tarde. Está nerviosa… nunca había hecho algo tan perverso. Para calmarla le sugiero que tal vez deberíamos subir a mi casa y echar un polvete rápido antes del acontecimiento, pero la tía no cede. Ni olerlo, dice, hasta que llegue la hora… sería como estrenar los juguetes antes de Navidad…

La llevo a cenar y después pasamos mucho rato pimplando, conque cuando llegamos a mi casa Sid y Arthur ya están allí. Ernest llega cuando vamos a tomar otra copa, pero no importa… ya ha tomado más de la cuenta en el bar en que ha estado…

Cosas así no se pueden empezar precipitadamente… Bebiendo despacio, hablando mucho para que la cosa parezca algo menos brutal de lo que es, pasamos tres horas antes de que la fiesta se vaya perfilando. Todo el mundo tiene ya una tajada de cuidado, en esa fase en que una copa más hace mucho efecto. Arthur está enseñándonos por cuarta vez el truco de quitarse la chaqueta pero sin el chaleco. Anna pasa de mano en mano, sin quedarse en un sitio demasiado rato. Se te sienta en las rodillas, te da tiempo a que te empiece una erección y cuando nota que se te está poniendo tiesa se va con otro… todo ello, por supuesto, so pretexto de simple compañerismo…

Después desaparece por unos minutos. Todos me miran… ¿cuándo cojones vamos a follárnosla?, preguntan todos. ¿No le corresponde a ella dar el primer paso? Si no dice nada al respecto cuando vuelva, Sid dice que va a cogerla y violarla. Joder, una noche así es tan frustrante como la señorita Cavendish…

En eso que vuelve Anna. Basta con mirarla para comprender que no hay por qué especular más. Sólo lleva bragas y zapatos… nada más. Sus magníficos timones no van cubiertos sino con una larga sarta de cuentas negras que cuelgan entre ellos, apretadas a la piel y saltando despacio cuando camina.

«Aquí me tenéis», dice Anna.

Ernest da un grito e intenta asirla… falla y se cae de la silla. Es Arthur el que la atrapa. Ella cae en sus rodillas y le deja magrearla, mientras se produce una discusión

sobre quién va a jodérsela primero. Yo hago valer mi derecho de anfitrión; Sid, por falta de un argumento mejor, afirma que necesita un polvo más que el resto de nosotros…

De algo me tenía que servir ser un tahúr… Traigo una baraja y cortamos para ver quién consigue a Anna. Yo con un rey… Arthur tenía una sota, Sid un seis y Ernest un tres. Como premio de consuelo, Ernest pide el derecho a quitarle las bragas, o eso, dice, o tendrá que volver a ponérselas antes que él se la joda.

La llevamos los cuatro a la alcoba y Ernest le quita los zapatos y las bragas. Mientras lo está haciendo, se las arregla para meterle el dedo en el chichi e intenta sobornarla para que le deje ser el primero, pero Anna cumple lo convenido.

Se oyen muchos consejos mientras me desnudo. Anna es la única que no parece tener una opinión sobre cómo hay que tratarla. Se queda tumbada y nos contempla mientras nos quitamos la ropa… no sé por qué, pero parece asustada.

No estoy todo lo empalmado que debería estar, pero Anna es la chica ideal para remediarlo. En cuanto me tumbo, me coge la minga con ambas manos y le da un tratamiento que empieza a surtir efecto de inmediato.

Cuando de verdad empiezo a follarla, no me quedo dentro mucho tiempo. Un polvo rápido y excitante, pero no dura demasiado. Estoy tan excitado, me he dado tal atracón de marisco y productos lácteos, que casi me corro antes de empezar a follarla… Tal vez sea cierto que las ganancias deshonestas se derrochan pronto… Oh, es bastante agradable mientras dura y veo que Anna siente a John Thursday perfectamente, pero antes de que pueda apreciarlo se ha acabado.

En cuanto me retiro, Arthur se coloca de un brinco. Parece un conejo follándola. Tengo incluso la impresión de que tiene las orejas echadas hacia atrás. Al diablo el resto, me conformo con el coño, parece pensar, Arthur. Ni siquiera se molesta en mirar esas maravillosas tetas. Adentro va su polla y Arthur casi la sigue. En fin, Anna quiere evidentemente que la hagan sentirse como una puta, y, si algún método puede lograrlo, ha de ser el que Arthur está usando para jodérsela. Igual podría tener la cara tapada con una bolsa… qué leche, podrían cubrirla toda con lona y dejarle sólo un agujerito en el coño y Arthur estaría igual de contento.

Anna mira a su alrededor con ojos que ya empiezan a estar vidriosos. Agita las piernas y atrae a Arthur hacia sí con un abrazo, al tiempo que folla con la mayor energía posible. Sid y Ernest están de pie con el cipote sobresaliendo como tubos de hierro… mi polla no se ha desplomado aún completamente… Una fiesta encantadora, pero es que tan encantadora, balbucea Anna embriagada…

Que un coño pequeño… o incluso grande… haga apestar una habitación es algo extraordinario. La Virgen, si alguien viniera a visitarme ahora no necesitaría entrar en la alcoba para saber que hay una tía en los alrededores… lo asombroso es que no atraiga a la gente que pase por el corredor. Y la cama… menos mal que mañana es el día de llevar la ropa a lavar…

Anna no se ha corrido aún, pese a que Arthur le está clavando la picha como si la

estuviera asesinando con ella. Le da azotes en el culo para hacerla follar más de prisa, le ordena volverse hacia acá o hacia allá, hacer esto o lo otro, como si le hubiera pagado dinero contante y sonante. Le parece que es chachi, a la ja. Es obediente… intentaría caminar por el techo, si se lo ordenaran ahora…

Ernest se acerca un poco más a ella y, en cuanto el cipote está a su alcance, ella le echa las manos. Sid va al otro lado de la cama y la hace coger el suyo por el otro lado… los estruja los dos hasta amoratados, está tan cachonda, que, si no la vigilan, es capaz de arrancárselos y metérselos en los oídos…

Arthur acaba con una patada que casi arranca el pie de la cama y, de hecho, hace todo lo que puede por Anna en esos segundos finales. La ha llenado de lefa, pero no la ha hecho correrse. Sid se muestra irritado, cuando se limpia la polla en el vientre de ella… ¿a quién cojones, pregunta, le va a gustar joder en semejante charco? Obliga a Arthur a secarlo con un pañuelo antes de montarla.

Apenas ha metido Sid la picha en el chichi de Anna, cuando ésta se corre. Lanza varios «oh» y «ah» y durante varios minutos después está demasiado débil para hacer nada, sino seguir tumbada y dejar que Sid continúe solo. Aunque no le guste que ella actúe como si estuviera medio muerta, Sid sigue con su folleque como si nada… se la jode hasta haberla sacado de la cama a vergajazos, después se da la vuelta y se la jode por detrás. A media función, más o menos, Anna parece recordar lo que está sucediendo… se despierta y empieza a dar de nuevo pequeñas muestras de vida. No tarda en recuperarse tan bien como antes, o tal vez mejor, y, mientras Sid está terminando, durante unos minutos parece como si se fuera a correr otra vez. Sid da gruñidos y resoplidos, le da palmadas en el vientre y le tira de las tetas, pero no consigue hacerla correrse por segunda vez. Al intentar calentarla, se acalora demasiado y al final tiene que renunciar y abandonarse.

Cuando Ernest le abre las piernas, el chochito de Anna presenta el aspecto más desastroso que he visto en mi vida. Rezuma lefa y su propio jugo… las piernas están hechas una porquería… en resumidas cuentas, no comprendo que Ernest se queje. Pero le abre aún más las piernas y se mete entre ellas, de todos modos. Anna se muestra aún un poco tímida con Ernest… no ha olvidado la última fiesta a la que asistió con él. Como para compensarlo, se comporta con especial amabilidad para con él. Coge su minga con ambas manos y la coloca… Ernest no tiene que hacer nada. Ella haría todos los movimientos incluso, si él lo deseara.

Ernest debe de haber estado siguiendo mi régimen de los últimos días… en cualquier caso, no tarda mucho más que yo. Pero ahora que Sid la ha ayudado a saltar el primer obstáculo, puede que Anna se corra con mayor facilidad… se corre con Ernest justo cuando él le da el primer vergajazo por su propia voluntad y los dos quedan satisfechos.

Sería como para pensar que después de una sesión así Anna no pudiera más, si no por el resto de la noche, al menos durante el rato necesario para cobrar aliento. Pero Anna no es de ésas. Su coño está aún crispado del último polvo que ha recibido, pero

sigue con el mismo interés de siempre por nuestras pollas.

Cuando me siento en la cama, se arrastra hasta mí y se pone a lamerme el cipote y los cojones.

«¿Por qué no la hacemos a esta puta chupárnosla a todos?», sugiere Sid. Anna no tiene inconveniente y, como para demostrarlo, se mete el mío en la boca. Está pegajoso porque la lefa y su jugo están secándose, pero después de haberlo chupado un instante está tan limpio como un silbato nuevo.

Hay algunas discusiones. Ernest piensa que debemos hacerla limpiamos la polla a todos hasta que las haya tenido todas en la boca. Lo que Anna piense de eso carece de la menor importancia y, al parecer, no tiene el menor inconveniente en que otros decidan su suerte por ella, porque mientras se desarrolla la discusión sigue chupándome el cipote sin molestarse ni una sola vez en levantar la vista.

Por fin, queda decidido… Anna va a probarnos a todos antes de seguir adelante… un respiro para nosotros… y decidimos que la ceremonia se celebre en la otra habitación, porque el licor sigue allí. Sacamos a Anna de la cama en volandas y la llevamos de vuelta a la otra habitación igual que la hemos traído, pero boca abajo, con las piernas y los brazos extendidos como los de un águila. Las cuentas negras arrastran por el suelo. Ernest le mete las bragas en la boca y la hace llevarlas entre los dientes. Sus zapatos se quedan atrás con el resto de nuestra ropa…

Con gente que no conociera demasiado, que no fuese a volver a ver en su vida, sería más comprensible que Anna se abandonara completamente. Pero con las personas que ve todos los días, que se encuentra en la calle y en fiestas… a mí me parece que ser una puta con amigos es peor que serlo con desconocidos. Joder, así no sólo se degrada la vez en que demuestra ser una tía indecente… ocurre cada vez que le hablan y la llaman por su nombre. ¿Qué encierra un nombre? Joder, pues todo… Después de esto, Anna no significará «oye, tú»… será el resumen en una palabra de toda la indecencia babosa que demuestra…

Tomamos todos una copa… Anna se trinca la suya lo más rápido posible y se pone de rodillas al instante en busca de la picha más próxima… que resulta ser la de Arthur. Recibe todo el aliento del mundo, tanto de Arthur como del resto de nosotros. ¿Apesta a su coño? A Anna no le importa. Nada le importa… ni los nombres elegidos para nombrarla ni el hecho de que Arthur le pida que lo llame «señor», cuando le habla. Después pasa de uno a otro de nosotros y nos da a todos el mismo tratamiento.

Se queda largo rato de rodillas ante Sid… Recuerda que quería que le hiciera una mamada. Pero, mientras se la está haciendo, descubro que su coño está chorreando y está dejando un charco de lefa y jugo sobre mi alfombra. Sid dice que sabe qué hacer con eso. La hace saludar con la cabeza en el suelo y lamerlo… después la hace llevarse los dedos al chichi y chupar el jugo. Sin embargo, esto no es tan práctico como interesante, conque al final la envía al retrete para que se lave.

Cuando pasa por la puerta de vuelta, Ernest, que está sentado en el sofá, la agarra. Le va a dar por culo, dice, y empieza a intentarlo. Sid eleva una protesta… tiene que

chuparle la picha a él.

Anna zanja lo que empieza a parecer una grave diferencia. Basta, dice, con que Sid se acerque al sofá y podrá satisfacer a los dos. En realidad, añade, podría ser interesante que nos acercáramos todos…

No encuentra dificultad para conseguir clientes… cuando es gratis. Sid se tumba en el sofá boca arriba y ella se extiende boca abajo sobre él con el culo bastante cerca del borde para que podamos colocamos junto a ella y follárnosla por detrás. Deja que Sid le meta la polla en la boca al instante… después Arthur, Ernest y yo le damos por culo por tumo y brevemente.

Sid ha comprendido que esa disposición es perfecta… Arma chupa la polla muy bien, cuando una picha le está barrenando el culo. Y, a la inversa, echa mejor el polvo, cuando tiene una picha en la boca. Funciona en los dos sentidos; la cuestión es simplemente qué extremo prefieres, supongo.

Arthur, cuando prueba por segunda vez a Anna, dice que sería la hostia de divertido mearla culo arriba. Ernest intenta disuadirlo… va a tener que lamerlo como Anna, le avisa… Arthur se vuelve hacia mí…

«A la mierda la alfombra», le digo. «Sigue y méale el culo… quiero verlo.»

«Claro, adelante», lo anima Sid. «Qué leche, tal vez la hagamos lamerlo…»

Conque Arthur suelta el chorro. Por primera vez denota ella en el rostro algo parecido a una protesta… pero no puede hacer nada para evitarlo. Sid la sujeta hacia abajo y le mantiene la polla en la boca, Ernest y yo le sujetamos las piernas para impedirle dar patadas y Arthur la llena. Mantiene la polla dentro después y no sale ni una gota… su culo, nos cuenta, está haciendo las cosas más extrañas que ha visto en su vida…

Anna está haciendo ruidos de ahogo y gorgoteo en la garganta… Sid parece estar tratando de tantear su culo de arriba abajo. La descripción de Arthur ha interesado a Ernest… quiere probar eso personalmente. Recuerdo que aún no he podido deshacerme de ese bidet que tengo, conque corro a por él, pero, cuando vuelvo, descubro que ya han hecho el cambio… le sostienen el recto con el pulgar y el cipote de Ernest hace de tapón.

Anna ha puesto el grito en el cielo, cuando Arthur la ha meado dentro… cuando Ernest lo hace, protesta el doble. Sid pregunta amable si pienso darle un pinchazo yo también… está empezando a subir hasta su picha, dice… Ernest dice que lo han engañado… el culo de Anna no sabe en nada diferente de cualquier otro culo en el que ha metido la picha en su vida. Si estuviese en una casa de putas, pediría que le devolvieran el dinero.

Pero Anna con un culo lleno de orina es un problema. Sid, tras haberse corrido y haberse cerciorado de que Anna se tragaba lo que él le ofrecía, propone la mejor solución. Le meten suavemente el cuello de una botella en el recto hasta tres centímetros más o menos y después la dejan que se arregle como pueda. Balanceando el culo con cuidado, camina hasta el baño…

Tres minutos después está de vuelta otra vez… diciéndonos que le hemos jugado una mala pasada, pero fresca como una rosa… y más dispuesta que nunca… en cuanto se toma otra copa de ron. En su ausencia Sid me ha ayudado a cargar el bidet… Anna no lo descubre hasta que se ha metido la picha de Sid en la boca de nuevo. Se abandona completamente… conoce el sabor de la orina, dice. Sid, que probablemente ya conozca la historia, le arranca los detalles sobre aquella noche con Ernest, Arthur y yo… y cómo disfruta, la tía con esos detalles sabrosos.

Hace horas que no se ha abierto una ventana ni una puerta… el aire está cargado y caliente y lleno de humo de cigarrillos. Estoy empezando a perder interés y el tiempo empieza a pesarme. Una copa despeja un poco, pero sólo por un rato… hace falta una dosis intensa y frecuente para seguir. Veo a Anna chupársela a Arthur y a Ernest, tumbada en el sofá como antes y dándoles marcha al mismo tiempo.

Tras lo que parece una eternidad, los pone a punto de correrse. Sid está sentado en el sofá acariciándole la almeja y también ella está a punto de correrse. Después, al masturbarlos a los dos, mete y saca hasta que tiene las dos pollas en su dilatada boca al mismo tiempo. ¡Bang! Los dos se corren, casi al mismo tiempo, y Anna sigue acariciándolos para animarlos, mientras se traga la doble dosis de lefa…

Sid quiere que le chupe la picha para que le dé por culo… pero se niega a meterle el cipote en la boca, según dice, hasta que se haya enjuagado. La única forma de enjuagarse, al parecer, es con la orina que el propio Sid va a aportar… arrastra el bidet y se lo da a Anna para que lo sostenga debajo de su barbilla… después coloca su minga a unos centímetros de su boca y suelta el chorro. Anna lo recibe sin pestañear, en la cara, sobre la barbilla y directamente en la boca… después de lo cual Sid la tira sobre el sofá y acaba de cepillársela, como ha dicho que iba a hacer.

Es hora de que yo me la pase por la piedra otra vez. La dejo darle marcha a mi cipote, mientras Sid da los últimos toques y, cuando ha acabado, basta con que ocupe su lugar y me la joda por detrás. Le echo un polvo curiosito… se corre dos veces antes de que saque a John Thursday…

Entretanto, Ernest ha tenido una idea Mientras estoy jodiéndome a Anna por detrás, él está tumbado boca abajo con el culo bajo la cara de ella Ha hecho falta la ayuda de Arthur y cierta persuasión bastante enérgica para convencerla, pero al final Anna entra en razón… Lame los carrillos, los besa… al final rodea los muslos de Ernest con los brazos y le pega la boca al recto. Pronto está besándolo y lamiéndolo… lo chupa y le pasa la lengua, cuando se corre… El ritmo se acelera… estamos tomando por término medio una copa por cada caliche que echamos a Anna… Ella recibe dos polvos por copa. Está tan débil, que no puede mantenerse de pie, pero aun así seguimos. Ya no hay obstáculos… ahora va a hacer cualquier cosa que le pidamos, nos chupa el culo, uno tras otro, lame agradecida los dedos de los pies de Arthur, cuando éste la tira de culo por haberle pedido que jueguen al sesenta y nueve… Por lo general, hay dos de nosotros dándole al asunto a la vez. Después de esta fiesta no va a tener motivo para quejarse.

Al final, estamos exhaustos. A Anna le cuesta encontrar un cipote en condiciones de joderla y pasa a gatas de uno a otro chupando una sucesión de pichas húmedas y fláccidas hasta que descubre una breve chispa de vida en una… después, se tira al suelo, medio en coma aparentemente, hasta que se la han cepillado otra vez. Ha recibido tantos palos, que está atontada… estoy seguro de que ya no sabe quién se la folla. Las cuentas de su collar se han roto y han caído al suelo. Arthur le mete un puñado en el coño y se la folla… Eso le encanta… cree que es un condón de los que raspan y cuando él saca la picha desnuda, empieza a preocuparse.

Ahora ya se ha acabado el licor… eso indica inexorablemente que la fiesta toca a su fin. Pero Anna quiere otro polvo. Nos prueba a todos, pero Sid es el único que parece tener cipote y no puede levantarlo. Anna suplica… hace toda clase de intentos.

«Me da igual cómo lo hagas… pégame, si quieres…» Se va a la alcoba y vuelve. Pone un cinto en manos de Sid y se le tumba en las rodillas y le ofrece su grueso culo y las blancas espaldas de sus muslos. Sid empieza a darle correazos y la piel se le cubre de marcas transversales… Anna no se mueve, no patalea, no parece sentir el cinto. De repente Sid tira el cinto y salta sobre ella…

Anna está demasiado agotada como para vestirse. Entre todos conseguimos ponerle la ropa de cualquier modo. Cuando hemos acabado, sobra un pequeño imperdible. Ernest insiste en que tenemos que asegurarnos de que le devolvemos todos sus accesorios y lo usa para sujetarle el vestido por detrás, dejándole el culo al aire. Hemos olvidado las bragas. Se las doy para que las apriete bien en la mano, junto con el monedero.

Los tres… Sid, Arthur y Ernest… consiguen bajarla hasta la calle. Desde la ventana veo a un taxista ayudarlos a meterla en el coche. Tienen la dirección del viejo con el que vive y la van a descargar en el porche, dicen. Va a ser una sorpresa maravillosa para él…

Pasando de una botella a otra, consigo llenar una copa más. Miro la copa… la luz que refleja es más intensa e ilumina toda la habitación. La dejo sobre la mesa y, cuando ese ligero destello de luz ambarina desaparece, cae la obscuridad sobre mí y lo borra todo…

VOLUMEN 2

«Pelotas», dijo la Reina. «Si las tuviera, ¡sería Rey!»

Canterbury

LIBRO 1

Misa negra con enana

Para alguien en el estado de Alexandra sólo conozco una receta… una dosis generosa de dos específicos excelentes: licor y un polvo. La experiencia en la misa de Charenton la ha dejado temblando e incoherente, pero consigue encontrar el coñac que lleva en el coche. Nos largamos a toda velocidad. No conozco los caminos y Alexandra está demasiado histérica para ayudarme, pero desde este lugar donde me ha traído todos conducen a París.

Charenton… ¡qué tío! Al menos, sus diversiones no son en absoluto aburridas, cosa que no se puede decir de sus cofrades más respetables. Y como, al parecer, no exagera, como no cortan a niños en rodajas ni practican el canibalismo, su pecado parece bastante inocente. Un poco más espectacular que el tipo de evangelismo habitual, sin duda, pero no mucho más peligroso. Respeto su vitalidad y al diablo los fines a que la aplica… demasiadas de las personas que conozco están casi muertas de cintura para arriba y de cintura para abajo.

Alexandra se reserva sus opiniones sobre el asunto. Tras echar unos sorbos de coñac, se calma. Se arrellana en el asiento contra mí, aún desnuda, y me ofrece el coñac. Tomo un solo trago. No necesito tanto coñac cuanto joder… al cabo de un rato, el cipote vuelve a ponérseme tan tieso como estaba en el sitio de Charenton. En un coche cerrado y con las ventanillas subidas, empiezas a darte cuenta de verdad de la intensidad de ese mejunje que las mujeres fabrican sin cesar entre las piernas…

Alexandra no puede relajarse… no se relajará, probablemente, hasta que se le alivie el picor que se ha provocado. El coñac la ha calmado, pero muy poquito, y parece como si fuera a explotarme en las manos. Me abre el pantalón y me agarra la polla… no para tocarla, sino para sujetarla, para asegurarse de que sigue y seguirá donde estaba.

Sugiero varias veces a Alexandra que no sería mala idea que se pusiera al menos parte de la ropa… no me hace gracia precisamente la idea de pasearme por París con una gachí desnuda en el coche. Pero cuando detengo el coche junto a la acera y delante de su casa, está tan desnuda como cuando salimos. Ni siquiera entonces quiere ponerse nada. Sale del coche con la ropa hecha un lío y se dirige hacia la casa, mientras yo encuentro el mando para apagar las luces. Después nos quedamos ahí nuestros buenos cinco minutos esperando a que encuentre las llaves.

Nunca he visto a Alexandra hacer una cosa así. Ha sido una puta desde que la conozco, pero siempre ha sido una de esas gachís discretas… de esas que te miran por encima del hombro, si intentas magrearlas fuera de su habitación. Pero no me sorprende demasiado. No intento comprenderlas… me limito a follármelas. Me ahorro mucho esfuerzo. Te puedes joder a una ja en veinte minutos, pero, si valoras

un poco tu tiempo, no puedes permitirte el lujo de responder a todas las preguntas que se plantean en esos veinte minutos.

Alexandra me lleva derecha a su alcoba y sube la escalera delante de mí meneando el culo en mis narices, moviéndose como una máquina maravillosa. Joder, estas tías no te tienen el menor respeto… mueven el culo en tus narices sin preocuparse lo más mínimo por lo que sientes. Los muslos de Alexandra están empapados de jugo del coño hasta la mitad… siento la tentación de hincar el diente a ese grueso culo que me enseña y ver qué pasa cuando arranque un filete de un mordisco para el almuerzo de mañana…

En la alcoba está tan tensa como antes. Intenta tumbarse y esperar a que yo le haga los honores, pero está demasiado nerviosa. Se apoya en un codo y se acaricia la pelambrera, mientras me desnudo. Y aún sigue echando tragos de la botella, aunque hace mucho que dejó de tiritar.

Desde que Alexandra se puso a tocarlo en el coche, he tenido un cipote tan grande como mi muñeca y siento como si me hubieran hecho nudos en las pelotas. Tengo una erección tan maravillosa que, después de quitarme la ropa, me quedo delante del espejo admirándome unos minutos. Los hombres deberían fotografiarse, cuando están así en forma, simplemente para llevar la foto y echarle un vistazo, cuando vayan a pedir aumento de sueldo al jefe. También estaría bien tenerla para enseñársela a los nietos.

Alexandra lo admira conmigo, pero tiene sus propias ideas sobre lo que se debe hacer con él. Lo primero que hace es agarrarlo y, antes de que me tumbe en la cama, está intentado metérselo en la boca. Esta tía… después de lo que me costó conseguir que me lo chupara la primera vez… Me mete la cabeza entre las piernas y se pone a hacer el amor a John Thursday. Gime… podría pasarse la noche chupándome la picha, me dice… pero tengo razones para pensar que no durará tanto… me pongo la almohada bajo los hombros y le saco las horquillas del pelo.

Alexandra me pregunta si me he fijado en la mujer que hacía de altar en la misa… y no comprendo cómo se puede pensar que las mujeres sean otra cosa que el sexo idiota, cuando hasta una supuestamente inteligente puede formular una pregunta así. Pero le digo que me parece recordar que esa persona estaba allí…

«Está casada y tiene un hijo… y nada de lo que sucede llega a oídos del marido. Charenton va incluso a su casa… el marido cree que es el confesor de su esposa y está encantado de que se encierren durante horas…»

Vuelve a agachar la cabeza y me lame el vientre, mientras restriega la cabeza de John Thursday contra su barbilla. Su lengua es como una serpiente muy pequeña que baja corriendo por mi vientre para esconderse en mi pelambrera… No puedo por menos de lamentar no haber estado presente una de las noches en que Alexandra participara más activamente en las destechas del canónigo Charenton… es una ja tan serena y digna, cuando la ves fuera de la cama.

A veces hay algo en las facciones de Alexandra que me recuerda a los egipcios.

Debe de ser su forma de fruncir los labios, cuando está cerca de mi picha. O tal vez sea el ángulo desde el que la veo, cuando me ha puesto la cara sobre el vientre, porque sólo se me ocurre cuando está lavando los bigotes de John Thursday. Pero Alexandra debería tener una cinta de oro en torno a la cabeza, una víbora con la que jugar y una pluma de pavo real para hacerse cosquillas en el mondongo…

Deja que mi cipote descanse sobre su mano, mientras le toca el capullo con los labios… no se apresura, hay tiempo de sobra para cada cosa. Alexandra no se parece nada a algunas de esas jas jóvenes que te saltan por todos lados como pulgas. Es madura, robusta, y tiene demasiada carne sobre los huesos como para ir saltando por ahí como una pelota de goma. Alexandra te produce satisfacción y hasta haber jodido con alguien así no comprendes de verdad lo poco que sacas con esos polvos que parecen una explosión. Los fuegos artificiales pueden ser bonitos, pero para mantenerte el culo caliente en invierno no hay nada como un lento fuego de carbón…

Cuando vuelve a meterse a John Thursday en la boca, sé al instante que cuando salga va a estar fláccido. Aparto el pelo de Alexandra hasta las orejas para poder verle la cara… después le rodeo la cintura con los tobillos. Entonces es cuando Alexandra se da cuenta de que Johnny tiene intenciones serias y de ningún modo desea que mi cipote baje antes de haberlo probado en el chocho… intenta apartarse y tengo que sujetarle la cabeza y bajársela hasta que llegamos a un acuerdo al respecto. Al final John Thursday zanja la cuestión por su cuenta… con la nariz metida casi hasta su garganta se corre de repente. Una vez que eso empieza a producirse, Alexandra abandona la batalla e intenta sacar el mayor provecho al acuerdo. Siento que me están sacando a presión de la polla litros de lefa y parece que Alexandra intenta dejarme los huevos secos. Su boca gorgotea como una paja en el fondo del vaso… no se contenta con tragar mi lefa… quiere tragarse mi picha y a mí detrás…

Cuando me ha dejado exhausto, está más cachonda que nunca. Salta de la cama y echa otro trago de coñac, vuelve otra vez y se acaricia el chichi frotándolo contra mi pelambrera. Al final se arroja otra vez sobre las almohadas y, colocándome su *bonne-bouche* a unos centímetros de la nariz, se abre las piernas y se pone a tocarse. Evidentemente, espera algo de mí… Tras pasar varios minutos mostrándome cómo funciona esa parte de su anatomía, Alexandra suspira nostálgica. A veces, me dice, le gustaría que sus hijos no estuvieran en el campo… Si su Peter estuviera ahora aquí, sabría lo que debería hacer, la haría feliz… o incluso Tania… La dulce Tania con su gran boca y su rápida lengua… Sí, a veces, aunque sabe que hizo bien en enviarlos fuera de París, le gustaría que estuvieran de vuelta.

O sea, que hay unanimidad en la familia. Tania y Peter, lo sé, harían casi cualquier cosa por estar de vuelta en París, aun sin el privilegio de acostarse con su madre. Todo eso es bastante absurdo, de todos modos… Nunca he visto que el confinamiento en soledad tuviera efectos particularmente moralizadores en los muchachos…

Paso por alto la insinuación de Alexandra y al final la tía se atreve a pedírmelo

directamente… ¿le chupo el coño? La respuesta es que no. No tengo idea de cuándo ha estado el canónigo Charenton hurgando en el *abricot-fendu* de Alexandra con su pontifical picha y enseguidita me voy a dejar convencer de practicar las costumbres de Peter. Para contentarla, le lamo los muslos… saben a su coño y, como gran parte de la felicidad de Alexandra es por anticipado de todos modos, casi queda satisfecha con eso. Sigue tocándose con un dedo en el *con*, casi se raja intentando separar las piernas un poco más, y sigue masturbándose mientras yo le lamo alrededor.

Pero no puede seguir indefinidamente… Alexandra se pone demasiado cachonda si le da durante más de unos minutos. Quiere que se la jodan y un dedo en el chichi es mal substituto para lo que debería estar ahí. Hace cosquillas en la barba a John Thursday, le hace promesas, lo soborna con besos… y al poco lo ha pinchado y le ha hecho alzar la cabeza otra vez. ¡Y menudo si se excita, cuando lo ve responder otra vez! Revolotea por la cama hasta que parece que media docena de muchachos exploradores hubieran estado acampando bajo las mantas la semana pasada… se me sube encima, me pasa por debajo, entre los brazos y entre las piernas, dejando por todos lados manchas de su jugo y el hedor de su almeja. Por fin la agarro al pasar, la tiro de culo y me la monto…

No le basta con abrirse de piernas y esperar a mi cipote… se lleva los dedos al chichi abierto y aparta los labios tanto, que por un momento parece que la raja vaya a extenderse hasta el vientre. Después se arroja hacia abajo e intenta meterse mi polla ella misma. No puede fallar… con el coño abierto así. Mi minga se desliza por entre su pelambrera, entre esos jugosos y abiertos labios y adentro hasta que parece que está nadando en aceite. Alexandra me rodea con los brazos y las piernas y su *con* abraza a Johnny con un chasquido…

Que yo sepa, Alexandra no jodió en la fiesta de Charenton. Desde luego, por su comportamiento no lo parece… por su modo de recibir el polvo que le ofrezco parece como si hubiera estado en ayunas durante semanas. Puede ser, por supuesto, que sus duendes no se la hayan jodido tan bien como quiere hacerme creer… el espíritu puede no ser suficiente para las necesidades de la carne… Se retuerce como una chica bailando el hula-hula con niguas en la falda… se coge las tetas y me las mete en la cara, al tiempo que me suplica que se las chupe… Resuella como una máquina de vapor recalentada y me espero que en cualquier momento la válvula de seguridad estalle. Le agarro el culo, le doy un pellizco y le separo los carrillos… casi nos tira a los dos de la cama, cuando empiezo a hacerle cosquillas en la pelusa que envuelve al recto.

¡Dios mío, es asombroso la cantidad de pelo que ésta ja tiene en torno al culamen! Antes de encontrar el recto, tienes que pasar por ese bosque con una linterna… Si alguna vez le pegaran ladillas, las albergaría para el resto de su vida… tienes que coger un machete y abrirte un sendero por entre su pelo, cuando vas explorando por ahí detrás, abrir una senda para poder encontrar el camino de vuelta… Consigo por fin llegar a su recto y hurgo por ahí hasta que me cercioro del lugar en que meter

culebreando los dedos… Alexandra chilla como si estuviera arrancándole el cuero cabelludo, pero ya le he metido tres dedos culo arriba, de todos modos… Por el tacto noto que podría meterle tres más sin que pasara nada demasiado grave…

De repente, mi polla está derramando lefa en su matriz… Alexandra encaja perfectamente el ardiente impacto… aprieta más con las piernas en torno a sí… y se corre también… Seguimos envueltos el uno en el otro y, cada vez que la siento retorcerse, le meto los dedos recto arriba… No va a dejar nunca de correrse… ni yo tampoco…

Esta noche Alexandra no tiene bastante con un polvo. Descansa el tiempo justo de que me tome un poco más de coñac… y después ya está muriéndose por otro palo. Se pega a mí y me restriega la mata por las piernas, se acaricia el chichi contra mi pelambrera y me impregna a mí y toda la habitación con esa peste dulce y caliente que exhala. Está tan jugosa, que cuando me restriega la pelambrera por el vientre parece como si estuviese embadurnándome con un pincel lleno de pintura… después, al secarse, cada pelo se pone tieso, como si estuviera almidonado…

Alexandra me pregunta si no tiene ella un polvo mejor que Tania… Esa pequeña organista, como la llama Alexandra. ¿Por qué ha de gustar a un hombre como yo joder a Tania tanto? Los muchachos, sí, comprendería que a un muchacho joven como Peter le gustara follar a Tania… y no le importaría demasiado, en realidad, que Tania se dejara follar por jovencitos de su edad. Pero esa indecencia con hombres mayores… no es buena para los hombres y tampoco para Tania, desde luego. ¿Qué hará la chica cuando sea mayor? ¿Qué encontrará entonces para satisfacerse? Pero volviendo a su pregunta inicial… ¿es que no es mejor ella, una mujer hecha con todo lo necesario para satisfacer la pasión de un hombre, que esa renacuaja con el pecho Uso, coño de cachorrita, etc…?

¿Cómo cojones puede uno responder a algo así? Tania es única… no se la puede juzgar con las normas corrientes porque no hay ninguna como ella. Respondo preguntando a Alexandra por qué se siente ella atraída por la chica… ¡Ah, es que eso es diferente! Es el motivo incestuoso que tiene Alexandra donde el pelo es corto. Si Tania fuera la hija de otra, no querría saber nada con ella… pero es que nada. Ah, sí, podría exhibirse delante de Alexandra día y noche y no pasaría nada. Nada. Lo que, por supuesto, es pura trola. Sin duda, ayuda mucho tener una relación con una gachí como Tania, sazonada por el hecho de ser parientes, pero, hija o no, Tania podría subirse a la cama de Alexandra cuando quisiera.

A continuación, Alexandra repasa algunos de los contratiempos principales de la chica… Al parecer, Tania le ha sacado a su madre todos los sabrosos detalles sobre sus andanzas con los hombres que Tania conoce… y a cambio ella le ha contado algunas de sus experiencias. Sin embargo, lo que me parece más interesante es la noticia de que el canónigo Charenton ha estado presionando a Alexandra para que haga entrega de su hija a él y al diablo. Ha ido postergándolo con un pretexto o con otro… Ahora, claro, ya ha pasado… pero si yo no hubiera estado con ella esta noche,

dice Alexandra estremeciéndose… sí, seguro que eso habría sido el fin…

Se ha puesto tan cachonda ya, que sencillamente tiene que joder otra vez, y no se ha olvidado de darme un poquito de marcha a mí también… Mi cipote está tieso y ella lo sostiene entre los muslos, al tiempo que restriega su albaricoque abierto contra él. Sin que ninguno de los dos nos esforcemos demasiado, mi cipote avanza despacio… yo me contentaría con quedarme tumbado y follar perezosa e incesantemente a Alexandra, pero ni mucho menos es eso lo que ella tiene pensado, ni lo que desea ahora mismo, desde luego. Se entusiasma… al final se me sube encima y me enseña cómo se debe hacer.

Pocas cosas pueden ser tan agradables como esto… estar cómodamente tumbado boca arriba, mientras una tía caliente y corpulenta le da al asunto. Yo no tengo que hacer puñetera cosa… Alexandra conoce todas las técnicas, conque no es igual que intentarlo con una gachí joven e ignorante a la que hay que enseñar cómo funciona el mecanismo. Y me echa un palo cojonudo, abandonándose de verdad y, evidentemente, mandando al infierno su dignidad. Una mujer que te folla de verdad en esa posición tiene menos dignidad, me parece, que en cualquier otra imaginable… joder, pueden parecer dignas incluso chupándote la picha, pero con todos los saltos y sacudidas de un polvo invertido… imposible.

No ha habido mujer que me follara en esa posición que no quisiese ver cómo quedaba. Si te pones encima, puedes joderlas durante semanas sin que les entre curiosidad, pero una vez que dejas a una mujer montar en la silla, se pone a mirarse alrededor en busca de un espejo. Alexandra no es una excepción… después de haber estado jodiendo un rato, se levanta de un salto y coge un espejo de mano. Después vuelve y al primer vistazo que echa a lo que sucede ahí abajo casi se cae de culo. No es agradable precisamente, exclama, pero después de haber mirado unos minutos, le gusta más. Ella tiene un coño muy hermoso le parece, y queda muy bien en acción…

Dice que quiere ver qué sucede cuando nos corremos… pero llegado el momento tiene los ojos tan vidriosos, que estoy seguro de que no tiene idea de lo que ve…

Después se queda unos minutos quieta. Tumbada a mi lado, con las piernas separadas lo más posible para que el chichi se le tranquilice un poco, me va a contar cosas de Charenton. Es evidente que la divierte hablar de eso, aunque quiere hacerme creer que ahora la horroriza… Charenton se ha tirado a todas las jas de su congregación, por supuesto… sería un completo idiota si no lo hubiera hecho… y si algún miembro de su congregación no ha llegado a joder con algún otro ha sido pura casualidad. ¡Ah, y esa horrible imagen! Nunca la olvidará. La primera noche estaba aterrada y gritó, cuando la llevaron hasta ella… Debía de ser un artefacto que probablemente yo no viera… dentro, en un recipiente, nene vino consagrado, y puede salir por el enorme miembro… más adelante, en su primera misa se puso bastante piripi con vino consagrado.

Me interesa saber qué va a hacer ahora… ¿volverá a la Iglesia Católica? No, no cree que sea posible… es como si lo que la llevó al misticismo al principio hubiera

quedado agotado. No sabe lo que va a hacer… pero, me pregunta, ¿sería buena idea meter a Tania en un convento?

Imaginar a Tania en un convento resulta sencillamente absurdo. Corrompería a la propia madre superiora, una tía así… al cabo de dos semanas tendrían una promoción de expertas en mamar coños y no habría una vela en todo el convento que no desprendiera olor raro, al arder… Alexandra suspira y me da la razón… pero no sabe qué va a hacer… debería haberle chupado la polla al padre esas veces, dice.

Por fin, quiere follar otra vez y, para colocarme la picha a la altura de las circunstancias, me deja metérsela en la boca otra vez. Tarda un buen rato en sacar a John Thursday de su trance, pero está decidida y, después de haber probado todo excepto tragárselo crudo, empieza a estirarse. Entonces, cuando tengo algo con que echarle un polvo curiosito, se le ocurre una idea que no es precisamente la mejor. Intento avisarla, pero, antes de que pueda impedirlo, se ha restregado el chichi con unas gotas de coñac… para ver si la cosa cambia.

En cuanto siente el contacto, se pone como loca. Se saca mi polla de la boca, salta por encima de mí y se pone a brincar por la habitación, dando alaridos. Tiene las dos manos apretadas contra su pelambrera… se abanica con un pañuelo, se echa polvos e incluso, sin que entienda yo por qué sube a una silla y se tira de un salto… Si se tratara de Tania o incluso de Anna, no sería tan gracioso… pero Alexandra es una ja tan robusta y de aspecto tan sosegado, que resulta muy gracioso.

Al final, vuelve a saltar a la cama… piensa que, si le meto la picha, podría dejar de escocerle… La barreno con el cipote y da alaridos aún más fuertes… lo único que quiere ahora es separarse de mí lo más rápido posible. Cojo y le meto la polla más adentro y la mantengo… me la follo hasta quedar aturdido y cuanto más grita más me gusta…

Correrse dentro de una tía que está armando semejante alboroto de la hostia podría ser más divertido incluso, si no fuera como intentar montar en bicicleta en una falucha en medio de un vendaval. Cuando he acabado de verterle lefa, Alexandra aún está intentando desasirse pataleando, pero aún le tengo la minga metida en el chumino. De repente, sin insinuarle en absoluto lo que voy a hacer, me pongo a mearle dentro.

Alexandra se cabrea como una mona, cuando se da cuenta de lo que sucede… la estoy escaldando, la matriz está que revienta, le está descomponiendo la anatomía interna… pero le encanta, a esa puta, y de repente deja de chillar y me abraza, al tiempo que me ruega que siga un poco más. Ya a correrse… quiere que la haga chorrear con fuerza… Dentro de su vientre oigo un gorgoteo…

Están chaladas, estas tías… pero es que todas… Les hagas lo que les hagas, está bien, es maravilloso… ¿Quieres que te traigan a su hermana o a su hija o a su abuela? ¡Divino! ¿Quieres darles una azotaina de aúpa? ¡Pues salen corriendo a comprar un látigo! Todo lo agradecen y cualquier cosa que les haga las divierte. No hay otra explicación… todas las tías están mal de la chola…

.....

Ernest está en cama con una botella y en la cabeza tiene una guirnalda de hojas de rosal marchitas. Se aparta la botella de la boca y llama a las bailarinas, pero no aparece nadie.

«Hummm… no hay bailarinas», dice Ernest. «Se me debe de estar pasando.» Y echa un largo trago de la botella.

No recuerda exactamente cuánto tiempo lleva borracho, según me dice, pero lo va a saber en cuanto vuelva al trabajo. En la oficina se les da muy bien lo de llevar la cuenta. Sin embargo, sí que recuerda por qué está borracho… auténtica hazaña, tratándose de Ernest. Se emborrachó por acompañar a un amigo y después éste se reconcilió con su mujer y lo dejó continuar solo.

«Me llevó a cenar a su casa», me cuenta Ernest. «¿Y a que no adivinas lo que nos encontramos al entrar? A su gachí follando, y no sólo eso, ¡en la mesa misma, además, en que debíamos cenar! ¿Has oído algo así en tu vida? En la mismita mesa, con el culo al aire y el tipo ese dándole unos vergajazos…» Al pensar en los vergajazos que le daba el tipo ése, Ernest se excita tanto, que tiene que echar otro trago. Esta vez se acuerda de ofrecerme uno a mí y también se ofrece a trenzarme una corona de flores, si lo deseo.

«Vamos a hacer un debate», dice Ernest. «Tú vas a defender, si te parece, la idea de que el matrimonio es una institución noble y sagrada, y yo la opinión contraria.» Se apoya en un codo y se envuelve con las sábanas como si fueran una toga, pero, antes de empezar la discusión, ha olvidado sobre qué iba a ser. «¿Qué piensas de una tía así?», pregunta. «¿No te parece increíble que no tuviera la decencia de hacerlo de modo que su marido pudiese al menos llevar a alguien a su casa sin quedar avergonzado? Pues sí… ahí estaba, retorciéndose y chillando como un cerdo el día de la matanza y ese chulángano francés barrenándola con el cipote hasta la garganta. Y mira, Alf, yo, como siempre, entré el primero en la habitación. Conque, ¿qué debía hacer? ¿Y si resulta que era normal? ¿Que debíamos hacer cola detrás de ese tipo y mojar el churro también? ¿Eh? ¿Qué te parece, Alf? Lo único que podía hacer era esperar a ver qué pasaba; si su marido se quitaba también los pantalones, entonces no había problema y tal vez después, tras habérnosla tirado, cenáramos. ¡Dime una cosa! ¿Te ha ocurrido alguna vez que alguien estuviera enseñándote una radio nueva o un coche tal vez y de repente se estropease? ¿Y qué te dicen? Siempre te dicen: qué curioso, nunca le había pasado esto. Pues eso es lo que aquel tipo decía sin cesar, refiriéndose a ella, mientras nos tomábamos nuestra cena de whisky…»

Ernest se ve obligado por fin a hacer una pausa para recobrar aliento; después empieza *aria da capo* y me lo cuenta entero otra vez.

«Después, nos emborrachamos, encontramos a una ja, y ya estaba decidido que nos la tirábamos… ¿y a que no sabes lo que ocurrió, Alf? El tipo llegó a la conclusión

de que él podía echar a su mujer un polvo mucho mejor que ese gabacho que estaba follándosela y me dijo que se iba a casa para demostrármelo. ¡Y ni siquiera me invitó a acompañarlo! Joder, ¿no era como para pensar que, después de haberme invitado a cenar y todo, al menos tendría ese detalle? Pero se limitó a tomarse un par de píldoras peptónicas que venden en los bares y se fue solo… Esto te demuestra cómo puede una ja arruinar a un hombre excelente…»

A su vuelta Ernest ha encontrado en alguna parte un lote de fotos curiositas. Están encima de su escritorio y, mientras escucho su historia por tercera vez, me pongo a mirarlas. Son de primera calidad, desde luego, con gachís que parecen gachís y no una panda de rabizas viejas intentando parecer moninas… y entre la primera docena… está Anna. Lanzo un grito y Ernest quiere ver lo que he encontrado… ni siquiera sabía que tenía esas cosas.

En fin, el mundo es un pañuelo, dice Ernest, al examinarlas y descubrir dos más de Anna… debe de ser por eso por lo que las compró, porque ella figuraba en el lote. Y Anna es otra puta de cuidado, me dice. ¿Es que creo que Anna puede ser buena para mí o para cualquiera de nosotros? Anna no va a ser buena para ninguno; Anna menos que nadie.

Cuando me marcho, llevo las fotos de Anna en el bolsillo y buena parte de la botella de whisky de Ernest. Ha sacado otra de la cómoda y sigue hablando, llamando otra vez a sus bailarinas. Voy andando hasta la oficina y, como nunca tengo nada que hacer en ella, escribo un par de cartas para hacer como que trabajo durante media hora o así. Después salgo otra vez a ver si encuentro algo.

Justo cuando salgo a la calle, me tropiezo con Arthur. Dice que me ha estado buscando, y está tan excitado, que apenas puede hablar. Antes de poder decirme de qué se trata, tiene que tomar una copa, y ni siquiera es capaz de esperar a cruzar la calle y llegar hasta una tasca en que me fían… entramos en el bar contiguo a la oficina, donde hace casi un mes que ya no me fían.

Resulta que nuestra amiguita Charlotte ha ido a ver a Arthur. No estaba en casa, pero le dejó una nota… una invitación para que los dos vayamos a verla. Arthur aún no se lo cree y se empeña en leerme la nota en voz alta para asegurarse de que no me pierdo lo mejor.

«Imagínate esa chavalita presentándose en mi casa», dice tartamudeando. «La Virgen, no me imagino lo que pensarían, cuando sonó el timbre y se la encontraron en la puerta… Van a pensar que estoy chalado. Mira, lee esta parte otra vez… ¿qué es sino una invitación a que vayamos a echarle un polvo? Huy, la leche, ¿no te dije que era una puta? ¿Eh?» Se trinca su pernod y pide otro. «A ver, Alf, ¿cómo andas de ánimos hoy? La Virgen, no tengo huevos para presentarme solo… pero si me acompañaras no habría problema…» Me mira inquieto para ver cómo me lo tomo. «Mira, Alf, te voy a decir una cosa… puedes catarla tú primero. Subimos los dos y tú te la jodes y después me la cepillo yo. Joder, no tenía por qué contarte nada de esto… podría haber subido y habérmela trincado yo. Pero no es mi estilo, Alf… Ahora

¿habías oído hablar alguna vez de algo así en tu vida? ¿Quién cojones ha oído hablar de una enana que fuera una puta? Pero, hostia, si ni siquiera se me ha ocurrido nunca pensar en la vida sexual de una enana…»

No estoy nada seguro de que Arthur no esté diciendo disparates. Está leyendo en esa nota mucho más de lo que hay escrito en ella, ya que lo único que propone con claridad es tomar una copa. Pero tengo fe en las corazonadas de Arthur, ya que no en sus razonamientos, y el asunto de la enana es tan demencial, que resulta atractivo. En una palabra, vamos a visitarla…

Charlotte parece una muñeca, cuando nos hace pasar… pero a una muñeca no la fabrican con todo lo que tiene ella. Si está sorprendida de vemos a los dos, no lo demuestra… Está tan contenta, según dice, de que hayamos venido… no sabía qué hacer hoy. Después, cuando acabamos de sentamos entra un perro policía del tamaño de un hombre, que da todas las muestras de querer comemos a Arthur y a mí.

Si no estuviéramos en tal peligro inmediato de ser devorados, sería gracioso ver a la chica forcejeando con ese bruto. Lo coge del collar y el perro, como si tal cosa, la levanta y balancea. Pero Charlotte le da un palo en el hocico y le dice que tiene unos modales muy deplorables y en seguida se calma. Sólo con ladrarle, la tiraría al suelo, pero se mete la cola entre las patas y se escabulle.

Charlotte dice que quiere encerrarlo, conque sale corriendo tras él y moviendo su culito con tanta competencia como cualquier mujer de tamaño normal. Arthur me susurra, no ha duda de para qué tiene un animal así, ¿eh? Si tuviera un perro bajito o uno de esos mexicanos sin pelo de tan mal genio, sería para que le hiciera compañía… pero, joder, ¿he visto el cipote que tema ese cabrón?

Después de la segunda copa, no cabe duda… Charlotte se muere por follar. No hay la menor diferencia entre su forma de actuar y la de cualquier ja. Todo lo que Arthur y yo decimos es muy divertido y a veces lo es, aunque no sea esa nuestra intención.

¡Qué chavalita! Está fascinante, sentada en una silla a la que le sobra un kilómetro de alto para su tamaño, con sus piernecitas cruzadas y alzándose la falda para dejamos echar un vistazo a lo que tiene debajo… Pero cómo cojones llevarse a una enana a la cama es algo por lo que nunca he tenido que preocuparme y no sé qué hacer a continuación. Miro a Arthur; Arthur me contesta con una mueca. Seguimos bebiendo el excelente *scotch.*… ella lo toma con agua y a pequeños sorbitos y no debe de necesitar muchos para que le haga efecto…

La reacción del licor se produce muy de repente… estaba perfectamente… y al cabo de un minuto después está trompa. No me doy cuenta de lo que ha pasado hasta que me levanto a servirle otra copa… estoy inclinado sobre la silla dando la espalda a Arthur y, antes de que me de cuenta, ha llevado su mano hasta la bragueta y me ha agarrado el cipote. Es una sensación maravillosa… esos dedos de niña cosquilleándote por la bragueta… me quedo quieto y la dejo acariciar el asunto. Le da palmaditas y le hace caricias igual que algunas mujeres hacen con una piel, mientras

sostiene el vaso en la otra mano y me sonríe como si tuviéramos un secreto. Pero no podemos mantener el secreto por mucho rato… Arthur echa un vistazo a lo que estamos haciendo y da un grito.

«¡Eh! ¿Y yo qué?», pregunta… y nadie piensa que esté pidiendo otra copa.

La chavalita ni siquiera deja de tocarme a mí. Tiene unas manos tan pequeñas, que puede metérmelas en la bragueta sin desabrochar un solo botón y muestra cómo se hace, mientras dirige su sonrisa de muñeca a Arthur…

«¿Por qué te has quedado tan lejos?», le dice.

Parece como si Arthur hubiera olvidado nuestro acuerdo. Se levanta del sofá y se sienta en el otro brazo del sillón de Charlotte en un movimiento de una rapidez como no había yo visto nunca en él.

«No hagas caso a ese tipo», le dice. «Mira, toca esto… ¿No es precioso?» Le quita el vaso de la mano y le coloca ésta en su bragueta. «Para qué vas a andar trapicheando con él… De todos modos, nunca se sabe con un tipo así… ¿Dónde habrá estado la semana pasada? ¿Lo sabes? ¿Lo sabe alguien? Qué leche, tal vez ni siquiera él lo sepa… Mira, apriétalo, anda, y verás qué grande se está poniendo.»

Charlotte lanza risitas y nos la aprieta a los dos. Ha sido una tonta, dice… las dos están demasiado grandes… ¿Es que no vemos que es una chica con pequeñas ambiciones? E inmediatamente Arthur quiere ver sus ambiciones. Es la primera vez que lo oye llamar de ese modo, dice. Arthur debe de estar borracho… se cree gracioso.

Pero Charlotte no nos enseña su ambición… ahora, que nos va a enseñar los alrededores para que podamos hacemos una idea del tamaño… Se levanta las faldas y nos muestra sus delicados muslos… Arthur dice que eso no es bastante y en eso estamos de acuerdo. Conque Charlotte mantiene las piernas juntas y nos enseña cómo es hasta las bragas. Y esas bragas son algo inolvidable… deben de estar hechas de alas de hada… parecen más ligeras que las medias de seda más fina… Me da miedo tocarlas… se harían pedazos en mis manos. Pero sus muslos parecen más firmes… tengo que acariciarlos y a ella no parece importarle…

Charlotte deja de tocamos la picha y se coloca sus dos dedos índice sobre los muslos, hacia la entrepierna. ¿Vernos? Así es de ancha. ¿Cómo iba a poder tener algo lo bastante grande para lo que estamos pensando? Y en cuanto al otro lado… va de aquí… en fin, por ahí abajo. Levanta una mano y mide con el pulgar y el índice… no más que eso…

«Oye, ¿por qué no nos dejas probarlo?», dice Arthur. «Quiero averiguar un detalle sobre eso… Toma… tócame la polla un poco más… Yo te toco a ti y tú a mí, ¿ves?» Está hablando a Charlotte, como si fuera una niña y no pudiera entender las cosas del todo bien. «Tal vez sea demasiado pequeño, como tú dices, pero tengo que averiguar una cosa…»

Ella se niega a dejarle meterle mano bajo las bragas… Tiene las uñas melladas y le va a hacer carreras en las medias, dice ella. Conque va a tener que quitarse las

bragas y espera que no nos importe… ¿No queremos mirar para otro lado? ¿No? En fin… Empuja con sus zapatillitas de tacón alto en el cojín del sillón y alza el culo… Yo le sostengo la falda alzada y le mantengo el vientre desnudo, mientras ella se las quita culebreando.

Arthur y yo nos miramos… tiene pelo, en efecto. Luce una matita espléndida ahí abajo… le echo mano y Arthur llega tarde… Charlotte vuelve a recostarse y le toca el cipote, mientras yo averiguo qué oculta esa pelambrera…

Es un coñito perfecto… y tampoco tan pequeño. Le falta bastante para ser de tamaño normal, pero tampoco te recuerda a una miniatura. Es más pequeño que el de Tania, supongo, y más suave, pero el pelo que lo rodea es más denso y largo… Es un coño de mujer, sin lugar a dudas, pero chiquito… Le paso un dedo por la raja y lo aprieto contra los labios… y cuando alzo la vista hacia Charlotte para ver cómo le sienta, la chavalita me guiña un ojo…

¿Me parece agradable? Algún día encontraré a una tía que no me haga esa pregunta, mientras la magreo, y existen diez posibilidades contra una de que, cuando así sea, descubra que se ha tragado la dentadura postiza y ha muerto asfixiada… Es como si te preguntaran si es agradable respirar… un coño es un coño y todos son agradables… Pero Charlotte es una tía excepcional, en realidad… No tengo inconveniente en decirle que el suyo me parece un aparato de buten. Hay que admirarlo, igual que se admira un reloj muy pequeño pero perfecto…

Arthur se está volviendo majara de esperar para echar las zarpas a la *bonne-bouche* de Charlotte. Ahora ella le ha abierto la bragueta y le ha sacado la minga, pero mucho más que eso le interesa a él lo que está sucediendo ahí abajo. Yo estoy acariciando con palmaditas el trasero de Charlotte… Es tan suave como un almohadón de pluma de ganso… espero que no se le hagan cardenales con facilidad, porque no puedo reprimir la tentación de pellizcarlo.

Cuando ocupa mi lugar, Arthur se siente maravillado. La primera cosa que se le ocurre es preguntarle si tiene fotos de él… Podría hacerse rica. Le aconseja que lo haga simplemente vendiendo sus fotos, tal vez con una regla de medir en la foto para mostrar su tamaño en milímetros… Entretanto, Charlotte me está abriendo la bragueta y sacando a John Thursday para que tome el aire vespertino. Suspira… le parece completamente maravilloso… Charlotte puede ser muy poquita cosa, pero el chumino le pica como a una mujer de tamaño normal.

Arthur quiere llevarse a Charlotte al sofá y desnudarla…

«No va a haber problema», le responde. «Joder, es un coño bastante grande… Apuesto a que me he follado otros más pequeños montones de veces. Mira, mi picha no es tan grande tampoco… de hecho, si nos ponemos a medir, no es en absoluto grande; sólo lo parece al principio. Pregúntale a Alf, él te lo dirá.»

Todo ese tiempo está intentando frotar con algo que parece una manguera roja… Pero a Charlotte todo le parece perfectamente lógico. Nos echa un vistazo a los dos; ni siquiera puede rodearme el cipote con los dedos, pero asiente con la cabeza… En

fin, tal vez… Y Arthur dice que si no podemos follar, podemos tumbamos y magreamos…

Charlotte está tumbada cuan larga es en el sofá en sentido transversal. Es tan pequeña, que sus pies no llegan al borde, después de que le hayamos quitado los zapatos. Arthur puede ocultar su zapato cerrando el puño simplemente sobre él. ¡La Virgen, el sexo que encierra ese paquetito! Tiene tanto como una ja normal y debe de estar apiñado, embutido en ese cuerpecito caliente… Lo notas rezumar, cuando la tocas…

La mayoría de las enanas que he visto eran como caballitos de Shetlandia… redondas y gruesas y bastante informes. Pero igual que de vez en cuando se ve uno de esos animales con el aspecto elegante y bien proporcionado de un caballo, con una cabeza que no desentona del resto, esta gachí es una auténtica mujer en miniatura. Tiene el tipo… y, además, de buten… e incluso usa su cuerpo del mismo modo que una mujer el doble de grande. Al poco rato, empiezo a sentirme demasiado grande y torpe.

Tiene unas tetas maravillosas… Son tan pequeñas, que cuando le pones la mano sobre una de ellas queda oculta, pero para su tamaño son de campeonato. No hay posibilidad alguna de echar un polvo entre ellas… La polla de Arthur parece un bate de béisbol, cuando lo intenta después… Pero es una sensación absolutamente inédita chupar las tetas a una tía metiéndotelas enteras en la boca…

Arthur ha encontrado un motivo para quejarse… Lamenta no haberse traído su kódak. No quiere sacar fotos indecentes, dice a Charlotte… lo único que quiere es una simple foto de ella en la cama junto a él, para que se pueda ver la polla y lo que ella tiene para recibirla. Charlotte se cabrea con eso… Pero, bueno, ¿qué clase de chica se cree que es? Pero eso no le impide agarrarle la minga, en cuanto se ha quitado la ropa… Arthur y yo estamos tumbados uno a cada lado y Charlotte se sienta y se pone a tocarnos a los dos al mismo tiempo…

Resulta fácil meter un dedo en esa raja. Charlotte tiene tanto jugo como cualquier otra y, si lo haces bien, no hay problema… Y le gusta ese juego del dedo… Se tumba y abre las piernas y nos dice que sigamos.

Arthur se sienta y se pone a olfatearse el dedo… Empieza a decir algo varias veces, se interrumpe y mira primero el chichi de Charlotte y después a mí. Es evidente lo que está pensando, pero Arthur se ha hecho el delicado… Por fin se arma de valor… se inclina y olfatea un buen rato a Charlotte. Ella le cierra las piernas en torno al cuello y le restriega el chichi por la cara. Arthur alza la vista para mirarme y dice que me joda, si no me gusta… Le pasa la lengua por el *conillon* y se pone a chuparlo… yo me tumbo junto a Charlotte y le toco los limones…

Es una muñeca a la que podría acariciar durante todo el día. Pero Jean Jeudi no sabe apreciar las cosas en abstracto… dentro de esa chola sin pelo que tiene sólo hay una idea y no se la puedes sacar. Johnny quiere follar y de nada sirve discutir. Pero tengo que esperar hasta que Arthur retire la nariz de debajo del culo de Charlotte…

ésta tiene aún las piernas apretadas en torno a su cogote y se lo están pasando cojonudo los dos. Arthur dice que sabe dulce como un melón de Texas… eso es algo que ha aprendido de Ernest, pero al cabo de unos meses aquí todos los americanos empiezan a hablar así. No hay ni uno en París que no afirme conocer Estados Unidos tan bien como su propia cara…

Charlotte nos pregunta si, cuando hemos llegado, pensábamos que pasaría una cosa así. Hago la señal a Arthur para que mantenga el pico cerrado, pero prosigue como un bobo y se lo cuenta… habíamos planeado que yo me la follaría primero.

Es la segunda vez que mete la pata; ella está enfadada con los dos, pero sobre todo con Arthur. Le hace dejar de chuparle el coñito, pero yo puedo seguir tocándola… Tras tomar otro trago, recupera el buen humor.

Arthur sigue curioseando… no se le puede reprochar que desee enterarse, pero no tiene tacto precisamente. Por fin Charlotte le pide que las suelte todas… ella le dirá lo que quiera saber o largarse con viento fresco. Estoy de acuerdo con ella un seiscientos setenta y cinco por cien. Yo ya nos habría enviado a paseo a los dos hace un buen rato…

La primera pregunta de Arthur es sobre el coño, claro está… Quiere saber si todas las mujeres pequeñas… término que le parece muy delicado… tienen un coño como Charlotte. Parece ser que no. Algunas tienen un coño tan grande como tu sombrero y otras tienen rajitas sin un solo pelo. Los hombres son igual, dice Charlotte, y el gran problema es encontrar a quien ajuste bien…

Después Arthur pregunta si Charlotte ha sido jodida alguna vez por un hombre de tamaño normal. Ella no va a responder a eso, y por la expresión en los ojos de Arthur, veo que la siguiente pregunta va a ser sobre el perro policía… Desde luego, antes de que pueda yo impedírselo, ya la ha soltado. Sujeto a Charlotte antes de que se irrite y digo a Arthur que se largue a la otra habitación y se lo pregunte al perro… Joder, la próxima pregunta podría ser si había chupado la polla al hombre de goma…

Parece que Arthur empieza a comprender lo que está haciendo. Coge un vaso y se larga de la habitación y hasta dos días después, cuando se lo está contando a Sid, no me entero de que ha ido sencillamente a echar un vistazo al cuarto de baño, a ver si la taza es también la mitad de grande…

A Charlotte parece gustarle el olor de mi cipote… está tumbada con la cara sobre mi pelambrera y no deja de olfatear, mientras me acaricia los huevos. Por fin saca la lengua y prueba la punta… abre la boca al máximo para dejarme intentar meterlo… lo conseguimos justito… sabe chupar pollas mejor que una ja de tamaño normal… una normal no encontraría nunca una picha así de grande para chupar. Charlotte no puede mostrarse delicada al chuparte la polla, cuando la está casi asfixiando.

Cuando se coloca debajo de mí y abre las piernas para que me la joda, al principio no puedo hacerlo. Me quedo mirándola hasta que se pone a agitar las piernas y a pedirlo gimiendo. Entonces me veo entre ellas y tengo un muslito a cada lado, mientras John Thursday frota la nariz contra su coñito. Es como intentar joder a una

niña… qué leche, es peor que intentar follar a una niña, porque Charlotte lo desea de verdad… y si resulta imposible, se va a volver majareta…

Temo que la voy a hacer estallar como un melocotón maduro… pero mi cipote entra sin que Charlotte lance un solo chillido. Intento echarle un vistazo… cuando le ha entrado, está hinchado como un globo estrujado… su interior debe de estar hinchado también.

Me muerde las tetillas y me dice que la folle… está tan cachonda ahora, que me lo diría lo mismo, aun cuando yo tuviera una polla el doble de grande…

Una vez que se ha abierto, no hay nada que hacer. Puede no volver a ser nunca la misma; su coñito puede no volver a ser nunca tan lindo y perfecto como antes de empezar, pero eso no importa tanto como hacerlo trabajar… un chochito lindo no es mucho mejor para presumir, si no se puede follar con él… Se la meto hasta la garganta y se pone a pedir más, ¡vamos ya! Sería como para pensar que tuviera miedo, una chavalita tan diminuta… pero ni por asomo. Es más puta que las gallinas, y, si algo teme, es la posibilidad de que no se la jodan todo lo que necesita.

Dónde cojones habrá metido mi polla, una vez dentro de su chochito, es algo que no sé. Tiene que llegarle por lo menos a la garganta… conque la agarro por el culazo, la pongo de lado y me la zumbo como a cualquier otra. No queda sitio ni para un cabello dentro de ella… le he dilatado tanto el coño, que sería imposible insertar un alfiler entre el borde de aquél y el del recto. Y, en cualquier caso, ¿quién cojones anda por ahí clavando alfileres? La tengo en el bote… la tengo bien en el bote, y está recibiendo un polvo que no había previsto quien la hizo… De repente, se pone a chillar… me da patadas en los costados con los pies… Se está corriendo y me muestra que sabe follar, también…

Charlotte es una de esas gachís que parecen poder seguir corriéndose, una vez que empiezan, mientras sigas jodiéndolas. A fuerza de patadas, se está saliendo el relleno del colchón… para ser una chavalita, Charlotte arma un alboroto de la hostia. Alza su vocecita y su culito y dispara los dos al máximo de su potencia. Menos mal que el portero es sordo… si oyera los alaridos de esta puta, ya estaría aquí creyendo que están asesinando a alguien. Charlotte se coge las tetas y parece ponérmelas en las manos para que se las estruje, sencillamente… el perro se pone a ladrar como un condenado desde donde ella lo tiene atado… Charlotte tiene jugo en los muslos y en el culo e incluso en el vientre… Debo de haberle abierto un nuevo manantial en el coño…

John Thursday lanza varios hipidos. No está acostumbrado a esa angostura y no parece acabar de decidirse. Pero después se dispara… y estoy follando a Charlotte con tal fuerza, que ya ni siquiera chilla. Abre la boca, pero no le sale ningún sonido. Me doy cuenta de que tengo la tira de alcohol en la sangre… los muebles se balancean por la habitación como en un minué lento.

Arthur vuelve blandiendo el cipote delante de él como una vara. Yo estoy sentado en el centro de la cama intentando mantenerla en calma, para que no se tambalee más,

y Charlotte está tumbada boca arriba, acariciándose la pelambrera. En cuanto ve esa polla tiesa, Charlotte salta de la cama y corre hasta Arthur. ¡Chavalita veleidosa! Le rodea el culo con los brazos y se aprieta contra su entrepierna. Es de la altura exacta para que, cuando está de pie mirando hacia abajo, la punta de la polla de él le roce los labios… Besa el vientre a Arthur y la pelambrera que le crece a medio camino y después se queda ahí y abre la boca. Se queda ahí sencillamente y le deja que se la meta.

Arthur ha debido de cascársela, mientras ha estado fuera. O, si no, es que está perdiendo el control, porque Charlotte ha estado menos de un minuto chupándole la polla, cuando va y se corre. Un instante antes Charlotte le está mordisqueando con todas sus fuerzas y están felices los dos; después están en éxtasis y Charlotte está intentando tragarse un litro de lefa de un trago. Tengo la sensación de estar viendo una película acelerada…

Charlotte vuelve como un rayo hasta mí… Me pregunta si me gustaría que me chupara la picha… y, antes de que pueda responder, se me ha montado encima y ya la tiene en la boca. Le gustaría que yo le chupara el chichi también… me pone el culo casi en plena cara y me quedo mirándola entre las piernas. Pero nunca me ha atraído un coño lleno de lefa… en lugar de eso, le muerdo los muslos y le gusta casi igual. Me babea y babosea la picha hasta que está demasiado grande para eso…

Con una de sus diminutas manos sólo puede abarcar uno de mis cojones. Le gusta apretarlos, a saber por qué… tal vez piense que así les sacará más la lefa. Conque con una mano me aprieta los cojones y con la otra intenta asfixiar a John Thursday para que sea bueno con ella Entretanto, yo le toco el culo. Tiene un culito que no llega ni a la mitad de una perra chica, y descubro que le gusta que se lo acaricien. A Arthur le interesa, lo examina y piensa que estaría bien meterle la polla a Charlotte por ahí, pero no hay posibilidad alguna…

Esos deditos de nena me están volviendo loco… Y esa ceñida boca de muñeca… Jean Jeudi quiere soltar de nuevo su leche y no le hago esperar. Me mola cantidad eso de dejar salir la lefa entre los pequeños labios de esta ja y verla tragársela…

Acabo de terminar con ella, y Arthur está magreándola, cuando de repente nos llega el estruendo más horrible que he oído en mi vida. Entonces el maldito perro policía entra hecho una fiera, arrastrando la correa y con la aparente intención de acabar una tarea que antes ha dejado a medias. Es tan grande como una casa y va derecho a la cama. Arthur y yo nos apartamos en direcciones opuestas, pero no viene por nosotros. Se lanza sobre Charlotte y la deja inmovilizada.

Arthur coge la primera cosa que queda a mano… la botella de *scotch*… pero el perro no se está comiendo a Charlotte ni mucho menos… simplemente la está violando. Ella no puede moverse… ese perro sabe cómo tratarla y lo hace con la mayor delicadeza posible en esas circunstancias. Y Charlotte no está asustada… sólo está profundamente violenta.

«Adelante, ahuyéntalo», propongo a Arthur. «No te va a hacer daño.»

Arthur me pide con educación que me vaya al infierno… no se va a acercar a ese cabrón. Y, entretanto, el perro ha conseguido meter la punta de un cipote muy rojo y jugoso entre las piernas de Charlotte.

«Parece que va entrar», dice Arthur. «Oye, Alf, ¿crees que deberíamos decirle que se tome una copa con nosotros, cuando acabe? Apuesto a que este cabrón podría contar experiencias interesantes.»

«Por favor… marchaos…», dice Charlotte entre jadeos. «Jacques, oh, Jacques, ¡no hagas eso! Vete, perro malo.»

«¿Te vas a quedar ahí sentado, mientras ese animal te quita la carne de la boca?», pregunto a Arthur. «¿No vas a hacer nada?»

«Me voy a quedar ahí sentado contemplando», me dice Arthur. «¿Has visto alguna vez una cosa así? Hombre… en una casa de putas, tal vez. Pero nunca has visto a un perro violar de verdad a una mujer… Qué hostia, si te crees que voy a provocar la ira de ese mastodonte, estás loco… es más grande que yo.»

Charlotte sigue pidiéndonos, cuando recobra el aliento, que nos larguemos con viento fresco. El perro la tiene bien cogida ahora, con la polla metida, y la está follando a cien por hora… Al final no le queda más remedio que abrir las piernas y dejarle hacer…

«Mira, chorra», digo a Arthur, después de haber contemplado el espectáculo unos minutos, «ese bicho va a acabar en un par de minutos y después, ¿qué va a pasar? Te digo que tiene cara de pocos amigos… Cuando haya acabado de follar, va a tener un hambre de la hostia. Me importa tres cojones lo que tú hagas, pero yo me voy a apartar de su lado, ya mismo.»

Me acerco sigiloso a la cama para coger mi ropa. Arthur se lo piensa durante unos segundos y después se viste también él. Echamos otro trago de *scotch* e intentamos despedimos de Charlotte… Pero no nos oye… tiene los brazos en torno a ese chucho suyo y responde animada a sus achuchones. Me parece que las mujeres son tan encantadoras, cuando llegas a conocerlas…

Arthur y yo no tenemos gran cosa que comentar de nuestra visita, cuando llegamos a la calle. Caminamos media manzana y después Arthur me coge del brazo.

«Dios mío, Alf, mira qué tamaño de mujer, hazme el favor. ¿Te gustaría echarle un polvete? Chico, te perderías debajo de ese culo… ésa es la clase que deseo para mi vejez, para que me tenga calentito por las noches…»

.....

Anna está deprimida. El viejo andoba que la mantiene se está volviendo un coñazo, según me cuenta, y no sabe qué hacer al respecto. Le da la tira de pasta, y tal, pero aun así es un coñazo. Estamos comiendo en un restaurante y me pone en antecedentes.

En primer lugar, quiere conocer a sus amigas. Se cree que es un galán muy

cachondo, y lo primero que hace en cuanto Anna le presenta alguna ja que conoce, es ponerse ligón e intentar llevarse en seguida a la chica a la cama. Lo que sería perfectamente normal, me imagino, si no fuera porque todas quieren sacarle algo de parné, por supuesto, y él se ofende muchísimo. Cree que Anna las pone sobre aviso y que lo toman por un primo… se cabrea, cuando se da cuenta de que no liga gratis…

Además, hay algunas cosillas más… A cambio del dinero, espera unas Mil y Una Noches nuevas y mejores. Anna tiene que contarle historias sobre su vida sexual y se está volviendo majareta intentando inventar aventuras nuevas. La otra noche, por ejemplo, cuando los chicos la descargaron en su casa… Estaba encantado con aquello… Anna dice que casi se quitó el camisón de un manotazo al verla, porque no había duda sobre lo que le había sucedido. Conque se la folló, por supuesto… debe de tener la sensación de que ese último polvo que le echa es el que la deja para el arrastre… y no sólo entonces, sino después quiso enterarse de todo lo que había sucedido… La tuvo horas despierta intentando averiguar cómo habían hecho esto y lo otro y Anna estaba tan mamada y quilada, que lo único que quería era irse a dormir. Y cuando se quedaba dormida, él se cabreaba… si podía mantenerse despierta mientras sucedía todo eso, ¿por qué no podía seguir despierta un poco más para divertirse un poco con él?

Además, cuando recibe la visita de algún colega, Anna tiene que hacer teatro cada vez. Al andoba ése le gusta exhibirla, enseñar a la gente la cojonuda gachí que tiene y eso no es problema, pero es que Anna tiene que mostrar a todo el mundo que tiene un furor uterino fenomenal… y sólo para él. Conque debe pasearse insinuante y mostrar al tipo lo buena que está y portarse como una perra en celo, frotándose contra él y dejándole que le toque el culo y tal vez tocarle los huevos de vez en cuando. Después, al cabo de un rato en este plan, lo llama desde otra habitación y él se disculpa y sale como un gallito a magrearse con ella durante media hora… a veces logra incluso empalmarse y jodérsela, pero por lo general lo único que consigue es medio desnudarla y dejarla desgreñada. Después… vuelven a entrar juntos, y puede que él esté aún abrochándose los pantalones, al entrar en la habitación, y Anna tiene el aspecto… de haber pasado por la lavadora…

Ahora tiene otro plan maravilloso. Le gustaría que Anna llevara a casa a algún andoba joven con una polla de campeonato y le dejara que le metiese tralla a base de bien, mientras su cielito contempla la escena escondido en un armario empotrado. Anna se niega de plano. Lo que él haría en realidad, dice Anna, es ocultarse en el armario y cascársela hasta haberlo visto todo y después aparecer haciéndose el amante ultrajado. Como estaría en su casa, según Anna, probablemente tuviera el valor de dar una bofetada al otro tipo e incluso podría pegarle un tiro… aunque lo acertara, un tribunal francés lo absolvería con el cuento de la defensa del honor. Me parece fantástico, pero Anna dice que no me lo parecería, si conociera a ese cabrón.

Mientras estamos tomando el café, saco las fotos que Ernest compró por ahí. Anna coge un cabreo de la hostia, al verlas… debería de haberse imaginado que esos

amigos harían una cosa así. Querían hacerlas sólo para divertirse… bueno, pues, simplemente, para divertirse les va a cortar los huevos, como vuelva a encontrárselos. Hay personas que no deberían verlas, por nada del mundo, dice… pero a estas alturas todos los meningíticos de París deben de estar poniéndose ciegos de cascársela con ellas… Anna ve a la ciudad entera pasándoselas de mano en mano y señalándola en la calle. Sin embargo, eso debería hacer feliz a su paganini por un tiempo… Es exactamente el tipo de cosas que le gustan…

Llega Raoul justo en el momento en que estamos a punto de marchamos. Como tiene que decirme algo, nos quedamos a tomar una copa de licor. Raoul se muestra violento a la hora de contarme el asunto delante de Anna, conque ésta se da un garbeo por el retrete para dejamos hablar…

La cuñada de Raoul está de vuelta en París y él ha conseguido la pasta para pagarme las clases de español que le di. Raoul le ha hablado de mí, lo ha arreglado y ella ha estado muy legal al respecto. No sé qué puede haberle dicho, pero debe de haber sido bastante elogioso… no me ha visto en su vida, pero por recomendación de Raoul está dispuesta a ofrecerme un polvo gratis. Raoul tiene esperanza de poder ir algún día a América a vender aspiradores…

No me convendría ir a su casa, según Raoul. Demasiado arriesgado, y además, puede que no quiera que yo sepa dónde vive. Me viene perfecto… prefiero que tampoco sepa ella dónde vivo yo… al menos hasta que no le eche un vistazo y compruebe qué tal está. Conque fijamos una cita… mañana por la noche a las ocho a la esquina de Rue Cuvier y Quai St. Bernard.

«Pero como esté esperándome ahí un vejestorio», digo a Raoul, «doy media vuelta y me largo. No quedamos en que tengo que follármela… Quedamos en que ella tiene que follarme, si le gusto…»

«No es un vejestorio… es linda, Alf. Espera hasta que la veas… Ya verás qué polvo más curiosito tiene… Mi hermano sigue pensado que es una gachí que está muy bien y está casado con ella…»

«¿Sabe cómo me llamo? Tal vez piensa que soy rico o algo así… ¿qué cojones le has dicho para que esté tan dispuesta a entregárseme?»

«Ah, he estado al quite, Alf… lo he arreglado perfectamente. No es que crea que eres rico ni nada de eso… Sólo le he dicho tu nombre de pila. Pero le pareces maravilloso… le he contado montones de cosas estupendas de ti. Fóllatela, chico, es lo único que quiere de ti. De todos modos, puede que tenga en mi poder algo comprometedor, ¿comprendes, Alf? Tal vez haya algo de lo que no desea que mi hermano se entere… En relación con el tendero, tal vez… puede que se lleve algunas cosas sin que se las cargue en la cuenta…»

«No me importa lo que haga con el tendero… ¿qué va a hacer conmigo? No quiero meterme en ningún lío…»

«No te va a meter en ningún lío, Alf. Es buena chica. Si lo sabré yo. Ya a misa…»

«¿Es de las que chupan pollas?»

«Pues claro que chupa pollas. Te digo que es buena chica. Va a misa.»

Anna vuelve y Raoul ahueca el ala, pues Anna y yo vamos de visita…

.....

Las dos amigas de Anna no están en casa cuando llegamos, pero han dejado una nota en la puerta en la que nos piden que entremos… pues no van a tardar mucho en volver. Conque nos sentamos a esperar y Anna quiere ver las fotos otra vez. Oh, es horrible, de verdad, dice, pensar que andan diseminadas por todo París… y sólo Dios sabe dónde más. Mueve la cabeza y menudo lo que echa por la boca al respecto, hasta que no puedo soportarlo más… lo único que está haciendo es ponerse cachonda y conozco formas la tira mejores de hacerlo que mirar fotos indecentes de uno mismo…

Anna no deja de decirme que no deberíamos hacerlo… pero no hace nada para impedirlo, y al cabo de poco estamos magreándonos en el sofá. Le he bajado las bragas y le he puesto el culo al aire; ella me ha sacado el cipote y me está peinando la pelambrera… y van y entran las dos gachís. Gachís jóvenes, además… podrían tener unos veinte años.

Hay muy buena onda desde el principio. Con una introducción así, no podría ser de otro modo. Anna consigue esconder a John Thursday después de varios intentos torpes, pero no puede hacer nada con sus bragas. Al final se pone de pie, se levanta las faldas hasta arriba y se las vuelve a subir. Me presenta a las jas, que resultan ser americanas… una se llama Jean y la otra que tiene una pinta de lesbiana que no se lame… Billie.

Jean es una rubia que debe de comprarse toda la ropa de una talla inferior… no sé cómo consigue meter todo este tipazo dentro. Billie está como un tren también, pero va vestida con traje de chaqueta y corbata. Después Anna me cuenta que Billie tiene algo de dinero y Jean no, conque Billie paga las cuentas y Jean se abre de piernas en el momento oportuno.

Jean es tan cachonda como parece. Como todas están de pie, yo tengo que hacer lo propio, empalmado o no, y Jean me mira a la bragueta, como si esperara que un muñeco de resorte fuera a salir de ella. Le gustaría saber, dice, si eso que le ha parecido ver es de verdad o cosa de su imaginación. Anna le dice que es de verdad y le pregunta si le gustaría verlo otra vez. Jean dice que va a esperar un poco… Sonríe y me guiña un ojo…

No sé para qué hemos venido aquí… Anna me ha dicho que me iba a presentar a dos amigas suyas, pero parece como si hubiéramos venido a magrearnos. Billie nos enseña un par de libros que ha ilustrado… no sé por qué, pero parece que las lesbianas saben dibujar mejor que nadie a la gente follando. Seguimos. Anna echa un vistazo a una ilustración… cualquiera que haya chupado una picha alguna vez, dice, se daría cuenta de que la artista nunca lo ha hecho, Billie pide que se lo demuestre,

pero Anna no se anda con chiquitas… coge sus fotos y se las enseña a Billie para que se empape. Qué tía… ¡y fingía estar preocupada porque fueran de dominio público!

Hemos dejado pasar casi una hora tontamente hasta que Jean tiene el descaro de decir lo que siente. Billie ha estado haciendo todo menos desnudarla ahí delante y cada vez que Billie le toca el culo, Jean se vuelve y mira hacia mí… ¿Por qué no nos ponemos todos, dice Jean, más ligeros de ropa? ¿O es que vamos a pasarnos toda la tarde con rodeos?

«Cada vez que ve a un hombre quiere desnudarse», dice Billie. «No hay quien pueda con ella…»

«Está celosa», explica Jean. «Cree que debo desnudarme para ella, para nadie más… Pero me gusta quitarme la ropa, Billie… Quiero quitármela ahora mismo…»

Mira hacia mí. Mi cipote se eleva como un dirigible, ya he dejado de intentar metérmelo por la pernera. No sé qué debo hacer… Nunca me he encontrado en una situación así. Con una cualquiera de ellas sabría cómo actuar, pero las tres son demasiado para mí, sencillamente. Y Jean no es la única que se muere por un polvo… Anna también, y Billie está pensando en algo, pero sólo Dios sabe qué…

Billie me quita el asunto de las manos, y con limpieza. Esa tía… no podía soportar que su Jean mirara a unos pantalones… De repente coge a Jean y la tira al sofá como un apache.

«Pelea, cacho puta», grita, cuando Jean se pone a patalear y apartarla de sí. «Conque quieres que te vea él… Bueno, pues, te voy a desnudar…»

Personalmente, no me gustaría estar al alcance de esos feroces tacones de Jean… parece como si quisiera arrancarle la cabeza a Billie de una patada. Pero Billie no le tiene miedo… tal vez jueguen con frecuencia a eso… Qué leche, con gente así no se sabe. El caso es que constituye un espectáculo agradable… Jean se levanta las faldas hasta las bragas para poder patalear mejor y tiene unos muslos tan sabrosos como el resto de su persona. Pero Billie se le mete entre las piernas y en adelante Jean queda impotente. Billie da sonoros azotes a Jean en los muslos y en la parte descubierta del culo y, mientras Jean intenta escabullirse retorciéndose, se le echa encima y le da al asunto.

Es muy excitante ver a esas jas luchando y no me sorprende lo más mínimo que Anna venga dando saltitos a sentarse en mis rodillas. Cuando estaba magreándola antes, tenía jugo entre las piernas, pero ahora hay el doble… en los muslos y hasta las rodillas y huele como la cama, cuando has tenido a una ja tres noches seguidas… Me agarra la minga y se pone a acariciarla y no tengo que bajarle las bragas otra vez… se las baja ella misma…

Jean se está defendiendo muy bien. Sabe que no puede evitar que Billie la desnude ahora, conque está empleando todas sus fuerzas en desnudar a Billie también. Al cabo de unos minutos, las dos han perdido la falda y están culebreando con el culo al aire, antes de haberse quedado sin la ropa de arriba. Aunque Billie sea una lesbiana, tiene un tipo cojonudo y no porque sepa que no está interesada por mí

puedo dejar de ponerme cachondo con ella, cuando veo el espectáculo de su coño en mis narices. Ese punto rosado y cubierto de pelambrera estaba destinado a que una picha se le metiera dentro… John Thursday lo sabe y, aunque Anna no estuviera dándole marcha, estaría tieso y cimbreándose…

Billie consigue por fin quitarle toda la ropa a Jean… y a ella le queda muy poca encima. Grita a Anna y a mí que echemos un vistazo a esa tía. ¿Nos gustaría oírla gritar? Le pellizca los chucháis. O tal vez nos gustaría ver mejor su *bonne-bouche*… conque le levanta el trasero y le hace cosquillas en la entrepierna. Debe de querer que contemos sus pelos… se pone a tocar el chichi de Jean y le mete el dedo… Jean se está quedando muy quieta…

Anna tiene el vestido levantado hasta la cintura y se está abriendo la parte de arriba para sacarse sus maravillosas tetas. Billie se tumba junto a Jean y mira el coño de Anna, mientras acaricia el de Jean. Ésta le ha metido a Billie la mano entre los muslos, pero no puedo ver lo que le está haciendo. Anna quiere que le acaricie las tetas… se inclina y las agita ante mí.

«¿Se ha acostado contigo alguna vez esa gachí?», susurro a Anna. «Te está mirando como si quisiera devorarte…»

Al parecer, eso no es asunto mío… Anna me amenaza con el dedo y no responde. Después se abre más de piernas para que Billie pueda verle el chichi mejor… Jean y Billie han dejado de luchar y ahora se van quitando la ropa mutuamente hasta que las dos están tan desnudas como pollos desplumados, salvo en una pequeña zona… Anna se baja las medias. Después le parece que ya es hora de que se quite el vestido. Yo no soy de los que desentonan con el resto de la gente, conque me desnudo también. Y, mientras lo estoy haciendo, se detienen, esas tres putas, y no hacen otra cosa que mirarme… Jean chilla y da brincos en el sofá… quiere un poco de eso… ¡un poco de ESO! Lo comunica al mundo.

Billie le dice que tal vez reciba un poco, si se porta bien… Qué leche, preferiría darle un poco, si no se portara bien… Anna se me ha deslizado entre las rodillas y está acariciándome el cipote, restregando la cara contra él, mientras contempla a las dos jas en el sofá. De repente Jean agarra del culo a Billie y la abraza; se están besando como enamorados adolescentes y si sólo mirases a un par de caderas, jurarías que la que está follando es la chica. Se frotan mutuamente el vientre, las tetas y el coño, y verlas hacer todos los gestos y no llegar a nada es como para tirarse de los pelos.

«Enséñales lo que me haces», dice Jean. La madre de Dios, sería de esperar que al menos dieran alguna muestra de discreción sobre lo que se hacen mutuamente… pero, qué va, ¡estas putas, no! Jean se abre de piernas y se tumba boca arriba; Billie no se muestra mucho más cohibida respecto a su papel… desliza la mano hasta el vientre de Jean y nos revela el gran secreto.

Billie se lo pasa bomba jugando al escondite en la pelambrera de Jean. La mayoría de las tías rubias que he conocido no teman demasiado pelo en torno al

chichi ni en ningún otro sitio, pero Jean tiene la tira, salvo que lo necesites para rellenar un colchón. Billie se limpia la cara con ella y da un mordisco a Jean en el vientre y por último la besa en el centro de la raja. Entonces es como si Anna y yo no estuviéramos delante… Billie se pone a chupar el chichi a Jean y no se ocupa de ninguna otra cosa… Lo lógico sería que no fuera tan indiscreta con extraños delante… pero es que al primer vistazo te das cuenta de que a una tía con un traje así y con esos andares hombrunos le gusta olfatear bajo la falda de una gachí… ya lo ha anunciado de sobra…

Anna se pone a acariciarme la picha con sus limones. No quita ojo del sofá, pero tampoco se olvida de Jean Jeudi. Lo alberga en ese refugio entre sus tetas e intenta acunarlo para que se duerma. En las tetas de Anna se folla mejor que en muchos coños que he probado y Johnny está encantado… sobre todo porque Anna se inclina cada dos segundos y le besa su roja nariz alcohólica…

Jean se cansa de que Billie le chupe el chichi… al fin y al cabo, probablemente es algo que prueba cada noche de su vida, o todas menos unas pocas noches al mes, y supongo que puedes llegar a cansarte de eso, igual que de cualquier cosa. Jean quiere saber por qué no se la follan… le parece que ya es hora de cambiar de sitio.

Billie está de acuerdo con ella. Desde luego, ya es hora de cambiar de sitio, dice… y va y de un salto coloca el culo sobre la cara de Jean antes de que ésta pueda adivinar lo que sucede.

«Cómo te conozco, cacho puta», dice Billie, al tiempo que restriega el coño contra la nariz de Jean. «¡Quieres que él piense que eres una chica DECENTE! Tú no eres capaz de la indecencia de chupar un coño, ¿verdad? Pero, bueno, si chupas jugo de jas como una indecente… ¿qué ocurrió cuando nos visitó mi hermana? Sí, y la primera noche misma. ¿Y qué dejaste a Annette enseñarte? ¿Es que no te sorprendí con la cabeza bajo la falda de Bebe? ¿Acaso no dejaste a Meg que te magreara? Y si vamos al caso, ¿a cuál de mis amigas no le has hecho una mamada? Muy poquitas… me parece. Oh, no, cacho puta, ¡no me vengas con ésas! Cada vez que vas hasta la esquina, vuelves o con las bragas llenas de lefa o con la nariz oliendo a coño…»

Anna sigue agitando las tetas contra mi polla, pero de repente tiene la boca abierta y me deja que se la meta. Tengo tanta prisa por entrar, que casi se la meto hasta la garganta… Lo único que veo de Jean es su culo y el ajetreo de sus piernas, pero por los sonidos que llegan de debajo del culo de Billie adivino todo lo que no puedo ver. Billie tiene las piernas pegadas a la cabeza de Jean, como un jinete… está inclinada hacia delante y sube y baja… lo único que necesita ahora son espuelas y una fusta…

Anna se pone de pie en un brinco… y muy a tiempo: un minuto más y me habría corrido. Se acerca al sofá y yo la sigo. Jean tiene los ojos cerrados y está chupando el coño a Billie, como si fuera un melocotón… la acaricia, mientras le hace la mamada y, desde luego, no parece que esté haciendo el paripé.

A Anna se le ha ocurrido una idea demencial… Quiere que Billie me chupe la picha. Yo nunca habría propuesto semejante cosa, pero Anna tiene un argumento…

ella es perfectamente normal y, sin embargo, ha chupado coños y no tiene inconveniente en reconocerlo. Por lo que ha dicho parece como si Anna hubiera tenido algo que ver con la *bonne-bouche* de Billie en algún momento… y si Anna puede chupar un coño, no hay razón para que Billie no pueda mamar una picha.

Para ser lesbiana, Billie es una persona extraordinariamente razonable. La mayoría de esas tías se subiría por las paredes, si les propusieras una cosa así… pero Billie escucha muy atenta y parece meditarlo por un rato. Al final pasa la pierna por encima de Jean… desmonta, es lo único que se me ocurre… y echa un largo vistazo a mi cipote.

«Mira… me parece que voy a hacerlo», dice. «Si no te importa, Alf, por supuesto…»

¡Si no me importa! Huy, la Virgen, yo también soy bastante razonable… no recuerdo haber rechazado nunca una oferta de chuparme la polla. Apalanco el culo en el sofá y espero a ver qué pasa.

Billie no quiere instrucción alguna de la galería. Lo entiende perfectamente, en teoría, según dice, y no va a necesitar ayuda… Se arrodilla delante de mí y gatea entre mis muslos y, tras haberme mirado a la picha un segundo, levanta la vista hacia mí. Pone a la perfección la mirada de enamorada a la luz de la luna… si no estuviera bastante seguro de lo que es, juraría que está chalada por mi polla y la idea de mamarla… Después se pone a tocarla… no porque Johnny lo necesite, sino porque forma parte de la teoría, supongo. Después… adentro.

Esta gachí puede mostrarse muy convincente… se pone a babearla y babosearla, como si nada en el mundo le gustara más. Me rodea con los brazos y me abraza, restriega las tetas contra mis rodillas, me acaricia los huevos… y cuando no me está chupando la polla, está besándome los cojones o enjabonándome el vientre.

De acuerdo con sus propias normas, Billie se está portando como una tía particularmente indecente. A veces las ves rondando por los bares, a esas tías, comiéndose con los ojos a todas las jas que aparecen e invitando a beber a las que van a intentar ligarse… y siempre me pregunto qué les pasaría, si les echaran un buen polvo. Pero no puedes acercarte a ellas. Algunas de ellas están muy buenas, además, pero, igual que a mí no se me ocurriría pedir al tipo que tengo al lado en el metro que se baje los pantalones para que le haga una paja, a ellas tampoco se les ocurre dejar que un hombre se les meta bajo las faldas… Si lo sabré yo… he intentado ligarme a algunas de ellas.

Hasta Billie, si su teoría es correcta, debe de saber lo que va a suceder, si sigue chupándome la picha de ese modo. Jean y Anna están casi que se mean esperando que me corra… No quiero defraudar a nadie… me contengo hasta que los cojones están a punto de reventar y quiero soltárselo al instante, si puedo…

Billie sabía de lo que hablaba, cuando ha dicho que no iba a necesitar ninguna clase de ayuda. Estoy preparado para agarrar por la cabeza a esta tía y sujetarla, si se pone impertinente, cuando se vea con la boca llena de lefa, pero estoy perdiendo el

tiempo. Parece como si le gustara. Echa un vistazo a Jean, cuando empieza a salir, y cuando ve que su chavala la está mirando, se lo traga. Jean coge a Anna de las tetas y parece como si algo interesante fuera a empezar ahí… pero se refrena antes de que Billie la sorprenda… En cuanto acabo de correrme, Billie coge a Jean… pero no para chuparle el chichi, como yo pensaba. La rodea con los brazos y la besa en la boca. Se abrazan y se tumban metiéndose la lengua mutuamente en la boca… Jean susurra a Billie que es una chupapollas indecente y pervertida.

Anna irrumpe en esa fiesta con la actitud de quien siente que lo dejan de lado. Dice que le pica el coño: ¿se le ocurre a alguien una solución? Billie rodea con los brazos a Anna y se pone a magrearla… no tardan en estar tocándose el coño mutuamente y no es una sorpresa que en un momento dado Billie meta la cabeza entre los muslos de Anna y se ponga a chupar ese jugoso chumino.

Jean está detrás de Billie, acariciándole la entrepierna y metiéndole un dedo coño arriba… Huy, la Virgen, con toda esa exhibición de chochos, no puedo quedarme ahí sentado y contemplarlas magrearse. Entro en liza yo también y agarro a Jean… John Thursday no está listo para el combate, pero esa puta sabe qué hay que hacer con él, conoce el arte de ponerlo a punto… se abre las piernas para que pueda tocarle el chichi y se pone a sobarme el cipote.

Esta Jean es una chati joven y cachonda. Al cabo de unos minutos con ella, tengo un cipote que correría peligro de que lo dispararan y disecasen, si lo vieran en donde no le corresponde. Ella está tan cachonda, que está jadeando como un perro… se va a rajar, si intenta abrir las piernas más… y su *conillon* ha quedado tan abierto con lo que Billie le hacía, que mis dedos parecen sumergirse en él, nada más tocarlo… es un coñete Benito… Si hay algo que no me gusta es una de esas tías huesudas que sólo tienen una mata de pelo y un agujero que parece que se lo hubieran hecho de un pinchazo.

A Billie no le importa lo que yo le haga a su Jean. Probablemente no le importaría, de todos modos, pero está tan apalancada con Anna, que no tiene tiempo para ocuparse de ninguna otra cosa. Anna nos está mirando, pero Billie ni se entera de que me monto a Jean.

Al principio, Jean no se mueve. Tiene las rodillas levantadas, con lo que me facilita la entrada, pero ésa es prácticamente toda la colaboración que me brinda. Más que joder, se la han jodido… y muy bien. Mi cipote entra hasta el fondo a cada viaje que le doy… los bordes de su coño me aprietan y el pelo cubre las grietas. Me la follo hasta que está con la lengua afuera… y, cuando está casi corriéndose, se pone a follar también ella; entonces es como joder a las Furias.

Verme cepillarme así a esa gachí tan feroz parece calentar un poco más el chumino a Anna. Se abre el coño lo más posible hasta que parece que va a rajarse y Billie parece tenerle metida gran parte de la cara. Entonces se corre: cuando eso ocurre, no puede soportar que Billie intente montarla… aparta a Billie de un empujón, pero le deja volver a lamer el jugo que le corre muslos abajo.

Cuando Billie acaba con todo y ve a lo que estamos jugando Jean y yo, lanza una invectiva que es demasiado pulcra como para ser masculina, como desearía Billie. Sólo una hembra podría hablar tan atolondradamente y aun así conseguir que signifique algo. No está enfadada, exactamente… pero por lo que he visto parece como si estas dos tías se divirtieran más intensamente, cuando están escupiéndose a la cara o dándose patadas. Jean no hace demasiado caso… folla con más ganas que nunca. Después levanta una pierna casi hasta mi hombro, saca el culo para que Anna y Billie puedan ver exactamente cómo es este juego visto desde cerca… y los dos nos corremos…

¡Quiere mi dirección! Eso es lo primero que Jean dice, después de haberse corrido, y parece que lo dice en serio. Joder, no voy a negar mi dirección a una ja como Jean… y Billie se limita a echar una mirada indecente. La única que se muestra celosa, si acaso, es Anna… pregunta a Billie si no teme perder a su chavalita. Pues no…

«Tiene que joder», dice Billie a Anna, al tiempo que acaricia el pelo de Jean y se lo aparta de los ojos. «No me importa que salga y folle por ahí… lo que no puedo soportar son esos bichos de lesbianas con las que se junta. Pero ya sabes lo que vas a tener que hacer, Jean, si te lo permito…»

Jean sabe… y al instante nos revela lo que es. Se aparta el cabello hacia las orejas para que no la moleste y después se agacha y besa el coño a Billie… Aún está sin aliento de la tralla que le he metido, pero le chupa el coño a Billie hasta que ésta se corre…

.....

Anoche, a las ocho en punto, acudo a la cita a la puerta del Jardín des Plantes. Quince minutos… media hora… Las nueve en punto y esa puta aún no ha aparecido. Joder, deberían meter en la cárcel a la gente que no acude a las citas. Es como si te quitaran dinero… peor aún. Te hacen perder vida… una hora aquí, quince minutos ahí… al cabo del tiempo debe de sumar años. Conque me han robado otra hora, ¿y dónde voy a conseguir a otra tía que ocupe su lugar? Joder, no voy a vivir eternamente, no me quedan tantas horas como para ir tirándolas así. Pero las mujeres nunca piensan en esas cosas. No creo que las mujeres piensen nunca en que algún día llegarán al final de su vida. Desde luego, no al modo de los hombres. Puedes estar seguro… si un hombre no es puntual, suele ser un inútil, un incapaz y al menos otras dieciocho formas variadas de gilipollez, Pero hasta una mujer lista, o lo que los hombres llaman mujer lista, te tendrá esperando sin escrúpulos…

A las nueve en punto me las piro de esa esquina. Tengo mejores cosas que hacer que recorrer la acera toda la noche. Menudo si lo dejó todo más arreglado que la hostia Raoul… Ahora que… en París nunca te quedas con el chasco. Si una tía no se presenta, otra lo hará… en el retrete de todos los cafés hay una buena lista de

direcciones en las paredes y no todas son falsas, como en América. (¿Qué clase de gachís se encontrarán en esas direcciones? Voy a tener que probar algún día…) Hay gachís por todos lados… puedes pagar o mojar gratis, según lo salido que estés, y, si bien puedes tener el estómago vacío aquí con tanta frecuencia como en América, la cama no tiene por qué estarlo…

Conque, aunque la cuñada de Raoul no haya aparecido, no me preocupa lo de encontrar con quien echar un polvo. Una hora después más o menos, después de haber tomado unas copas, me ligo a una. No es una puta, en realidad, simplemente tiene hambre. No es una belleza, pero no está mal; es joven y parece que usa jabón de vez en cuando. Conque la invito a comer y después vamos a casa y la paso por la piedra… pero aún estoy cabreado por lo de la otra tía…

Y esta mañana Raoul llega tan ufano y radiante. Se pone gracioso, el muy hijo puta… me pregunta cómo me fue anoche…

«¿Qué, Alf?», dice, apuntándome con el dedo. «¿Te gustó? ¿A que no era como un saco? Ves… tal vez me creas… la próxima vez que te proporcione un ligue…» Recorre la habitación y encuentra un cigarrillo. «Le gustas, Alf… la he visto hoy, y está loquita por ti… sólo, que le pareces un poco chalado. Pero hay un problema, y muy grave. Todos esos cardenales en el trasero, Alf… ¿cómo se lo va a explicar a mi hermano? Ah, pero eso le gusta también… al mismo tiempo. Es testaruda, Alf y se olvida del mañana, la próxima vez no debes darle azotes tan fuertes… Y, por el amor de Dios, llévala a un hotel mejor… tiene amigos en ese sitio…»

«Me cago en la leche, no te pases de listo. Mira, Raoul, puedes decirle a esa tía… Oh, ¡dile cualquier puñetera cosa que se te ocurra! Me hizo esperar una hora…»

«¿Una hora?, no, una hora no, Alf… Las ocho en punto, ésa era la hora que dijimos…»

Raoul sigue hablando hasta que empiezo a darme cuenta de que se cree en serio que salí con su cuñada anoche. Joder, si conoce incluso todos los detalles… Al final, le explico todo minuciosamente y me cuesta un trabajo de la hostia hacerle ver que no hablo en broma… Se sube incluso a la cama y olfatea las sábanas, cuando le digo que estuve en casa con otra ja anoche. Cuando se convence, se pone hecho una fiera.

«Pero se la jodieron, Alf… te lo juro, ¡se la jodieron pero que bien! ¡Tendrías que haberla visto esta mañana! Pensaba que te estabas quedando conmigo, Alf… No es bastante lista para quedarse conmigo… ¿Sabes lo que ha sucedido, Alf?… Se la han jodido… ¡la han engañado!»

Me pregunta a quién conté lo de esa cita. No se lo había contado a nadie. Entonces, ¿en qué esquina estuve esperando? Sí, allí estuvo ella… etc… etc…, etc…, diez minutos. Raoul no le ve la gracia y para mí es demasiado temprano para reír.

«Bueno, ¿qué hay del polvo que me habías propuesto?», pregunto a Raoul. «¿Qué tal esta noche? ¿Le va bien?»

Raoul se cabrea. A la mierda ese polvo, dice… ¿y el que ella echó? ¿Cómo va él a explicárselo? ¿Es que creo que va a ir y decirle: oye, que no era ése, y pedirle que lo

repita? ¿Cuando ni siquiera cobró?

«¿Qué clase de hijo de puta ha podido hacer una cosa así, Alf? Tiene que haber sido uno de tus amigos… nadie más haría algo así. Qué cabrón debe de ser, ¿eh, Alf? Aprovecharse de una chica inocente como ésa… y sin pagarle siquiera… ¿eh, Alf? ¡Y un asqueroso hotel barato donde podía haber cogido piojos u otras cosas! ¡Mi cuñada!»

No se va a quedar ni un momento más… tiene que volver corriendo e intentar arreglarlo. ¿Tengo algún retrato mío que pueda enseñarle? ¿No? En fin, tal vez podría llamarme más tarde para que nos encontremos y él pueda mostrarle que se la folló quien no debía. Raoul dice que tal vez si me ve le guste y quiera echar un polvo conmigo, de todos modos, pero reconoce no tener muchas esperanzas. En su familia siempre hay mala suerte así, dice Raoul… Tiene un primo que safio con una chica… buena chica. Pero la chica consiguió un empleo y muy pronto el jefe se puso a asediarla. El caso es que el primo de Raoul descubrió que ella tenía que ser cariñosa con su jefe y no le gustó. Fue a decir al viejo andoba que no se propasara. ¿Y qué imagino que pasó entonces? No lo adivino, pero supongo que fue algo catastrófico… El viejo creyó que buscaba trabajo, me cuenta Raoul, y lo contrató al instante. Con que ahora los dos tienen que lamerle el culo y el primo de Raoul tiene que contestar al teléfono y decir que el jefe está reunido, cuando sabe de sobra que está ahí dentro con su novia en el sofá, echándole un polvo de la hostia… Raoul me cuenta que en su familia siempre tienen mala suerte.

Acabo de cerrar la puerta, tras haber salido Raoul, cuando llega Alexandra corriendo por la escalera. Pregunta si tengo a Tania conmigo. Entonces, si no la tengo aquí, ¿dónde la he metido? Al parecer, Tania se cansó de jugar con su cachorro y ayer desapareció. Ahora tiene que andar por París y Alexandra ha venido al lugar donde era más probable encontrarla.

¿Y Peter?, pregunto a Alexandra, cuando se ha calmado un poco. ¿Se ha ido también? No, Peter sigue en el campo, esperando a ver si Tania vuelve… tampoco él sabe adónde ha ido. Pero, ¿he recibido yo alguna nota de ella? ¿Tengo alguna idea de adónde podría haber ido?

Lo que parece querer Alexandra es que yo organice una expedición de búsqueda, revuelva el país mediante las columnas del periódico y envíe a muchachos exploradores. Nunca la he visto tan encabronada y es inútil intentar hablarle hasta que no recupere un poco el juicio. Le digo que haré lo que pueda y Alexandra se va con la música a otra parte. Está completamente pirada hoy, pero no hay motivo. Me conozco a Tania y sé que sabe cuidarse…

LIBRO 2

Francia en mis pantalones

Conque es verdad. Tania está rapada como un águila, como un huevo. Lo único que queda para mostrar que antes tenía una radiante mata juvenil ahí, entre las piernas, es que raspa un poco al pasarle la mano en dirección contraria. Y no sólo el coñito se ha rapado… se ha rapado, o mandado rapar, el culo también… pero ahí no terna mucho…

«Lo hizo Peter», me cuenta, «y Snuggles lo ayudó. ¿No es gracioso?»

Se abre de piernas bien, se agacha y se levanta más las faldas, para que pueda verlo y tocarlo. Está tan suave como su cara… más suave, porque en la cara tiene una pelusa que se puede ver, cuando le da la luz.

«Estaba tan rara, cuando me lo estaban haciendo», dice Tania entre risitas. «Como un caballo que echa espuma por la boca. Peter dijo que le gustaría que hiciera jugo así.»

Me imagino cómo debió de ser… Snuggles sosteniendo el tazón de agua caliente, enjabonándola con la brocha, Peter manteniendo separados los carrillos del culo de su hermana, mientras pasaba la navaja por la raja… Sí, debió de ser cachondísimo.

Tania no puede quedarse quieta en mis rodillas. Menea el culo de un lado para otro, me aprieta la mano entre sus muslos. Vuelve a picarle el chumino… quitarle la pelambrera no ha servido de mucho para calmarle el aparato. Podríamos jugar, dice, picarona, para ver si Jean Jeudi reconoce aún su *bonne-bouche.*..

La reconocerá… Para él, es como la cabeza de la Medusa… una simple mirada y se pone como una piedra, aun sin los bigotes en forma de serpientes. Ya tengo una roca bajo los pantalones… pero Tania sabe ablandarla… la convierte en lava en su homo y la derrama.

Tania está mojada entre las piernas. Ahora no tiene pelo para secar todo ese jugo, dice… tal vez tenga que pedirme prestado el mío… y me mete la mano entre los pantalones y coge un puñado. Qué puta, ya ni siquiera pide permiso, coge lo que puede y lo que no puede conseguir sola lo exige.

Le parece que Johnny estaría muy raro sin su pelambrera de castor. Me abre la bragueta, lo saca y le echa un vistazo… Sí, tiene que tener sus bigotes para conservar la dignidad, dice. Le hace cosquillas bajo la barbilla… Tania piensa que si no tuviera ese elegante abrigo, probablemente ocultaría la cabeza avergonzado y nunca se pondría tieso… perdería el valor. A continuación me cuenta que Peter no dejó a Snuggles y a ella afeitarlo…

Tania tiene ahora cogida mi polla en un puño de hierro… no la va a soltar hasta que haya quedado exánime. Pero es como una niña con un nuevo juguete en el coñito… tiene que usar una mano para escudriñarlo, incluso mientras me está

tocando. Le gusta tanto, me dice, que no puede dejar de tocarse todo el tiempo. Pero, según le dice Billie, un chichi desnudo así no es para tocar. Tampoco para follar… es para chupar…

Le gusta Billie, ya lo creo, Billie le parece estupenda. A veces Billie es casi como un hombre, cuando se pone seria a su modo travieso. Billie te dice que hagas algo, y, si no vuelas, te obliga a hacerlo. Billie es muy fuerte, sobre todo en las piernas… una vez que te rodea con los muslos, no hay forma de escapar… y tiene multitud de bigotes agradables para restregarte por la cara. ¡Oh, Billie se encarga de hacerte obedecer, cuando juegas a hacer cosquillas en el chumino con ella!

Por supuesto, también le gusta Jean, pero de forma diferente. Con Jean sabes todo el tiempo que es un simple juego, mientras que con Billie… ni pensarlo, se pone mortalmente seria. Pero es que Jean tiene una forma tan suave y excitante de meterte la lengua… Tania está convencida de que todas las chicas deberían vivir un tiempo con una lesbiana, aunque tengan intención de casarse, sentar cabeza y ser chicas formales después. Ernest tenía razón… las lesbianas heredarán la tierra.

Tania se agacha con las manos sobre el chichi y me mira mientras me desnudo. Me pregunta si quiere que me chupe la picha. No le respondo. Oh, entonces debo de querer meter la picha… ¡aquí! Y se abre las piernas y se lleva las dos manos a la cabeza. Antes de que pueda volver a juntar las piernas, estoy sobre ella con el cipote en una mano y sosteniendo aún los pantalones con la otra…

John Thursday encuentra cierta dificultad. Cuando Tania tenía pelo, lo único que tenía que hacer era buscar el sitio donde no había y entrar… ahora no hay en ningún lado y se encuentra perdido. Le separo las piernas más y echo un vistazo para repasar la geografía. La Virgen, es comprensible que la Naturaleza pusiera pelo en los coños… un vistazo a una cosa así te haría cagarte de miedo, de no haber entrado antes en uno, de no saber que es perfectamente inofensivo, no más peligroso que cruzar la calle. Hay que ser valiente para confiar la polla a algo con ese aspecto. Parece voraz… ñam-ñam… y te ha engullido.

Otra cosa… cuando no hay una pelambrera que lo mantenga en la sombra, follar parece muy arriesgado. No hay la menor posibilidad de que mi cipote entre por ese agujerito sin desgarrarlo… un niño de cinco años lo comprendería… pero ni Tania ni yo tenemos cinco años, queremos probar… doy un pellizco en el culo a Tania y empujo la nariz de John Thursday contra su chumino, cuando salta. Introduce la cabeza y el resto entra reptando como un caracol a su concha. No creo que sepa adónde va, pero parece tener una prisa de la hostia por llegar…

Follar a Tania ahora es como follar a una niña de primaria, salvo que una niña de primaria no parecería tan desnuda. La froto con el vientre y no encuentro nada con que restregar, salvo su desnuda piel. Entre las piernas todo está escurridizo y hay un olor y un calor de alto homo. Está más desnuda que un pollo pelado, porque un pollo tendría al menos granitos. Pero está recibiendo mi cipote como siempre lo ha hecho… como una mujer adulta, y más aún, hasta adentro.

¡Intentar tocar el fondo en una tía que se pirra por follar! No hay fondo, podrías soltar picha igual que cable y habría sitio para meter varios centímetros más… pichas telescópicas, pichas que se dilataran y pichas que se inflasen como globos… ella se limita a sonreírte y parece que estuviera decepcionada, pero no lo dijese por educación…

Me rodea con las piernas, se agarra bien… y zas: se ha pegado contra mí con la misma suavidad que un papel de pared. Le tengo metida la polla tan profundamente como si fuera un brazo y por fin consigo arrancarle un chillido. Entonces se pone a culebrear, me baja la cabeza y me mete la lengua en la boca.

Sé que es mero fruto de la imaginación, pero no por ello parece menos real el sabor a coño que noto en su lengua. Mientras sólo sea eso, no me importa, conque la dejo seguir pasándome la lengua por el velo del paladar, mientras me la jodo. Es un sabor dulce, afrutado, no se parece en nada al olor a pescado que desprende… algún día se descubrirá que el jugo que las mujeres sueltan con tanta liberalidad condene todas las vitaminas necesarias para evitar la caída del cabello… aunque sólo sea porque alguna excusa habrá que encontrar para salvar la conciencia de los americanos que cedan.

No puedo follar a Tania sólo con la picha… esa desnudez es demasiado sorprendente, tengo que tocarla, acariciarla, pasarle los dedos. Le paso las dos manos por debajo del culo y entre las piernas y le acaricio ese chichi abierto, mientras la barreno con el cipote. Le hago cosquillas en el jebe, le doy palmadas, estrujo, pellizco… al final, sin sacar la polla, tengo también los dedos dentro de su *conillon*. A Tania eso le parece fabuloso… no dice ni pío… se retuerce por todo el sofá; es como una cesta de culebras… Rodamos y rodamos y nunca afloja esas cálidas piernas desnudas. Tengo la polla metida y no quiere correr ningún riesgo de que se la saquen. Somos el gran éxito gimnástico.

Tania no quiere que olvide esos limones en crecimiento que luce… durante mucho tiempo no tenía, y está muy orgullosa de ellos. Tengo que tocárselos; debo mordérselos, mordisquearle los pezones de vez en cuando, porque, si no, pensaría que no la aprecio. Ésa es la única cosa por la que a veces Tania puede dejar de follar… para que le toquen esas tetas. No mucho rato, por supuesto… diez minutos y ya tiene bastante. Volverá a alojar tu pica en el chumino y a meterte tralla. Sospecho que aún cree que, si no se las tocan, no crecerán y estoy casi seguro de que usa algún tipo de aparato para hacerlas crecer… Joder, yo era mayor que ella, cuando probé una cosa así en mi picha… Al principio pensaba incluso que funcionaba, pero más adelante llegué a la conclusión de que era el simple masaje… la paja, para ser sinceros… que acompañaba al tratamiento…

Cuando Tania estira los brazos por encima de su cabeza y arquea la espalda, sus tetas casi desaparecen. Quiere que le saque la minga… pero sólo por un minuto… mientras lo hace.

«Mírame… soy exactamente como cuando era una niña. ¿No sientes no haberme

conocido, cuando era una niña? Te habría dejado follarme igual… ¡ya lo creo! Era una niña bonita, con ricitos… y soba mirar todos los días a ver si tenía algún pelo ahí abajo… y ahora que tengo me lo he afeitado, ¿no te parece absurdo?» Se da la vuelta y se mira el culo por encima del hombro. «Pero no terna un trasero tan grande, cuando era pequeña. No tenía hoyuelos en él…»

Examinamos los hoyuelos de su culo… pero yo estoy más interesado en el que está entre los carrillos. Me arrodillo detrás de Tania y ella abre las piernas, cuando siente mi minga ahí detrás.

«¡Métela! Méteme la polla en ese agujerito y jódeme…» Oculta la cabeza entre los brazos y su voz queda completamente apagada. «Está desnudito y diminuto… puedes imaginar que aún soy una niña, cuando me folles…»

Tania puede jugar consigo misma… Pero yo no tengo que fingir… no es mucho mayor que una niña, la mires por donde la mires, y por detrás, cuando sólo enseña la rosada raja de su *bonne-bouche*, está más joven que nunca. Parece vergonzoso follarse a alguien tan joven, pero, con su jebe haciéndole guiños, no hay quien pueda dominar a Jean Jeudi.

Por la forma como dilata el recto, es como para pensar que Tania quedaría satisfecha con tener dentro la cabeza de Johnny… pero lo quiere entero, toda la pesca, y con avaricia… Hasta dentro, no deja de aullar… conque adentro, pues; no soy de los que se muestran tacaños con lo que tienen. Después quiere que le toque el coñito… y, si no, lo hará ella. Algún día va a darme clases, dice, sobre cómo tocar un coño.

«Sé todo lo que hace falta sobre coños», me dice, «grandes, pequeños, peludos, gruesos… si alguna vez encuentras uno que no sabes cómo manejar, tráemelo… y te enseñaré.»

Después… se acabaron las palabras, está aullando con un buen chorro de lefa en el recto y se está corriendo. Salta como un grillo y yo detrás de cada brinco, jodiéndola aún… Estoy decidido a no sacarle la polla del culo, pero al final se cae del sofá y se aparta…

«Si hicieras eso a Snuggles, se asustaría tanto, que se escondería de ti, mientras los padres la dejaran estar en París», dice Tania. «Tienes que prometer que no te la follarás así, si te la consigo.»

Sigo empalmado y Tania me toca el cipote para que siga así. Se tumba boca arriba y me la casca y veo la lefa y el jugo que rezuman de su pelado chichi. Caldo de almeja…

Tania quiere saber todo lo que hay entre la madre de Snuggles y yo. Me la he follado, ¿verdad? Sin respuesta.

A ver, ¿me la follo como acabo de hacerlo con Tania? ¿Me chupa la polla? ¿Hemos jugado a *tête-bêche*? ¿Tiene tan buen tipo como la madre de Tania? Pero yo no digo nada… Bastante lío puede organizar Tania sin informaciones. Muy bien, dice… pero que no me vaya a pensar que es un secreto. Snuggles está ojo avizor,

pronto lo sabrá.

«¿Sabes que tú has estado follando con su padre?», le pregunto.

Tania está asombrada de que yo lo sepa. ¿Cómo lo he averiguado? ¿Por Ann? Tania me agarra el cipote, como si fuera a desgarrarlo…

«¿Se lo contó a su mujer?», me pregunta. «¿Sabe ella lo que hicimos?»

No voy a hablar de eso tampoco y Tania está molesta.

¿Cómo va a saber cómo actuar, si desconoce esas cosas?

«Me dio un cheque, exactamente como si fuera una puta», dice Tania. «Pero aún no lo he cobrado porque no quería comprar nada.»

Después quiere que me quede con el cheque. Para que me compre lo que quiera. Ya que le pagan como a una de esas chicas de los hoteles, igual puede comportarse como ellas y entregar su dinero a un hombre, dice suspirando. Menudo lo que me iba a costar explicar eso a Sam. ¡Mi firma en ese cheque! Supongo que lo que debo hacer es intentar quitárselo y devolvérselo a Sam… pero el dinero no significa nada para éste y así se ha tranquilizado la conciencia un poco, conque al diablo. Le digo a Tania que se lo meta en el culo, el primer dinero que ha ganado en su vida. Lo hará, dice, si me lo envuelvo en torno a la polla y se lo meto.

Aun así, quiero saber si Snuggles está enterada de lo de Tania y su padre. Tania tarda mucho en ir al grano, es decir, que aún no ha dicho nada. Se lo reserva, dice sonriendo, hasta averiguar lo que Snuggles siente por su padre. Si quiere joderse a Tania, debe de sentir algo por Snuggles también, ¿no me parece?… tal vez estén chiflados el uno por el otro…

¡Será puta! Ya veo que está creando otro enredo. Compadezco a los Backer. Si esta indecente chavalita les sigue la pista, puede ocurrir cualquier cosa. Se llevarán de vuelta a América algo más que la colección de arte Backer…

Tania se está acariciando el chumino con mi cipote. Se lo metería al instante, pero tiro de ella hasta el borde del sofá. Se queda ahí, en el borde, con el culo en equilibrio y sus delgadas piernas fuera, estiradas y abiertas. Apoya los pies en el suelo y su chichi está tan abierto como la puerta de un granero. No se mueve… se queda así y me deja meterle la picha y joderla…

«Snuggles va a estar celosa, cuando se lo cuente», dice…

«¿Por qué cojones tienes que contárselo?»

Tania no lo dice… tal vez ni siquiera ella conozca la respuesta. Se acerca más, culebreando, al borde del sofá para que mi polla le entre hasta dentro y se toca las tetas y las agita delante de mis narices…

«Ya veré después… me parece que la voy a llevar a mi habitación y la voy a hacer que me chupe. Sí, eso es lo que voy a hacer… la voy a hacer chuparme el *con* y le voy a restregar toda esa lefa por la cara y la nariz y no le voy a decir lo que es hasta después, hasta que me haya chupado. Entonces le diré que tú has estado jodiéndome y que lo que ella se ha tragado es tu lefa. Oh, gran Jean Jeudi… entra, entra bien adentro… y lánzame litros de lefa, porque después voy a hacer tragársela a una chica

muy bonita…

.....

En el hotel de Backer… el botones se defiende como puede con su inglés chapurreado.

«Nosotros no tener *L'Humanité* señor. Tener *L'Intransigeant* y *Paris-Soir*.»

«No», dice Backer, «quiero *L'Humanité* tiene un nombre bonito. Humanidad, significa, ¿no?»

«Sí, señor.»

«Me gusta su nombre; quiero ese periódico. Encárguelo para mí mañana.»

El muchacho se marcha, apretando su propina, y al cabo de un minuto tenemos delante al conserje, que nos saluda. El conserje se muestra muy majestuoso, muy seguro de saber hacer frente a la situación.

«Discúlpeme, señor. El botones me ha dicho que quiere usted *L'Humanité*. No le va a gustar ese periódico, señor. ¿Encargo *Le Matin*?»

«No, quiero *L'Humanité*. Me gusta el nombre. Los franceses son un pueblo admirable, un gran pueblo revolucionario… He venido aquí porque admiro su amor por la libertad. Quiero ese periódico sobre la humanidad.»

El conserje mira a su alrededor despacio y con cautela. Es imposible decir qué es lo que se imagina sobre Backer, pero estoy seguro de que Carl y yo no le hacemos gracia.

«*Je vous demande perdon*, *Monsieur*, pero no es sobre la humanidad… es sobre política. Es para los trabajadores.»

«Pues yo trabajo, usted trabaja… encárguelo. Por la mañana.»

«¡*Monsieur*!», grita desesperado el conserje, «¡no entiende usted! ¡Es el periódico de los rojos!»

Podríamos seguir horas así, pero Carl ve a Séverin, el tipo con quien tenemos cita aquí. Representa, según me ha contado Carl, diversos intereses importantes y anónimos. Por mediación de Carl ha estado preparando un trapicheo con Backer, y Carl está fuera de sí. Carl se ha pasado la vida esperando participar en uno de esos negocios, los trapicheos escandalosos para hacer dinero, sobre los que se especula entre susurros en los cafés de la Bolsa.

Séverin es, de verdad, el hombre que a Carl le hubiera gustado ser. Zapatos hechos a mano, preciosa dentadura postiza, un bolsillo lleno de Coronas-Coronas y un encendedor de oro para prenderlos, la rosada tez de quien come y bebe bien y recupera el equilibrio montando en trineo en Saint-Moritz durante meses. Sam y él se pasan veinte minutos sondeándose, apreciándose… son como dos personas intentando discretamente decidir si deben pasar el fin de semana en alguna parte o simplemente correr a un hotel a echar un polvo rápido…

Tal vez estén intentando deslumbrar un poco a Carl. En cualquier caso, éste queda

al margen totalmente mientras preparan un plano común de trabajo. Séverin, como ha oído la última parte del diálogo entre Backer y el conserje, empieza a hablar de disturbios recientes. Utilizaron a la Guardia Republicana y dos regiones de negros, cuenta a Backer.

«El antiguo método romano… reprimir a los romanos con habitantes del imperio, a los bárbaros con romanos. Oh, los franceses son eficaces a su modo, como los británicos en su tipo particular de política. Normalmente, un intento de *coup d'état* es suficiente para que los franceses dejen de hacerse preguntas. Lagny y Stavisky casi abatieron el Estado… el golpe del seis de febrero fue muy oportuno para que la gente los olvidara a los dos. Pero ahora… la gente está empezando a tener la sensación de que Stavisky no era el único especulador de Francia, sino sólo el más exhibicionista. Y los franceses, como todos los latinos, son unos jugadores inveterados… décimos de lotería cuando son pobres, bonos cuando son ricos.»

Backer y Séverin están de acuerdo respecto a la venalidad de la prensa francesa y el plan de Séverin empieza a perfilarse.

«La cuestión es», dice Séverin, «que en la actualidad todo el mundo quiere conseguir algo por nada… ésa es la razón por la que nunca habrá comunismo. Pero los franceses son el único pueblo que estudia cómo perder dinero en la Bolsa. Aquí todos los periódicos tienen una sección financiera y hay docenas y docenas de boletines diarios y semanales que ofrecen orientaciones e informaciones bursátiles. Pero fíjese en los ingleses… se pirran por las carreras de caballos…»

«Hasta los talleres tienen sus apuestas semanales», interrumpe Carl con ardor. Resulta penoso verlo intentando introducirse en el asunto y no sé por qué no se va o se calla.

«En algunos sitios ves escrito con tiza», prosigue Séverin, «"Shinning Light favorito para el 2:30", pero, ¿qué boletines de información hay? Los sobres de los asesores, chico, y un par de boletines quincenales o semanales. En Francia las noticias financieras locales se publican todos los días.»

«Eres injusto con los países teutónicos», interviene Backer. «Olvidas que no saben leer ni escribir… si supieran, leerían sin duda los periódicos. Te digo que son listos. Cuando oyes a un conductor de autobús calculando que va a ganar cincuenta libras a lo largo de cinco carreras con un gasto inicial de diez, te das cuenta de que ésa era la raza de Newton. Sostengo que la gente constituye una mina de inteligencia inexplorada del país.»

«No lo creo. Si fueran listos, no podrías sacarles dinero y no estaríamos aquí sentados. Si no fueran estúpidos, ¿podría ganarse la vida un hombre de negocios? Pero, como decía, los jugadores franceses de Bolsa leen cualquier informe, bueno o malo, y cualquier boletín, aunque sea poco de fiar y existen muchos rumores sobre él, por una tercera razón… la increíble venalidad de los parlamentarios y de la judicatura… siempre suponen que esos breves boletines pueden conseguir información de fuentes encumbradas mediante puro y simple chantaje. Y aun cuando

sean periódicos de consorcios, el pequeño especulador piensa que también él podría entrar en el consorcio. Según él, el ministro que aporta información puede o no decir la verdad… en ambos casos el rumor provocará un cambio en el mercado y él puede participar al comienzo y salirse después, antes de que el murmullo se extinga… lo mismo ocurre con una estafa. Puede ser una patraña, piensan, pero habrá alguien que se la crea… Yo también soy bastante tuno para conseguir algunas. Es un sentimiento republicano, verdad…»

Carl asiente con la cabeza y aire de enterado. Es como para pensar que es un veterano de los trapicheos bursátiles… si le hablaras de American Can, se miraría alrededor en busca de la chica de Estados Unidos…

«El cuarto punto de mi plan», prosigue Séverin, «se basa en que la prensa francesa detesta pagar por los cables. Son capaces de publicar noticias pasadas, de hace una semana… de plagiar, robar, inventar, cualquier cosa antes que pagar el servicio por cable.»

«¿Y Havas?», pregunta Sam.

«Ofrecería a Havas parte del botín, eso por descontado. La cuestión es que tendríamos el respaldo de los consorcios de Wall Street.»

«En fin, necesitarías sólo un periódico. Podrías comprar un boletín barato y en quiebra, difundir por los bares de alterne y los cafés de la Bolsa el rumor de que Wall Street está detrás y obtener un éxito estruendoso de la noche a la mañana. Basta con que inicies la moda… los otros periódicos recogerán tu información y le harán publicidad.»

«No. Para vender las acciones en masa tenemos que tener todos los periódicos financieros detrás de nosotros. Este plan tiene que ser perfecto para atrapar a todos los primos, para sacar todas las monedas de los famosos calcetines de lana del campo, de los regazos de algodón de las muchachas, de los fondos en fideicomiso a cargo de abogados de familia. No quiero sólo a los listillos que se lanzan a operaciones arriesgadas, los vagos que esperan un cambio de la suerte, el tipo sensato que reduce gastos y beneficios… Quiero dinero de inversión…»

En otras palabras, la idea de Séverin es hacerse pasar por un servicio de cables privado al tiempo que compra el servicio de cables a una de las compañías. Otra de sus ideas es que su banda se llamará Comité de Estudios Económicos o cualquier camelo por el estilo, llenar el consejo asesor con personajes célebres.

Carl mira con ceño su puro para no reírse. Se le ilumina la cara ante la mera idea del dinero y este plan le tiene casi histérico. Tal vez espere que Backer corra al instante al banco, mientras Séverin va a alquilar las oficinas, porque se siente decepcionado cuando se levanta la sesión sin que se haya concretado nada.

Sam y Séverin tienen que volver a reunirse, Séverin viene en nuestro taxi hasta Capucines. Unas manzanas más allá dejamos a Carl. Después Sam y yo nos dirigimos a casa de Alexandra… Snuggles debe de estar también allí y constituye una buena oportunidad para que Sam conozca a Alexandra. Aún está preocupado en relación

con Tania.

«¿Crees que existe alguna posibilidad de que se haya asustado y haya dicho algo a su madre?», vuelve a preguntar. «Mira, no quiero meterme en líos. Tú conoces a su madre desde hace mucho, ¿no? ¿Es una tía legal?»

Paso el resto del recorrido tranquilizándolo, pero, cuando nos detenemos ante la casa de Alexandra, está nervioso. Si hay problemas, dice, va a dejarlo todo en mis manos…

Snuggles no está y Tania tampoco. Ya se han ido al hotel de Backer y a estas horas ya se habrán ido por ahí a divertirse por la noche. Alexandra nos pide que entremos…

Sam pone expresión radiante al ver a Alexandra. No esperaba que fuera una gachí tan molona. Se hincha y se pavonea y sus esfuerzos no son en vano. Alexandra se muestra al instante muy cordial con él.

«Oye, es maravillosa», exclama Sam en cuanto nos encontramos solos. «No me habías dicho que fuera así, le gusto, ¿no crees? Y sabe lo que me gusta de ella… ¡mira cómo se le ve! Dime, ¿qué clase de mujer es, en realidad? ¿Hay alguna posibilidad de llevársela a la cama?»

Yo no pinto nada en una situación así, pero quiero asegurarme de cómo van las cosas antes de dejar a Backer a solas con ella. Después de muchas maniobras, consigo quedarme unos minutos a solas con Alexandra. Estamos en el vestíbulo y me deja magrearla… sacar incluso a John Thursday y restregarle su nariz entre las piernas. Pero no quiere que le meta la polla del todo en el coño.

«No querría que la sacaras durante mucho tiempo», dice, al tiempo que me aparta y me mete la picha más abajo entre los muslos, donde el jugo la está mojando.

«Y no puedo ser descortés con mi otro acompañante… más vale que volvamos ahora.»

«No le importaría que te mostraras descortés con él un rato, si después lo hadas conmigo», le digo. «Quiere joderte.»

Oh, ¿qué he estado tramando? Sí, ¿qué es lo que he contado a ese encantador señor Backer sobre ella? ¿Sabe que he vivido con ella? ¿Acaso me creo ahora autorizado a traer a mis amigos y ofrecerla a ellos… como si fuera mi esposa? Conque tengo que explicarle que Backer no sabe nada de ella, salvo que es la madre de Tania, y que lo único que sabe es lo que puede ver… que es suficiente para que un hombre quiera follársela.

Alexandra se queda meditándolo y, entretanto, nos magreamos… ¿Tiene el señor Backer una esposa, además de su preciosa hija? Oh, sí, ha oído a la chica hablar de su madre. Entonces, ¿es bonita su esposa? ¿Atrae a los hombres? Y, por último… ¿hasta qué punto conozco yo a su mujer?

Respondo a todas las preguntas menos la última… Alexandra finge no notar la omisión… Se siente… presa de deseos, según me dice. Sí, le gustaría follar esta noche, y, si yo hubiera venido solo, habríamos pasado una noche maravillosa. Pero

como ha venido también mi amigo, habrá que dejarlo, pues, desde luego, no quiere que nos la jodamos los dos. Y me va a decir otra cosa… si mi amigo hubiera venido solo… tal vez le habría permitido quedarse. Uno de los dos, ¿comprendo? Sí, así de urgentemente necesita acostarse con un hombre, que le metan una polla en el cono… Pero dos no… no, nunca… Desde su experiencia con el canónigo Charenton, ha comprendido que hay que tener más discreción.

Vuelvo a hablar con Sam. Está hecho, le digo. He estado tanteándola y creo que le dejará follársela… Le gusta, le digo, y me invento un montón de cosas bonitas que ella no ha dicho. Conque ahora él verá… lo único que tiene que hacer es recordar que ella quiere de verdad que se la joda y no tener miedo a lanzarse por ella. Por mi parte, tengo una cita y ahora me voy a marchar. No le digo que mi cita es con su mujer…

.....

A Ann le parece que mi apartamento es muy original y acogedor. Todo en él es tan íntimo, dice… si viera los desfiles de gente entrando y saliendo en los momentos más inoportunos. Un lugar así sería el ideal para una mujer que quisiera tener una aventura, ¿no? ¿Y hay muchos en los alrededores? Por supuesto, lo preguntaba por pura curiosidad…

Ann quiere conocer París mejor y tiene una lista de preguntas larguísima. ¿Dónde está esto? ¿Dónde se encuentra eso? ¿Cuál es el mejor barrio para tal y cual cosa? Y se pasa la primera media hora en mi casa garabateando en una libreta todas las respuestas. Aún tiene mucho que ver de París antes de volver a su país, exclama, y quiere conocer la ciudad desde todos los ángulos. A ver, ¿dónde se compran esas horribles tarjetas?

Le digo dónde puede comprar fotos indecentes… Aunque no comprendo cómo es que lleva tanto tiempo por aquí y aún no se ha encontrado con los vendedores callejeros. Después quiere saber si son tan obscenas como dicen… ¿o son simplemente… *risqué*? Nunca ha visto ninguna, por supuesto… ¿qué? ¿Le gustaría ver algunas? Oh, ¿tengo? Vaya, le da vergüenza… pero es parte de la vida, ¿no? Sí, tiene que verlas; debe completar su educación…

Le enseño las de Anna, le entrego todo el manojo y la dejo pasarles revista. Se ruboriza nada más echar un vistazo a la primera. Oh… son bastante fuertes, ¿no? Las mira muy deprisa y después vuelve a contemplarlas todas, muy despacio… Le entra calor, mira a la chimenea y se afloja el jersey. Bebe muchos vasos de vino…

Después de eso, hacerla salir de su ropa no resulta demasiado difícil. Un poco de magreo y está dispuesta para todo… o eso cree. Una vez que he metido una mano bajo su falda, la cosa va sobre ruedas. Abre los muslos, cuando se los toco, y me deja quitarle las bragas sin siquiera arquear las cejas. Y se ha introducido de verdad en el espíritu de esas fotos, la muy puta… está tan jugosa entre las piernas, que tiene las bragas empapadas y ese su gran coño está como una caldera.

¿Habría preferido tal vez que llevara faja?, me pregunta. Lo pensó, cuando estaba vistiéndose, pero parece tan perverso llevar esa clase de artículo de vestir sólo porque es excitante sexualmente… Ahora, que, si me gusta, llevará siempre una, aun con ropa deportiva…

Me parece perfecta como está… ese enorme culo que tiene es suficiente para poner tieso el cuello de mi polla, con o sin faja. Con las medias y los zapatos puestos parece más grande que nunca…

Ann rueda por el sofá, mientras la magreo. ¡Oh, qué pensaría Sam, qué haría, si la viera ahora! Me mete la mano en los pantalones y me agarra la minga. ¡Qué pensaría Sam! Tendría que darle vergüenza, la verdad… venir aquí para que yo me la folle y dejar al pobre Sam solo. Debería estar en casa jodiendo con su marido y no aquí dándole al asunto conmigo… No la desengaño… pero estoy convencido de que Sam y Alexandra deben de ser muy amigos a estas horas.

Ann me baja los pantalones y me acaricia la pelambrera. ¡Oh, qué pelo! Le pasa los dedos y me hace cosquillas en los huevos. ¡Nunca había visto tanto pelo!, exclama. ¿Y a que no sé lo que le dan ganas de hacer? Le dan ganas de reclinar la cabeza junto a él… sí, poner la mejilla justo sobre él… Pero, después de decirme eso, se pone tímida. Al final tengo que agarrarla y bajarle la cabeza…

Se queja de que pincha… pero son pinchazos agradables, no tarda en añadir. Se pregunta si su pelo me pincharía en las mejillas… Está segura de que es muy suave… Estoy convencido de que las fotos de Anna jugando a *tête-bêche* con sus compañeros se han quedado grabadas en la cabeza de Ann, pero no se atreve a decirlo ni a pensar siquiera en chuparme la picha. Rodeo con los brazos ese gran trasero y apoyo la cabeza en sus muslos. Se retuerce… está tan cachonda, que no puede hablar claro… pero aun así no se atreve a meterse eso en la boca…

Joder, podría obligarla a tragarlo, supongo… Prácticamente cualquier ja, si está bastante cachonda, abrirá la boca, cuando sienta la punta de una polla contra sus labios… pero quiero que la coja ella misma… o que piense que es ella quien la coge. Me pongo a lamerle el vientre y los muslos… abre las piernas y me besa el vientre con timidez. Estoy moviendo las caderas como si estuviera follando despacio… y Ann está haciendo lo mismo.

¡Qué tías! ¡Cómo les gusta conseguir algo por nada! Nada le gustaría más a Ann ahora que hacerme meter la lengua en esa raja que parece deberse a un hachazo e intentar dejarla seca a lametazos, pero no quiere intimar con mi picha más de lo que ya está… Pero yo soy tan terco como ella… le lamo los bordes del coño, le muerdo los muslos, le hago cosquillas en la mata con la nariz. Cuando me acerco mucho a su chichi, susurra excitada… ahí… bésalo ahí… por qué no saco la lengua ahora… Oh, debemos de parecemos a esa gente horrible de las fotos, ¿no? Sí, estamos haciendo casi lo mismo que ellos…

Al final, le dejo probar lo que quiere sentir. La beso en pleno coño, le deslizo la lengua por los labios y adentro… los muslos se le abren de par en par, como una

puerta de dos hojas que nunca volverán a cerrarse, y jadea cuando le chupo su sabrosa fruta caliente. ¡Oh, qué sensación! ¡No debo parar! Mi lengua puede entrar más… puedo chupar más fuerte… va a abrir las piernas más… Está intentando retorcer el pescuezo a John Thursday, pero sigue sin chuparlo…

Le parece increíble que haya vuelto a pararme. ¿Cómo… oh, cómo puedo parar, cuando le da tanto gusto? A ver… se va a tumbar de otro modo para que me resulte más fácil… Y me va a acariciar la picha así, mientras lo hago… ¿No está bien así? ¿Por qué no empiezo otra vez? Oh, ¿por qué no le pongo mi boca en el coño y se lo chupo un poco más?

Aparta la cara cuando le restriego el cipote por la boca. La segunda vez me deja hacerlo… después lo besa. ¿Qué es lo que quiero que haga?, susurra. ¡Como si no lo supiera, como si no tuviese la menor idea de lo que quiero! ¿Quiero que me bese los huevos y el vientre? ¿Es eso? Lo hará, si es eso lo que quiero. Y tal.

Hasta ahí se puede aguantar semejante vacile, más no. Imaginaos una mujer como Ann, con una hija tan grande como Snuggles, una tía que lleva tanto tiempo, casada, fingiendo que no sabe que lo que quieres es que te chupe la polla. Decido darle otra oportunidad… después, si no abre la boca al tiempo que el coño, le voy a meter el pie en uno u otra y la picha en lo que quede libre. Me pongo a lamerle el chichi y me monto encima de ella, al tiempo que le hundo el cipote en la cara. De repente, noto su lengua en él… abre la boca y deja entrar la cabeza de Johnny… Después me rodea la cintura con los dos brazos y se pone a chupar con la mayor intensidad que puede… Le voy a meter tralla mientras pueda soportarla…

Ann no está tan bien dotada para recibir una polla en ese extremo como para recibirla en el otro… se asfixia, pero incluso así sigue tenaz. Tiene el coño tan abierto, que cualquier cosa que tenga dentro debería salir, pero no pasa nada… debe de estar bien cosida ahí dentro. Aunque no tenga un vientre de hierro fundido como el de Tania o Anna, está firmemente sujeta. Ése es otro aspecto en que las aficionadas americanas superan a todas las putas parisinas profesionales… Puedes darles la vuelta sin miedo a que se les caiga la matriz al suelo…

Ann quiere que le haga cosquillas en el recto, mientras le chupo el chichi. Al parecer no ha notado que le tengo dos dedos metidos culo arriba… le meto otro y se pone contenta. Hago como si intentara comerle el coño, ella se ríe… No sabe que es porque tengo miedo de que esa gran boca me engulla…

Podría haberme corrido en cuanto Ann se ha metido a John Thursday en la boca… He estado conteniéndome porque quiero que esté a punto de correrse, cuando se encuentre con la boca llena de lefa. Espero hasta que estoy seguro de que está en puertas, hasta que está intentando asfixiarme con los muslos y ahogarme con su jugo… Tiene una hormiga culo arriba y un fuego en el vientre, y, si Sam en persona entrara ahora, no podría detenerse. Después, cuando está así, dejo en libertad a John Thursday para que haga de las suyas.

Todo se detiene por un instante brevísimo. Ann parece presa del pánico… no

puede creer que me ha chupado hasta el final y se ha llevado un sobresalto horrible. La lefa sigue entrándole en la boca y no sabe qué hacer con ella. Le grito que la trague… la amenazo con dejar de chuparle el coño, si no lo hace. Le paso la lengua por el interior de esos extremos peludos y de repente Ann se decide. Adentro va la dosis completa, de una vez, y aún sigue chupándome la picha. Vuelvo a meterle la boca en la *bonne-bouche* y se corre ella también… está soltando jugo a litros…

En cuanto puede hablar, Ann dice que no va a volver nunca más a mi apartamento. No, esta vez ha ido muy lejos… demasiado lejos. ¿Me doy cuenta de que tiene un marido que cree en ella, una hijita que la adora sencillamente? Tiene que pensar en ellos. ¡Oh, una esposa y madre no puede comportarse así! Ya ha pasado la hora de semejantes aventuras… para una mujer de su edad y en sus circunstancias es una locura meterse en algo así, etc…, etc…

Quiere marcharse al instante, pero no se lo permito. La convenzo para que se quede a tomar otro vaso de vino, después otro más. Vuelve a coger las fotos. Las que muestran a Anna chupando diferentes pichas y en las que le lamen el coño parecen atraerla más que antes. Qué depravación hay en Francia… debe de ser cosa de la atmósfera. Desde luego, ella nunca ha hecho algo como lo que hemos hecho esta noche… ¿entiendo?

Le aseguro que entiendo perfectamente… y ahora, si tiene la amabilidad de venir a la alcoba… ¿o prefiere el sofá? Le parece que el sofá está muy bien, pero en realidad no debería… Pobre Sam… Pobre Sam no está bien que lo engañe así… y se tumba boca arriba y abre las piernas…

……

Carl cree que yo debería hacer algo para influir a Backer en relación con ese negocio de Séverin. Hay dinero por medio, me asegura, dinero para todos los que tengan algo que ver y él y yo podríamos conseguir un buen pellizco, si lamemos algunos culos. Carl lleva tanto tiempo lamiendo culos, que no sabe que lo hace… cree que es un mago que saca conejos de un sombrero. A Carl le cuesta mucho trabajo dedicarse a la vida fácil…

Es monárquico, Carl, y cree en el patronazgo. ¿Cómo cojones, pregunta, va a ganarse la vida, si no, alguien como él? Es algo que le viene del año que pasó en la escuela de Beaux-Arts. Lo echaron de allí, pero se les olvidó vaciarlo de su pomposa cháchara… lo soltaron con su verborrea sobre *Cinquecento, Renaissance,* Gran Pandora y Pequeña Pandora, los genios de Francia… todo lo cual procede directamente de la miserable multitud que merodea por los Deux-Magots, donde leen *Action Française,* el periódico más aburrido de la tierra…

El caso es que Carl cree que tengo la ventaja de la influencia… o al menos de la proximidad, respecto a Sam…

«¿De qué cojones habláis todo el tiempo, cuando andáis por esos antros?»,

pregunta. «¿Es que no tenéis ideas? Pero si ésta es una oportunidad preciosa… hay mil… un millón de formas de hacer dinero. ¿Quieres decir que nunca habláis de dinero? Pero, joder, si podrías conseguir una pasta gansa de esos antros adonde lo llevas… no le importaría que le cobraran un poco de más… qué leche, si ni siquiera lo notaría…»

Nos interrumpe Raoul, que, según dice, lleva días buscándome, y tiene una historia graciosa para contarnos. Le ocurrió a un amigo suyo, nos explica… un amigo cuyo nombre no va a citar, ya que en realidad no lo conoce… Pero Raoul parece tan aliviado, cuando ha acabado la historia, que estoy seguro de que el amigo es él mismo…

«Era una chica… verdad, una chica muy pequeña, y mi amigo se lo pasó bomba enseñándole todas las cosas que una chica de esa edad no debe saber, desde luego. Después ella se va… tal vez mi amigo le da algo para que se marche al cine… y se acabó. Cosa de olvidar, o tal vez de recordar en los casos en que no tiene una mujer y tiene que cascársela… Pero al cabo de tres semanas la chica está de vuelta. Mi amigo tiene que hacer algo… a ver, ¿qué sucede? Pues que está embarazada… le va a dar un hijo, si no hacen algo. ¿Embarazada? ¡Imposible! Oh, es horrible. Y mi amigo está muy preocupado… Por fin, se le ocurre preguntar… ¿cómo sabe que está embarazada? ¿Ha ido a ver a un médico?… ¿ha hablado de ello con su madre? No… no… pero está sangrando. ¿Sangrando? ¿Dónde? Ah, ya, ¿donde las mujeres sangran? La tumba en la cama y le levanta la falda… lo único que le pasa a la chica es que tiene el mes. Conque mi amigo le da una toalla para que se la sujete alrededor y algo de dinero para que vaya al cine otra vez. ¡No más chicas de ésas para él! ¿Qué os parece?»

Como ni a Carl ni a mí nos parece tan gracioso como a Raoul, pasa a hablar de su cuñada. Está fuera de París, ahora, dice… lástima, pero volverá, tendré oportunidad de acostarme con ella. Entretanto, le gustaría conocer a alguna chica española guapa, con la que pueda practicar la lengua. Pero que no quiera dinero, se apresura a añadir. ¿Conozco a alguna chica española guapa que no tenga purgaciones ni hermanos con mal genio? Una que se ganara la vida estaría bien y una puta estaría mucho mejor, dice… Le digo que ya no conozco a ninguna chica española, pero que Ernest podría tener una o dos que ya no le interesen… me enteraré. Raoul está muy agradecido… nos convida a Carl y a mí a una copa y nos da pitillos. Cualquier chica estaría bien, insiste, lo que se dice cualquiera, con tal de que no tenga una enfermedad y conserve la mayoría de los dientes delanteros…

Después, cuando me he despedido de Carl y Raoul se ha ido al entierro de uno de sus muchos parientes, me encuentro a Sam. Está muy contento, no para de hablar de Alexandra.

¡Qué mujer! ¡Oh, qué mujer, la madre de la chavalita! ¡Se quedó en su casa toda la noche, no se fue a la suya hasta las nueve de la mañana! Por supuesto, tenía que contar algo a Ann… conque le dijo que había estado conmigo. Y si me pregunta algo

a mí, le puedo contar que fuimos a jugar a las cartas…

No puedo decirle que fue un error contar eso a Ann, como tampoco puede ella decirle que sabe que la está engañando. Y, además, está tan entusiasmado con Alexandra, que probablemente no oiría nada de lo que yo le dijera.

«¡Cómo folla!», me dice. «La Virgen, ¡menudo si sabe follar! Alf, no hacía media hora que te habías marchado, ¡cuando ya estábamos dándole al asunto! ¡En serio! Joder, ya sabes lo que pasa… estás hablando y tomando una copa y al cabo de un minuto le estás metiendo mano bajo el vestido…»

Nos detenemos, mientras Sam despierta a un vagabundo dormido en un portal y le da cinco francos. Aparta a una mujer que aparece gimiendo, con la cabeza envuelta en un mantón y su flaca mano extendida.

«"Mejor vamos arriba", dijo», sigue Sam, «conque subimos a su dormitorio… ¡así mismo! ¡A ver si no es acojonante… ir a ver cómo es por lo de su hija y acabar en la cama con ella! Primero la hija y después la madre… ¡huy, la Virgen! Y déjame decirte una cosa… ¿recuerdas lo que te conté de la chica? ¿Que me chupó la picha? Bueno, pues, la madre también… ¿qué te parece? Sí, chico, la primera vez que me veía en su vida, ¡y no me costó ningún trabajo conseguir que me lo hiciera! La Virgen, Alf, no sé si quiero volver a Estados Unidos o no… cuando resulta que hay jas así en París. Lo único es que ahora no sé qué va a pasar con la hija… No quiero que mi querida Snuggles siga yendo por ahí con ella…»

Sam se queda preocupado por eso unos minutos, pero vuelve al tema de Alexandra y lo maravillosa que es. Le leyó poesía, según me cuenta, entre polvo y polvo, y quiere que adivine cuántas veces se la jodió.

«¡Cuatro!», dice triunfante. «Oh, tal vez no te parezca gran cosa ahora, pero espera… espera a que tengas edad y verás. Sobre todo si estás casado, si se trata de la misma mujer cada noche. No te follas a una mujer cuatro veces por noche, cuando llevas casado con ella quince, veinte años… poemas rusos de amor… y chinos también… ¿sabías que habla chino? Pues sí… al menos, dijo que era chino… ¿Por qué cojones no vine a París cuanto tenía veinte años? ¿Qué era lo que me pasaba entonces? Pero tal vez fuera mejor que no… No lo habría apreciado… igual que tú no lo aprecias aún. ¿Qué edad tienes? ¿Alrededor de cuarenta? Mira, sigue mi consejo, vuelve a América y haz un millón de dólares, y después ven a vivir a París para el resto de tu vida… Pero no te cases… hagas lo que hagas, no te cases, porque siempre puedes encontrar la tira de gachís bonitas como Alexandra para que te lean poesía y te chupen la polla, si tienes un millón de dólares…»

El consejo es bueno, pero a Sam no se le ocurre decirme cómo hacer el millón. Tiene cosas más importantes en que pensar.

«Nunca olvidaré su aspecto, cuando se quitó la ropa y se quedó ahí tumbada, en la cama, enseñándome el coño y esperando a que yo hiciera algo. No es que no lo pidiese… sino que lo dijo en ruso. ¡Vaya una lengua para hablar de joder! Prefiero oírla hablar en francés… al menos puedo captar el sentido. Pero cuando me miró la

polla, se abrió de piernas y me observó por frente las rodillas, podría haber usado cualquier lengua y me habría sonado igual…»

«Suponte», dice Sam después, cuando estamos en un bar, «que yo me hubiera esperado que fuese así. Al fin y al cabo, si la chica es tan fácil, la madre debe de tragar también… va en la sangre. Pero oye, Alf, a partir de ahora voy a ver con mucha frecuencia a Alexandra… conque cuando te llame y te diga que vamos a echar una partida de cartas, querrá decir que no voy a pasar la noche en casa y quiero que me ayudes para que Ann se lo crea… no te preguntará más detalles.»

«Mira, Sam, no estoy tan seguro de que…»

«Nada, hombre. No hay problema, te lo digo yo. Lo único que tienes que hacer es recordar que a veces tú y yo vamos a echar una partida de poker. Joder, Alf, he venido a París a divertirme un poco… ¿no me irás a fallar, eh?»

«No, no te voy a fallar, Sam, pero aun así no creo…»

«Bueno, qué hostia, si piensas eso, muy bien… supongo que Carl querrá hacerlo…»

«No, espera un momento, Sam, entiéndeme… No decía que no fuera a hacerlo… simplemente…»

«Entonces vamos a tomar otra copa y no se hable más. Eh, Alf, oye mi acento, a ver si lo digo bien… *Garçon! La même chose!* ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Mejor?»

Sam está progresando… ha aprendido a llamar con la cuchara… a pedir desde la terraza sin que parezca que está llamando a las ovejas… hasta su acento es correcto, al menos para pedir bebidas. Ahora quiere conocer todas la formas del verbo *foutre*…

……

Ann ha alquilado un apartamento pequeño en mi barrio y una mañana me saca de la cama para ir a verlo. No sé por qué no dan instrucciones al portero para que no deje entrar a nadie, sea quien sea, antes del mediodía, pero el caso es que permiten a la gente más diversa subir los tres pisos y llamar a mi puerta a cualquier hora del día o de la noche. En fin, me espera unos minutos, mientras desayuno, lo que le agradezco profundamente.

Ann ha encontrado un nidito de buten, un verdadero escondrijo, abrigado bajo los aleros de un caserón desvencijado a unas manzanas de mi casa. Y es muy barato, baratísimo, me dice una y otra vez, mientras me lo enseña y me explica todos los detalles. Le han dicho que Verlaine vivió una temporada aquí, según me cuenta, que fue aquí donde escribió algunos de sus sonetos más bellos. ¿Me lo creo? Le digo que supongo que es verdad… al fin y al cabo, el pobre diablo tenía que vivir en alguna parte, y sólo un poeta boqueras o una idiota americana con una fortuna de medio millón de dólares podría soportar la atmósfera de semejante tabuco.

Decidió alquilarlo, según me confía, la mañana que salió de mi casa. ¿Dónde me imagino que estaba Sam, mientras ella estaba ahí follando? ¿Dónde? Qué leche, no se

lo digo… en fin, ella tampoco lo sabe, pero lo que sí sabe es que no estaba jugando a las cartas conmigo… cuando resulta que yo me pasé toda la noche jodiéndola.

«Sí, eso fue lo que me dijo… ¡que tú y él habíais ido a jugar a las cartas! ¡Y no veas cómo apestaba a otra mujer! En fin, ¡le voy a enseñar yo! A ese juego pueden jugar dos… conque voy a tener este sitio para venir y hacer lo que me plazca…»

Me enseña cómo lo está arreglando… nada extraordinario, porque no lo va a tener durante mucho tiempo, pero muy bohemio. Quiere colgar algunos cuadros indecentes en las paredes… ¿conozco a alguien que haga esos cuadros bien? Quiere acuarelas, tal vez un grabado o dos de estilo dieciochesco. Y va a tener álbumes de esas fotos que se pueden comprar… en una palabra, toda una parte íntima de su vida estará escondida aquí…

Le pregunto quién va a venir aquí… Pues… amigos… o tal vez nadie. Simplemente quiere tener un sitio, ¿comprendo? Podría usarlo sólo para fastidiar a Sam… que se entere de que lo tiene e intente averiguar lo que pasa aquí. ¡Le va a enseñar a venirle con esas historias de partidas de cartas!

Otra cosa sale a relucir… ¿sé yo dónde podría haber estado Sam aquella noche? ¿Yo? ¡Claro que no! Tal vez estuviese jugando a las cartas de verdad con alguien, tal vez fuera casualidad que dijese que había estado conmigo en lugar de con otro. A Ann no le hace ninguna gracia eso. Estaba con una mujer, insiste… a una mujer no le resulta difícil intuirlo…

Yo soy partidario de estrenar el lugar al instante, pero Ann no. No tiene inconveniente en que la magree un poquito, que le levante la falda y le toquetee la pelambrera, mientras hablamos, pero no quiere pasar de ahí. No, me dice, mejor es que no me saque eso del pantalón, porque no va hacer nada… ni siquiera lo va a tocar… en fin… lo acariciará un poquito, pero nada más. No se va a quitar las bragas y no me va a dejar quitarme los pantalones, conque no vale la pena perder el tiempo ahí, después de haber visto el sitio. Además, tengo que hacer, conque la monto en un taxi y la envío a comer con su marido…

No hay nada que hacer en la oficina, conque paso un rato redactando cartas para el director, que echaré al correo, cuando salga, con sellos de la empresa. Supongo que algunas se publican… nunca se me ocurre mirar…

A las dos me reúno con Ernest y Arthur en un sitio donde, si no te gusta la comida y no bebes, puedes subir arriba y tirarte a la mujer del propietario… un lugar de lo más respetable, pues, porque no lo frecuenta ninguna puta… se quejan de que les hace la competencia desleal… desde luego, ellas no intentan venderte algo de comer, cuando las llevas a un hotel. Pero es un lugar tranquilo, cuando quieres sentarte en un sitio sin que te molesten… sin putas tampoco hay periodistas.

Ernest quiere saber a qué atenerse respecto a los rumores que ha oído sobre mí. ¿Es cierto que estoy llevando por ahí a un americano y enseñándole todas las casas de putas, para que al volver a América inaugure una gran cadena? ¿Es cierto que un coleccionista de arte chiflado ha perdido a su hija y vamos buscándola por los antros

de perdición de París? ¿Es cierto que estoy trabajando con un grupo de financieros americanos para publicar un nuevo periódico, que voy a dirigir yo? A ver, ¿qué cojones hay de cierto en todo eso?

«No deberías desaparecer así, Alf», dice. «He intentado encontrarte un par de veces… hemos estado saliendo con Anna y follándonosla, pero tú nunca aparecías.»

Tal vez haya sido mejor no aparecer… Arthur ha estado divirtiéndose con la kódak que se ha comprado y tiene un montón de algunas de las fotos más chungas que he visto en mi vida… Anna y Ernest, Sid y él con los pantalones bajados y las pichas subidas… Me parece que no me interesa esa clase de publicidad, aunque sea estrictamente privada.

«Sólo las enseño cuando estoy intentado ligarme a una virgen», me explica Arthur con candidez, al tiempo que guarda las fotos. «Mira, por la forma como salieron estas fotos, parece como si yo tuviera una picha el doble de grande que los demás…»

Recuerdo que Raoul quería conocer a una gachí española y pregunto a Ernest La hostia, sí, Ernest conoce a muchas gachís españolas. ¿Cómo la quiere Raoul?

«Mira», dice. «Tampoco una que es la hostia en la cama… basta con probarla para tener la polla tiesa durante una semana. ¿Qué puede dar a cambio?»

«Mira, chico, no quiere trueques… lo único que quiere es conocer a una gachí agradable… él se encarga de lo demás.»

«¿Que no quiere trueques? Joder, entonces… no puedo ayudarlo. No, Alf, siempre que cedo una gachí tengo que recibir algo a cambio. ¿Tiene una navaja sevillana?»

«Tiene una cuñada.»

«No sé, Alf. Las cuñadas no son demasiado de fiar… hay que conocer a la gente bien. Además, ya conoces tú mismo a esas gachís españolas. ¿Es que no estuve a punto de ser apuñalado porque tú dejaste a una demasiado deprisa? No puedes dar puerta a esas españolas ni pasarlas a otro así como así, como si fueran americanas o rusas. Tienen temperamento y corres riesgos con ellas.»

«Jolines, Ernest, con todas las cosas que he hecho por ti… ¿Acaso no te proporcioné a Tania? Sí, y a su hermano también… Y Anna, ¿qué? La Virgen, ¿es que no es hora ya de que hagas algo por mí? No es como si te estuviera pidiendo una gachí que te gustara de verdad…»

«Un momento, Alf… ¿de dónde sacas que no me gusta? Es una ja que está muy buena y tiene un culo así de grande. Qué leche, si se la cedo a ese amigo tuyo gabacho, nunca apreciará lo que recibe. Pero, si es que esta tía le lamerá las botas, si se lo pide… cualquier bota vieja… se la llevará a casa y se la lamerá…»

«Basta con que folle, es lo único que quiere. No busca nada extravagante, Ernest… Sólo quiere una con quien acostarse y que le hable en español en sueños.»

Al final, Ernest dice que ya verá lo que se puede hacer al respecto. ¿Y cuándo cojones, me pregunta, le voy a presentar a mis amigos americanos ricos? Si él tuviera

amigos americanos ricos, ya me los habría presentado hace mucho… En fin, tengo que ocuparme de eso: tal vez Sam y yo nos los encontremos en un café.

«Mira, al diablo el marido. Quiero conocer a la mujer. Le dices que tienes un amigo que quiere enseñarle París, el París de verdad, el París de Villon, de Manet, de Guy de Maupassant… Dile que le enseñaré el Regecem, donde Napoleón jugaba al ajedrez… y Alexhine también, el campeón… ¿le gusta el ajedrez? ¿Le gusta comer? La llevaré a cenar… ella paga… ¡Oh lo vamos a pasar bien juntos! Dile que la llevaré a un sitio que está en la Place de l'Odeon llamado *El lechón*, pero en francés y después a tomar café en los bulevares… tal vez al Boul' Mich' para que vea a los estudiantes… Oye, Alf, debes de estar muy ocupado llevando al marido por ahí… Le voy a enseñar cómo pasarlo bien: "Aquí puedes encontrar un magnífico Chambertin suave; ahí hacen un *entrecôte* Bercy… *oh, la, la"* ¿Por qué no? ¿Le gustan los libros? La llevaré a los *bouquinistes*… hay una vieja maternal con mandil negro… y mantón… que dejó de tomarse su tazón de sopa de pan para venderme *Las damas alegres* de Brantôme por treinta francos, ¡la muy ladrona! Mi primer día en París, además… quiero saldar cuentas con esa vieja puta… La llevaré a los Capucines y podrá ver al Barón de Rothschild… o a lo mejor conoce al Barón. ¿Le gusta el arte? Mira, le dices que tengo un grabado precioso en mi hotel… "El último recuento de los girondinos en la Conciergerie" se llama… ¿Le gusta la política? Nos sentaremos por la Rue du 4 Septembre con *La Verité* bajo el brazo y hablaremos de Trotski… mira, puedo decir todo lo que haga falta sobre política… "Creo que la revolución permanente es la única solución para la degeneración thermidoriana"… "Sin un Robespierre no habrá un nueve thermidor"… ¿Le gusta oír cosas así? ¿Cuándo voy a conocerla?»

«¿Qué tal estaría un chantaje?», pregunta Arthur. «Tal vez si Ernest se la llevara por ahí, averiguaría algo que quiera ocultar a su marido.»

Arthur sería capaz probablemente de intentar chantajear a su abuela por acostarse con su abuelo… Ernest dice que no debe hablar así… ¡Alguien podría pensar que habla en serio y denunciarlo a la policía!

«Déjame conocer a esa ja rica», dice Ernest. «Le voy a enseñar a divertirse otra vez… La voy a rejuvenecer…»

.....

Jean ha estado en mi casa y, al ver que había salido, me ha dejado una nota para que me reúna con ella en el bar de la esquina. Voy y me la encuentro en una mesa con una lesbiana de aspecto cansado y siniestro que le ha estado invitando a Amer-Picons.

«Siempre se me pegan», dice Jean, mientras volvemos hacia mi casa. «Aunque el local esté lleno de mujeres, todas las lesbianas se vienen a mi mesa. Es como si llevara un rótulo… ¿crees que tienen un método para descubrir a las novias de otras lesbianas?»

No hace falta preguntar por qué ha venido Jean a verme… sube corriendo las escaleras delante de mí, meneando el culo en mis narices, corriendo un poco más rápido cuando voy a darle un pellizco. Viene en busca de un polvo y esos Amer-Picons la han puesto impaciente por conseguirlo lo más pronto posible. Mientras busco la llave, me hace cosquillas en la entrepierna… Quería venir a verme antes, dice, pero Billie la ha tenido muy ocupada… y ha tenido que ser complaciente con Billie últimamente a causa de ciertas complicaciones…

Le pregunto si una de sus complicaciones se llama Tania. Ah… Tania, ¿esa putilla muy joven? Jean me besa y me pasa la lengua, que está pegajosa con el primer vaso de vino, por los labios y me la mete en la boca. Sí Tania ha estado complicando la situación… ella y esa otra, una muy, muy joven. Son tan jóvenes las dos… y tan guapas; pero tan malas y tan enredadoras…

Jean lleva un jersey tan apretado, que se le marcan los pezones… y la falda tan ajustada en las caderas, que por delante hace un bulto donde debe de tener la pelambrera… Magrearla con esa ropa es igual que si no llevara nada. Puedes llegar a conocer de verdad a una gachí con esa vestimenta… le pones la mano sobre el vientre y notas su ombligo; las bajas un poquito y te encuentras una raja bajo los dedos… Está sentada en mis rodillas y ya le he tocado todo sin siquiera meterle la mano bajo la falda…

Jean intenta explicarme lo que pasa. Para Billie, dice, chicas como Tania y la otra, Snuggles, son un vicio. A Billie le gusta, como a un hombre, ligarse a una chica muy joven y jugar con ella, contarle mentiras bonitas y seducirla, pervertirla. Es un juego, como el de los hombres que las seducen de niñas, cuando son inocentes, y les enseñan todas las variedades del vicio… Pero en Tania Billie ha encontrado a una competidora… esa puta tan listilla es tan imaginativa, ya que no tan astuta, como ella y está corrompiendo a la chica más joven a una velocidad asombrosa. Conque Billie y Tania, rivales en cierto modo, juegan con Snuggles como las niñas juegan con una muñeca Le enseñan toda clase de cosas inocentes, porque es inocente… pero cuando se acuestan, Tania y Billie, son expertas; juegan como los gatos adultos, no como los gatitos, cautelosamente, y a veces sacan las uñas…

No es exactamente la misma historia que me contó Tania, pero me ayuda a completar el cuadro de lo que está sucediendo entre esas tortilleras. Jean participa en sus juegos también, pero es más que nada una observadora… porque es la amante de Billie. La etiqueta del vicio es muy complicada…

Jean se ha cansado del magreo. Se levanta la falda y me rodea con una pierna, al tiempo que me hurga en los pantalones en busca de algo con lo que hacerse cosquillas. Cuando saca mi cipote, se lo pega a la pelambrera y, con los brazos en torno a mi cogote, se mece para delante y para detrás, sentada en mis rodillas y mirándome a la cara. Lleva puestas unas braguitas, pero mi picha se desliza por debajo de ellas y sube y baja restregándose contra esa boca peluda… sin entrar en ella…

Quiere que le toque las tetas. ¿De qué ha servido que se ocupara de ellas durante toda su vida, hiciera planes para su futuro, las cuidase lo más posible, si no se las toco? Conque fuera el jersey, bajo el cual no hay otra cosa que Jean… Así estamos, cuando Tania se acerca a la puerta…

Jean adivina que es Tania en el mismo instante que yo… siempre llama del mismo modo. Pero no tenemos tiempo de fingir que no estamos, porque Tania empuja la puerta y la encuentra abierta. Entra, pues, y Jean y yo aún estamos así, con los aparatos tocándose y la boca abierta.

Vaya, vaya… Tania se pasea por la habitación con pasos de vals… ¡Qué romántico! No sabía que encontraría a alguien aquí, y menos aún a Jean… Habría esperado a que le dijera que entrase, si hubiera sabido que tenía visita.

Jean se desliza de mis rodillas y se baja la falda. Está verdaderamente enojada porque piensa que Tania irá a contárselo a Billie y no quería que Billie supiera que había venido aquí hoy… debería yo echar el cerrojo, dice… No serviría de nada… si Tania quisiera entrar, podría salir por la ventana del pasillo al tejado y de ahí a mi baño.

Tania salta de mis rodillas… ¿sin rubor, de verdad? ¿Sin vergüenza? Al fin y al cabo, se conocen… hace mucho que ha pasado el momento de sentir vergüenza… Jean se ruboriza, cuando Tania se pone a hablar claro…

«Pero, Jean, tú me has chupado el *con*… y yo te lo he chupado a ti… ¿Por qué habríamos de avergonzarnos una delante de la otra? ¡Te he visto hacer cosas peores que esto! Oh, tendrías que haberla visto con Snuggles una noche…» (Esto dirigido a mí.) «Se excitó tanto, ¡que no podíamos hacerla parar! Y la pobre Snuggles… ya se había corrido, era una auténtica tortura para ella que la lengua de Jean siguiera apretándole en el *abricot*, lamiéndole las partes húmedas y rosadas…»

«Al final tuvimos que apartarla a la fuerza», dice Tania, «y dejarla que nos chupara a las demás por tumo, mientras la acariciábamos hasta que se corrió. ¡Oh, habría hecho falta algo más que una puerta abierta para hacerla parar entonces!» Se sienta en el brazo de mi sillón, me coge la polla y la acaricia. «Y habría hecho falta algo más que una puerta abierta para detenerla, si yo hubiera estado haciendo lo que ella ahora…»

A Jean no le gusta la familiaridad con que Tania trata a John Thursday La aparta de un empujón y vuelve a sentarse sobre mí y me mete la mano bajo su falda. Si Tania va a contar historias a Billie, dice, mejor será que le cuente una buena. Se levanta la falda y enseña los muslos… quiere que se los toque y dice que quiere que Tania mire…

«Mira, le he pedido que me magree… puedes contárselo a Billie, si quieres… puedes contarle que lo he hecho por mi propia voluntad, que he venido aquí y le he pedido que me joda… ¡para lo que te va a servir!»

Intento pacificarlas… no quiero un par de gachís pendencieras en mis manos. A ver, si se calma todo el mundo y tomamos una copa, todo esto se puede solucionar…

Jean dice que no hace falta solucionar nada… es muy sencillo… Tania quiere que me la folle y ella también quiere que me la folle. A mí me toca elegir…

Tania no está molesta. Está tan acostumbrada a esas feroces escenas dostoyevskianas en casa, que probablemente considere esto una simple y ligera diferencia de opinión. Mientras Jean está aún hablando, Tania se inclina y le besa una de sus preciosas tetas desnudas… Si ella tuviera tetas así, suspira… Sabe poner de buen humor a Jean… al cabo de cinco minutos están las dos en mis rodillas tocándose mutuamente las tetas, mientras yo las toco a las dos…

No me voy a quejar. Si pudieran zanjar sus diferencias, me las tiraría a las dos al instante. Con dos gachís desconocidas no sería tan fácil, a no ser que todos estuviéramos borrachos, pero estas tías se conocen y me conocen y se están poniendo cachondas mutuamente con todos los toqueteos y caricias que se están dando.

Tania quiere jugarlo a cara o cruz… la ganadora será lamida por la perdedora y después follada. Jean se muestra cautelosa… sospecha una trampa y no la culpo. Pero es la única forma de zanjar algo así sin resentimiento.

Pensándolo fríamente, es bastante acojonante… chuparle el coño a otra mujer simplemente porque salió cara en lugar de cruz. Es una apuesta de tías y siento alivio, al ver que pierde Tania… a pesar de saber que Jean se gana las habichuelas directamente con su habilidad para chupar un coño bien. No sé por qué, pero Jean no me parece la chica idónea para perder a ese juego.

Jean se ha quitado la ropa bastante rápido… y Tania también, si vamos al caso. Se quedan en el centro de la habitación y se desnudan. Después, cogidas de la mano, se acercan de puntillas al sofá. ¡Cogidas de la mano! Eso es lo que me mata… Parecen dos niñas camino de la escuela… deberían llevar gorra en la cabeza y una cesta bajo el brazo.

Ofrecen un espectáculo cojonudo, esas dos. Jean es la que tiene buen tipo; Tania parece una miniatura a su lado. Dos culos rosados que se alejan por la habitación, dos pequeñas pelambreras que muestran el punto donde hay algo más que no se puede ver… es un espectáculo bonito, sobre todo cuando sabes que las dos jas son tuyas, más o menos, y espero no olvidar nunca su aspecto.

Jean se tumba en el sofá. Tania se sienta cerca de sus rodillas, con las piernas apretadas. Las dos se miran, como si yo debiera bajar un pañuelo, dar la señal para que empiece la función. Me quedo ahí sentado con una botella de vino al lado, los pies apoyados en una banqueta y el cipote salido del pantalón. Me siento como Claudio…

Tania mete la punta de los dedos en su vaso y salpica unas gotas de vino sobre el vientre de Jean, sobre sus muslos y en su mata de pelo. El vino no es bastante dulce para su gusto, explica con gracia… después se agacha y recoge las gotas con la lengua.

Jean ya está cachonda, pero al cabo de unos cinco minutos está que arde. Está acostumbrada a cosas así, es como se calienta todas las noches y le gusta. Y Tania no

es una aficionada… se tumba y aprieta su pequeña pelambrera —que ya está creciendo otra vez— contra la rodilla de Jean, mientras le chupa los pezones y le hace cosquillas por los lados. Pasa los dedos para arriba y para abajo por los muslos de Jean… después mete un puño entre las piernas de Jean y está masajeándole el chichi… Le hace cosquillas en la *bonne-bouche* hasta que tiene las piernas separadas y las puntas de los dedos están llenos de jugo.

John Thursday ha salido de mi bragueta como un poste ladeado. Está pomposamente hinchado y apopléjicamente frustrado. Me quito la ropa para que le dé más aire, para que la brisa le pase por entre los bigotes y lo enfríe un poco.

Jean ha estado tumbada boca arriba, mientras Tania la magreaba. Pero ahora Tania le está besando los muslos y Jean se sienta para verlo mejor. Tania la hace rabiar… pone la lengua muy juntita al jugoso *abricot-fendu* de Jean, pero no llega a tocarlo en ningún momento. Jean se pone impaciente… de repente agarra la cabeza de Tania y se la mete entre las piernas…

«¡Chúpalo, diablillo!»

No se ha equivocado. Tania es un diablo. Tania le rodea el culo con los brazos y su lengua desaparece en el chochito de Jean. Con los ojos cerrados, sonaría como si alguien estuviera chupando una naranja, alguien que hiciese mucho tiempo que no hubiera comido una naranja. Chupa, lame, muerde… y todo lo que hace pone cachondas a las dos. Tengo miedo de que Jean se corra antes de que yo tenga oportunidad de hacerle un favor… La hostia, a este ritmo las dos van a correrse en unos minutos…

Pero Tania sabe cuándo parar. Se levanta de un brinco se sacude el pelo de los ojos, y deja a Jean jadeando y moviendo las piernas para adelante y para atrás. Se lanza sobre mí y me quita los pies de la banqueta para poder arrodillarse en ella. El jugo le chorrea por la barbilla… Después ya está besándome la picha, lamiéndome los cojones… se desliza de la banqueta y me lame los dedos de los pies… me coge la polla y se la mete en la boca, al tiempo que me pone los dedos que apestan a coño bajo la nariz.

«¡Fóllala! ¡Fóllala!», grita… y antes de que pueda darme cuenta de lo que ocurre me ha saltado encima y me ha lamido la boca, con lo que me ha dejado el olor y el sabor del coño de Jean en los labios… «¡Fóllala antes de que tenga que masturbarse!»

Jean tiene las piernas abiertas de par en par, cuando salto sobre ella… y el coño también. Johnny la barrena con la cabeza sin mirar siquiera y no se detiene hasta estar del todo dentro. Ella tiene las rodillas levantadas y el culo mirando casi al techo… cuando folla todo su cuerpo culebrea; no hay una parte que se mantenga quieta… Ahora ya no siento que Tania nos sorprendiera… ya que ha puesto a Jean en semejante estado…

Tania está encantada. Tiene los ojos desorbitados y brillantes y ha apalancado el culo en el punto calentito que yo he dejado en el sillón; se está masturbando, mientras nos contempla joder. ¡Si su amiga Snuggles estuviera aquí para ver esto!, exclama.

¡Cuánto le gustaría a esa pequeña inocente! Pobre Snuggles… aún no conoce otra polla que la de Peter… Nunca ha visto a un hombre adulto jodiéndose a una chica…

Tania ha vuelto a ir contando historias… Jean quiere saber si las cosas que le ha contado Tania son ciertas. ¿Me follo yo a la madre de Tania, como dice ella?

«Pues claro que se folla a mi madre», dice Tania, indignada. «¡Y a la madre de Snuggles también! ¡Ya lo creo! Snuggles no quiere creerme, pero ya lo descubrirá…»

Y su hermano, ese afeminado… ¿es cierto que cuando la madre se lleva a un hombre a la cama se lleva al chico con ellos y le hace chupar la picha de su amante? ¡Oh, qué mundo! ¡Qué familia más perversa! Entonces el chico me ha chupado la polla, la enorme picha que está metida en ella ahora… ¡Qué revelación!

«Te voy a enseñar lo que hace Peter a veces», dice Tania… y ya se ha levantado del sillón y ha venido con nosotros al sofá. «Y yo a veces lo hago cuando él está follando a mi madre…»

Se nos monta encima, se mete por entre nosotros, por debajo… gatea y se retuerce por entre mis brazos como una anguila… No hay forma de mantenerla quieta, de apartarla a un lado. Lame las tetas de Jean, lame mi culo y muerde el de Jean… por último, cuando estamos tumbados de lado, está detrás de Jean con los brazos en torno a su cintura.

Jean mantiene los muslos separados, porque no voy a dejar de joderla durante tiempo suficiente como para tirar a Tania de culo. Pasa zumbando a nuestro lado como un moscardón, pero estoy demasiado cachondo como para aplastarla. Tania lame a Jean entre los muslos… me lame a mí los muslos y los huevos. No se priva de nada, esa puta indecente… Beso el recto a Jean… oigo el chasquido de sus labios y sus suspiros. Me ha metido la nariz en la entrepierna, la froto con el cipote… nos pide que nos quedemos quietos un momentito…

«Déjala», me mega Jean. «Haz lo que dice… Quiero ver qué va a hacer…»

El sofá deja de saltar. Yo tengo la minga a medio salir del coño de Jean y Tania está besándola. Sus labios se aplastan sobre ella y se ponen a chuparla… después su boca se desliza hacia abajo y se hace también con el chichi de Jean… Nos está chupando a los dos a la vez y, aunque me pongo a follar a Jean otra vez, no se detiene. Al final, ya no sé qué labios estoy follando y cuáles me están chupando la polla… cuando saco la picha y después la vuelvo a meter en la entrepierna de Jean, entra tanto en la boca de Tania como en el coño de Jean.

Jean dice entre gemidos que se está corriendo… la follo hasta que me duele el vientre… y John Thursday se corre. Tania lo está chupando como un cerdo y saco la polla de Jean el tiempo suficiente para que aquélla tenga la posibilidad de darse una zampada… Después, otra vez dentro del coño de Jean. Ahora todo es igual para Johnny… está demasiado borracho como para saber dónde está. Se lo devuelvo a Tania… después a Jean otra vez… Por fin, dejo a Tania chupar las últimas gotas de lefa…

Todo está ya tan confuso que no podría estar peor. Pero tengo que hacer mi

aportación al desorden general… Ann quiere dibujos para su rinconcito, conque aconsejo a Billie que vaya a verla. No le importa a Billie que sea la madre de una chica con la que ha estado dándole al asunto… tiene dibujos que vender y un cliente es un cliente. La próxima vez que veo a Ann está algo escandalizada.

«Esa artista que me enviaste… ¡es una lesbiana! ¡Y, además, escandalosa! Comimos juntas… ¡tendrías que haber oído los comentarios que hacía sobre las mujeres que pasaban! ¡No me sentía a salvo, la verdad!»

Eso una mujer que está comprando arte pornográfico para colgarlo en las paredes… Ann sigue siendo y seguirá siendo una turista, le pase lo que le pase en París. Al oírla hablar, es como para pensar que el tortilleo sólo se produjese a este lado del océano… Pero, en cualquier caso, ha comprado algunos cuadros y ha encargado más; le gustan y valen lo que cuestan, cosa que no se puede decir de todas las compras artísticas de Sam.

Entretanto, Billie y yo hemos hablado de cosas distintas del arte. Vino a mi casa para hablar de Jean. Lo que quería saber, según dijo, era qué sentía yo por Jean… ¿Tenía nobles intenciones, tal vez la de reformarla y llevarla por un camino mejor? ¿Había pensado en hacerla mi amante? De hombre a hombre, ahora…

Siente alivio, al enterarse de que mis intenciones hacia Jean no son nada honorables… no le importa que me tire a la chica, explicó, mientras no intente quitársela. En realidad, le gusta que Jean venga aquí, porque así sabe dónde está y que probablemente no pescará una infección. Y Jean necesita que se la follen también para quedar satisfecha. Ésa es, según dice, la razón por la que sigue dibujando, aunque hace mucho que se dio cuenta de que es una buena artesana y nada más… ni siquiera una lesbiana queda satisfecha con que le chupen el cono… no obtiene la misma satisfacción que una mujer normal a la que le echan un buen polvo. Conque siempre está insatisfecha, tiene que hacer algo y casi ha llegado a ser una artista.

Billie y yo nos hacemos buenos amigos, cuando se convence de que sólo tengo intenciones fortuitas respecto a Jean. Como hombre, me pregunta, ¿qué me parece ella? Como mujer, quiero decir… ¿Me pone cachondo mirarla? ¿Me parece que podría tener un buen polvo o me lo parecería, si no llevara ese corte de pelo, y si no supiera yo que es lesbiana? Como sé que no es otra cosa que lo que es, y que le importa tres cojones gustar a los hombres, le puedo decir la verdad…

La verdad es que resulta que Billie está como un tren, y se lo digo. Pasamos media hora más o menos sentados junto a mi ventana y hablando de Billie, como si fuera otra persona que no estuviese ahí.

Después Billie mira su reloj… tiene una cita pronto… pero, antes de que se vaya, ¿me gustaría follármela? No puedo creer lo que oigo… Sí, eso es lo que ha dicho… ¿me gustaría probar a jodérmela? ¿Debe quitarse la ropa por unos minutos antes de marcharse?

Me explica… le gusto, y me está agradecida, por el trato que doy a Jean. ¿Qué dan las mujeres a los hombres, cuando están agradecidas? Conque, si me gusta, si de

verdad me parece que está buena y estaría bien follármela, me deja. Si no quiero… si pienso que lo de ser lesbiana será un impedimento (aunque, según señala, no me impidió que deseara que me la chupase la primera vez cuando la conocí)… es comprensible y no me lo tendrá en cuenta en ningún caso.

No podía decir que no a una propuesta así, aun cuando no hubiera pensado ya en el polvo que habría tenido, si no hubiese sido bollera. Un coño es un coño y a John Thursday lo que le importa es lo que una mujer tiene entre las piernas, no en la cabeza.

«Me gusta que me jodan de vez en cuando», confiesa Billie. «Si no, tengo la sensación de engañar a mi destino. No creas que soy como esas mujeres que no pueden soportar que un hombre las toque… podría casarme con un hombre y ser una esposa bastante buena, si no me quedara más remedio. Pero no me divertiría demasiado.»

Nos desnudamos en el baño y, como Billie es tan morena y excéntrica, descuelgo el tapiz chino de la pared para que se tumbe sobre él. Le gusta… es un detalle erótico que no se esperaba. Y es perfecto para ella.

Billie tiene una torpeza encantadora… cuando se está quitando la ropa, procura mostrarse femenina y seductora, y es como contemplar a una chica muy inocente que esté intentando parecer mundana. Sale tan cautelosa de su vestido, caído sobre sus tobillos… tiene una delicadeza tan extraordinaria al bajarse las bragas y dejarme echar un vistazo a esa *bonne-bouche* bordeada de negro… que me siento como un perverso aficionado a las menores que ha sobornado a una niña de diez años con bisutería. Después, antes de que se haya quitado los zapatos y las medias, se acerca a mí atravesando la habitación y deja lo que trae en mis manos. Aprieta el vientre contra mí; se pone de puntillas y me restriega la bragueta con el chocho. Ha venido a darse el filete y la invitación es aceptada… Se ríe cohibida, cuando la levanto y la llevo hasta la cama.

Joder, yo también estoy cohibido… la tumbo sobre la colcha boca arriba y ella se da la vuelta con las piernas separadas para mostrar su chichi abierto. ¿Quiero darle un mordisco?, me pregunta. Después, cuando me lanzo sobre ella… no, hablaba en broma; eso es cosa de chicos.

Mi cipote no está todo lo tieso que podría estar y nos quedamos tumbados y tocándonos hasta que se pone bastante duro. A Billie le falta mucho por aprender del arte de tocar una picha, pero Johnny sólo necesita estímulo, no persuasión…

«¿Es agradable joder a Jean?», me pregunta Billie, mientras aún estamos tocándonos el asunto. «¿Lo hace tan bien como la mayoría de las chicas?»

Después quiere saber otras cosas… ¿Jean me chupa la polla por su iniciativa propia o tengo que obligarla a hacerlo? ¿Me pide que le chupe el coño? ¿Jugamos a *tête-bêche*? ¿Habla alguna vez de Billie? ¿Habla alguna vez de otras mujeres con las que se haya acostado? Por último quiere saber… ¿me parece que es feliz con Billie?

Le doy todas las respuestas deseadas y Billie se pone contenta. Según me dice,

Jean es la tía más agradable con la que ha vivido. En primer lugar, no es desaliñada. Ah, si no he estado casado ni he vivido con una mujer desde hace mucho, no sé lo que eso significa. Horquillas en la cama, el retrete empapado de orina y papel, compresas en los armarios… ésas son algunas de las cosas que acarrean las mujeres. Pero Jean es tan limpia como una gata; si no se acostara con ella, podría vivir años con ella sin saber nunca cuándo tiene la regla y, siempre que llega el momento de hacer el amor, tiene la almejita fresca como una rosa.

Billie podría pasarse toda la tarde hablando de Jean y al diablo el polvo, pero tengo un gusanillo en el cimbel. Por fin, la hago volver al punto por el que habíamos empezado y le hago sentir cómo es Jean Jeudi, cuando restriega la cabeza entre sus muslos. Los abre y me monto… ¿está lista? ¿Quiere follar ahora? Sí, sí, puedo meterla, pero no demasiado rápido… no está acostumbrada, debo recordarlo.

Nunca me he tirado a una tía menos interesada por lo que está sucediendo. Está aburrida, eso es… y cuando llevo un par de minutos dentro, le da igual ocho que ochenta al respecto. Y a continuación me la veo abrir el bolso, sacar la barra de carmín y un lápiz, ¡y dibujar en la pared junto a su cabeza! ¡Hacer dibujos mientras me la estoy jodiendo! Un insulto de la hostia y no se da cuenta lo más mínimo… está ahí tumbada, en la cama, tarareando bajito y nadie diría que la estoy barrenando con la polla…

Además, el dibujo que está haciendo está boca abajo y, si alguien quisiera mirarlo, tendría que tumbarse como ella o ponerse boca abajo…

«¿Has acabado ya?», pregunta… porque he dejado de darle al asunto.

Entonces, ¡va y me bosteza en las narices, la muy puta! ¡Serás desgraciada, bollera indecente! Vas a ver cómo te vas a despertar… ¡tengo que hacerte abrir los ojos! No vas a volver a preguntar si he acabado… vas a saberlo y te vas a alegrar más que la hostia, cuando haya acabado.

Le saco la polla del chichi, mando la barra de pintalabios contra la pared opuesta, la tiro boca abajo y me pongo encima. Se queda muy sorprendida ante la táctica violenta, pero parece un poco complacida también… hasta que ve lo que intento hacer. Entonces se pone hecha una fiera…

¡No! Lo dice muy enérgica… ¡no se va a dejar dar por culo! Eso es… es una perversión y, además, ¡le hará daño! Si quiero hacer eso, que se lo haga a Jean… si es que le gusta. Pero, ¡a ella, no! E intenta saltar de la cama.

Si Billie fuera como cualquier otra gachí, probablemente no podría sujetarla. Pero lucha como un hombre, sin morder, pellizcar ni arañar, y no intenta darte una patada en los huevos. Es cuestión de peso y fuerza y, mientras esté detrás de ella, tengo ventaja, y, cuando consigo meter el cipote donde quiero, sus forcejeos no hacen sino ayudarme… cada vez que se retuerce, John Thursday le inspecciona el recto.

Billie me amenaza… si no paro, se encargará de que Jean no vuelva a acostarse conmigo nunca. Contará a todo el mundo que tengo purgaciones. Gritará y hará subir al portero… Bueno, si dice a la gente que tengo purgaciones, yo difundiré el rumor de

que me las pegó ella Si hace subir al portero, le diré que es una puta que intentaba engañarme… es buen amigo mío; probablemente me ayudará a sujetarla (ese viejo cabrón se pondría hecho una fiera y me echaría a la calle, eso es lo que haría).

No vas a escapar de ésta, Billie… A ver, cacho bollera, ¿por qué no haces más dibujos? Sí, ya sé que no estás acostumbrada a esto. Ya veo lo apretado que está tu recto, donde le meto la polla… Pero se agrandará bastante: quedará bastante grande, cuando haya acabado, cuando hayas sentido toda mi picha ahí dentro, y cuando te haya lubricado todo el mecanismo con lefa…

Billie muerde la cama rabiosa. Soy un cerdo, dice, un cabrón, hijo de siete padres… Miro fotos obscenas y me masturbo, duermo con compresas usadas bajo la almohada… tiene una imaginación muy rica y da gusto verla animarse. Una polla en el culo hace maravillas a veces; es un gran estimulante.

Antes de acabar, le he dado unos vergajazos de tres pares de cojones. Ahora no pide que pare… me lo ruega. Pero sigo. Se queda fláccida y gimiendo… es un truco y, cuando no da resultado, aporrea la cama con los puños.

«Basta», suplica. «¡Basta! Alf, escucha… te conseguiré chavalas… ¡oh, y qué chavalas! Conozco montones de tías bonitas que buscan a un hombre, Alf; te las puedo conseguir… Te daré sus direcciones ahora mismo… Las llamaré por ti… Sácame la polla del culo ahora mismo, Alf…»

Y más cosas por el estilo. Probablemente conozca, en efecto, a algunas gachís curiositas… estas lesbianas se ligan a lo mejorcito que haya a la vista. Pero podría prometerme un fin de semana con un montón de vírgenes y no por ello pararía. La jodo con más fuerza y me pongo a acariciarle el chichi. Daría mi huevo izquierdo por hacer correrse a esta puta ahora mismo, pero no parece que exista la menor posibilidad…

De repente, parece como si hubiera perdido los dos huevos… se han vuelto del revés y han disparado la minga en el recto de Billie. Le meto los dedos en el coño y la masturbo hasta que lanza alaridos, pero no se corre, la muy puta. Le he llenado el culo de lefa y, tal como me siento, me gustaría meárselo también… pero no puedo arriesgarme a hacerlo sobre ese precioso tapiz antiguo…

Billie recupera casi al instante el buen humor. Vaya… no hay duda de que consigo lo que quiero. La próxima vez ya sabe lo que tiene que hacer; no volverá aquí sin protección policial. O, al menos, no se ofrecerá a dejarme joderla; no sin pensarlo dos veces antes. Se lo toma todo como una broma… no sabe si debería decírselo a Jean o no. Pero, ¿me lo he pasado bien? ¿Estoy satisfecho ahora? ¡Muy bien! Entonces, ¿puede por favor, echarse en la cama a descansar un minuto y acabar su dibujo del revés?

Sam ha hecho un trato con Séverin. No conozco los detalles exactamente, pero Carl nos ve a todos ganando dinero a espuertas.

«No sé qué me pasa, Alf», dice entre gemidos delante de un botellín de agua mineral, que parece ser la expresión de su arrepentimiento por la mala vida. «Con una

oportunidad así… y, sin embargo, joder, no me siento diferente de cualquier otro momento de mi vida; y, además, le eché un polvo de la hostia a esa chica…»

Sam no consigue entender por qué cojones terna que anular Alexandra esa cita. Si no hubiera sido por eso, todo habría salido muy bien… lo habría pasado bomba con ella y sin preocupación después.

«Ann me perdonaría que anduviera por ahí con la madre», me dice. «Es lo bastante comprensiva como para entender que cosas así suceden; que un hombre necesita una pequeña diversión de vez en cuando. Pero ¿cómo hostias podría decirle que se trata de una chavalita… una chiquilla apenas mayor que mi propia hija? ¡Y lo peor es que quiero volver a follarla! Ahora mismo, mientras estoy aquí sentado y hablando contigo, la veo como se quedó después de haberme dejado quitarle la ropa… no sabía si taparse para que no la viera o taparse los ojos para no verme ella a mí.» Tania debió de quedarse con él pero bien… o se limitó a estarse quieta y le dejó a él decorar la escena, porque a Sam se le ocurren las ideas más sorprendentes. «Era tan inocente en todo… confiaba totalmente en mí, eso se veía. Y, sin embargo, estaba tan llena de vida, tan deseosa de hacer cualquier cosa para complacerme… es tan candorosa…»

Tal como están las cosas, cualquier cosa que yo dijera irritaría a Sam. Pensaría que estaba difamando a una chica dulce e inocente o que le había dejado hacer el ridículo. Lo mejor que puedo hacer es quedarme callado y esperar que escampe. Dejo hablar a Sam… he oído historias mucho más aburridas a cambio de unas copas…

«No creo que sea virgen», dice pensativo. «No lo parecía… Supongo que algún muchacho la llevaría de gira alguna vez o algo por el estilo. Pero la verdad es que no está bien coger a una chica así, con todas sus ilusiones, y hacerle lo que yo le hice. Pero, ¡una vez que empecé, no podía parar! Tenía que jodérmela y, como era joven e inocente, me porté peor con ella que con su madre… la obligué a hacer lo mismo que su madre… ¡La Virgen! Me he jodido a la madre y a la hija… y no puedo olvidar a ninguna de las dos. ¡Qué situación! Alf, ya conoces a Alexandra, ¿qué haría, si se enterase? ¿Crees tú que iría a contárselo a Ann? ¿Será muy grave? Jesús, María y José, yo mismo se lo contaría, ahora mismo, si supiera que iba a servir para algo…»

Así es como Sam ha estado empleando el tiempo. En cuanto a Ann, tiene otra historia y menuda historia, además. No sé por qué, quiere que me crea que ha sacado los pies del plato… tal vez piense que se lo contaré a Sam y lo pondré celoso… no puede olvidar esa partida de cartas a la que no fue…

Se trata de dos tipos indefinidos… tan indefinidos, que Ann no es capaz de repetir sus nombres correctamente. Y, al parecer, esos dos tipos se corrieron una juerga de aúpa en su escondrijo hace dos noches. Según la historia de Ann, los llevó con la intención de dejarlos follarla, primero uno y luego al otro, y después se asustó. Entonces, cuando se dieron cuenta de que no se iba a bajar las bragas después de todo, se cabrearon, la ataron a la cama y le dieron para el pelo bien…

¡Si hubiera elegido mejor los nombres! Si esos andobas se hubieran llamado Sid y

Ernest, por ejemplo, podría yo haberla creído. Pero estos tipos son un par de chulos gabachos… tal vez apaches… y es evidente que todo el chispeante relato es producto de su imaginación.

«¡Cómo me trataron!», exclama Ann, al tiempo que se las arregla para estremecerse. «¡Las guarrerías que tuve que soportar! Es imposible hablar de ello… ¡ni siquiera lo recordaré! ¡Atada a una cama! ¡Indefensa y a merced de unos hombres sin compasión! ¡Qué diría Sam, si se lo imaginara!»

Ann, si no se anda con cuidado, puede irse de la lengua y meterse en un lío. En América, cuando una mujer se pone a soñar despierta así, va a un psicoanalista para que le magree la mente. En París es más probable que acabe en un cuarto de hotel con dos matones y un chulo de putas con una cámara de cine…

LIBRO 3

Cherchez le toit

Sam tiene mucho que contar de los franceses estos días. Es falso, dice Sam, todo eso que se oye contar sobre la indolencia y buena vida de los franceses. La indolencia está dispuesta a reconocerla… en cuanto a la buena vida, de eso habría mucho que hablar.

«Hora y media para el almuerzo», me dice indignado… «Yo pensaba que un pueblo que vivía así debía de ser maravillosamente despreocupado… hasta que descubrí cómo pasan esa hora y media. Murmurando, escatimando el dinero… ¿quieres saber de verdad por qué se toman hora y media para el almuerzo? Porque se imaginan que en un café están a salvo, que no se verán tentados a gastar más dinero del que se han asignado. Si se quedaran en la oficina, tal vez se presentase alguien y les vendiera una nueva cinta para la máquina de escribir. Ésa es la cuestión y nada más… tiemblan ante la idea de hacer negocio, porque cuesta dinero. Mira, te voy a enseñar una cosa…» Saca un papel del bolsillo y lo tira sobre la mesa. «Ahí tienes un recibo que me han dado esta mañana de una empresa en principio honorable. ¿Ves lo que es?… Un sobre vuelto del revés. Fíjate lo que es el comercio francés.»

Y sigue así. Sam puede encontrar mil razones para aborrecer a los franceses, pero el auténtico problema es que desde que está en París, Sam ha visto su vida algo perturbada. No le hago demasiado caso, mientras no amenace con irse a América. Que diga lo que le plazca… con tal de que su mujer y su hija estén aquí para follar y él también para invitarme a una copa, puede pasarse el santo día diciendo misa.

No es que no me guste Sam… teniendo en cuenta los años que pasé en Nueva York lamiendo el culo a hombres como él, nos llevamos de maravilla. Me cuenta todas sus aventuras con Alexandra y Tania; yo no le cuento nada de mis aventuras con Snuggles y Ann. Así no hay problema.

A Ann le está sucediendo algo nuevo… al menos eso me cuenta Billie. Ann sigue rehuyéndome, conque tengo que creerme lo que me diga Billie. Pero no tengo razones para creer que Billie me esté engañando…

La historia que me cuenta Billie es que Ann está intentando ligársela… y Billie sabe lo que dice en ese terreno, digo yo. Viene a verme una tarde después de haber ido a hacer una nueva entrega a Ann de esas acuarelas estrambóticas que colecciona y me cuenta la verdad de la buena. Billie le hace gracia, pero me parece que también le interesa. Al fin y al cabo, Ann está muy bien y, aunque Billie suele preferir las jovencitas sabrosas como Jean y Snuggles, me imagino que le debe de gustar un cambio de vez en cuando.

Según Billie, Ann se puso a piropearla con intención de ligársela, para variar, le contó lo sola que se sentía en París sin amigas y prácticamente pidió a Billie que le

enseñara de qué iba *El veneno de la soledad*. Al principio Billie pensó que era curiosidad, pero ahora ha sacado la conclusión de que Ann quiere de verdad acostarse con ella. Quiere saber qué opino al respecto… aunque al final va a dar igual.

En fin, ¿por qué no? Probablemente Ann se imagine que se ha desmadrado tanto en París, que sería absurdo sencillamente desaprovechar una oportunidad de descubrir las respuestas a todas las preguntas que ha estado haciéndose. París, para Ann, es algo que nunca ocurrió antes y probablemente no vuelva a ocurrir, una vez que se encuentre en un barco rumbo a Nueva York. Si quiere saber lo que es acostarse con una mujer, ahora o nunca.

Billie asiente con la cabeza, complacida, porque ésas son las cosas que quiere oír. ¿Cómo es Ann en la cama?, me pregunta. ¿Tiene un polvo ardiente? ¿Es tan cachonda como Jean, por ejemplo? Quiere que le cuente todo lo que sepa de Ann, como le gustaría a un hombre que se lo contaran. ¿Y qué le cuento del tipo que apoquina para las facturas?… ¿Qué le cuento de su marido? Pone una pierna sobre el brazo del sillón, sin importarle tres cojones que yo pueda ver el tesoro que tiene entre las piernas, y me hace pregunta tras pregunta.

«Por el amor de Dios, ¿quieres bajar la pierna?», tengo que interrumpirla al final. «Hace casi una semana que no he mojado el churro.»

Billie pone expresión de pena. Lo siente mucho por mí. ¿Por qué no llamo a Jean? ¿O quiero que le pida a Jean que venga, cuando llegue a casa? ¡La puta! Como no se ande con cuidado, no va a llegar a casa… Estoy como para esconderle la ropa y tenerla aquí una semana, sea o no lesbiana.

«¿Qué vas a hacer con Ann?», le pregunto, cuando he respondido a más preguntas de las que se le ocurren.

«No he decidido… Lo voy a pensar. No sé qué hacer con Snuggles.»

Después ha decidido marcharse y se ha ido antes de que yo esté preparado para violarla…

.....

Me llama Ernest Me pregunta qué he estado haciendo para quedar con Ann. Debo reconocer que no he hecho nada. No la he visto el tiempo suficiente para hablar. Bueno, entonces, tendrá que encargarse de hacerlo él, hostias… ¿dónde puede encontrarla? Le digo algunos lugares donde podría encontrársela y cuelga.

Parece tan sorprendido como yo, cuando vuelve a llamarme unas horas después. La ha encontrado, está en una tasca de la Rue Saint-Jacques y quiere que yo vaya en seguida.

«¿Para qué? Mira Ernest, encárgate tú… tengo que salir a comer muy pronto…»

No es posible, al parecer. Él tiene que ir a su casa por la cámara no puede llevarla consigo ni puede dejarla sola. Teme que se le pase la cogorza si no hay alguien con ella.

«¿Te ha dicho que estaba de acuerdo con la reunión?», le pregunto.

«Pues no, no ha dicho exactamente eso, Alf, pero no va a haber problema. Una vez que la llevemos a su casa, podemos preocupamos de eso. ¿Qué pasa?… ¿No quieres follártela?»

«Sí, joder… sí… ya lo creo que quiero follármela, Ernest, pero no estoy tan seguro de lo de las fotos. Es probable que se vaya al carajo el asunto, si te presentas con un taxi lleno de luces y cables y tal.»

«No, no se va a ir al carajo… le parecerá cojonudo, cuando la pongamos a tono. ¿Acaso no fue idea suya, para empezar?»

Al final, claro está, salgo a reunirme con ellos. Si no lo hiciera, Ernest se enfadaría. Y, al fin y al cabo, algo se podría sacar… unas copias gratis, en cualquier caso.

Está obscureciendo, cuando voy por la calle, y las putas están saliendo para su nocturna ocupación. ¿A quién cojones se le ocurrirá irse con una puta a estas horas?, me pregunto. A los turistas, probablemente… cualquier otro sabría que, si vas con ella ahora, tienes que pagarle la cena. Una se me pone al lado y me suelta su rollo comercial…

«Es tan agradable, *Monsieur*… y cuesta tan poco… ¿no le gustaría conocer cómo lo hacen en La Habana, *Monsieur?*… no soy profesional… ¡ni mucho menos! Pero tal como están los tiempos… ¿Por qué no me invita a un Pernod?…»

Le doy puerta y camino un par de manzanas detrás de una ja rubia. Lleva una carpeta de dibujo bajo el brazo… debe de ser una estudiante de Bellas Artes, pero camina como una corista. Al cabo de los cincuenta primeros metros, ya me ha empalmado sólo de ver cómo se cimbrea ese culo y silbo varias veces a ver si se vuelve. Pero no.

Cuántas veces, me pregunto, he hecho esto… ir por la calle tras una gachí como un perro que olfatea a una hembra… sin una posibilidad, de entre un millón, de que me haga caso. Ese culo se mueve como un péndulo y me va dejando deshecho con su cadencia. Voy tras una gachí que no me voy a ligar… otro millón de chorbos deben de estar haciendo lo mismo en este instante… mientras ese péndulo sigue oscilando. Me alegro de tener adónde ir. Si no, volvería a buscar a esa puta… no estaba tan mal.

La chavala se mete en una tienda y aún no le he visto la cara… pero aún tengo la erección que me ha provocado. Es como encontrar dinero por la calle, esto de empalmarme y llevarla tiesa así. La diferencia es que nadie ha perdido nada. Me digo que, si alguna vez vuelvo a tropezarme con esa ja, tendré que acercarme y darle las gracias, intentar explicarle lo maravilloso que es poder conseguir algo por nada y que nadie pierda nada. Pero no volveré a verla… nunca vuelvo a verlas, a esas preciosas gachís que me guían por las avenidas.

Conservo la erección hasta que me encuentro con Ernest y Ann. Sigo a una gachí tras otra y fantaseo sobre ellas. Joder, debo de estar muy salido… aquí me tenéis hablando solo… algo que no he hecho desde que llegué aquí, cuando pasaba tanta

hambre, que iba delirando la mayor parte del tiempo… Un polvo… qué leche. Cuando veía un culazo sabroso, quería comérmelo. Pero aprendí una cosa… puedes estar muriéndote de hambre y ese Johnny de ahí abajo no puede dejar de pensar en el asunto. Sigue poniéndose duro, cuando te tiemblan las piernas y no puedes caminar recto. Puede ser diferente, cuando llegas a estar tan mal que el vientre empieza a hinchársete. Nunca llegué a saber lo que es eso… prefería pedir limosna.

Ernest no había dicho a Ann que me había llamado. En cuanto me ve, da un grito. Vaya, vaya, vaya… ¡mira que encontrarme ahí!… Me da palmadas en la espalda y me estrecha la mano… estaban a punto de ponerse a hablar de mí, dice. En cuanto a Ann, está confusa y desconcertada, pero tiene que hacer de tripas corazón.

¡La Virgen, cómo hay que hacer el paripé para conseguir llevarse a una mujer a la cama! A algunas mujeres. Sería mucho más sencillo, si pudiéramos simplemente dar un azote en el culo a Ann y decirle: «Vamos a tu casa a follar»… Y tal vez pudiésemos, si estuviera bastante borracha. En cambio, tenemos que andar con enredos y trapicheos. A Ernest se le ocurre decir que es su cumpleaños.

«¡Invito a una copa!», dice en tono jovial. «Es mi cumpleaños…»

… Como sólo somos tres, la celebración no le va a costar demasiado. Ann se sorprende al enterarse de que es su cumpleaños, igual que yo. Ernest insiste, pero no se acuerda de cuántos años cumple.

«Me gustaría dar una fiesta», dice con tristeza, «pero mi casa es tan pequeña…»

«Sí, la mía también, la mía también», digo a Ann.

«En fin…», dice Ann indecisa.

«¡Estupendo!», grita Ernest entusiasmado. «¡El sitio perfecto para hacer una fiesta de cumpleaños! Ahora vosotros quedaos aquí… Tengo que hacer un recado. Pero volveré… ¡volveré!» Al marcharse, me dice aparte: «Por el amor de Dios, haz que siga bebiendo…».

«Claro… ¡que siga bebiendo! ¿Cómo cojones voy a conseguirlo, si decide no beber?»

«Ponía boca abajo y viérteselo por el jebe… eso es lo que he estado haciendo yo. Pero no vayas a dejar que se le pase antes de que yo vuelva.»

«¡Pues vaya un rollazo! ¿Por qué no vamos a buscar a una puta? Esta noche hay montones de ellas que están muy bien.»

«Oye, Alf, no empieces con eso… ¿Sabes dónde está Sid?»

«No, no sé dónde está Sid ni me importa demasiado. ¿No te das cuenta de que esta tía era mi chavala antes de que Sid y tú os metierais en el asunto? ¿Dónde está el traje que me iba a comprar? ¿Me lo va a comprar esta noche? No, ¡la vais a liar con ese trapicheo de la cámara! ¡La Virgen, Ernest, la amistad tiene un límite! Sid y tú lo vais a joder todo antes de empezar.»

«Chsss, te va a oír… Mira, Alf, en mi vida te la he pegado… si saco algo con lo de la cámara, no me voy a olvidar de ti. Claro, que, si no quieres jodértela, no tienes por qué venir…»

«¿Cómo que si no quiero jodérmela? ¿Quién tiene más derecho a jodérsela? ¿Quién se la trabajó el primero?»

Me gustaría poder recordar lo que dije a Ann en la siguiente media hora. Me marqué un rollo… hablé por los codos. Solté conversación como orina una vejiga achacosa. Dije cualquier puñetera cosa… que me viniese a la cabeza y sólo me interrumpía para pedir otra ronda al *garçon*. Ann se olvidó de que estaba cabreada conmigo y estuvo ahí, con las tetas colgando sobre la mesa y la boca un poco abierta, intentando averiguar de qué iba la cosa. Me dejó incluso magrearla un poco bajo la mesa, mientras le cantaba una canción en ruso. Pero ella no me correspondía en absoluto, la muy puta… aún hay clases. En cualquier caso, no paró de beber ni un momento.

Pero empieza a intranquilizarse un poco. No hay bastante gente en la tasca para el gusto de una turista como ella. ¿No podríamos ir un rato a otro sitio y dejar una nota para Ernest? Me parece una idea espléndida, conque pagamos, dejamos un recado al camarero y nos vamos calle abajo.

Ann se está poniendo alegre. Dos copas en el nuevo sitio y se cansa. Escribimos otra nota y probamos otro. Ya estoy empezando a sentir las copas un poco yo también. Otra nota. A Ann no le gusta un sitio porque está lleno de marineros. En el siguiente hay demasiadas putas. En otro sitio cuenta hasta siete gatos y ella no soporta a los gatos. Joder, he dejado de intentar notificar a Ernest dónde podríamos estar… Me limito a dejar una nota en cada sitio en la que le digo que hemos estado ahí y nos hemos ido.

«¿Es el cumpleaños de Ernest de verdad?», me pregunta Ann a cada rato.

Joder, no sé si es su cumpleaños… podría serlo. Si vamos al caso, no creo que Ernest sepa cuándo es. Me pregunto si debería coger y pedirle algo de dinero… la cuenta de la bebida está empezando a subir. Y cada vez que quiero dejar una nota en el bar tengo una discusión con el patrón, que no puede entender por qué no queremos quedamos a esperar a nuestros amigos en un lugar tan chipén como éste.

«Si es el cumpleaños de Ernest», se le ocurre a Ann, «voy a tener que comprarle algo…»

De este sitio nos vamos a la tienda más cercana de artículos de caballero. ¡El cumpleaños de Ernest! ¡La hostia! ¿Por qué no hemos decidido que fuera el mío?, me gustaría saber. Se me cae el alma a los pies, cuando empieza a comprar cosas. Se pasea por la tienda y va señalando cosas, sencillamente, y el dependiente las va colocando en una pila sobre el mostrador.

Camisas, corbatas, calcetines… ¡la Virgen, es terrible! Y aquí me tenéis a mí, con los puños del traje raídos y un sombrero que parece que me sirviera para sacar brillo a los zapatos… Calzoncillos… ¿qué talla? A ver, ¿qué talla cojo? ¡Ese hijoputa con su cumpleaños! ¡Zapatos! Tenemos que ir a otra tienda y, para que sea más ofensivo, tengo que cargar con los paquetes. Tomamos otra copa, que pago yo, y compramos los zapatos. En fin, esta tía, si quiere gastar parné, le voy a ayudar… pero, ¡Ernest me

va a oír por lo de esta noche!

«¿Por qué no le compramos un traje?», le pregunto. «¿Y tal vez un abrigo y sombrero?»

¿Un traje? Pero, ¿cómo puede conseguir sus medidas para un sastre? A Sam siempre tardan tres o cuatro semanas en hacerle los trajes. Al final, la convenzo para que compre uno de confección… si no le queda bien, puede devolverlo. Estoy tan cabreado ahora, que me da igual lo que haga. Les dejo incluso utilizarme de maniquí, mientras elige lo que quiere. Pero he decidido no cargar con esos paquetes más. Los dejo en el suelo delante del cancerbero que dirige el establecimiento y le digo que lo envíe a domicilio. Naturalmente, va a costar un suplemento enviarlos esta noche, me dice…

En el próximo bar en que entramos, dirijo a Ann hacia el fondo, a un rincón, y la pongo mirando a la pared para que no vea nada que no le guste… quiero descansar el culo un rato. Pero apenas llevamos diez minutos ahí, cuando entra Ernest… con Sid.

«Hemos leído tus notas», grita Ernest, blandiéndolas en la mano. Una bombilla le cae de alguna parte y el estruendo casi provoca un pánico en el bar. Trae una maleta y viene con todos los bolsillos atestados. Sid trae un trípode y media docena de reflectores y pedestales para luces. Es como un hombre al que han abierto en canal y que intenta mantener las tripas bajo la chaqueta… no cesan de escapársele rollos de cable negro.

«Eres idiota», le digo en cuanto me lo llevo donde Ann no pueda oír. «¿Quieres espantarla del todo? ¿Por qué no lo has dejado en un taxi?»

«Qué va, qué va… no sabe lo que es. Le voy a decir que son aparatos para hacer sidra…» Se dirige a Ann y le dice: «Es para hacer sidra en casa…».

Ernest quiere dar un paseo en coche después de tomar dos copas más, conque montamos en un fiacre y nos dirigimos hacia la orilla izquierda a través de la Ille de la Cité. Pero yo ando más vivo que la hostia y consigo un sitio junto a Ann. Ya no hay problema ahora… está animada y en la obscuridad de la mohosa cabina se muestra muy cariñosa. Vamos hasta la Place de la Bastille y, cuando llegamos a casa de Ann, donde el caballo echa una chorrada inmediatamente, hemos acabado una de las botellas que ha traído Sid. Al pasar por Notre Dame, a la ida, yo tenía la mano bajo la falda de Ann y ella me estaba tocando la bragueta… a la vuelta, me había sacado el cipote, al pasar por el depósito de cadáveres de la Place Masas, yo le había bajado las bragas y no sabría decir qué andaría haciendo ella con su otra mano.

Todos los trastos que Ann ha comprado llegan al mismo tiempo que nosotros. En cuanto entramos en el piso, entrega todo a Ernest. Está desconcertado, no sabe a qué viene eso.

«¡Es por tu cumpleaños, idiota!», le grito. «¡Por tu puto cumpleaños!»

No se atreve a mirarme a los ojos, pero Sid se lo toma todo con desparpajo. Va y da un azote en el culo de Ann y le dice que también es su cumpleaños.

«¿No me vas a hacer un regalo a mí también?», no cesa de preguntarle. «No

quiero gran cosa… Sólo que me dediques unos minutos…»

Se la lleva a un rincón y se pone a magrearla. Ernest los mira y después me mira a mí. Sacude la cabeza.

«No puedo entenderlo… es que no puedo entenderlo», dice. Da un golpe a una caja rodeada de papel de envolver amigado y cae otra corbata. Se la mete con aire distraído en el bolsillo. «Ya me conoces, Alf.»

Justo entonces Ann lanza un chillido. Sid la ha tendido en el suelo y está sentado encima de ella. Tiene las faldas sobre la cabeza y él le está bajando las bragas a la altura del culo. Cuando aparece una zona sabrosa, le da dos azotes.

«No quiere quitarse el vestido», explica. «Me parece que lo que pasa es que le gusta que le calienten el culo.»

«Creía que habíamos subido aquí para tomar unas copas», dice Ann entre gemidos. «Si hubiera sabido que queríais hacer esto…»

Ernest empieza a tropezar con sus cables y luces. Coloca la cámara en el trípode y enfoca.

«Lucha un poco más con ella», dice. «Tiene que aparecer de verdad desaliñada para las primeras.»

Ann se cabrea pero bien, al oírlo. No vamos a sacarle fotos, dice con firmeza. Pero Ernest sigue distribuyendo las luces por la habitación y probándolas y Sid la zurra un poco más.

«A ver, Ernest… ¿quieres que se le vea el coño? ¿Que tenga las piernas abiertas? ¿Qué quieres?»

«Basta con que me enseñes mucho el vientre…, sí, hombre, y una de las tetas también… que le cuelgue el sostén. Tal vez deberías entrar tú también, Alf…»

«¡Y una leche! ¡No me vas a hacer una foto en plena violación! ¿Sabes lo que va a parecer esa foto?»

En cualquier caso, va a tener mucho tomate. Ann está medio desnuda, mientras que Sid tiene aún puesto el sombrero y masca lo que le queda del puro y los dos parecen más o menos tan mamados como están. Al final, Ernest aprieta el botón y saca una foto más o menos. Entonces Sid suelta a Ann, pero ésta sigue en el suelo retorciéndose las manos y pataleando.

«¡Pensar que una cosa así me pueda suceder a mí!», grita. «¡Oh, si se enterara Sam! ¡Oh, Dios mío, si se enterase!»

«Déjala desahogarse, mientras no haga demasiado ruido», dice Ernest, mientras abre otra botella. «Ya se calmará.»

Ann toma una copa, cuando se la pasan, y se sienta con la espalda contra la pared. Quiere intentar dialogar con nosotros. Una mujer de su posición no puede permitirse el lujo de que le hagan fotos así, la verdad… ¿es que no lo comprendemos? Ernest le jura que son sólo para su colección privada… dijo que quería comprar una cámara y hacer algunas… Aquí está la cámara y aquí estamos todos…

«Aquí tienes otra copa», dice. Se sienta junto a ella y se pone a magrearla. Me

entran ganas de sentarme a mí también, conque me pongo al otro lado de ella. Otra copa más y nos deja levantarle las faldas hasta la cintura. Ernest y yo nos turnamos para tocarle la *bonne-bouche*, mientras intentamos hacerla acariciamos la polla.

«De acuerdo», dice de repente. «Podéis hacer vuestras puñeteras fotos…»

Se coloca el vaso vacío entre las piernas y mete una mano en mi bragueta y la otra en la de Ernest. Ahí salen Johnny y la minga de Ernest. Tengo un cipote curiosito y va creciendo por momentos. El de Ernest tampoco es un cacahuete precisamente. Sid elige ese momento para apretar el botón. Ya estoy demasiado borracho como para reflexionar sobre si quiero o no que se recoja mi jeta para la posteridad.

«Desnúdame», dice Ann y después la muy puta se echa sobre nuestras rodillas.

A partir de ese momento parece que cada vez que me vuelvo la cámara de los cojones me está disparando a la cara. Tiene un dispositivo, que Ernest intenta explicarme, pero estoy demasiado borracho para entenderlo, que retrasa la acción de modo que el tipo que aprieta el botón puede posar antes de que se dispare. Después de hacerlo varias veces, no nos molesta demasiado.

En cuanto quitamos la ropa a Ann, se lanza por nuestras mingas. La muy puta no puede esperar siquiera a que nos desnudemos. Mientras está retorciéndose aún boca abajo y Ernest le está quitando las medias, me abre la bragueta y mete la cabeza en ella. Caracolea con la lengua en torno a mis cojones y los lame, al tiempo que me la menea, y al cabo de unos diez segundos se ha metido a John Thursday en la boca y le está lavando la cara.

«¡Tócame el culo!», le grita Ann a Ernest «¡Tócamelo bien!»

Se abre y nos enseña el tesoro que tiene entre las piernas. Ernest le acaricia el chichi y le mete los dedos y a su boca vuelve Johnny otra vez. Me restriega las tetas contra las piernas e intenta meterse dentro de mis pantalones de cabeza. Después se levanta de un brinco y menea el culo en nuestras narices como una bailarina de hula-hula.

«¡Vuelve aquí, zorra!», le grito. Pero de nada sirve. Cuando voy a agarrarla, corre al sofá. Se tira de un salto y se tumba con el vientre mirando al techo, y las piernas bien abiertas y nos enseña el *con*. Quiere que se la follen, quiere sentir una picha en el chocho y no le da la menor vergüenza decirlo. Se abre bien el chichi y se frota la raja con los dedos. Tendría que tener un canalón para cuando ese coño se pone a gotear… un río de jugos le sale de entre el bosque y alimenta las flores que le crecen en torno al culo…

Sid ha estado quitándose la ropa y se encuentra en el sofá cuando Ernest se acerca a él.

«No te la folles, Ernest», intenta disuadirlo Sid. «No intentes follártela con los pantalones puestos… te los va a empapar tanto con ese jugo, que vas a tener que tirarlos a la basura. Déjame jodérmela a mí, mientras te preparas.»

A Ann le importa tres cojones quién se la joda… tiene las piernas abiertas como una trampilla esperando para enganchar a la primera polla que se acerque demasiado.

Sid se lanza sobre ella y salta la trampilla. Lo rodea con piernas y brazos y el culo se alza hasta la posición adecuada. Sid tiene un cipote tan tieso que parece el poste de atar caballos, pero uno así está buscando Ann precisamente. Da unos meneos con el trasero y lo engulle hasta el vientre. Ernest se acerca a la cámara y se pone a tomar instantáneas, mientras Sid la cabalga…

«¡Dios mío!», chilla Ann al cabo de un minuto. «¡Me voy a correr! ¡Que alguien me dé una picha para chupar, mientras me corro…!»

Yo no estoy tan loco como para entregar mi polla a una tía tan desenfrenada como Ann… Jean Jeudi tiene que durarme el resto de mi vida y no voy a correr riesgo alguno de perder la mitad. Ann está haciendo tales chaladuras, que podría comérsela perfectamente. Tiende la mano hacia mí, pero me niego a dejarla meterse mi cipote en la boca, conque grita a Ernest que se acerque. Ahí está él como una exhalación y se la mete hasta la garganta, mientras ella la babea y babosea. Nada más tenerla dentro, Ernest pone cara de desesperación, como si hubiera cometido un error, pero sigue tirándole viajes.

«Por el amor de Dios», dice jadeando a Sid, «¡haz correrse a esta zorra, joder!»

Le agarra las tetas y se las estruja hasta que los pezones se le ponen casi morados. Sid está metiendo varios dedos en el culo de Ann y, cada vez que los retuerce, ella aúlla e intenta tragarse la pelambrera de Ernest. Después bang… bang… bang. Uno tras otro, Sid, Ann y Ernest.

Ann sigue rodeando con las piernas a Sid hasta que ya no puede exprimirle ni una gota. Entonces está dispuesta a soltar también a Ernest, pero él sigue dándole vergajazos sin cesar.

«¿Qué cojones estás intentando hacer?», le pregunta Sid, al verlo. «¿Mearte?»

«Claro», dice Ernest… y Ann se pone de pie de un brinco con mayor celeridad de lo que parecería por su tamaño.

Es hora de que todo el mundo tome una copa y Ernest se pone a juguetear con la cámara. A Ann se le están empezando a ocurrir ideas sobre las fotos que le gustaría tener. Primero quiere fotos en que esté chupándonos la polla a cada uno de nosotros.

Eso es muy fácil… la colocamos sobre una mesa y vamos turnándonos. Yo soy el primero y me pongo junto a un extremo de la mesa con el cipote tieso, mientras Ann, boca abajo se lo mete en la boca y me rodea el culo con los brazos. En cuanto cierra los labios sobre mi picha, ya puedo olvidarme de las fotos y ocuparme de darle al asunto.

«Oye», digo a Ernest, «¿por qué no olvidamos el arte y nos dedicamos a jodérnosla sencillamente? Déjame llevármela a la alcoba media hora, después podemos sacar algunas fotos…»

Pero la idea no los seduce, al parecer. Hasta Ann se opone a esa idea. Quiere las fotos y la tira de ellas, además, y ahora le toca a Sid. Por una vez no está empalmado, pero Ann se encarga de eso. Se inclina sobre él y le besa los cataplines. Después le lame el vientre, los muslos y la pelambrera. Cuando Ernest tiene la cámara lista, Sid

está preparado también. Ann le baja la piel de la picha y le limpia alrededor del capullo con la punta de la lengua. Y adentro…

Ann vuelve a estar la mar de cachonda, cuando le toca el tumo a Ernest… se ve por la forma como se lanza por su polla. Y tiene otra idea para una foto… quiere tumbarse boca arriba y que Ernest le deje caer los huevos sobre la boca. Ernest no parece muy convencido… me parece lógico, después de la ferocidad con que le estaba chupando la polla hace unos minutos… pero le deja hacerlo. Sus huevos son demasiado grandes y no puede meterse los dos a la vez, de todos modos… y si le arranca uno de un mordisco, le quedará el otro. Ann deja la cabeza colgando del borde de la mesa y Ernest deja caer uno de sus cataplines entre los labios abiertos de Ann tan hábilmente como si fuera una cereza… ella se la está cascando con las dos manos… tiene las piernas separadas y está meneando el culo.

De repente caigo en la cuenta de que esta tía cachonda es Ann. No Tania ni su madre ni una de las gachís de Arthur o de Carl, sino Ann Backer, de visita en París. La Virgen, la adaptabilidad de una ja es algo maravilloso… cuando la conocí, Ann se habría tirado al Sena antes de hacer algo así. Eso demuestra lo bien que sienta viajar…

Ann tiene otra idea… se le ha ocurrido una forma de chupar dos pichas a la vez, según dice. Ernest y yo vamos a tener que tumbamos en el sofá…

Yo nunca había oído una cosa así… pero, cosa extraña, funciona. Ernest y yo nos tumbamos cada uno con la cabeza en un extremo del sofá y los culos juntos, yo tengo las piernas sobre las suyas. Ann me lame el cipote a mí y después a él… se lo chupa y luego se mete el mío en la boca. Al final los rodea con los dedos, los aprieta y los junta…

No es fácil meterse esas dos pollas a la vez, pero Ann está decidida. Desfigura la cara mantener la boca lo más abierta posible. Verla esforzarse para meterse esas dos gruesas pichas juntas es el espectáculo más cachondo que he conocido en mi vida…

Lo consigue en cierto modo… y mucho antes de que se ponga a chupar, ya estoy a punto de correrme. Me siento para verla mejor y Ernest también. Sid tiene unos ojos tan desorbitados, que está apretando los botones que no debe de la cámara… está tomando fotos por toda la habitación. Ann está baboseándonos por todos lados, meneando el culo e intentando restregar los chucháis contra nuestros cojones.

«Por el amor de Dios», le grito, «como te pares antes de que me corra, te sofoco contra este chuzo.»

Ella se pone a tocarnos a los dos, al tiempo que mueve la cabeza, de modo que sentimos como si tuviéramos la polla dentro de un coño apretado. Sid no puede resistir más… deja la cámara y se echa encima con el cipote tieso. Se coloca detrás de Ann y le barrena el recto con la polla. Ann salta como si le hubieran metido un atizador al rojo en el culo, pero nos chupa con el doble de intensidad, cuando se da cuenta de lo que sucede.

Sid sigue barrenándola y, al cabo de unos minutos, tiene el capullo dentro de su

recto. Se pone a follarla, empujando el recto hacia adentro, y Ann brinca tanto, que apenas si podemos mantenerla en el sofá. Apenas puede respirar, porque cada vez que intenta alzar la cabeza, Ernest se la baja con fuerza. Y esas dos pichas no han perdido tamaño tampoco. Sid le grita que sonría a la cámara, porque está a punto de dispararse…

«Sonríe, puta», le grita, «o te meto también esta polla en la boca…»

La cámara no es la única cosa que está a punto de dispararse… siento que la polla de Ernest salta contra la mía y acto seguido noto la boca de Ann muy pegajosa. La lefa le está chorreando por la barbilla y por todos lados… no puede detenerla.

«¡Mi culo!», consigue farfullar, «… Dios mío, ¡está ardiendo!»

Sid está follando como un loco, disparándole la lefa recto arriba, pero ella no se ha corrido aún. Está intentando tragarse la lefa de Ernest y casi, casi se traga mi polla con ella… Le llega ya a la garganta, cuando me corro, y ese primer paladeo debe de llegar directo hasta las tripas sin paradas por el camino. Sid ha abandonado los intentos de hacerla correrse… respira profundamente y se pone a mearla dentro. Está decidido a hacerla correrse o matarla y está a punto de conseguir ambas cosas…

Durante medio minuto Ann se queda completamente majareta. Ni Ernest ni yo podemos sacar la polla y parece estar intentando aspiramos los cojones a través de ellas. No llegan del todo, pero sí todo lo demás. Se asfixia con la lefa que está libando, pero eso no tiene importancia y no la preocupa. Tiene el culo lleno de orina y la boca llena de pollas… tiene cara de meningítica y está completamente feliz.

Cuando ha acabado de chupárnosla, no puedo moverme y Ernest tampoco. Estoy tan contento de tener la picha intacta de nuevo, que me limito a quedarme ahí suspirando, mientras Ann, que parece estar corriéndose aún, me lame el jugo de la polla, los cojones y la pelambrera. Tiene mucho que limpiar… tengo lefa desde el ombligo hasta las rodillas y Ernest está igual. Pero ella lo lame todo y después tiene que ir corriendo al baño para liberarse del regalito que le ha hecho Sid…

Sería como para pensar que después de eso habría llegado el momento de que se sentara y descansase un rato… pero Ann no. Aprovecha el intermedio para trincarse otra copa y después está lista para hacer más fotos. ¿Quiere alguien follársela ahora?, pregunta, muy viva.

«¿Qué tal si nos chupas el culo?», le propongo.

«¡Oh, no!» Eso es algo que no quiere ver fotografiado. Conque eso se convierte, claro está, en la única cosa que estamos decididos a fotografiar. Sid y Ernest la agarran… le pongo el culo delante y ellos le restriegan la nariz por él. Ella forcejea con una rabia de la hostia, pero está tan borracha como secos nosotros de tanto follar. Siento que su nariz me frota el recto y después oigo una sonora palmada que Sid le da en su desnudo culo.

«Bésalo, puta», dice, «o, si no, vas a tener un culo como un tomate para que se lo enseñes a tu marido mañana…»

Al final Ann lo besa. Alza los labios hasta tocarlo y su lengua sale disparada.

Sigue resistiéndose, pero de vez en cuando un azote en el trasero la hace entrar en razón. Por fin se pone a chupar… me rodea la cintura con los brazos y empieza a tirar del capullo de Jean Jeudi.

Cinco minutos antes estaba seguro de que no podría empalmarme otra vez, pero, cuando siento su lengua deslizándose hacia arriba por mi recto y oigo su baboso chapoteo, menudo si sube Johnny. Es un reconstituyente tan maravilloso, que Sid y Ernest quieren probarlo también, conque tiene que darles también a ellos una mamada de culo superlarga, mientras intentan recuperar la forma. Ernest quiere que intentemos verterle una botella de vino por el recto y que Ann lo saque chupando y aspirando, pero Sid lo disuade… Ann está tan mamada ahora, que se nos va a desmayar, si le damos más. Pero ella insiste en que no está borracha… toma dos copas más, una tras otra, para demostrarlo. Quiere que la folle yo y yo estoy fisto, conque después de que me haya lamido el culo un poco más, me tiro sobre ella y le meto la polla. ¡Huy, la Virgen, qué agujero más profundo y caliente tiene! El pelo que lo envuelve debe ser para agarrarte por si acaso te caes dentro… Pero a John Thursday le encanta… se corre casi nada más entrar. Sigo jodiéndola y vuelvo a correrme antes que ella.

Cuando he acabado, Ernest quiere follársela. Pero Ann quiere demostrar otra vez que no está piripi, conque levanta la botella y echa un trago tremendo antes de abrir las piernas para él. Yo me voy al baño y cuando vuelvo Sid está montándola y Ann se ha quedado frita.

Ernest está sentado en un rincón entre su traje nuevo y sus camisas nuevas y demás y reniega contra Ann, cuando Sid ha acabado con ella.

«Mira todas las puñeteras cosas que esta tía rica me ha comprado», dice. Chasquea los dedos. «Como si tal cosa… Y aquí me tienes dándole al asunto e intentando convencerla para que me compre una cámara, y así tendré un poco más de pasta la semana que viene… ¡Qué puta, la tía rica esta!»

«Es una vergüenza», conviene Sid. «¡Una tía tan zorra!»

Ernest reniega un poco más, pero se levanta a hacer algunas fotos a Ann, mientras Sid y yo la colocamos en las posturas que él quiere. Es como un leño…

«Mira», dice después de haber tomado varias instantáneas, «estoy demasiado viejo para tanto ejercicio… ¿Por qué no salimos y buscamos a un par de tipos para que nos ayuden? Joder, si dejamos a unos tipos que suban a follársela, podría hacer fotos muy bonitas. La vamos a sorprender… ¡a esa puta rica!»

«Huy, Sid, eso no sería decente…»

«¿Cómo que no sería decente? ¿Acaso es decente dejar que te hagan fotos chupando culos? ¿Qué te hace pensar que esta tía sea decente? Es rica simplemente… Hombre, ¿qué tal estaría? Podríamos cobrar un poco incluso, para ahuyentar a los vagabundos simplemente…»

Se produce una discusión sobre lo que deberíamos cobrar, pero nos parece una idea tan buena, que nos vestimos y salimos a ver si podemos encontrar algún cliente.

Yo soy partidario de hacerlo porque me parece una broma muy buena que gastar a Ann… eso revela lo mamado que estoy.

«No debemos decirles que se ha desmayado o que vamos a hacer fotos», va maquinando Sid, mientras bajamos las escaleras a trompicones. «Les diremos simplemente que tenemos una tía rica que quiere que se la jodan. ¡Huy, la Virgen, qué sorpresa se va a llevar, cuando eche un vistazo a la fotos!»

.....

Snuggles viene a verme… Snuggles la de los pezones color frambuesa y las bragas progresivamente calientes. Es una tarde… Acabo de darme un baño, conque me encuentra en bata… lo que parece muy oportuno para sus fines. Ha venido en busca de un polvo… y para contarme una historia asombrosa.

Sam se la ha tirado. Aún está aturdida, lo que es lógico, supongo, teniendo en cuenta que es su padre desde hace muchos años. Debe de ser una conmoción curiosita, para bien o para mal, que un día tu padre se saque el cipote de repente, te lo agite en la cara y se te cepille.

Desde luego, no fue así. Siendo como es Sam, no podía ser así. Pero el resultado es el mismo…

Tania es la responsable, como de costumbre. Probablemente haya estado semanas calentándole la cabeza al pobre Sam, machacándoselo en cada viaje, al darle al asunto. Y, naturalmente, ha estado sugiriéndoselo a Snuggles desde el instante mismo en que se conocieron. Conque una tarde el vaso se derramó.

Al oír a alguien en la puerta, pensaba que podría ser Ann… Ernest iba a traer las fotos de ella hoy. Y yo pensaba que estaba preparado para cualquier cosa. Pero no para el saludo de Snuggles…

«Mi papá me folló ayer…»

Es algo que no suena demasiado bien en el vestíbulo, donde cualquiera puede oírlo, conque la hago entrar y echo el cerrojo por si viene alguien. Entonces se sienta y me cuenta toda la historia…

Qué puta, no olvida ni un solo detalle excitante. No puede decirme simplemente que se la jodió y cuándo y dónde… no, tiene que mostrarme casi cómo lo hizo. Otra gracia de Tania.

Como decía, era por la tarde. Snuggles volvió al hotel y encontró a su padre solo… aunque está casi segura de que Tania había estado allí, porqué olió su perfume, cuando su padre la besó. Eso es muy posible, sobre todo si Tania sabía que Snuggles iba a volver pronto… Me imagino cómo puso cachondo al pobre Sam hasta volverlo casi tarumba y después lo dejo con la polla tiesa e indefenso. El caso es que Sam siguió a Snuggles hasta su cuarto y como una idiota… o una zorra… ella se puso a cambiarse de ropa sin ningún pudor delante de él. Dos minutos después estaba magreándola y tres minutos después la terna en la cama. Cinco minutos después

estaban follando y al cabo de quince minutos Sam tenía motivos para sentirse como un verdadero cerdo.

«Pero, ¿por qué cojones le dejaste hacerlo?», grito, cuando Snuggles llega a ese punto. «Podrías habérselo impedido. ¡No iba a violar a su propia hija!»

«Me figuro que yo lo deseaba», dice Snuggles, al tiempo que me lanza una de sus miradas de niña juiciosa.

¡Ella quería que lo hiciese! Sí, me cago en la leche, me imagino que sí. Y tampoco comprende por qué me trastorna tanto la cuestión. Qué cojones sabe una chica así de economía. ¿Sabe acaso que si las cosas se complican más su familia va a salir disparada de vuelta a América, donde deberían haberse quedado antes que nada, y lo único que me va a quedar de su visita va a ser una minga irritada y la necesidad de un licor más caro de lo que puedo pagar? Qué cojones… Conque sigue contándome lo mucho que lo deseaba y lo que sintió, mientras la magreaba y lo grande que terna la picha… Toda la pesca, hasta que no puedo soportarlo más, sencillamente. Salgo a la cocina a buscar algo para calmar los nervios y voy y vengo con una protuberancia en la bata por delante que parece como si tuviera elefantíasis en los cojones.

«¿Y qué vas a hacer ahora?», le pregunto, cuando tengo un vaso en la mano y he dado a Snuggles otro más pequeño.

«Follarlo otra vez, me imagino», dice. «Y otra vez… si quiere.»

Si quiere. ¿Cómo hostias va a poder un hombre contenerse? Basta con que la mire… está sentada cruzando las piernas, primero una y luego la otra, y enseñando las bragas nuevas que lleva… y yo estoy de un empalmado… ¡y no soy su padre, qué hostia!

«Pensaba que te alegrarías al enterarte», añade Snuggles al cabo de un instante. «Tania me dijo que te gustaban las chicas golfas de verdad.»

Me llevo las manos a la cabeza. Ya no hay respuesta. Este asunto me supera y evoluciona demasiado rápido para mí. Después, Snuggles se me acerca y se sienta en el suelo entre mis rodillas. Me pone la barbilla sobre el muslo como un perro y me mira. Tiene los dedos pegajosos, cuando me los mete bajo la bata para tocarme la pierna… se ha derramado vino sobre ellos…

«Sabes por qué he venido a verte, ¿verdad?», me susurra. «Claro, que podría ir a casa a ver si está papá…»

Sigue tocándome la pierna, pasándome ahora muslo arriba esas uñas que ha aprendido a conservar largas. ¡La Virgen, y qué pinta tiene! Coletas de niña y manchas de tinta en las uñas en lugar de esmalte. Pero esa boquita roja de zorra va a empezar a delatarla pronto… esa boca de chupapollas, de lamecoños… Está empezando a adquirir esa expresión que uno aprende a acechar… No sé qué es, pero está empezando a aparecer…

Snuggles restriega sus tetas contra mis rodillas… ¿Tetas? Pecho, debería decir, pero tiene una suavidad, que se puede decir que ha empezado a crecer, y me retira la

bata, poco a poco, mirándome las piernas mientras las destapa. John Thursday está sosteniendo la tienda y esperando la gran función. Desliza las manos bajo la bata y le hace cosquillas en los bigotes…

Casi dejo caer el vaso, cuando me abre del todo la bata… se muestra de repente tan depravada. La dejo caer al suelo y ella se queda en cuclillas mirándome la polla con expresión de majara en los ojos. La rodea con una mano y aprieta hasta que la punta se pone roja e hinchada.

«Por el amor de Dios, no te quedes ahí sentada y mirando», le digo, «métetela en la boca, si quieres chuparla…»

«No me vas a obligar a…»

No es difícil obligarla. Lo único que tengo que hacer es ponerle la mano en la cabeza y empujarla hacia abajo… ella hace el resto. Jean Jeudi entra y ella se inclina hacia mí, al tiempo que se desabrocha el vestido por delante. Después me restriega contra los huevos ese pecho sin tetas y está haciendo una excelente imitación de su madre.

«¿Vas a follarme?» Me restriega la picha contra su boca y su nariz y alza la vista para mirarme con expresión inocente. «¿Me quito la ropa ahora… o quieres hacerlo tú?»

Me pongo de pie, pero no sé qué quiero hacer. Vuelve a estar de rodillas con mi polla en la boca y no parece haber demasiadas razones para no dejarla que la mantenga ahí, que me la chupe y después mandarla al infierno a patadas. Pero no… la levanto y la llevo a la alcoba…

Se tumba de través en la cama y me mira. Tiene levantado el vestido hasta las caderas y ha conseguido descubrirse los limones también. Un zapato cuelga hasta el suelo y después el otro, cuando se los quita con los dedos de los pies. Dejo la bata tirada en el suelo y me tumbo en la cama con ella.

¡Cómo les gusta a esas zorrillas su cuerpo no del todo desarrollado! Joder, aunque no fuera más excitante que la hostia contemplarlas, te pondría cachondo simplemente ver lo mucho que se aprecian… Quito el vestido a Snuggles y le bajo las bragas de un tirón… Se vuelve para ver si le veo bien el culo…

«¡Fóllame con las medias puestas!», dice. «¡Fóllame con las medias puestas!»

Conque ha aprendido eso. De Tania, es lo más probable. Será zorra… ¡la voy a follar con las medias puestas! Tal vez le gustaría que saliera y comprase una chistera y la follara con ella en la cabeza… Me agarra la picha y se abre las piernas. Ese chichi rojo me mira a la cara como una señal de peligro. Está desnudo como una manzana y es de un color muy parecido. La Virgen, pero es una manzana jugosa…

«Lámeme la picha», le digo. «Oye, ¿le hiciste eso a tu padre?»

Me dice que no, sólo follaron. Él le metió la polla en el coño y se la folló y se acabó. Pero quizá la próxima vez…

La agarro por la cintura y de un tirón pego su vientre contra mi pecho, al tiempo que le restriego la minga por toda la cara. Puedo que me esté follando a una niña,

pero qué cojones me importa… Snuggles es una niña que tiene un polvo de la hostia… Le lamo las caderas y le muerdo los muslos. Chilla y se retuerce como una lechoncita, pero le gusta… es que, si vamos al caso, ¿por qué cojones no había de gustarle? Al fin y al cabo, ¿cuántas chicas de su edad tienen la posibilidad de que les chupen el *conillon*? Muchas, ya sé, pero no la mayoría ni mucho menos…

Cuando comprende lo que persigo, me tira encima su chichi. Me rodea la cabeza con los muslos y me da en la cara con él. Es como si me dieran en la boca con un trapo de cocina caliente y mojado… pero a un trapo nunca le ha crecido vello ni ha olido jamás como ese albaricoque jugoso. Sumerjo la lengua en él… y me llevo de un lametón un bocado de jugo… al tiempo que le meto el cipote en la boca. Le encanta jugar a *tête-bêche*… se retuerce en torno a mí como una anguila, con lo que acabamos enredados. Tengo una polla el doble de grande de lo que debe de haber conocido hasta ahora, pero se lo está pasando bomba con ella. La babosea como una veterana y pone todo de un jugoso, que da gusto. Esas tías jóvenes siempre me sorprenden. Cuando te ligas a una mujer con una buena pelambrera y un par de chucháis de campeonato… una de esas yeguas percheronas con un hachazo bajo el culo… esperas que se empapen en la entrepierna. Pero chicas como Tania y Snuggles… es asombroso la cantidad de líquido de ése que sacan por la rajita…

Snuggles tiene un vientre pequeño y bonito. No es ancho y blando como el de su madre… no se puede confundir con un almohadón… pero la piel es suave y está caliente como tu polla y se mueve continuamente, cuando respira. Sabes que tienes algo vivo en las manos. Y cuando se lo lames, se retuerce…

Le deslizo la lengua en el chichi y se lo chupo un rato. Snuggles me tiene cogida la minga con las dos manos; tiene metida la cabeza de Johnny en la boca, pero, más que chuparla, la está cascando. Le hace cosquillas con la lengua en la nariz y me dice que está demasiado jugoso. Me cuenta que siempre había pensado que, si en lugar de tener que chupar el coño a Tania, Billie y Jena, debiera chupar pollas, no acabaría con toda la cara empapada… pero con una picha pasa casi lo mismo…

Entre los carrillos de su culo, Snuggles está casi desnuda. Su recto es rosa y apretado y, no sé por qué, pero resulta muy tentador. Paso un dedo por él y le meto la puntita. Snuggles se retuerce un poco más, pero no parece importarle. Al final le meto todo el dedo, sólo para ver lo que hace… y la tía se pone a subir y bajar, intentando follarse con él.

De repente, dejo de chuparle el coño y me pongo a chuparle el recto. No me preguntéis por qué… simplemente porque está ahí y parece que debiera ser chupado… lo lamo varias veces, lo beso… y le meto la lengua. Entonces Snuggles se pone a chuparme la polla con tal fuerza, que casi me la desgarra.

No hace falta que me diga que se va a correr en seguida… ya lo sé… y yo también. Me monto encima de ella para poder sujetarla mejor, de modo que no pueda cambiar de opinión de repente y dejarme con un cargamento de lefa que se derrame por las sábanas y se la meto hasta los cojones. Consigo meterle un dedo en el *conillon*

y la lengua también… y nos corremos los dos a la vez.

«¡Trágate eso, puta indecente!», le grito, cuando John Thursday se dispara. «¡Trágatelo o te voy a hacer pasarlo con una catarata de orina!»

«Lo… estoy… intentando…», es lo único que puede decir. Ha recibido tal dosis, que prácticamente le está saliendo por los oídos, pero se está esforzando al máximo.

La habitación deja de dar vueltas después de mucho rato. He estado volando como un pájaro y me desplomo de un golpe. Snuggles sigue chupándome la picha y tragándose la lefa. Y algún hijoputa está intentando derribar la puerta. Aparto a Snuggles… es como una sanguijuela pegada a la polla… y escucho. Parece ser Sid, pero podría ser cualquier otro. Podría ser incluso Carl, y entonces menudo lío.

He leído sobre cosas así, pero, la hostia, es la primera vez que me encuentro de verdad en una situación en que tengo que esconder a alguien. Hemos estado haciendo tanto ruido, que quienquiera que esté ahí fuera ha de saber que estoy en casa. Y me gustaría ver quién es, por si acaso…

En un instante Snuggles ha cogido su ropa y se ha metido bajo la cama. Y no puedo hacerla salir. La agarro incluso de la pierna e intento sacarla, pero es como un caracol en su concha. ¿Por qué cojones no ha esperado a que la encerrara en un armario? En fin, ya no se puede hacer nada… van a sacar del quicio a la puerta, si no contesto…

Es Sam. Por primera vez en su vida viene a mi casa, ¡y tiene que ser precisamente ahora, cuando me estoy follando a su hija! Me echa una mirada extraña cuando le abro la puerta y entra.

«¿Te estás quedando sordo?», me pregunta. «¿De dónde venía ese estruendo?»

«Estaba haciendo gimnasia», le digo. Qué hostia, debo de tener aspecto de haber estado haciendo gimnasia. Me golpeo el pecho y respiro profundamente. Después recuerdo de repente que estoy desnudo y que debo de tener aún la minga mojada. Le digo que le voy a buscar una copa y voy a la cocina, donde me puedo envolver el culo en una toalla.

Cuando vuelvo de la cocina, Sam no está en el cuarto de estar. Está en la alcoba, sentado en la cama. Casi me cago del susto.

«Oye, Sam, ven aquí fuera y siéntate…»

No, no… no quiere interrumpir mi gimnasia. Es la cosa más sana del mundo… te mantiene en forma. Quiere que entre y haga la gimnasia, mientras se toma una copa. De nada sirve que le diga que ya he acabado… está convencido de que me ha interrumpido, y, además…

«He venido a hablar contigo», dice. «Prefiero que estés haciendo algo, mientras te lo cuento.»

Conque tengo que entrar en la alcoba. No tengo la menor idea de cómo se hace gimnasia. Hago girar los brazos y me pongo en cuclillas varias veces.

«Qué arrugada está esta cama», observa Sam. Parece haber algo que le extraña.

«Sí… claro…» Intento saltar por encima del pie de la cama para que vea cómo la

arrugo y aterrizo de bruces. De repente me doy cuenta de que, si no sigo haciendo gimnasia, Sam podría oír a Snuggles bajo la cama. La Virgen, no puedo seguir indefinidamente encorvándome, estirándome y golpeando el suelo así.

«Sam», le ruego, «vamos a la otra habitación. Ya he acabado.»

Después de mucho insistir, consigo sacarlo de ahí. No puedo cerrar la puerta de la alcoba, porque no hay. En tiempos hubo, pero fue antes de que yo empezara a vivir aquí.

Lo que Sam tiene que contarme es lo que Snuggles me ha contado ya. Pero tarda casi una hora en soltar esa confesión. Y yo paso todo ese tiempo temiendo que Snuggles haga un ruido… tal vez un pedo o algo así. Me estoy tirando pedos yo mismo. Al cabo de diez minutos tengo los nervios deshechos.

Lo peor de todo es que tengo que mostrarme paciente y comprensivo con Sam, cuando, en realidad, lo que me gustaría sería darle una patada y ponerlo de patitas en la calle. Y tengo que darle consejos… No acabo de explicarme por qué un hombre que es capaz de hacer dinero en el mejor estilo americano… del arroyo a la cumbre… ha de venir a pedir consejo a un periodista bisoño, pero Sam parece creer que sé todo lo que se puede saber sobre esa clase de cosas.

«¿Debo internarla en un colegio y apartarla de mi vida?» me pregunta. «¿O debo pedir el divorcio a Ann? Primero esa otra chica… Tania… ¡y ahora mi propia hija! Alf, cuando vuelva a casa, voy a encargar que me examinen la cabeza.»

Tengo que animarlo. Tengo que darle un poco de vino y asegurarle que no va a haber problema, que todo se aclarará al final. Cuando, en realidad, no tengo ninguna esperanza de que se aclare al final. Desde mi posición éste parece uno de los pitotes más acojonantes en que se pueda haber metido alguien nunca… y yo estoy metido también…

Sam no para de hablar y, al final, no ha resuelto nada. Lo único que he conseguido es disuadirlo de confesárselo todo a Ann. Al final, mira su reloj… tiene una cita y no intento retenerlo. Lo acompaño lo más posible por toda la escalera y le prometo que en otra ocasión hablaremos más del asunto…

Cuando estoy seguro de que ha bajado las escaleras y no va a volver de sopetón, voy a la alcoba y miro bajo la cama. Snuggles está tumbada boca arriba, tocándose y pasándolo bomba. La saco a rastras y se sube a la cama, meneándome el culo en las narices.

«¿Por qué cojones no dejaste las cosas como estaban?», le grito. «Joder, podías haberte follado a cualquiera menos a tu padre…»

«Soy una zorra», dice. «Pensaba que tendría una polla gorda. Y terna una polla gorda. Voy a intentar conseguir que me vuelva a follar…»

«¡Serás desgraciada! ¡Espero que abra los ojos y te rompa el culo a azotes! ¿Para qué te crees que se casó tu madre con él? ¿Para que tú pudieras follar con él? ¡Y una leche! ¡Para poder jodérselo ella! ¡Jodérselo es asunto suyo, no tuyo! Ella puede darle todo lo que necesita…»

«En fin, está muy ocupada follando contigo o con otro todo el tiempo. ¿Y por qué no había de dejar que mi padre me follara? Es agradable… ¡Lo conozco de toda la vida! ¿Cuánto hace que te conozco a ti? Pero, bueno, si eres casi un extraño…»

Extraño o no, se echa sobre mi polla y se pone a meneármela. Se arrodilla entre mis piernas, cuando me siento en la cama, y me restriega sus pezones frambuesa por la polla y los cojones. Johnny empieza a ponerse firme, y ella se desliza más abajo y le restriega el vientre contra él. Y ahí está su suave culito esperándome…

No sabe qué pasa hasta la tercera vez más o menos que mi mano cae sobre su desnudo trasero. Entonces se pone a patalear y berrear como si la estuvieran asesinando. Le azoto el culo y sus redondos muslos tan fuertes, que me duele la mano…

«¡No vas a volver a follar con tu padre! ¡Promételo, Snuggles!»

Por los cojones, lo va a prometer. Es una tía tozuda y cuanto más le sacudo el culo, más terca se vuelve.

«¡Voy a follar con él! ¡Sí, sí, sí, sí, sí y sí!»

Le doy algunos azotes más. Pero de nada sirve. El culo se le pone colorado, pero ella repite la misma canción más fuerte. «¡Voy a follar con él! Y… ¡y le voy a chupar la polla, además! Ya puedes azotarme, que, de todos modos, ¡lo haré! ¡Voy a follar con él justo delante de mi madre, si quiero! Azótame más fuerte… ¡para lo que me importa! Puedes azotarme todo lo fuerte que quieras… ¡lo voy a hacer, aunque me obligues a prometer que no!»

¡Azótame más fuerte! ¡Qué puta! Me rindo. Yo debería saber ya que puedes azotar a una ja para que folle contigo o te chupe la polla, pero, una vez que ha probado el asunto, ni con azotes puedes conseguir que no lo desee. Dejo de pegarle y Snuggles se me sube encima…

«¡Ahora fóllame!», dice entre sollozos. «Me has puesto el culo caliente… ¡fóllame!»

Le voy a poner el culo mucho más caliente… la voy a volver boca abajo y me la voy a cepillar por detrás. Meto, estrujándola la cabeza de John Thursday en su chichi y después el resto a vergajazos. Está estrecho, pese a que acaba de hacerme una mamada, pero hay mucho jugo y entra perfectamente. Me la follo hasta que se retuerce, hasta que gime por el siguiente viaje dirigido a la matriz. Entonces saco a Johnny de repente.

Ahora no tiene escapatoria… Le rodeo la cintura firmemente con un brazo y con la otra mano me agarro la polla. Zas… por el recto arriba. Brinca como un gorrión, cuando siente el capullo de mi cipote subiéndole por el culo, pero no puede detenerlo. La Virgen, no comprendo cómo no se raja… por el escándalo que arma es como para pensar que ya se ha rajado.

No va a follar a su padre, dice gimiendo… no hará nada que yo no quiera… con tal de que le saque la picha del recto. Va a ser buena, dice a gritos. Me prometerá lo que quiera…

Ya no me importa que deje o no a Sam jodérsela. Para lo que me importa ahora, puede cagarse en su sopa. Lo que quiero es seguir con la polla metida en su trasero y sacarle más jugo al asunto. Quiero echarle un polvo de la hostia, pero lo único que consigo es follar un río de jugo que le sale por el chichi…

«¡Tócame el coño, si vas a hacer eso!», dice resollando. «No puedo resistir esa sensación dentro de mí…»

Le digo que se lo toque ella… y lo hace, ¡la muy puta! Lo abre con una mano y usa los dedos de la otra para meter y sacar. Al final, le meto dos dedos yo también. Después le estoy llenando el culo de lefa y se está corriendo, y armando un escándalo que para qué…

.....

Ann está fuera de sí y Sam tiene *delirium tremens*. No puedo censurar a ninguno de los dos, la verdad. Desde luego, Ann se lo buscó, pero el pobre Sam…

Ernest entregó las fotos a Ann. Unas fotos maravillosas, teniendo en cuenta lo borrachos que estábamos en aquel momento. Pero Ann no pudo apreciarlas, sencillamente. Sobre todo, la horrorizaron todas las fotos en que aparecía con media docena de tipos que no había visto en su vida. Primero acusó a Ernest de haberlas trucado, pero él se lo quitó de la cabeza en seguida. Cuando por fin comprendió que se la habían tirado de verdad esos muchachos, que había media docena de extraños que andaban por París con el mejor conocimiento posible de su anatomía íntima, armó una bronca de la hostia. Eso dice Ernest… yo no he hablado con ella y tal vez sea mejor así. No se atrevió, según me ha contado al menos, a hacerle saber que habíamos cobrado un poco por el privilegio…

En cualquier caso, le compró la cámara… y o yo no conozco bien a Ernest o probablemente le comprara los negativos también. Además, probablemente Ernest no se los entregara hasta haber hecho miles de reproducciones. Ernest me cuenta que, cuando vio la primera foto, se puso pálida… una muy bonita y cachonda en la que aparece con una polla en la boca, otra en el coño y tres tipos esperando en fila en segundo plano. Y no apreció lo más mínimo el trabajo que costó conseguir que chupara esas mingas sin despertarse del todo.

En cuanto al problema de Sam… es Snuggles, naturalmente. Hace dos días estaba echando una siestecita y al despertarse se la encontró chupándole la polla. Desde entonces ha estado más o menos borracho. Cada vez que empieza a espabilarse, dice que va a confesar todo a Ann y entonces tengo que empezar a emborracharlo otra vez. Está empezando a afectarle a los nervios… y a mí también. Esto no puede seguir así siempre… o tiene que seguir cuerda para el resto de su vida o una solución mejor. No cesa de contármelo…

«Me desperté a medias, Alf», dice… y entonces tomamos una copa… «y la sentí magreándome la polla. La madre de Dios, creí que estaba soñando… creí que era

Ann… no sé lo que creí. Pero no me moví. La dejé seguir… cerré los ojos unos minutos más y la dejé chuparla… Estaba bajando la piel… ya sabes cómo hacen las mujeres, no hace falta que te lo cuente… y estaba acariciándome los cojones… Me cago en la hostia, ¡mi propia hija! ¡Una niña tan dulce! Pero ya sé quién es la responsable… ¡es esa zorra de Tania! ¡Ella fue la que la incitó, de un modo o de otro! ¡Oh, será desgraciada esa Tania! ¡Ojalá no me la hubiera follado nunca! ¿Por qué no me dijiste que no debía dejar que Snuggles saliera con esa perversa indecente? ¿Por qué no supe ver, cuando Tania empezó a comportarse como lo hizo, que terna que alejar a Snuggles de ella?»

Reflexionamos sobre eso unos minutos, Sam y yo. Como no parece haber respuesta satisfactoria a la mayoría de las cuestiones que se plantean, apilamos otro par de platillos y yo espero a que Sam prosiga. Joder, yo podría ya contarle toda la historia al revés, pero le viene bien hablar, supongo.

«La dejé chupármela», repite. «La dejé seguir hasta que estuve casi a punto de correrme, despertándome despacio. Después empecé a darme cuenta poco a poco de que era Snuggles la que estaba haciendo eso… ¡La Virgen, qué momento! ¡Te deseo con toda el alma que nunca tengas que pasar por un momento así, Alf!»

Ojalá que no. En realidad, voy a tener mucho cuidadito para que nunca me ocurra.

«Entonces, cuando comprendí de verdad lo que sucedía, no… no sé lo que me entró. Debí de volverme loco por unos minutos. La miré… y ella me guiñó un ojo, exactamente como esa maldita zorra de Tania… y le agarré la cabeza y me senté. Ella estaba de rodillas junto al sofá y la mantuve ahí… empecé a aplicarle epítetos indecentes…» Al llegar a ese punto, Sam suele mostrarse bastante vago sobre los detalles, pero el resultado siempre es el mismo: la chica le chupó la polla, hasta acabar como debe acabar una mamada… «y entonces vi que estaba tragando… casi me dejó secos los cataplines de tanto chupar…» Pero en esto hay algo que le preocupa casi tanto como lo que él le hizo a ella… «¿Cómo aprendería a hacer una cosa así? De Tania, por supuesto… pero, ¿quién pudo ser el hombre? ¡U hombres! ¿Cuántos hombres crees tú…? ¡Oh, es horrible tener que hacerse semejantes preguntas respecto a tu propia hija! ¿Qué hombre podría ser tal vil como para hacer una cosa así a una chica tan joven? Excepto yo… su padre…»

A veces, cuando dice eso, Sam me lanza una mirada muy rara, que ojalá se disipara para siempre. No sé si sospecha de mí de verdad o no. Por la cabeza le ronda una pregunta, pero no acaba de decidirse a formularla.

«Intenté enterarme de eso, cuando lo estaba haciendo… cuando le estaba aplicando esos epítetos… y… demás. No cesaba de preguntarle a quién había chupado la polla antes, a cuántos hombres… pero se negaba a responder…»

Respiro un poco aliviado, entonces, pero sigo sin sentirme demasiado tranquilo al respecto. Si vuelven a acostarse, es probable que Snuggles se vaya de la lengua… y tengo la impresión de que existen más posibilidades que la hostia de que lo hagan. Una vez que algo así empieza, no se acaba de la noche a la mañana.

«Por supuesto, podría coger una correa y sacárselo a correazos», dice Sam. «Eso es lo que mi padre me habría hecho a mí, si yo… en fin… ya sabes lo que quiero decir. Pero no puedo imaginarme siquiera preguntándoselo. Casi tengo miedo de volver al hotel simplemente…»

La única esperanza que tengo es que, suceda lo que suceda, sea rápido y se acabe de una vez. No puedo seguir con los nervios en tensión así y no puedo continuar emborrachándome; no puedo comer, cuando estoy borracho así, aunque consigo tomarme una copa, cuando voy a la oficina y hago el simulacro de trabajo, y estoy muriéndome de hambre lentamente.

.....

Viene a verme Billie y me trae a Jean como una especie de regalo o tal vez soy yo el regalo para Jean… aún no lo tengo del todo claro. Puede que Billie esté intentando calmar a Jean por lo que ocurrió con Ann.

Es a la caída de la tarde y acabo de levantarme, después de dos días en cama. No es que estuviera enfermo… simplemente no podía más, con que conseguí por fin dar puerta a Sam. Me deshice de él en una casa de putas… está en buenas manos, es un picadero de clase alta… y espero que se quede allí unos días, hostias. Le van a cuidar bien, son chicas muy agradables y las conozco a todas…

Como decía, llega Billie con Jean y pocas veces en mi vida he estado tan contento de ver a alguien como al recibir a esa puta lesbiana y su gachí No es sólo que necesite un buen polvo para que se me pase la mala sangre… necesito ver a alguien que no esté demasiado mezclado con lo que ha estado ocurriendo los últimos días. Entonces me entero de que Ann y Billie han estado haciendo una tortilla. Oh, en fin… sigo alegrándome de verlas.

Hace tiempo que no me hacía una comida una gachí. Creo que la chinita fue la última. Pero cuando se enteran de que acabo de levantarme e iba a salir a comer algo, Billie y Jean se ponen manos a la obra. Eso quiere decir que alguien tiene que ir a comprar, o sea, Jean. Billie se sienta y me cuenta su aventura con Ann.

Billie no se muestra demasiado explícita respecto a los detalles sabrosos… lo principal es que Ann ha averiguado lo que quería saber sobre las mujeres como Billie. Ésta fue a verla con algunos dibujos más, salieron juntas por la noche y Ann se armó de valor para pedir a Billie que se quedara toda la noche. Se metieron en la cama y empezó la diversión. Ahora ya sabe todo. ¿No me parece interesante?

Sí que me parece interesante, desde luego. También me gustaría saber si eso es todo… o piensa Billie tener un amorío con Ann. Sobre eso Ann no está decidida. Parece ser una de esas cosas que se dejan pendientes al volver a casa por la mañana. Pero le divierte que desde entonces Jean haya estado un poco celosa.

Vuelve Jean y entre las dos jas preparan una comida para los tres. Por suerte, tengo una mesa y algunos platos… en un sitio donde viví había dos tablas que había

que poner sobre sillas. Es muy agradable tener una mesa, porque por debajo puedes magrear a una tía. Jean y yo nos pasamos toda la comida magreándonos mutuamente. Billie lo sabe, pero no le importa. Sin embargo, no tarda en interesarse y se pone a magrear también a Jean. Ahí estamos, yo, con la polla en la mano de Jean, Jean con la falda levantada hasta el culo y sólo Dios sabe lo que estará haciendo Billie… pero los tres seguimos hablando de lo difícil que es conseguir un buen *bologna* o cualquier puñetera cosa así. Es meningítico.

Jean es la primera que corta. No quiere otra taza de té, dice. Está cachonda y quiere quitarse la ropa. Da otro apretón especialmente duro a mi cipote y se levanta de la mesa, al tiempo que menea el culo para colocarse la falda en su sitio. Va al sofá y se tumba y nos deja verle los muslos casi enteros, mientras decidimos qué hacer con ella.

«Me has traído para que él me jodiera», dice a Billie por fin. «¿Por qué no te vas para que pueda hacerlo?»

Billie no cree que debamos expulsarla. Al fin y al cabo, dice, ya me ha visto cepillarme a Jean en otra ocasión.

«Siempre quieres verme follando», se queja Jean. «Creo que te gusta pensar que soy una zorra.»

Billie dice que es una zorra… una zorra de lo más indecente. Y todo eso lo dicen con el tono más afable imaginable. Es sedante y grato escucharlo…

«Eres chupapollas y promiscua», dice Billie a Jean.

«Y tú también», le replica Jean. «No olvides que te vi chuparle la polla a Alf…»

«No, Jean… yo no he vuelto a casa nunca, como tú, con lefa en el sostén, que te había caído de la barbilla.»

«No… Te lo tragaste, ¿verdad?»

Siguen así por un rato. Podrían seguir toda la noche y yo me quedaría sentado ahí escuchando. Se está tan tranquilito, sentado ahí, empalmado y escuchando a esas dos guapas jas decirse con mala leche cosas tan agradables…

«Cuéntanos lo del chaval que te restregó mierda por la cara», propone Billie en tono apacible. Se sienta junto a Jean y se pone a magrearla, al tiempo que le levanta la falda para dar un pinchazo a ese delicioso culo, que los dos hemos estado estrujando.

«No quiero hablar contigo», dice Jean… y se ruboriza. Además, qué leche, a lo mejor alguien se lo hizo.

Billie magrea bien a Jean antes de empezar a desnudarla. También sabe ponerla cachonda y Jean no tarda en meter la mano bajo la falda de Billie en busca de esa peluda breva que siempre está comiendo y nunca se acaba. Billie baja las bragas a Jean y le mantiene la falda levantada.

«Voy a enseñar a Alf tu coño, Jean», dice, «porque me parece que no le interesa. ¿Qué vas a hacer, si no quiere follarte?»

«No quiero que se lo enseñes», dice Jean. «Si quiero que lo vea, ¡ya se lo

enseñaré yo! ¿Por qué no le enseñas el tuyo, puta?»

«Ya lo ha visto», le asegura Billie. «Y lo ha follado también…»

Levanta la falda a Jean hasta la cintura y me enseña la almeja. Jean patalea y la luz roja se enciende y se apaga. Billie le hace cosquillas en la entrepierna. Jean agarra la falda de Billie y se la baja, dejándole el culo al aire. Huy, la Virgen, si el cipote se me pusiera más tieso de lo que ya está, podría romper rocas con él…

«¿Qué pretendes?», pregunta Billie. «Quieres que vea eso que tú chupas todas las noches, ¿eh? Pues se lo voy a enseñar… pero tú vas a tener que mostrarle para qué lo usas, ¡viciosa! ¡Bollera indecente!»

«Soy más mujer que tú», le grita Jean. A estas alturas ha enredado tanto la falda de Billie, que ésta se la quita de una patada. Las dos están con el culo al aire y luchan sobre el sofá. Billie está intentando empujar a Jean al suelo y Jean quitar a Billie la ropa que le queda. Se me ocurre que, si todas las noches juegan a esto, deben de destrozarse la ropa…

«¡Tú eres una indecente lamecoños!», insiste Billie. «¿Es que ibas a llamar hombre a un hombre… hombre de verdad… si te enteraras de que chupaba pollas? Entonces, ¿por qué te crees que eres una mujer de verdad? ¡Pues no te van las tías ni nada! ¡Te mueres por las tetas!»

De repente, se calman; parece enteramente que alguien hubiera apretado un botón. Parecen derretirse una en brazos de la otra. Jean está restregando la mano por el coño de Billie y ésta está abriendo la blusa a Jean. Cuando le ha sacado las tetas, se las besa y le chupa los pezones.

«Ahora te hago una mamada, si ya estás lista», susurra Jean.

«No… te la hago yo a ti», dice Billie.

«No, yo soy la mujer», dice Jean con tono enérgico. «Tú eres mi marido… y soy yo quien tiene que hacerte una mamada.»

Se quitan el resto de la ropa y después Jean baja del sofá y se coloca entre las piernas de Billie. Ésta se tumba y levanta el culo para que Jean alcance a su *con* y Jean se pone a besarla. Empieza por los dedos de los pies de Billie y sigue hasta sus tetas, después baja lamiendo otra vez hasta el chichi de Billie.

Jean puede ser, como ella dice, toda una mujer, pero Billie le gusta como nadie. Huy, la Virgen, si es que casi se la come. Le muerde el vientre, le lame las tetas y le besa los muslos… no tarda en ponerse a restregar la nariz contra la breva rajada de Billie, al tiempo que se la mantiene abierta con los dedos para meter más adentro la nariz. Después le mete la lengua, pero bien arriba.

«¡Oh, qué rico y qué jugoso está esta noche!», dice en cuanto lo ha probado. «Y tienes ese perfume de Flor de Azahar en el pelo, ¿no?…»

«Esta vez te has delatado», dice Billie, al tiempo que aprieta las rodillas para sujetar mejor a Jean. «¡Ése es el perfume de Ruth! ¡Me imaginaba que le habías hecho una mamada! Reconócelo ahora, puta mentirosa… la dejaste que te metiera entre sus rodillas, ¿eh?»

«Sólo… sólo un poco…», confiesa Jean.

«¡Sólo un poco! Voy a tener que ponerte una correa, como a una perra, que es lo que eres, ¡para que no andes por ahí con la lengua fuera! Espera y verás… la próxima vez que Ruth venga a vernos, te voy a hacer que le chupes el coño delante de quien esté ahí… ¡y me da igual quien sea! ¡Pon la lengua ahí ahora! ¡Lámelo! Así, ya está bien… ahora me vas a chupar el culo…»

Jean ni siquiera protesta. Billie se da la vuelta y saca el culo para que Jean se lo bese y Jean pone las manos sobre el culo de Billie y se lanza por él. Lame el culo por todos lados, las piernas… e incluso los talones esta vez. Después coloca los labios en el recto de Billie.

Me voy a correr en los calzoncillos, si no participo en eso en seguida. Jean Jeudi pide guerra. Tiene las plumas erizadas y parece que vaya a cacarear en cualquier momento. Yo podría tener paciencia; pero él no; no es tan listo como yo.

Ninguna de las dos gachís sabe que voy a por ellas hasta que estoy encima. Entonces Billie se vuelve y, probablemente porque ha sido la primera en verme, salto sobre ella. Monto en el sofá y blandiendo la picha en sus narices.

Billie no quiere saber nada con mi picha, pero me apalanco en torno a ella como un mono en un poste y se la restriego por la cara. No por eso le gusta a ella pero a mí no me importa si le gusta o no. Le clavo la punta en su roja boca y le mojo los labios con ella. Jean nos mira desde debajo del culo de Billie… sigue chupando como una niña buena…

Tengo que emplear más persuasión y más fuerza que la hostia para conseguir lo que quiero. Pero Billie no es mala chica en el fondo… se considera casi un hombre, conque puede comprender lo que siento… Al final me deja metérsela en la boca y se pone a chuparla. Pero, mientras estoy intentando decidir si voy a dejar que Johnny explote así o no, Jean salta al sofá también.

Quiere joder, dice con tono de protesta, y es una pena desperdiciar esa polla con Billie, que no la aprecia en realidad.

«Te gusta mi putita, ¿eh?», me pregunta Billie. «Pues espera a que la prepare… voy a convertirla en una puta de verdad…»

No sé qué quiere decir con eso… Jean es una puta como no he conocido otra en mi vida… no porque tenga mala leche, sino porque se muere por follar. Sea lo que sea lo que Billie le haga, no podría mejorarla… me pongo a joderla y ella me contesta retorciéndose, al tiempo que extiende la mano para dar un pellizco en las tetas a Billie…

Billie quiere que le chupen el coño, conque nos ponemos de lado y ella mete culebreando el culo entre la cara de Jean y la mía. Jean mete la cara entre los muslos de Billie y yo reclino la cabeza sobre su cadera para poder contemplarla.

A Jean le gusta que la contemplen y le hace una mamada de primeras a Billie. Le lame la pelambrera y después sumerje la lengua en la mojada raja de Billie y cuanto más mojado se pone el coño de Billie, mejor me folla a mí. Se le empapa la nariz, el

jugo del coño le chorrea hasta la barbilla… y hace un ruido que a veces recuerda vagamente a una goma de desentrancar… Lo hace parecer tan agradable, que empiezo a sentir ganas de probarlo un poco yo también. Doy un mordisco en el culo a Billie y le meto un dedo bajo el chocho para acariciar el punto que Jean está chupando.

Billie parece adivinar lo que estoy pensando… se da la vuelta y da el culo a Jean, al tiempo que me pone esa empapada pelambrera y ese *con* abierto y chorreante en la cara. No intenta apretarlo contra mi boca… espera a ver qué hago. Qué leche, éste no es el momento de ponerse versallesco… Jean y yo nos miramos entre los muslos de Billie. Le tengo metido el cimbel a una profundidad de un metro más o menos, pero es probable que no supere los setenta centímetros, y nos hemos puesto tan cachondos los dos, que estamos completamente majaretas.

Jean saca la lengua y da un lametón muy premeditado al culo de Billie. Después le da otro. Luego, antes de que me quiera dar cuenta, me ha metido la lengua en la boca. ¡Qué puta más indecente y desgraciada! Estoy tan irritado, que no se me ocurre otra cosa que lamer el culo de Billie y escupir el jugo a Jean… pero no llego a hacerlo.

El coño de Billie tiene un olor maravilloso. Meto la nariz en su pelambrera y me quedo así olfateándolo unos minutos. Si es Flor de Azahar, como dice Jean, entonces me gusta Flor de Azahar… pero para mí huele simplemente como un *con* muy limpio… al final lo beso y después lo lamo. La lengua de Jean y la mía se encuentran por entre los muslos de Billie. Me pongo a chupar y Jean también. Billie se pone como loca…

De repente Billie se ha corrido. Se ha corrido y está chorreando jugo. Hay demasiado para mí, conque cada vez que me llevo una bocanada me echo para atrás, Billie empuja el culo hacia Jean y ésta engulle un poco más.

Jean debe de estar medio lela de tanto joder. Se echa a reír y por un instante pienso que se va a poner histérica. Le doy un azote en el culo y ya no se ríe con tanta fuerza.

«No se preocupe, jefe», dice entre risitas. «Me voy a correr en silencio.»

Y se corre también. Yo no sé cuándo empieza ni cuándo acaba, pero entre medias me corro yo. Mi polla se derrama, sencillamente, dentro de ella, y echo la cara hacia atrás hasta el coño de Billie y me pongo a chuparlo, mientras lleno la matriz a Jean. Esa lesbiana y su novia me han brindado el polvo más satisfactorio desde hace semanas…

Fin de la cabalgada. Fin de una cabalgada larguísima. Se acabó, listo, ventilado. Ahora estoy empezando a preguntarme dónde me monté en este tiovivo y por qué es éste el punto en que me apeo. En fin, un sitio equivale a otro, me imagino. La cuestión es no marearte, mientras está dando vueltas, hasta el punto de no poder caminar recto cuando te apees. Por aquí se va a la rueda gigante y la montaña rusa. Te llevan a ninguna parte de modo aún más asombroso.

Hoy he ido al periódico y me han dado la hojita que siempre he estado buscando y no esperaba ver nunca. La paga de dos semanas, además, que ha servido para saldar las pequeñas deudas que he contraído aquí y allá en los dos años que llevo en el periódico. Con eso estoy en paz.

Lo divertido es que me han echado por una historia que no he escrito. Es lo que me han dicho, en todo caso. Una crónica en la que se citaba a un amigo de alguien del piso de arriba. Yo no la leí, pero era yo quien terna que hacerla. Me la asignaron a mí uno de esos días en que estaba ayudando a emborracharse a Sam y como no hay constancia de que yo estuviera ausente… y todo está tan confuso en este puñetero periódico… me la atribuyen a mí. De nada serviría protestar, por supuesto… lo único que conseguiría sería que echaran a otro pobre tipo, con mujer y ocho hijos. Los tipos con mujer y ocho hijos son siempre los que están haciendo el trabajo de otro… tienen siempre tanto miedo a perder el empleo, que no pueden soportar la idea de que otros no cumplan. Conque estoy en paz con todo el mundo. He estado recibiendo cheques durante mucho tiempo sin hacer nada, ahora me echan por la misma razón. Es extraño.

En fin, ya tengo la orden de despido, conque me siento a limpiar mi escritorio. No puedo hacerlo… no hay nada en él; nunca puse nada en él. Lo único que quiero hacer en realidad es tocar el culo a esa tía tan hortera que viene a pavonearse a la sala de redacción de vez en cuando, pero no está.

En la calle empiezo a sentirme maravillosamente alborozado. Aunque nunca he pasado más de una hora al día en esa oficina, me siento maravillosamente libre. Voy callejeando y preguntándome adónde voy a ir primero… como un chaval que ha hecho novillos. Hace un día precioso: me siento en la gloria…

De repente, recuerdo que, cuando pague el alquiler, me voy a quedar sin blanca. Por gusto, decido ir a ver a Sam. Se le debe poder dar un sablazo. Hay miles de cosas que puedo hacer por Sam. Qué leche, si es necesario, puedo eliminar a Carl de ese tinglado de arte falso, pero no creo que tenga que hacer algo así.

Me dirijo al hotel de Sam, al tiempo que intento imaginar algo para llevármelo al huerto. O tal vez debería decirle, me parece, que he perdido el empleo porque me emborraché con él… conque va a tener que mantenerme. En cualquier caso no me preocupa el asunto.

Llamo al timbre varias veces, pero nada. Cuando me vuelvo para marcharme, se abre la puerta de súbito y ahí está Sam, vestido con calzoncillos largos. Parece estar bastante borracho…

«Entra… entra», me grita. «¿Traes amigos? ¡Hazlos entrar, entonces!»

Cierra la puerta tras de mí y coge una botella de una mesa, al tiempo que me lleva hacia la alcoba.

«Ahí está», me dice. «Entra y fóllatela…»

No sé de qué habla hasta que entro en la alcoba… Me acuerdo de Tania. Pero no es Tania. Ann está tumbada en la cama y completamente desnuda.

«Adelante… fóllatela», me insta Sam. «Tómate una copa primero.»

«Oye, Sam, un momento…»

«No me digas que no está para un polvo», dice. «Lo sé muy bien. ¡Tengo pruebas!» Saca un montón de papeles de un cajón y me los pone en las narices. No son papeles… son las fotos que hicimos a Ann aquella noche. Me las pone en la mano y se dirige a la cama. Miro hacia la puerta para asegurarme de que puedo llegar corriendo, de ser necesario… pero no parece que Sam vaya a blandir una pistola ni nada por el estilo. Saca a rastras de la cama a Ann y la empuja hacia mí.

«¡Chúpale la polla ahora, puta!», le grita. «He visto todas esas fotos… ahora, ¡déjame ver cómo lo haces!»

Ann está bastante borracha también. Se acerca a mí tambaleándose y se arrodilla delante de mí. Intento apartarme de ella, pero ya me ha cogido de las piernas. Me besa la delantera de los pantalones y me mete los dedos en la bragueta.

Es tan demencial y aterrador, que parezco haber quedado petrificado. No sé si son ellos los que se han vuelto majaras o yo. Contemplo a Ann sacándome el cipote y lamiéndolo… Después se lo mete en la boca.

«¡Snuggles!», ruge Sam.

Snuggles llega brincando de la otra habitación. Está también desnuda, pero no parece asustada. Eso es buena señal… si Sam se hubiera vuelto majareta, estaría cagándose de miedo.

«Vamos a la cama», dice Sam. «Tú también, Alf. Vamos, fóllatelas a las dos… no es la primera vez. Yo también me las follaré… tampoco para mí es la primera vez…»

«Oye, Sam», le digo. «¿Qué hostia es esto?… ¡Qué ocurre!»

«Pero, bueno, ¡esto es París, chico!», exclama. «¡París, donde todo es posible, donde aprendes cosas de ti mismo que nunca habías sabido! ¡Y de tu familia!» Atrae hacia sí a Snuggles y ella le agarra la polla. La pone de rodillas y le toca el chichi, mientras me grita a mí… «Quiero conocer a esos amigos tuyos… ese Ernest y el Sid. ¡Y también ese hermano sarasa de Tania…! ¡Creo que me gustaría ver a un sarasa follando a mi mujer! Tal vez le deje chuparme la polla después, ¡si es que lo hace bien! Tráetelos a todos aquí… a todos menos a ese cabrón de Carl. ¡Sólo quiero conocer a los que se han follado a mi familia en mi lugar!»

Empuja a Snuggles, que cae de culo, y grita a Ann que se acerque a chuparle la picha un rato. Después decide que lo hagan las dos, por tumo.

«Vamos a tener una gran fiesta esta noche, Alf», dice. «Lesbianas y todo… ¡una tía llamada Billie se llevó a la cama a mi mujer! Y mi hija… ¡no hay que olvidar a Snuggles! ¡Champán y gachís para todo el mundo! ¡Voy a tener aquí a Tania… y a Alexandra! Va a ser más parisino que París…»

«Sam, me parece que te equivocas…»

«¡Ya no, Alf! A ver, ¿por qué no te follas a alguien? ¿Por qué no te jodes a una de estas putas por mí? Me estoy matando de tanto intentar dar alpiste a estas dos pájaras… si no se hicieran mamadas mutuas, ¡ya estaría muerto!»

«Mira, Sam, si sigues haciendo estas locuras, te vas a crear más problemas que la hostia… Tienes un negocio del que ocuparte…»

«¿Negocio? ¿Qué negocio? No tengo… oh, ¿te refieres a lo de Séverin? ¡Anda y que le den por culo a Séverin! Y a ese chorra de Carl también. Ese cabrón de Carl siempre me ponía los nervios de punta. No, eso se ha ido a hacer puñetas…»

«Pero, Sam, ¿qué hostias vas a hacer ahora? ¿Quieres decírmelo?»

«¿Hacer? Me voy a divertir un poco. Voy a descubrir lo que estas malas putas mías son de verdad… ¡Les voy a sacar hasta la última gota de lodo! Tengo entendido que vosotros sacasteis algún beneficio con esa puta de mi mujer la otra noche… ¡tal vez pruebe yo también! No… puedo idear algo mejor que eso… Y cuando haya averiguado todo sobre ellas, ¿sabes lo que voy a hacer? ¡Les voy a poner el culo como un tomate a las dos y me las voy a llevar a América! Querían París… pues, ¡van a tener París hasta hartarse!»

Estoy ahí parado y con la polla colgando, sin saber lo que debo hacer o decir. Nunca me he encontrado en una situación semejante… ni siquiera sabía que cosas así sucediesen. Aún tengo la sensación de que Sam no está del todo bien de la azotea. Me pregunta si me gustaría ver a Ann y Snuggles jugando a *tête-bêche*.

«Sam… no tengo tiempo ahora. Sólo he venido a decirte que me han echado del periódico…»

«Te han puesto de patitas en la calle, ¿eh? En fin, ya era hora de que abriesen los ojos. ¿Cuánto quieres que te preste?»

«No quiero que me prestes nada, Sam. Quiero que me des algo de dinero.»

«¡Ahí te esperaba yo, joder! ¡Habla sin miedo! ¿Cuánto quieres? Dilo en dinero americano…»

Ya está agitando el talonario de cheques. Me arriesgo y digo el doble de lo que necesito en realidad para lo que voy a hacer. Después lo traduzco en francos para él. Me agarro a ese cheque como un hombre a punto de ahogarse a un bote salvavidas curiosito…

«Si mañana quieres más dinero, pásate por aquí… Por cierto… vendrás esta noche a ayudarme a joder a estas tías, ¿no?»

Corro hacia la puerta antes de que cambie de opinión.

Y en la calle corro por el taxi para que me lleve al banco. Me largo corriendo y no voy a parar de correr. No voy a parar de correr hasta haber comprado un billete para América con el dinero de Sam y encontrarme en el barco. Y, cuando llegue a América, voy a correr algo más. Me largo corriendo y no voy a parar de correr hasta haber puesto mucho océano entre Sam Backer, Ann, Snuggles, Tania, Alexandra, y el resto de tías chaladas que han estado volviéndome majara poco a poco durante el último año más o menos, y yo. Me voy a América y me voy a comprar o hacer o mandar hacer un buen coño mecánico, una máquina de follar, que funcione con electricidad y se pueda desenchufar, cuando empiecen a fundirse los plomos y comiencen los problemas.

EPÍLOGO

Más abajo ofrecemos la declaración jurada de Milton Luboviski, presentada en la Embajada de Estados Unidos en París el 10 de marzo de 1983, sobre las circunstancias en que encargó a Henry Miller la redacción de *Opus pistorum*:

.....

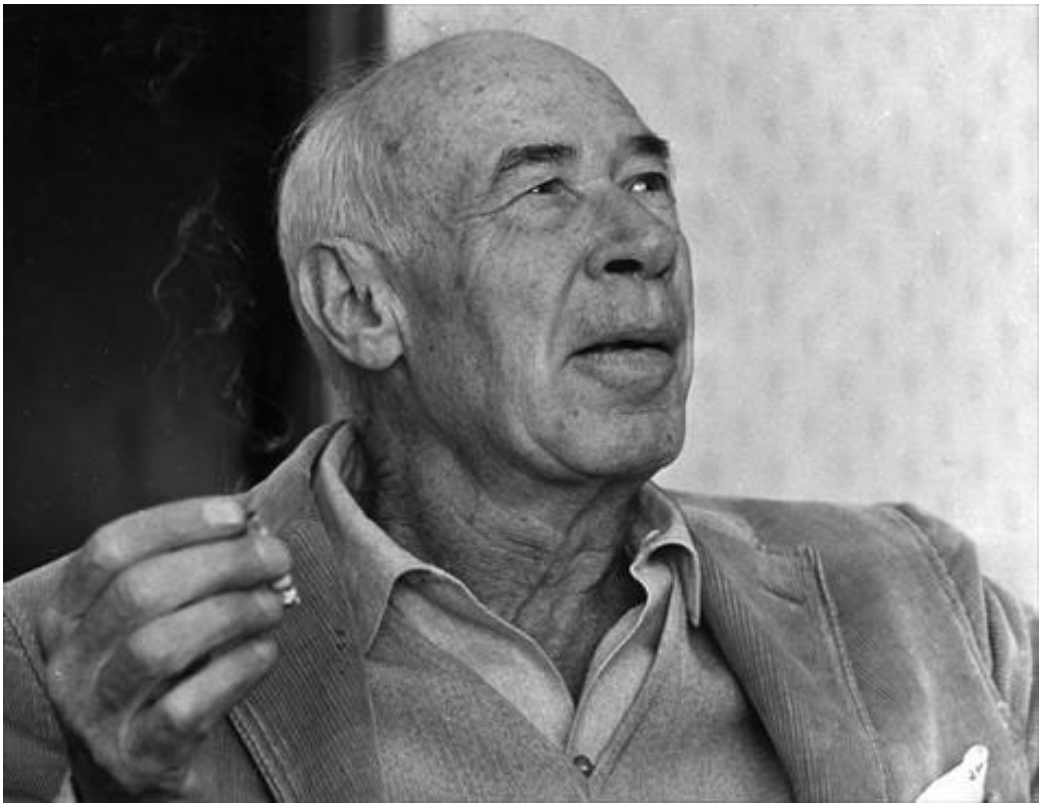
En el verano de 1940 era yo uno de los socios de la Librería de Larry Edmunds, sita en 1603 North Chuenga Boulevard, Hollywood, California. En septiembre del mismo año, Henry Miller entró en la librería, que estaba cerrada, un domingo por la tarde. Llamó a la puerta, se presentó y lo hice pasar. Así comenzó una amistad que duró treinta y cinco años, más o menos. En aquella época, Henry tenía poco o ningún dinero y conocía a poca gente en California. Yo le ayudé prestándole dinero de vez en cuando, presentándole a gente y, en cierta ocasión, encontrándole un lugar para vivir.

El 1 de septiembre de 1941, Larry Edmunds murió, y yo pasé a ser el propietario único de la librería. En aquel tiempo, ésta daba poco dinero y yo completaba mis ingresos vendiendo pornografía, siempre que podía conseguirla. Mis clientes eran principalmente escritores y directores, como Joseph Mankiewicz, Julián Johnson, Daniele Amfitheatrof, Billy Wilder, Frederik Hollander, Henry Blake y otros.

Como necesitaba dinero, Henry se ofreció a escribir para mí textos que podría vender. Me ofrecí a pagarle un dólar por página a cambio de todos los derechos sobre los textos que escribiera para mí. Poco después, empezó a traer varias páginas cada vez y le pagué al contado a la tarifa acordada. Al cabo de unos meses, las páginas acumuladas habían formado un libro, que él tituló *Opus pistorum*.

Cuando me entregó las últimas páginas, hacia mediados de 1942, recuerdo que me dijo: «Aquí está el final del libro. Espero que te dé para varios meses de alquiler.»

Yo volví a pasar a máquina todo el manuscrito e hice cuatro copias. Después, mandé encuadernar los cinco ejemplares y, posteriormente, vendí ejemplares a Julián Johnson, Daniele Amfitheatrof y Frederick Hollander. Unos años después, regalé un ejemplar a mi amigo Robert Light y conservé el original en mi poder.



HENRY MILLER nació en Yorkville en 1891 y vivió su infancia y juventud en Nueva York. Trabajó como empleado en una fábrica de cemento y, tras divorciarse y contraer matrimonio por segunda vez, decidió seguir el camino de la literatura al tiempo que ingresaba en el mundo de la marginalidad y la miseria. En 1930 se instala en París, donde escribe Trópico de Cáncer (1934), cuyo éxito alivió su precaria situación económica. Miller iniciaba así una contundente carrera literaria en la que figuran obras capitales como Trópico de Capricornio (1939)5 la trilogía Sexos, Nexos y Plexos (1944-1959) e Insomnio (1972). Escribió las páginas de Opos pistorum en 1942 por encargo de un amigo librero.

Henry Miller es uno de los escritores más vigorosos de la literatura norteamericana contemporánea. Combina —en ocasiones con una sinceridad brutal— el mundo de la ficción literaria con las propias circunstancias de su vida.

Notas

[1] En castellano, «Soltad vuestras pollas y agarrad vuestros calcetines». *(N. del E.)* <<